

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR  
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES  
LICENCIATURA EN HISTORIA

## *Guerrieros sin trincheras*

*Experiencias y construcciones identitarias  
de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas  
en el Conflicto del Atlántico Sur.*



*Autora:* **Andrea Belén Rodríguez**

*Directora:* Silvana Inés Jensen  
*Co-director:* Federico G. Lorenz

## Índice

Introducción	1
Capítulo 1: El Desembarco	9
Convocatorias al sur	9
El 2 de abril	22
Días de paz	30
Capítulo 2: Abril: Entre ficciones y realidades	37
Convocatorias: un comienzo de película	37
Estibadores en Malvinas	47
Las guardias: el comienzo de la realidad	65
Capítulo 3: Mayo: Guerreros itinerantes	82
Atacados	82
Aislados	98
Capítulo 4: Junio: Días de espera	118
Atrincherados	118
Apostados	134
Capítulo 5: Entre silencios: La rendición y el regreso	146
Un silencio que duele	146
Un silencio que mata	165
Conclusiones	178
Fuentes	195
Bibliografía	197

## **Introducción**

*Cada regimiento tiene su lugar, su hábitat, su origen. Nosotros éramos un rejunte. El Apostadero era algo que era de todos y de nadie, no venía del continente, o sea no tenía identidad propia.*

Julio Casas Parera<sup>1</sup>

*Mi gente, la que estuvo conmigo, y eso en cierto modo, afortunadamente, y esto es lo que siempre hay que tener en cuenta, es la diferencia que yo siento de ellos del resto de la sociedad [...] Es tu compañero, es el tipo que estuvo conmigo, es el tipo que de algún modo, si podía te iba a... [...] me iba a ayudar si podía, o a correr más rápido, no se, pero bueno, pero estaba. Y los que vas a conocer, o estás conociendo, es mi gente, que hoy en día obviamente no se si van a responder igual que como hubieran respondido en el '82, pero el afecto que se desarrolla está basado en eso, entendés? Esto que te digo es la mejor definición que puedo llegar a hacer de lo que es un sentimiento que es difícil de explicar.*

Ricardo Pérez<sup>2</sup>

En el año 1982, tropas argentinas e inglesas se enfrentaron por –y en– unos territorios helados y perdidos en el Océano Atlántico –las islas Sándwich, Georgias y Malvinas–, desde el 2 de abril hasta el 14 de junio. Ese enfrentamiento fue el único conflicto bélico protagonizado por la Argentina en el siglo XX. Si bien breve –sólo duró 74 días– el mismo se revela fundamental para comprender la historia reciente argentina, y aún más, para preguntarnos sobre la construcción de la identidad nacional.

Esa especial relevancia entra en tensión con el silencio al que ha sido sometido el conflicto desde su término hasta el presente, tanto por los gobiernos de posguerra –autoritarios y democráticos– y por diversos sectores sociales, como también por aquellos historiadores que trabajan desde las nuevas perspectivas historiográficas<sup>3</sup>. Y si esta ausencia es aún más notoria se debe, como indica Federico Lorenz, a otras fuertes presencias que han atravesado el campo historiográfico. Por un lado, la explosión de estudios sobre la dictadura y los '70 que se produjo en los últimos años, donde las voces de las víctimas de la represión han tenido una fuerte

---

<sup>1</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007. Conscripto integrante del Apostadero en 1982.

<sup>2</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007. Conscripto integrante del Apostadero en 1982.

<sup>3</sup> Nos referimos principalmente a estudios desde la Nueva Historia Cultural y desde el campo de la Memoria.

presencia y el análisis de sus experiencias es cada vez más frecuente. Y, por otro lado, la extensa bibliografía sobre el conflicto escrita desde la historiografía militar<sup>4</sup>.

Esta tesina surge de la constatación de esa ausencia. Es con el objetivo de dar cuenta de esos silencios sobre el conflicto, de aportar al estudio de la guerra de Malvinas desde nuevas perspectivas historiográficas y de complejizar su conocimiento, que nos proponemos reconstruir y analizar las experiencias bélicas de los integrantes de una unidad en particular que intervino en el conflicto, el Apostadero Naval Malvinas, y los procesos de construcción identitaria que las atravesaron.

El Apostadero Naval Malvinas existió los 74 días que duró la guerra. Pero, si bien ese destino desapareció hace ya 26 años, aún hoy en día un número variable de personas se reivindica como parte del mismo y se define por su pertenencia al “grupo Apostadero”. ¿Cómo fue el proceso por el que un “rejunte” de personas –en palabras del ex integrante Julio Casas Parera– que incluía civiles, militares, conscriptos, suboficiales, oficiales, profesionales y militares de carrera, que tenían diferentes especialidades y provenían de diversos destinos, pasaron a definirse como miembros de un grupo, a construir lazos afectivos, y a hablar de “mi gente”, “mi lugar”? ¿Qué experiencias colectivas fueron aquellas que produjeron la configuración de un “nosotros” con particularidades propias que los diferencian de “otros”? ¿Cuáles fueron aquellos acontecimientos, prácticas, elementos, espacios y tiempos que compartieron esos actores y marcaron sus experiencias y sus identidades? Estos son algunos interrogantes que pretende responder esta tesina.

Se parte, entonces, de la tarea de reconstruir las diversas formas en que la guerra fue vivida por los integrantes de esa unidad, intentando no perder de vista aquellas variables que marcaron sus subjetividades. Pero, al mismo tiempo, nos centramos en aquellas características que pueden generalizarse al grupo y que lo individualizan, intentando analizar y comprender el proceso que hace que el Apostadero pase de ser una unidad/destino militar –“un rejunte sin identidad”– a convertirse en un grupo humano, constituido por actores que se definen por su pertenencia a ese colectivo social; en otras palabras, intentamos explicar el surgimiento de ese “afecto”, ese “sentimiento difícil de explicar” del que habla Ricardo Pérez.

Partimos del supuesto que existen tantas guerras como individuos participaron en el conflicto, y que las mismas están marcadas, entre otros factores, por variables que hacen a la identidad del actor y a los trayectos personales previos a la guerra –como la clase social, la formación, la condición de civil o militar, etc.– y, también, por variables propias de la guerra –como el período de permanencia en las islas, el destino y las actividades a las que se dedicó, su

---

<sup>4</sup> Cf. Lorenz, “La necesidad de Malvinas”.

participación en el combate, entre otros. A lo largo del relato pretendemos analizar en qué medidas dichas variables pesaron en las experiencias bélicas de los actores y en sus construcciones identitarias.

Ahora bien, sostenemos que –y esta es la primera hipótesis de la tesina– si bien la vivencia de cada actor es subjetiva, el paso grupal por determinados acontecimientos, el compartir espacios y tiempos específicos, actividades, rutinas y el enfrentar las mismas dificultades y acceder a las mismas facilidades, permiten identificar ciertas particularidades y marcas que son comunes a sus experiencias y que las tiñen colectivamente, posibilitando hablar de “la guerra” vivida en el Apostadero.

Asimismo, creemos que el pasaje colectivo por una experiencia límite e intensa, como fue la guerra de Malvinas –y como es todo conflicto bélico, por su proximidad y convivencia con la muerte–, así como unificó e identificó a los protagonistas del conflicto –que comparten “la misma sensación y el mismo historial” en palabras de Ricardo Pérez<sup>5</sup>–, provocó la constitución de fuertes vínculos entre aquellos compañeros de destino/unidad/posición, lo que contribuyó a configurar identidades grupales, y específicamente para el caso aquí estudiado, condujo a constituir una identidad, el “nosotros integrantes del Apostadero”, que tiene particularidades propias que la distancian y diferencian de “otros” protagonistas del conflicto.

Por último, proponemos que ese “nosotros” no es monolítico, uniforme, ni homogéneo, como puede pensarse a primera vista, sino que los procesos de construcción identitaria del “grupo Apostadero” estuvieron atravesados por múltiples complejidades, conflictos y tensiones que surcaron y surcan esa identidad, y que provocaron la constitución de diversas identificaciones –internas y externas– en ese colectivo social.

En cuanto al análisis de las experiencias individuales y de las subjetividades que aquí se propone, el mismo permite complejizar, enriquecer y, también, poner en cuestión el relato tradicional del conflicto bélico, distanciándose de la historia militar. Esta nueva lectura de la guerra, en tanto se concentra en la individualización del recuerdo e intenta devolverle los rostros, los nombres y apellidos a los protagonistas, las emociones y sentimientos a sus experiencias, tiende a subvertir o refutar la historia militar que los desdibuja en aras de un relato colectivo y uniforme<sup>6</sup>.

La historia oral se presenta como el recurso ideal para reconstruir esas experiencias. Partimos de la consideración que el testimonio oral es una fuente artificial, tal como indica Vera Carnovale: “no constituyen registros contemporáneos e inmediatos de acontecimientos y

---

<sup>5</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>6</sup> Hynes, “Personal narratives and commemoration”, p. 220.

fenómenos, sino que son fruto de una creación posterior, emanada de la voluntad del investigador. Tanto el entrevistado como el entrevistador participan de su construcción.”<sup>7</sup>

Si bien somos concientes de que nuestra incidencia en la construcción de las fuentes fue constante y permanente, quisiéramos hacer explícita nuestra participación principalmente en dos momentos: la construcción del cuestionario y la elección de los entrevistados.

En cuanto a la primera cuestión, el trabajo se basa en entrevistas orales semiestructuradas, que buscaron profundizar en el relato de historias de vida de los protagonistas. Para ello partimos de un cuestionario inicial que funcionó a modo de guía, el cual estaba estructurado en tres etapas –la previa al conflicto, la referente a la guerra en sí, y el período de posguerra– que abarcaban preguntas que tenían que ver principalmente con sus vivencias, emociones, percepciones y opiniones, aunque también con cuestiones factuales de la guerra. La gran mayoría de las entrevistas fueron individuales –sólo en un caso, se realizó de a dos protagonistas, compañeros en la guerra y amigos en la actualidad–, y frecuentemente compartimos más de un encuentro con los entrevistados.<sup>8</sup>

Por otro lado, la elección de a quiénes entrevistar no fue una cuestión sencilla de decidir, y no se trató de una mera decisión cuantitativa. Por el contrario, en tanto la historia oral es una metodología cualitativa, su representatividad no está dada por el peso numérico de las entrevistas, sino en tanto las mismas abarquen las diferentes experiencias de los miembros del Apostadero Naval. Por ello intentamos realizar una muestra lo más representativa posible, construyendo tipos sociales, es decir estableciendo los perfiles de las personas que queríamos entrevistar, de forma tal de lograr un cierto equilibrio entre los mismos<sup>9</sup>.

Así, realizamos 17 entrevistas que dan cuenta de un colectivo heterogéneo, y para ello tuvimos en cuenta tres tipos de variables. En primer lugar, aquellas relacionadas con la identidad del actor y con su trayecto en la etapa previa al conflicto, a saber: la edad, la clase social, la formación académica/política/profesional, la condición de civil o militar, la historia en las Fuerzas Armadas, el rango militar. En segundo lugar, variables propias de la guerra, a saber: el período de permanencia en las islas, el destino al que fue trasladado, las actividades a las que se dedicó, su participación en el combate y la intensidad de los mismos. En tercer lugar, factores relacionados con la posguerra, en particular la continuidad de la carrera militar/servicio militar obligatorio, la facilidad/dificultad en la reinserción laboral/estudiantil y

---

<sup>7</sup> Carnovale, “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”, p. 171.

<sup>8</sup> Ver el apartado “Fuentes”.

<sup>9</sup> Al respecto, Philippe Joutard indica: “Recordemos ante todo que el método de tipo etnológico adoptado privilegia la cualidad del informador sobre la cantidad. (...) En vano constituer una muestra representativa en el sentido sociológico del término. (...) Asimismo su afán es la diversidad de visiones y no puede establecer hipótesis a partir de uno o dos testimonios. Como en toda empresa científica, se deben variar las condiciones de edad, de sexo, de posición, según el tema.” Joutard, “El tratamiento del documento oral”, p. 76

en otros ámbitos sociales, la relación o no con otros protagonistas del conflicto, la participación en proyectos, asociaciones o iniciativas tendientes a conservar la memoria de la guerra, la condición laboral (retirado o en servicio) de los actores.<sup>10</sup>

Además de abarcar las variables indicadas, intentamos respetar a trazo grueso las proporciones de oficiales, suboficiales y conscriptos existentes en el grupo original. Así entrevistamos a mayor cantidad de suboficiales y cabos, luego a conscriptos y por último, a una menor cantidad de oficiales.<sup>11</sup>

Por otra parte, partimos de la consideración que los testimonios orales son relatos desde el presente del pasado vivido, y, por tanto, están surcados por olvidos, silencios, huecos, resignificaciones y reconstrucciones. Todo testimonio es memoria, y por ende no es un relato fiel de lo acontecido en el pasado, sino una narración realizada desde el presente de quien relata y atravesada por múltiples cuestiones, como la identidad del narrador –sus intereses, luchas, objetivos, proyectos...–, su posición en la sociedad, y los marcos sociales de su relato<sup>12</sup>. Un ejemplo típico son las evaluaciones del conflicto realizadas *ex post* por los entrevistados a partir de la información que disponen en el presente, pero que en el pasado dudosamente podrían haber tenido: cuestiones como la supuesta seguridad que Inglaterra iba a responder, o, a nivel general, afirmaciones como “yo sabía que era una locura” de miembros de una sociedad que apoyó ampliamente el conflicto, son comunes en los relatos de un acontecimiento tan controvertido y movilizador de nuestro pasado como es la guerra de Malvinas.

Estas cuestiones fueron tenidas en cuenta a lo largo del análisis, y de hecho fueron una herramienta para enriquecerlo y lograr una mayor complejidad en la interpretación y comprensión de los relatos. Igualmente consideramos que la continua confrontación de las fuentes orales, en primer lugar, entre ellas mismas, y, en segundo lugar, con otros tipos de fuentes, hacen un relato de historia oral que no pierde rigurosidad veritativa.

En cuanto a las otras fuentes utilizadas en la tesina como complemento y contraste de los relatos orales, son de destacar, en primer lugar, aquellas que provienen de los archivos personales de los entrevistados, como cartas, telegramas, diarios personales, fotos, informes. En segundo lugar, también tuvimos en cuenta memorias publicadas de protagonistas pertenecientes a esta unidad o a otras unidades y fuerzas que interactuaron con ella o que sirven como punto comparativo. En tercer lugar, consultamos el periódico *La Gaceta Argentina*

---

<sup>10</sup> Ver Anexo I.

<sup>11</sup> Ver Anexo II.

<sup>12</sup> La bibliografía al respecto es realmente extensa. Aquí tuvimos particularmente en cuenta: Carnovale, “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”; Carnovale, Lorenz, y Pittaluga (comps.), *Historia, memoria y fuentes orales*; Jelin, *Los trabajos de la memoria*; Portelli, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*; Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*; Schwarzstein, *La historia oral*.

que fue publicado en las islas. En cuarto lugar, tuvimos en cuenta algunos documentos oficiales, aunque limitados porque la documentación sobre la guerra opera en manos de la Armada y es aún información clasificada. En tal sentido, pudimos acceder a algunos documentos que fueron publicados en revistas y periódicos institucionales –principalmente la Revista *Desembarco*–, otros fueron provistos por los entrevistados y, finalmente, otros como el listado actual del Apostadero, fueron provistos por la misma institución.

Ahora bien, la intención de centrarnos en las subjetividades y experiencias de los actores a fin de construir un relato polifónico, no implica perder de vista la mirada de conjunto. Por el contrario, a lo largo de la tesina haremos un continuo vaivén entre dos niveles de análisis: el micro, de las vivencias de los actores, y el macro, factual y general de la guerra, aspecto fundamental para comprender esas experiencias, para advertir lo extraordinario y lo común de sus vivencias, a fin de evitar caer en un relato de gran colorido y sensibilidad pero descontextualizado y que nada aporta al conocimiento general del conflicto<sup>13</sup>. Por ello, además de la consulta de la bibliografía existente sobre el conflicto, también utilizamos como fuente los informes generales de la guerra publicados por las Fuerzas Armadas, particularmente fue de gran utilidad el denominado *Informe Rattenbach*, realizado por la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur, y el informe de la Armada que lo complementa publicado en la obra *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur* de Mayorga y Errecaborde.

Por último, en cuanto a la diagramación y organización de la tesina, la misma está estructurada en cinco capítulos, que siguen un orden cronológico, a lo largo de los cuales acompañamos a los protagonistas desde su sorpresiva convocatoria a fines de marzo hasta que volvieron a pisar el continente. En ellos abordamos distintos aspectos como las percepciones de la guerra, las actividades a las que se dedicaron, la cotidianeidad compartida, las características de la convivencia y las relaciones interpersonales que se configuraron, las dificultades que enfrentaron y las estrategias utilizadas para paliarlas; aspectos que seguimos en el transcurso del conflicto e intentamos identificar sus continuidades y rupturas en distintos momentos de la guerra. A lo largo de los capítulos analizamos las formas en que los integrantes del Apostadero se fueron identificando en un “nosotros” con particularidades propias a partir del paso por experiencias comunes, y distanciándose de “otros” protagonistas del conflicto.

El Capítulo 1 gira en torno a las experiencias de los 20 integrantes que configuraron el grupo pionero del Apostadero desde que fueron convocados a una misión secreta “en el sur” hasta la primera semana de abril. A lo largo del capítulo, vemos cómo fueron vividos los

---

<sup>13</sup> Cf. Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, p. 97.



momentos que rodearon la planificación del desembarco por los actores –que incluye desde su convocatoria, pasando por la navegación hasta el momento que se enteraron de la misión–, hacemos especial hincapié en el rol de los integrantes del Apostadero el 2 de abril, y la forma en que percibieron el desembarco, la creación de la unidad, los primeros pasos en la organización de la misma, y la configuración de los primeros vínculos entre estos 20 integrantes, cuando todavía la guerra parecía algo muy lejano.

A lo largo del Capítulo 2, se analizan las experiencias de aquellos efectivos que fueron llamados para reforzar el Apostadero –cuando la posibilidad de una reacción británica comenzaba a divisarse como posible aunque aún remota–, desde su convocatoria a mediados de abril hasta fines de mes, en momentos previos a que la respuesta inglesa dejó de ser una suposición para hacerse efectiva. Específicamente, elucidamos los cambios en la convivencia del grupo a partir del arribo de cientos de integrantes hasta llegar a un máximo de 250, la organización de la rutina de trabajo en el puerto, las dificultades que enfrentaron los estibadores, las actividades a las que se dedicaron, haciendo especial hincapié en el primer quiebre en la cotidianeidad –la organización de las guardias nocturnas–, en un contexto en que múltiples rumores corrían por la localidad y se quería creer que anunciaban una tregua.

El Capítulo 3 trata sobre lo que significó para los actores el comienzo de los ataques ingleses sobre las islas el 1º de mayo, el verdadero inicio de la guerra, y se extiende hasta fines de ese mes. En el primer apartado, analizamos cómo fue vivido el 1º de mayo en el Apostadero, los cambios en las percepciones de la guerra, en su convivencia y en su cotidianeidad, ahora que la tensión, temor e incertidumbre por la proximidad de la muerte comenzó a teñir cada uno de los momentos. En el segundo apartado, vemos otras dos consecuencias del comienzo de los bombardeos: la disminución y diversificación de las actividades de los integrantes de la unidad, y el detrimento del apoyo logístico a las islas, lo que dio pie al surgimiento y expansión en el puerto de múltiples estrategias para paliar esas restricciones.

El Capítulo 4 gira en torno a los últimos 15 días de la guerra –cuando se produjeron los principales enfrentamientos– en dos espacios distintos: la zona portuaria y el frente de batalla. En el primer apartado, analizamos las experiencias vividas por un grupo de aproximadamente 30 integrantes del Apostadero que fueron trasladados al frente de batalla en la Península Camber. En el segundo apartado, retornamos al lugar donde transcurrió toda la historia, para analizar las diversas actividades realizadas por los integrantes en la localidad desde comienzos de junio hasta la rendición, cuyas últimas horas los actores las vivieron apostados a la espera del combate.

Finalmente, en el Capítulo 5, desarrollamos los 7 días que trascurrieron desde la rendición el 14 de junio hasta el regreso al continente, el 20 de ese mes. Particularmente,

vemos las reacciones que siguieron a la derrota y las percepciones de la rendición, analizamos los últimos días en Malvinas de los integrantes del Apostadero como prisioneros de guerra, los primeros reencuentros en el viaje de regreso, y seguimos el trayecto de los protagonistas desde que volvieron a pisar continente, se despidieron de sus compañeros, hasta que regresaron a sus destinos militares, lugares donde los actores comenzaron a combatir otras guerras, las del silencio.

## Capítulo 1

### El Desembarco

*La guerra no es nada más el momento que combatís con el enemigo. La guerra es las horas, minutos y días y semanas y meses que los estás esperando.*

Adolfo Gaffoglio<sup>14</sup>

En el caso nuestro, no fue un año, fueron meses, fue distinta la intensidad. Muchos no participamos del combate directo, otro sí, algunos estuvimos bajo bombardeo, otros no... Las vivencias son muy distintas de todos los participantes, pero es como que... la sensación y el historial es el mismo.

Ricardo Pérez<sup>15</sup>

### *Convocatorias al sur*

Tras seis años de gobierno y en un contexto de fuerte crisis, la Junta Militar decidió desplegar una operación para ocupar las islas del Atlántico Sur. El desembarco en las islas reivindicadas y reclamadas por Argentina desde el mismo momento de la ocupación inglesa en 1833<sup>16</sup>, era una operación que estaba en los planes militares desde el comienzo del Proceso de Reorganización Nacional, e incluso antes, desde 1962<sup>17</sup>.

Detrás de estos planes –y como fundamento primario de los mismos–, podemos distinguir una cuestión cultural que trasciende al conflicto vinculada a la construcción de la identidad nacional: que la recuperación de las islas formaba parte del imaginario nacionalista territorialista de las Fuerzas Armadas, compartido por la gran mayoría de la sociedad

---

<sup>14</sup> Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30 de noviembre de 2007.

<sup>15</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>16</sup> Para los fundamentos argentinos y británicos sobre la soberanía de las islas y las negociaciones diplomáticas desde la ocupación inglesa hasta el conflicto de 1982, ver: *Informe Rattenbach*; Bosoer, *Malvinas, Capitulo Final (I). Guerra y Diplomacia en Argentina (1942-1982)*; Cardoso, Kirschbaum y Van der Kooy, *Malvinas. La trama secreta*; Cisneros y Escude, *La diplomacia de Malvinas (1945-1982)*; Del Carril, *La cuestión de las Malvinas*; Del Carril, *El futuro de las Malvinas*; Groussac, *Las islas Malvinas*; Freedman y Gamba-Stonehouse, *Señales de Guerra. El conflicto de las islas Malvinas de 1982*; Moro, *La guerra inaudita. Historia del conflicto del Atlántico Sur*.

<sup>17</sup> Cf. Anaya, *Las crisis argentino-británica de 1982*.

argentina para la que el símbolo Malvinas representaba una causa nacional<sup>18</sup>. Por lo tanto, como indican Novaro y Palermo: “...la idea de recuperar las Malvinas no era en absoluto artificial ni circunstancial, era un proyecto de larga data, sustentado en motivaciones sinceras del régimen militar, que se descontaba que contaría con un amplio respaldo civil.”<sup>19</sup>

Destacar en primer lugar los argumentos históricos de larga duración que pueden explicar el desembarco en Malvinas tiene como objetivo discutir aquellas explicaciones simplistas que, reduciendo la guerra a un hecho político y subsumiéndola en el contexto dictatorial, indican que la misma sólo fue la decisión de un “militar borracho” que buscaba cimentar la legitimidad perdida apelando a una causa nacional y popular. No pretendemos extendernos en este debate, pero creemos –siguiendo a Rosana Guber y Federico Lorenz– que evidentemente otras cuestiones vinculadas a la construcción de la identidad nacional, la relevancia que ha tenido el territorio en su definición y el rol que han desempeñado las Fuerzas Armadas en ella, jugaron un papel fundamental en el conflicto.

Ahora bien, si, por un lado, es reduccionista y simplista afirmar que la guerra de Malvinas fue resultado únicamente de la crisis que corroía las bases del régimen militar; por otro lado, no se puede dejar de reconocer que el contexto en que estaba sumida la Junta Militar a fines de 1981 jugó un papel fundamental al momento de decidir la efectiva ocupación de las islas y de determinar sus plazos. En un contexto de grave crisis económica, social y política del régimen militar –cuyos síntomas comenzaron a evidenciarse con las denuncias nacionales e internacionales por las múltiples violaciones a los derechos humanos que había cometido la dictadura, sumadas a una creciente movilización antidictatorial social, simbólica y política<sup>20</sup>, en el marco de un gobierno inconstitucional con graves falencias administrativas e institucionales– el desembarco en Malvinas aparecía como el “conflicto perfecto”<sup>21</sup> para recuperar la legitimidad perdida por el régimen y promover la unidad nacional.

---

<sup>18</sup> Tanto Rosana Guber como Federico Lorenz hacen referencia a Malvinas como un símbolo que atraviesa la historia nacional. En el libro *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a guerra absurda*, Guber estudia los distintos significados que ha tenido el símbolo Malvinas (territorio geográfico, causa nacional y guerra) en la historia argentina, analizando cómo diversos sectores de la sociedad argentina se apropiaron de la causa en distintos contextos históricos. La obra *Las Guerras por Malvinas* también está basada en ese supuesto, y en ella Lorenz complejiza las habituales explicaciones del conflicto que tienden a reducir la guerra a su dimensión política, quitándole especificidad y capacidad explicativa. Por otra parte, desde otra perspectiva, partiendo del supuesto de la relevancia que el sistema escolar tiene en la construcción de la identidad nacional, los autores Mari, Saab y Suárez analizan en el artículo “Tras su manto de neblina,...”. Las islas Malvinas como creación escolar”, cómo el reclamo diplomático sobre las islas del Atlántico Sur se fue conformando en una “causa escolar”.

<sup>19</sup> Novaro y Palermo, “La guerra de las Malvinas”, p. 412.

<sup>20</sup> En esa época, se reactivó la movilización obrera debido al descalabro económico –que tuvo su punto culminante el 30 de marzo en la manifestación por “Pan y Trabajo” organizada por las dos ramas de la CGT–, comenzaron a producirse actividades culturales críticas al gobierno militar, y se hicieron más intensos los reclamos de la Multipartidaria por la apertura democrática.

<sup>21</sup> Idem. Incluso la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur, cuyas conclusiones se publicaron en el conocido *Informe Rattenbach*, reconoce la incidencia de ese factor en la decisión de la

Así, en diciembre de 1981, el presidente de la Junta Militar, el general Leopoldo Galtieri, junto al capitán Jorge Anaya<sup>22</sup>, decidieron de una vez por todas poner en marcha el plan de ocupación de las islas, en un momento en que las negociaciones diplomáticas con Inglaterra se habían estancado. El plan propuesto por la Junta consistía en ocupar las islas mediante una rápida y eficaz operación y dejar luego un reducido destacamento de 500 efectivos como factor de presión para reactivar las negociaciones diplomáticas. Este plan de “ocupar para negociar” se basaba en dos supuestos: “... que Gran Bretaña no tendría una reacción considerable debido al costo integral que ello le presupondría, y que, aún en el caso de intentarlo, EEUU se opondría a una escalada militar en el Continente...”<sup>23</sup>

Para llevar a cabo la operación con éxito, era necesario mantenerla en el máximo secreto. Por tanto, sólo un reducido grupo de altos mandos de las Fuerzas Armadas estaban informados de la misión, trabajando en ella y planificando tiempos óptimos; según sus cálculos, la misma no podría llevarse a cabo antes de mediados de mayo. Sin embargo, a fines de marzo, distintos acontecimientos relacionados no sólo con el contexto nacional de ebullición social sino también con un incidente en particular en las islas Georgias<sup>24</sup>, provocaron el repentino adelanto del “día D” al 1º de abril. Los tiempos apremiaron, y por lo tanto rápidamente el pequeño grupo que estaba informado tuvo que planificar logística y estratégicamente la operación y movilizar los efectivos necesarios para la misma en cuestión de horas.

En este contexto, el capitán Adolfo Gaffoglio, futuro jefe del Apostadero Naval Malvinas, fue informado de la operación que se llevaría a cabo. Gaffoglio había llegado recientemente de uno de sus habituales viajes al mismo lugar que ahora le informaban que querían ocupar, ya

---

Junta: “...la decisión, que se mantenía latente, estuvo influida por aspectos políticos particulares, tal, por ejemplo, la conveniencia de producir una circunstancia significativa que revitalizara el Proceso de Reorganización Nacional (sin juzgar éticamente esta consideración), unida también a la poco manifiesta vocación negociadora de Gran Bretaña”. Op. cit., p. 58.

<sup>22</sup> En todos los casos los rangos militares que se mencionan datan de la época del conflicto.

<sup>23</sup> *Informe Rattenbach*, p. 147. Existe una amplia bibliografía militar que trata sobre la Operación Azul, después rebautizada “Operación Rosario”. Tanto para su planificación como desarrollo, ver, además del informe citado previamente: AAVV, *Operación Rosario*; Freedman y Gamba-Stonehouse, op.cit.; Mayorga y Errecaborde, *No Vencidos. Relato de las Operaciones Navales en el conflicto del Atlántico Sur.*; Moro, op.cit.

<sup>24</sup> El incidente en las Georgias estuvo relacionado con una operación comercial del empresario argentino Constantino Davidoff, quien había comprado la chatarra de una compañía ballenera en esas islas y por tanto se disponía a viajar para su desguace. En un principio ese viaje a las islas iba a ser aprovechado por la Junta Militar para establecer de hecho una base científica, al igual que la que habían instalado en 1976 en Thule (isla Sandwich) con la tolerancia inglesa. Este operativo militar, denominado Alfa, finalmente fue anulado por las FFAA. En la práctica resultó que la Armada acató la anulación pero igualmente ordenó navegar hasta una zona cercana a las islas al personal militar asignado a la operación como seguridad de los “chatarreros”, que estaban trasladándose hacia las Georgias en otro buque. Finalmente el 18 de marzo, Davidoff y los obreros arribaron a Puerto Leith, y además de ciertas conductas que inspiraron el reclamo de las autoridades isleñas (como el izado de la bandera argentina), el mayor problema fue que los operarios argentinos no presentaron los documentos reglamentarios en Grytviken (que debían presentar antes de desembarcar en Puerto Leith), lo que dio comienzo a un forcejeo diplomático entre ambos países, que terminó definiendo el traslado del personal militar “Alfa” a las islas. Muchos autores destacan este incidente como un “acelerador” del conflicto. Cf. *Informe Rattenbach*, Mayorga y Errecaborde, op. cit., Moro, op. cit., Novaro y Palermo, op. cit.

que desde principios del año 1980, el capitán desempeñaba el cargo de “Representante de la Armada Argentina ante el gobierno de ocupación en las Islas Malvinas”, cuya función consistía en:

... viajar periódicamente a Puerto Argentino previo a la llegada de los transporte ARA [Armada de la República Argentina] Bahía Buen Suceso, ARA Islas de los Estados o Cabo San Pío, para gestionar ante la monopólica *Falkland Island Company*, la reserva del muelle, provisión de remolcadores, estibadores, entrega de remitos de carga, pago de gastos de estadía y cobro de fletes.<sup>25</sup>

Al regresar de cada viaje, el capitán debía redactar un informe para el departamento de Inteligencia que funcionaba en el Edificio Libertad –del cual dependía– desarrollando todo aquello que consideraba de interés político y estratégico para la Armada.

El último viaje que había realizado a las islas el 4 de marzo, lo había provocado una situación bastante extraña:

A: Me dicen “necesitamos que usted vaya de vuelta a Malvinas”. ¿Por qué? Porque no cualquiera podía ir a Malvinas, yo podía ir porque ya estaba autorizado, yo tenía la *white card*, que era la tarjeta blanca que daba Relaciones Exteriores [...]. Entonces como yo no despertaba sospechas, porque ya era una figura habitual ahí. Pero en esa oportunidad a principios de marzo, me manda el servicio de Inteligencia Naval, me da una máquina fotográfica con teleobjetivo, y una lista de objetivos que yo tenía que fotografiar y yo tenía que informar, objetivos que iban a ser utilizados por las fuerzas de desembarco.

Entrevistadora: [...] ¿Qué explicación le dieron porque usted tenía que volver a Malvinas?

A: Bueno, no me lo dijeron específicamente, sabía un grupo muy cerrado.

E: ¿Y qué le dijeron a usted?

A: “Necesitamos eso”, para un militar es suficiente. Pero lo que se necesitaba no era la cantidad de ovejas ni nada, sino dónde estaban los soldados, dónde estaban los armamentos, dónde estaba esto, las playas aptas para el desembarco.<sup>26</sup>

El 24 de marzo, día en que volvió de ese último viaje a Malvinas como Representante, Adolfo Gaffoglio recibió la orden de trasladarse a la Base Naval Puerto Belgrano, donde le corroboraron lo que él desde hacía más de un mes sospechaba: que las Fuerzas Armadas

---

<sup>25</sup> Relato del Capitán de Fragata Adolfo Aurelio Gaffoglio, *Operación Rosario*, p. 311.

<sup>26</sup> Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30 de noviembre de 2007. Las tarjetas blancas (*white card*) constituían un documento emitido por el gobierno argentino y por las autoridades de Puerto Stanley para que ciudadanos argentinos e isleños pudiesen ingresar legalmente en las islas del Atlántico Sur o en el territorio continental argentino sin la presentación de pasaportes, lo que afectaría los reclamos de soberanía. Cf. Novaro y Palermo, op. cit., p. 423

estaban preparando la ocupación de las islas. En una reunión con dos de las máximas autoridades de la Armada, los almirantes Juan Lombardo y Gualter Allara, recibió la confirmación de lo que ya informalmente le habían comunicado por teléfono y además le informaron su misión:

El viernes 26 a las 0800 horas cumplimenté lo ordenado y luego me presenté al Sr. Almirante Allara. En ese momento tuve la confirmación: debía embarcarme con los efectivos que irían a recuperar las Islas Malvinas del invasor británico, y ya tenía asignado el cargo: sería el Jefe del Apostadero Naval Malvinas.<sup>27</sup>

Lógicamente Gaffoglio fue uno de los pocos que no se sorprendió con la noticia. De hecho, la recibió con entusiasmo porque hacía tiempo que venía preparándose para la función — ya hacía dos años que viajaba frecuentemente a las islas, y las conocía como la palma de su mano—, pero también con cierta alarma y preocupación por las consecuencias que semejante acción podría provocar:

Además me hubiese gustado que me escucharan, porque yo tenía la certeza de que Inglaterra y Estados Unidos eran una sola potencia, que había una ligazón, que yo la viví ahí, hablando con los norteamericanos, que hablaban mal de nosotros, que hablaban... por qué? Porque para ellos Inglaterra es como decir un Estado más de ellos, y si alguien tenía idea de pensar que los americanos podían ser prescindentes, yo no era de esa opinión.<sup>28</sup>

Luego de enterarse de la noticia, Gaffoglio se reunió con el comandante del Crucero General Belgrano, el capitán Héctor Bonzo, con quien tenía que redactar el Anexo “Apostadero Naval Malvinas” para la Orden de Operaciones y además porque él era quien debía proveerle el personal necesario para la unidad que estaría a su cargo: “De la dotación del Crucero ARA “General Belgrano” provino la mayoría de los Oficiales de la Plana Mayor y dotación del futuro Apostadero Naval Malvinas, que me fue asignado.”<sup>29</sup>

En realidad, finalmente no fue tan así. Si bien la designación del personal la realizaron tripulantes del Crucero, sólo 10 de los 19 convocados provino de ese destino. De hecho, el

---

<sup>27</sup> Relato del Capitán de Fragata Adolfo Aurelio Gaffoglio, op. cit., p. 322

<sup>28</sup> Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30 de noviembre de 2007. Como explicamos, el hecho de tratarse de un militar de alto rango y de los profundos conocimientos que disponía de las islas y de relaciones internacionales, pueden explicar esta mayor reflexión sobre las consecuencias del desembarco, en comparación, por ejemplo, a aquellos que decidieron la operación basándose en los dos supuestos desarrollados. Pero también, es necesario tener en cuenta lo que indicamos en la Introducción, que todo testimonio es una reconstrucción realizada desde el presente del pasado vivido, con lo cual dicha percepción puede ser una evaluación *ex post* realizada a partir de la información que se dispone en el presente, pero que dudosamente se disponía en 1982.

<sup>29</sup> Relato del Capitán de Fragata Adolfo Aurelio Gaffoglio, op. cit., p. 323

capitán Bonzo designó a tres oficiales para el futuro Apostadero –según las especialidades que le había indicado Adolfo Gaffoglio– dos de los cuales no eran del Crucero: el contador Julio Numer, que trabajaba en la administración de la Base, el bioquímico Roberto Coccia del Hospital Naval Puerto Belgrano, y, por último, el electricista Hugo Peratta, el único que provenía del buque.

Hugo Peratta, que era en ese momento jefe de la división electricidad del Crucero, recuerda las instrucciones recibidas y la poca información que le dieron: “Agarré mi auto y me fui al barco, y me encontré con él [el capitán Bonzo] y me dijo ‘Lo voy a enviar a una misión importante, secreta, júntese 20 hombres’ nada más que eso me dijo [...] Me dijo ‘tienen que ser de tal profesión, de tal...’.”<sup>30</sup>

Por lo tanto, Hugo era la persona encargada de buscar y elegir un grupo de aproximadamente 20 efectivos que fueran tripulantes del Crucero para la misión. Pero la tarea no era tan sencilla como podía parecer a primera vista, ya que el buque estaba en reparaciones desde mediados de febrero y por lo tanto el personal del que disponía era realmente muy reducido, porque la gran mayoría estaba de licencia. Con lo cual luego de designar a algunos tripulantes del Crucero –10 en total–, Hugo tuvo que comenzar a “vagar” por la Base buscando efectivos que estuvieran de guardia:

Algunos los saqué del Belgrano y después me fui. Era un día sábado, había poca gente a bordo, entonces me fui a los lugares que estaban en frente del barco, eran unos destinos que habían frente al barco, por ejemplo, la estación de incendios era una, donde se hacen los cursos, otra era la estación de buceo, y fui ahí, elegí ahí viste [...]... del Destacamento Naval de Playa. Entonces fui ahí, hablé con el más antiguo y le dije que tenía orden por el comandante del Crucero [...] y que me diera a dos hombres cualquiera. Entonces todos me daban “tomá uno, tomá dos” y así junté los 20, y con esos 20 fuimos a Malvinas. Y... después se reunió Coccia con Numer.<sup>31</sup>

Como explica Hugo, uno de los destinos frente al buque era el Destacamento Naval de Playa, de donde provinieron 5 de los integrantes del que sería el grupo pionero del Apostadero. Uno de los convocados, el cabo Sergio Fernández, recuerda el momento en que le avisaron de su repentina partida:

S: A mí me dijeron que me despida de la familia, que era un ejercicio, que nos íbamos a Ushuaia, [...] yo lo único que sabía era que iba a un ejercicio.

E: ¿Y pudiste agarrar tu bolso personal?

---

<sup>30</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 11 de septiembre de 2007

<sup>31</sup> Idem



S: Sí, sí, tiempo hubo, me despedí, hice de todo.<sup>32</sup>

El cabo Ramón Ramero fue otro de los que convocaron “de pasada”, “al boleo” —en palabras de Roberto Coccia<sup>33</sup>:

El 26 de marzo del ‘82 yo vengo de hacer la estafeta y me cruzo con el jefe [del Destacamento Naval de Playa], que era un guardiamarina [...] Y me dice el jefe, me dice “Romero preséntese en el Crucero Belgrano en comisión.” [...] Me fui al Crucero Belgrano, me encuentro en comisión del Destacamento Playa, ya habían dos o tres al lado del buque. [...] Viene un oficial y nos dice “nosotros, este grupo, vamos a ir de apoyo logístico a una estancia en Tierra del Fuego. Y vamos a ir a hacer maniobras...” [...] “Tengan todo el equipo preparado”, el equipo es una bolsa de lona donde tenías todas tus cosas personales. [...] Nos dicen “Esto no lo comenten con nadie. Es una misión secreta, pero no lo comenten con nadie. Nos van a dejar en una estancia en Tierra del Fuego, y ahí vamos a recibir órdenes y ver qué tenemos que hacer.”<sup>34</sup>

Algunos de los convocados tuvieron la posibilidad de regresar a sus casas para despedirse de sus familias, siempre y cuando quedaran en la zona y “a la orden”. Muchos recuerdan la despedida con sus familias y seres queridos como una más antes de las tantas prácticas que hacían habitualmente. En general, las despedidas no tuvieron nada de extraordinario:

Yo me fui a la casa de mi novia, preparé todo, le dije “nos vamos a ir de práctica así que tenemos que tener todo preparado”. Y al otro día... en ese momento estaba viendo los cimientos de la que iba a ser la habitación nuestra. Y al otro día [...] un cabo de uniforme [...] Me dice “te tenés que presentar mañana a las 8 de la mañana con todo el equipo.” El equipo es, viste, el bolsón, listo para embarcar. Así que quedaron los cimientos abiertos de lo que iba a ser la pieza. [...] Fue una despedida más, un saludo y listo si nos íbamos a hacer prácticas y venimos.<sup>35</sup>

Finalmente, el domingo 28 de marzo, se reunieron por primera vez los 20 integrantes del futuro Apostadero Naval Malvinas —incluido su jefe— en el Crucero General Belgrano. El grupo estaba conformado por 4 oficiales, 15 suboficiales, y un conscripto, todos ellos de distintas especialidades y diferentes destinos de la Base Naval Puerto Belgrano, con la excepción del jefe

---

<sup>32</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007

<sup>33</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>34</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>35</sup> Ídem

que hasta ese momento trabajaba en el Edificio Libertad en Buenos Aires<sup>36</sup>. En la reunión, Adolfo Gaffoglio les dio algunas indicaciones a los convocados y les comunicó lo poco que les podía decir:

“Bueno, ustedes están, a partir de este momento, bajo las órdenes mías. Dejan de pertenecer al Crucero General Belgrano –digo– y tienen que buscar elementos y provisiones para ir de campaña”. “¿Cuánto tiempo y adónde, señor?”, “¿cuánto tiempo? Hágale dos semanas” –estuvieron medio año– “¿y para qué temperatura?” “fría” –entonces los tipos asociaron con el Beagle, no?– “Ustedes vayan preparándose.”<sup>37</sup>

El oficial Roberto Coccia no podía entender para qué necesitaban un bioquímico en un ejercicio de supervivencia y, en cambio, no había ningún medico en el grupo. Luego de un arduo trabajo de convencimiento, Roberto logró obtener alguna información extra:

Yo digo “¿a qué va un bioquímico a formar una comisión?” [...] Yo le preguntaba [a Gaffoglio] para qué iba: “¿yo a qué voy -le digo- un bioquímico?”. “No, vamos a un lugar al sur, a una comisión”, “¿cuánto tiempo?”, “no sé”, “¿a qué?”, “no sé”. Entonces yo digo “pero yo señor ¿a qué voy como bioquímico?”, porque no había médicos, yo veía que éramos el grupito y no había médicos, y “¿a qué voy?”. “No –dice– usted... ya vamos a ver” me decía. Hasta que un poco antes me dice “usted va a hacer análisis de agua”, “análisis de agua?!” –le digo yo– “¿pero yo con qué voy a hacer un análisis?!”. “Ah, no sé, trate de solucionar el tema ya”. Le digo “¿pero donde vamos, hay electricidad?” “ah, no sé”. Entonces salí corriendo al hospital [...] a buscar elementos para poder hacer los análisis.<sup>38</sup>

Evidentemente, información no era justamente lo que abundaba. Pero lo que sí comenzaron a multiplicarse fueron los rumores acrecentados por el absoluto secreto que rodeaba la operación. El espectacular movimiento que podía verse ese día en la Base, no sólo de elementos de Marina sino también de Ejército, daba realmente qué pensar:

Nos llamaba la atención el movimiento, era algo impresionante. Nos llamó la atención “¿Para una práctica semejante movimiento? Y bueno, será un práctica conjunta”. Porque había gente del Ejército, los camiones del Ejército cargaban cosas y víveres y municiones y todo, barcos cargaban

---

<sup>36</sup> Cf. Relación del personal naval que el 2 de abril de 1982 constituyó el APOSVINAS, Anexo III.

<sup>37</sup> Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30 de noviembre de 2007

<sup>38</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

de todo. Pero era impresionante el movimiento que había, y yo digo “y bueno, será un práctica conjunta, una práctica grande.”<sup>39</sup>

Finalmente, ese domingo a las 18 horas una gran flota compuesta por ocho unidades, que trasladaba cientos de efectivos de la Armada y un pequeño grupo de Ejército<sup>40</sup>, partió rumbo al sur. El grupo de 20 personas que iban a conformar el Apostadero estaban embarcados en el rompehielos Almirante Irizar, específicamente estaban alojados en un laboratorio del buque donde pasaron los 5 días de navegación:

El buque lleno de gente en los pasillos, en todos lados. A nosotros nos dieron un laboratorio para dormir, porque viste como es un buque que hace investigaciones científicas... [...] Y después de 3 días de navegación, que nos tocó una navegación, era un temporal, vos no sabés lo que fue eso, ese viaje... [...] Nosotros nos parábamos arriba, viste que es como un edificio y arriba donde está el puente, el coso de control, bueno la trompa, digamos, la proa se clavaba en el agua y salpicaba hasta allá arriba, y en la parte de atrás donde tiene la popa, el piso de atrás, cuando el buque se levantaba llegaba hasta allá arriba, pero era impresionante. El buque llevaba dos helicópteros grandes para poder desembarcar; a uno de los helicópteros se le cortaron las lingas [...] y no sirvió, pudieron usar uno sólo. Para que te des una idea, era un temporal tremendo.<sup>41</sup>

El clima no acompañó a la operación: un tremendo temporal azotó a los buques esos días, lo que terminó provocando el cambio de la fecha del desembarco en las islas del 1º al 2 de abril. Como consecuencia de la tormenta, algunos la pasaron realmente muy mal, sobre todos aquellos que no estaban acostumbrados a navegar, los que no estaban “amarinados”. Pero también esa primera dificultad dio pie para que se produjeron los primeros contactos entre los integrantes del grupo, para comenzar a conocerse y construir los primeros vínculos:

Una navegación malísima, el barco saltaba, rebotaba en el agua, hacía patitos, hacía ochos, hacía así, viste, cabeceaba [...]. Era terrible, terrible era, yo me descompuse, estuve tres días más o menos tirado arriba de la cama, en una cama ahí, doblado, que no sabía para dónde ir, ni me podía mover. [...] Y el otro oficial que era Peratta [...] venía caminando como si nada pasara, me venía a traer pan y pechuga de pollo, me metía pechuga de pollo en la boca y pan, me dice “dale,

---

<sup>39</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>40</sup> Las unidades navales que participaron en la Operación Rosario fueron: el buque de desembarco Cabo San Antonio, el rompehielos Almirante Irizar, el transporte Isla de los Estados, los destructores Hércules y Santísima Trinidad, las corbetas Drummond y Granville y el submarino Santa Fe. En cuanto al personal militar, participaron efectivos del Batallón de Infantería de Marina N°2 y N°1, comandos anfibios y buzos tácticos y una sección del Regimiento de Infantería N° 25 de Ejército.

<sup>41</sup> Idem

comé, comé que esto...” “agua...” decía yo. Tragaba lo que podía, quería agua, estaba seco, “no agua, no podés tomar –dice– comé”. Y de golpe, se me pasó, el día 1º a la tarde se me pasó todo, al mediodía.<sup>42</sup>

Por ende, los integrantes del grupo que estaban encerrados en el espacio reducido del laboratorio, que nada podían hacer durante la navegación, comenzaron a conversar, a conocerse: “Así que ahí navegamos los 4 días, hasta el 2 de abril navegamos en ese laboratorio, durmiendo en el piso adentro de las bolsas de dormir [...] Así que nos conocimos ahí, y bueno, vos compartís, nos empezamos a conocer en el momento”.<sup>43</sup>

En cambio, la navegación de Adolfo Gaffoglio fue bien diferente. Los días previos al desembarco tuvo una febril actividad: participó de diversas reuniones, asesoró a los distintos comandos de las unidades que participarían el 2 de abril sobre las características geográficas y morfológicas de las islas, propuso formas y lugares de desembarco, en fin, su gran conocimiento del terreno –algo que la gran mayoría no disponía– lo convertía realmente en una pieza clave de la operación. De hecho, los informes que había elaborado sobre cuestiones militares y estratégicas, y sobre las características económicas, sociales, políticas y culturales de los isleños, fueron materiales fundamentales en la planificación del desembarco.

El 1º de abril, el quinto día de navegación, para disipar la incertidumbre y enfrentar los miles de rumores que corrían en los buques<sup>44</sup>, el Almirante Büsser, el Comandante de la Fuerza de Desembarco, por fin develó el misterio por altoparlante, en una conocida arenga:

Nuestra misión es la de desembarcar en las Islas Malvinas y desalojar a las fuerzas militares y a las autoridades británicas que se encuentran en ellas. Eso es lo que vamos a hacer. El destino ha querido que seamos nosotros los encargados de reparar estos casi 150 años de usurpación. En esas islas vamos a encontrar una población con la que debemos tener un trato especial. Son habitantes del territorio argentino y por lo tanto, deben ser tratados como lo son todos los que viven en Argentina. (...) Serán duros con el enemigo, pero corteses, respetuosos y amables con la población de nuestro territorio, a los que debemos proteger. (...) No dudo que el coraje, el honor y la capacitación de todos ustedes nos darán la victoria. Durante mucho tiempo hemos estado adiestrando nuestros músculos y preparando nuestras mentes y nuestros corazones para el momento supremo de enfrentar al enemigo. Ese momento ha llegado. Mañana ustedes serán los

---

<sup>42</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>43</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>44</sup> Un conscripto de Ejército que estaba embarcado en el Cabo San Antonio, recuerda los rumores que corrían en los momentos previos a la confirmación de la misión el 1º de abril: “En ese momento ya era un secreto a voces, pero no teníamos nada confirmado. Se rumoreaba que había problemas en las Georgias con el desguace de una fábrica ballenera.” Testimonio de Guillermo Huircapán, soldado clase 62, en: Speranza y Cittadini, *Partes de guerra. Malvinas 1982*, p. 26.

vencedores. Mañana mostraremos al mundo una fuerza argentina valerosa en la guerra y generosa en la victoria. ¡Que Dios los proteja! Ahora dirán conmigo: ¡Viva la Patria!<sup>45</sup>

Al enterarse de la ocupación militar de Malvinas, las reacciones de los miembros del grupo del Apostadero fueron diversas, y, en muchos casos, estuvieron relacionadas con el significado que Malvinas tenía para cada uno de ellos y, también, con el conocimiento que disponían de relaciones internacionales, y particularmente de la potencia enemiga.

Así, muchos de ellos reaccionaron con entusiasmo, emoción y orgullo por convertirse en protagonistas de un hecho histórico: la recuperación de territorios largamente reivindicados por nuestro país. La frase “las Malvinas son argentinas” que habían escuchado una y otra vez en la escuela y que tenía mucho de aspiración, ahora se hacía patentemente presente y se divisaba una posibilidad para volverla realidad en la práctica:

En ese momento fue un *flash* [...] de cosas de la escuela primaria donde nos enseñaban que las islas eran nuestras. Y de un documental, una propaganda del noticiero argentino que había visto en la película que me habían llevado en la escuela San Francisco a ver, que los *boy scouts* de... no sé si era de Puerto Belgrano... pero eran *boy scouts* navales le regalaban unos botecitos a los *scouts* de las islas, los hijos de los *kelpers*, y mostraban unas imágenes hermosas de toda la costanera de las islas. Y yo de chico cuando vi eso [y] dije “algún día voy a estar ahí”. Y en ese momento que nos dijeron que íbamos a recuperar las islas, fue ese *flash*, y esa imagen que la tenía grabada, me vino una emoción tremenda, muy grande. No sólo mía sino de todos, una emoción.... Uno en ese momento no medía las consecuencias de... que iba a ser una guerra, nosotros íbamos a recuperarlas y era la emoción de recuperarlas.<sup>46</sup>

Como explica Ramón, este entusiasmo por el significado histórico de la acción también escondía en muchos de los protagonistas otra percepción: la poca conciencia que ese enfrentamiento podía ser el primer paso de una escalada bélica. Era lógico que no pensarán en esas consecuencias: si ya los altos mandos militares no consideraban una reacción británica como una posibilidad cierta, menos aún tenían por qué percibir ese desenlace los subordinados. El profesional Roberto Coccia también recuerda esa sensación triunfalista, que no medía consecuencias:

El momento ese fue espectacular, nos sentíamos como si fuéramos los de, no sé, los grandes conquistadores, era una sensación, no es cierto, que teníamos interna, bárbara [...] Todos nos

---

<sup>45</sup> Op. cit., p.27

<sup>46</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

sentíamos, te podés imaginar cómo nos sentíamos todos en ese momento, era una sensación de triunfalismo, de alegría, éramos parte de la historia. [...] En ese momento miedo, para nada, no [...] Íbamos contentos, no sé qué habrá sentido la gente que tuvo que desembarcar a la madrugada, y eso no lo puedo decir. Pero miedo, no, yo en ese momento miedo para nada. Y bueno, todo bárbaro.<sup>47</sup>

Sin embargo, no todos reaccionaron de la misma manera. En otros casos, la excitación no estuvo exenta de preocupación, incertidumbre y confusión por la poca información que disponían, como recuerda Sergio Fernández: “No tenía ni idea. Por un lado, pensaba que participar era lindo, lo mejor fue eso. Pero igual como ya ves las películas, sabía que iba a traer consecuencias eso, no se iban a quedar con las manos cruzadas, yo había visto muchas películas de guerra.”<sup>48</sup>

Aún sin imaginarse una guerra, Hugo Peratta vivió la noticia con preocupación. Su inquietud se fundaba en que conocía a Inglaterra, ya que entre los años 1977 y 1978 había vivido allí y había trabajado en sus talleres, por lo tanto conocía perfectamente el potencial bélico del país, y, lo que tal vez era más relevante aún, la idiosincrasia inglesa:

En un primer momento estaba muy confundido de cuál iba ser la política, la guerra no lo había pensado todavía. Había pensado o charlaba con Roberto [Coccia] que estábamos juntos, la cuestión de política, a ver qué iba a pasar, qué iba a hacer el gobierno, si por ahí viste, como quisieron hacer en varias oportunidades que quería este... plantar tres banderas, parar la guerra, en fin, hacerla por las buenas, no? Charlábamos de eso, y pensábamos que eso era lo más lógico, porque pelear contra Estados Unidos y contra los ingleses, más los que conocemos los países, que yo estuve un año con los ingleses en bases militares. Yo sabía cómo eran, cómo pensaban, una serie de cosas, viste. Sabía que los tipos venían, no se la iban a comer, estaba seguro de eso, y entonces, estaba seguro, que mis superiores también pensaban igual que yo. Pero oh sorpresa, pensaban para la mierda!.<sup>49</sup>

Es importante aclarar que algunos integrantes del Apostadero coinciden en que se enteraron que iban a ocupar Malvinas por la arenga de Büsser, mientras otros no recuerdan la arenga y en cambio dicen que Adolfo Gaffoglio fue quien les dio la noticia en una reunión<sup>50</sup>.

---

<sup>47</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>48</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007

<sup>49</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 11 de septiembre de 2007

<sup>50</sup> Aquí encontramos uno de los ejemplos paradigmáticos de las resignificaciones y reconstrucciones de lo vivido que surcan todo testimonio oral. De hecho, la arenga de Büsser efectivamente tuvo lugar y fue quien informó sobre la operación a las tropas convocadas, pero algunos de los integrantes del Apostadero recuerdan que el portavoz fue su jefe,

Más allá que haya sido antes o después de la arenga, la reunión de Gaffoglio con los 19 futuros integrantes del Apostadero efectivamente tuvo lugar, y de hecho fue el momento en que el grupo se enteró de su destino en las islas y de su misión el 2 de abril:

Ahí nos juntamos nuevamente con él [Adolfo Gaffoglio], y ahí nos empieza a dar las instrucciones. Nos dice que bueno “este grupo vamos a ser parte de... vamos a pasar a ser el Apostadero Naval Malvinas”, ese iba a ser nuestro nombre [...] “Tenemos que hacernos cargo del puerto, vamos a sacar a los ingleses de las islas, si tienen que tirar tiros, tírenle” [...] Nosotros llevábamos a un bioquímico que es Roberto Coccia [...] que tenía que analizar que el agua no estuviera envenenada. [...] Y bueno entonces nos dice “nosotros vamos a desembarcar, el helicóptero nos va a dejar en... al lado de la casa del gobernador que hay una cancha de fútbol—dice— Si escuchan tiros, refúgiense en una ligustrina que hay alrededor, después nos vamos a trasladar hasta el puerto, vamos a sacar a los ingleses, y nos vamos a hacer cargo del puerto.”<sup>51</sup>

Además de encargarse de la toma del puerto de la capital de las islas y de establecer allí el Apostadero Naval Malvinas, algunos de los miembros del grupo al mando de Peratta debían encargarse de la toma de la usina eléctrica, la que luego operarían —función coherente con la especialidad de Hugo:

H: Y recién hablé 10 horas antes que me llamó y me dijo lo que iba a hacer [Adolfo Gaffoglio], qué misión tenía y adónde íbamos [...] Mi misión era tomar la usina.

E: Tenías que ir con los 20.

H: Pero no con todos los 20, parte iban a tomar el puerto, parte quedaban en el puerto, y yo con 3 o 4 o 5 me iba a ir a tomar la usina.<sup>52</sup>

Entonces, una parte del grupo debía encargarse de tomar el puerto y establecer allí el Apostadero, y otros de hacerse cargo de la usina. Ahora bien ¿con qué armas iban a cumplir la misión? Ya que como supuestamente era una práctica habitual, el grupo sólo había llevado el bolso personal y había dejado las armas en sus destinos. Por lo tanto, ni bien se enteraron de la noticia, los oficiales se pusieron en campaña para conseguir algún tipo de armamento y tuvieron que ingeniárselas buscando en los recovecos del buque:

---

Adolfo Gaffoglio, un individuo que tuvo un rol más significativo y relevante que el distante Comandante de la Fuerza de Desembarco.

<sup>51</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>52</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

Entonces consigue los fusiles de desfile que tenía el buque [...] Era fusiles... no eran los FAL que tenían todos, eran los *garand beretta*, fusiles de la Segunda Guerra Mundial, pero funcionaban. [...] El encargado del armero [...] tenía que darnos las armas del buque para nosotros y no quería. Entonces, dice, “bueno –dice– yo les doy las armas, pero los correaes de gala no”. Porque viste para desfilas tienen unas cintas blancas, un cinturón blanco, con el coso blanco donde se ponen los cargadores. “No, no, las cosas de gala, no, yo les doy el fusil y los cargadores”. Así que le sacó la correa.<sup>53</sup>

Ahora bien, el hecho de conseguir fusiles para todos –aunque fuera sin un elemento fundamental como son los correaes que permite tener las manos libres– no solucionaba inmediatamente todos los problemas, como explica claramente Roberto Coccia:

La orden era hacernos cargo del puerto de inmediato. Y teníamos que... íbamos armados, nos dieron armas, a veces, por ahí dicen que...lo que pasa es que a los ehh... al personal militar de carrera le dieron este... estaba preparado para las armas. Yo era bioquímico, más allá de que yo sabía tirar y todo eso, yo no estaba preparado como el personal militar de carrera para tirar, pero yo iba armado.<sup>54</sup>

Era lógico: estas 19 personas –sin contar al jefe– eran personal técnico y profesional– eran constructores navales, bioquímicos, contadores, electricistas, maquinistas, marineros, furrieles, entre otros– muchos de los cuales hacía tiempo que no tenían contacto con un fusil, y ahora tenían la función de tomar las instalaciones portuarias de Puerto Stanley.

Esas fueron las primeras de una serie de dificultades que tuvieron que enfrentar los miembros del Apostadero debido a las desorganizaciones y desprolijidades que caracterizaron el desarrollo del conflicto, sobre todo por el excesivo secreto que rodeó a la operación. Y todavía ni siquiera habían desembarcado.

### ***El 2 de abril***

En la madrugada del 2 de abril, los efectivos de Marina y de Ejército desembarcaron en Puerto Harriet y en el aeropuerto, ambos puntos próximos al objetivo principal: Puerto Stanley, la capital de Malvinas. En el avance hacia la localidad, tuvieron enfrentamientos aislados en diversos sectores de la isla, hasta que se concentraron en la casa del gobernador, donde se produjo el principal –y breve– combate, y como consecuencia, las primeras bajas de la guerra: el

---

<sup>53</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>54</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007



teniente Diego García Quiroga y el cabo Ernesto Urbina, que resultaron heridos, y el capitán Pedro Giachino, fallecido.<sup>55</sup>

Esa madrugada, aprovechando sus conocimientos de las autoridades isleñas, le habían encomendado a Adolfo Gaffoglio la misión de presentar la rendición al gobernador Rex Hunt. Sin embargo, la inutilización del helicóptero que lo iba a trasladar a las islas provocó el cambio abrupto de su misión, y terminó desembarcando bien temprano en el aeropuerto, cuando ya los enfrentamientos se estaban desarrollando en la casa del gobernador. Desde allí, se trasladó junto a los infantes de marina en vehículos anfibios hasta el lugar donde se estaba desarrollando el combate, donde fue testigo de la rendición inglesa:

Luego de unos minutos los británicos empezaron a salir con las manos en cruz y nuestros hombres los iban desarmando, luego de lo cual se colocaban boca abajo al costado del camino (...) Entré luego a la casa del Gobernador, donde existía un total desorden producido por los alimentos, equipos y latas de cerveza vacías dejadas por los británicos y esparcidas por doquier.<sup>56</sup>

A todo esto, esa mañana bien temprano, una parte del grupo pionero del Apostadero supuestamente tenía que desembarcar en la cancha de fútbol al lado de la casa del gobernador para ir a tomar el puerto y otra parte tenía que ir a tomar la usina. Pero como los enfrentamientos se extendieron más de lo esperado, tuvieron un cambio de misión, y desembarcaron en helicóptero directamente en el aeropuerto. En ese pequeño viaje –posterior al que había realizado Adolfo Gaffoglio–, muchos recuerdan la primera imagen de las islas desde el aire: “Una imagen, sí, cuando llegamos, cuando la vimos de arriba del helicóptero, la veíamos chiquititas, se van agrandando, agrandando.”<sup>57</sup>

La pista del aeropuerto estaba repleta de obstáculos –vehículos, basura, chatarra– que los isleños habían colocado para dificultar su utilización. Algunos de los miembros del grupo participaron allí de su primera misión, que era más peligrosa de lo que la primera impresión podría hacernos suponer: la limpieza de la pista del aeropuerto junto a efectivos del Ejército:

Entonces nos cambian la orden, y nos desembarcan en helicóptero en el aeropuerto, y con la gente de Seineldín que habían desembarcado en el primer vuelo, teníamos que limpiar la pista de obstáculos, porque estaba llena de chatarra...[...] Pero ahí no teníamos más que tener cuidado de

---

<sup>55</sup> Estas no fueron las únicas bajas de toda la operación, ya que durante la ocupación de las Islas Georgias el 3 de abril, falleció el cabo Guanca y resultaron heridas cinco personas.

<sup>56</sup> Relato del Capitán de Fragata Adolfo Aurelio Gaffoglio, op. cit., pp. 325-326

<sup>57</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

que no haya explosivos en la chatarra, pero no tenían, podían tener por ahí bombas cazabobos, viste, explosivas. Pero, no, era nada más que la chatarra.<sup>58</sup>

Una vez que finalizaron de limpiar la pista, el grupo permaneció en un pozo esperando que los fueran a buscar. En esos momentos, una gran incertidumbre y confusión invadió a los protagonistas: estaban en un lugar que no conocían, no tenían un mapa ni una carta para ubicarse, no sabían cuán lejos se estaban desarrollando los combates ni dónde podrían localizarse tropas enemigas; en realidad no era la mejor situación. Esos instantes fueron vividos con temor y tensión:

Y ahí nos quedamos un buen rato esperando a que nos vengán a buscar, metidos en un... como un zanjón, porque todavía había un grupo de ingleses *royal marines* que estaban escapándose, ahí cerca del aeropuerto, cerca, estarían a lo mejor a mil metros. Se sentía todavía que combatían, había tiroteos, había bombardeos, todavía algo había.<sup>59</sup>

A media mañana, finalmente, los fueron a buscar y los trasladaron hasta el puerto, destino que tenían que tomar, según la misión que les había encomendado su jefe. Pero cuando llegaron: “Gracias a Dios, llegamos y no había nadie, así que nos acomodamos, pero la orden era que sí o sí había que tomar el puerto, sí o sí”. Al igual que el puerto, la usina también había sido tomada:

Y en el helicóptero iban desembarcando grupos, sí, y yo desembarqué en el tercer o cuarto grupo con mi gente, sí? Y cuando me dirigía para tomar la usina, me informan que ya había llegado gente del Ejército nuestra. [...] Que ya la habían tomado. Y me dijeron que no vaya porque los tipos no me la iban a dar, ya habían llegado ellos. Porque ahí el que llegaba primero se hacía dueño, entonces creo que fue Gaffoglio que dice “no, no vayas, porque vas a ir...” “a ver si todavía nos matamos entre nosotros”.<sup>60</sup>

Como podemos advertir, ya desde el mismo dos de abril se comenzaron a manifestar las tensiones y rivalidades que existían entre las distintas fuerzas; de hecho, la carrera por ver quien llegaba primero a tomar y por tanto adueñarse de las pocas edificaciones de las islas es una muestra patente de ello.

---

<sup>58</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>59</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>60</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 11 de septiembre de 2007. Esta circunstancia de no haber podido tomar la usina, destino que era coherente con la formación de Hugo (electricista), es fundamental para comprender su relato, el cual está estructurado en clave de su frustración profesional. Para Hugo, su participación en la guerra fue completamente inútil, y por eso deslegitima continuamente su experiencia.

Una vez que llegaron al puerto, debían organizar las instalaciones. Pero, ¿por dónde empezar? Cierta confusión y desorientación se expandió en el grupo que antes de comenzar a organizar, quería conocer las instalaciones con que contaban. Adolfo Gaffoglio, que en esos momentos se trasladó de la casa del gobernador al puerto para reunirse con ellos, fue quien los comenzó a orientar y proveer de cierta información:

Cuando yo después se rinden todos los ingleses, todo, yo agarro un Land Rover de paracaidista, entonces voy ahí y los encuentro a ellos [el grupo pionero del Apostadero], que ellos no sabían donde estaban, en qué planeta estaban, pero yo eso lo conocía... para mí era como si fuese Belgrano, imagináte. Entonces le digo a Numer: “ubique toda la gente acá, tomemos esto”<sup>61</sup>

De allí en más, debían encargarse de organizar el Apostadero, el lugar que sería su destino militar y hogar por los próximos 73 días. Pero previamente tuvieron que realizar otras tareas que eran más urgentes e importantes en esos momentos posteriores al combate, como el traslado de los *royal marines* prisioneros, el reciclado de armamento inglés y la vigilancia de prisioneros ingleses. Por lo tanto, como podemos ver, ya desde el mismo 2 de abril, el personal del Apostadero realizó actividades de lo más diversas que nada tenían que ver con su función específica.

En cuanto al traslado de los *marines* prisioneros, fueron designados 3 cabos del grupo para realizar esa tarea a cambio de apropiarse de un camión para el puerto. Uno de los que participó, Daniel Peralta, recuerda los pormenores de la misión:

“Llegamos a las dos de la tarde pero el camión de ellos tenía impactos de bala, perdía aceite. Finalmente el chofer lo hizo andar a las seis, pero no se aclaraba con tanta tecnología que tenía y con que el volante estuviera a la derecha”. Dice Peralta que los primeros metros los hicieron con el freno de mano puesto, porque el chofer no terminaba de entender cómo se sacaba.

“Ellos [los prisioneros] se portaron muy bien, no intentaron ninguna revuelta durante el largo rato que duró la operación” (...) “Parecían contentos de volver a casa”.<sup>62</sup>

Ramón Romero, otro de los encargados del traslado y la vigilancia de los prisioneros ingleses, vivió esa misión con mucha tensión: tres cabos jóvenes que no sabían hablar inglés con fusiles atados con un cable —a falta de los correajes— claramente no se divisaban como la

---

<sup>61</sup> Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30 de noviembre de 2007

<sup>62</sup> Testimonio de Daniel Peralta, en: Herrscher, *Los Viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*, p. 34

mejor opción para trasladar a 60 *marines* al puerto. El temor y la tensión de ser víctimas de un paso en falso estuvo presente en cada uno de los minutos que duró el viaje:

Nos mandan a los tres a la casa del gobernador que nos iban a entregar un camión para nosotros, para el Apostadero. Nos entregan el camión, y dicen “pero, bueno, tienen que llevar a los prisioneros al Apostadero.” Así que me toca... [...] Yo no hablaba ni inglés, nada. Yo no sabía nada. [...] Cargamos el camión lleno, e hicimos dos viajes, adelante iba el que manejaba, y atrás éramos dos. [...] Lo llevábamos lleno y nosotros íbamos uno en cada punta, sobre las puertas, sentados así uno frente a otro con el fusil, viste, el fusil atado con el cable, y el otro en frente mío, un julepe. Yo a los ingleses ni los miraba, yo lo miraba a mi compañero y el otro me miraba a mí, un julepe teníamos. Así que los tipos habrán dicho “miren estos con un fusil atado con un piolín vienen a pelear”<sup>63</sup>

Una situación similar le tocó vivir al cabo más joven del grupo, Sergio Fernández. Ese día, Sergio recibió la orden de vigilar a un grupo de alrededor 5 prisioneros ingleses. La inexperiencia en este tipo de actividades sumada a la juventud del cabo –que sólo tenía 17 años– lo llevaron a reaccionar con inusitada violencia:

Me trajeron a los ingleses rendidos, a los comandos esos grandotes, me los dieron a mí para que los cuide hasta que se fueron a evacuar. Me acuerdo que se movió uno y agarré el fusil, porque ya te dije yo vi muchas películas, yo agarré el fusil y se quedó para atrás [...] A mí me dejaron esos 4 o 5, uno se me movió que me decía no sé qué, entonces cuando cargué el fusil, se quedó quietito otro vez, calculo que le iba a tirar, eh? Yo calculo que le tiraba, porque yo se que el primero que muere es el centinela, estaba yo de centinela, no iba a morir, si uno de ellos agarra el fusil, hace un desastre.”<sup>64</sup>

Ahora bien, si esas eran las actividades que debía realizar el personal de cuadros, los profesionales tenían que dedicarse a su actividad específica. Por tanto, el bioquímico Roberto Coccia tenía que cumplir la función para la que lo habían convocado:

En el mismo día largar el análisis de agua, pero había que esperar 24 horas por lo menos [...] Pero ya estábamos, el agua la teníamos que tomar, sino teníamos de dónde. Pero lo más importante qué era, que el agua que llegaba al puerto era el mismo agua que abastecía a la red del pueblo. [...] Un análisis de agua como la que... en aquella época, primero, que lo que se hacía

---

<sup>63</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>64</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007

era muy poco, era bacteriológico Para hacer un análisis químico [...] lleva diez días para sacar una conclusión, y la parte química, ni hablar, aparte si tenía algún contaminante químico, algún tóxico, algún veneno, eso no lo iba a notar nunca, si no tenía con qué. Todo lo que podía hacer era algo que fuera bacteriológico, que no estuviera contaminado con una *esteriquia coli*, que te puede producir una diarrea, una gastroenterocolitis.<sup>65</sup>

En realidad, los análisis llevaban 24 horas como mínimo –un tiempo del que no disponía porque la gente tenía que hidratarse ya– y además para que fuesen completos se requerían otros materiales técnicos, con lo cual Roberto terminó haciendo el único análisis de agua posible en ese momento, la prueba “in vivo”:

Y el bioquímico es el que tiene que decirle “está buena o no está”, y qué tuvo que hacer el bioquímico? Hacer la prueba más fácil: la prueba *in vivo*. Tomar el agua. Y, viste, me tomé un poco de agua, y “sí, está buena” [...] La probé, era buena. Al día siguiente le dije “hasta ahora va bien, está todo bien”. Ya está, ese fue el primer análisis y único análisis de agua que hice. Esa es la realidad.<sup>66</sup>

Una vez realizadas las actividades más urgentes para la seguridad y éxito de la operación militar, los integrantes del grupo tuvieron que encargarse de la función para la que habían sido convocados: la organización del Apostadero Naval Malvinas, la puesta en funcionamiento del puerto. Roberto Coccia recuerda la primera imagen de las instalaciones portuarias de las islas: “El puerto era una cosa rudimentaria, un galpón pegado al muelle, lleno de lana hasta arriba, y no había... y otro galpón que era de herramientas y porquerías, y este..., y había una casuchita ahí que no tenía nada.”<sup>67</sup>

De los cuatro muelles que disponía la capital de las islas<sup>68</sup>, el principal donde se concentraban todas las operaciones, era el muelle este, dependiente de la *Falkland Islands Company*<sup>69</sup>. Dentro de lo rudimentarias que eran las instalaciones portuarias en su totalidad, ese muelle era el mejor acondicionado para las actividades de descarga, y estaba rodeado por diversos galpones que servían como depósito de la mercadería que comerciaban. Daniel Peralta recuerda gráficamente la distribución del lugar:

---

<sup>65</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>66</sup> Idem

<sup>67</sup> Idem

<sup>68</sup> Los muelles que existen en la capital son conocidos como: muelle este, público, oeste y de la gobernación.

<sup>69</sup> F.I.C. de ahora en más.

El puerto [...] estaba acá al fondo, acá estaba la calle principal [avenida costanera *Ross Road*]. De este lado estaba el galpón adonde nosotros dormíamos, al frente estaba un galpón de lana, al costado estaban los baños, más adelante había otro galpón donde nosotros hicimos el reciclaje del armamento, más adelante había otro local que no me recuerdo si era oficinas, taller, no sé qué es lo que eran, y a continuación venía otro galpón adonde se guardaba la comida, y a la par del galpón [...] estaban los tanques... [...] Y al frente, frente del puerto, parándose con espalda al mar, estaban los galpones donde decían las F.I.C. Detrás de esos galpones estaba la carpintería, y a la par de la carpintería, avanzando hacia el puerto estaba un depósito de comida, de la gente del lugar.<sup>70</sup>

En un mástil cercano al puerto, la misma tarde del dos de abril, se realizó una ceremonia oficial en la que se fundó el Apostadero Naval Malvinas: “Recorrí con mi gente nuestra futura jurisdicción, hasta detenernos frente al mástil de la Compañía, hice formar al personal y arriamos la bandera británica izando por primera vez la argentina del Apostadero Naval Malvinas...”<sup>71</sup>. Según el acta de creación de la unidad, el Apostadero se creó por orden del contraalmirante Gualter Allara, el comandante de la Flota de Mar, y el jefe designado fue Adolfo Gaffoglio. En los considerandos del acta datada el 2 de abril, se indicaba:

- 1)Que las Islas Malvinas han sido reincorporadas al Patrimonio Territorial Argentino
- 2)Que las Islas poseen medios de apoyo basado en los puertos
- 3)Que algunas de dichas instalaciones, a la fecha, ya están apoyando a los buques de la flota de mar
- 4)Que se prevé como un hecho, la necesidad de utilización futura de dichas facilidades
- 5)Que es necesario conservar y coordinar dichos medios, para brindar un servicio eficiente y coherente.<sup>72</sup>

Por tanto, el Apostadero fue fundado el 2 de abril a partir de un grupo originario integrado por 20 personas muy heterogéneo en cuanto a especialidades y profesiones, rangos y destinos de los que provenían, designados con el mismo objetivo de “conservar y coordinar los medios [de apoyo basado en las instalaciones portuarias] para brindar un servicio eficiente y coherente”. El Apostadero se constituía así en la primera unidad de la Armada en las islas Malvinas, creada específicamente para la guerra, a diferencia del resto de las unidades que preexistían al conflicto, como los batallones y regimientos que participaron en el mismo. La

---

<sup>70</sup> Entrevista a Daniel Peralta, 11 de noviembre de 2007

<sup>71</sup> Relato del Capitán de Fragata Adolfo Aurelio Gaffoglio, op. cit., pp. 326-327

<sup>72</sup> Acta de Creación del Apostadero Naval Malvinas, 1/82 “B”, 2 de abril de 1982

organización del puerto y la efectiva puesta en funcionamiento fue una tarea ardua y compleja, de ensayo y error, que será llevada a cabo en la primera semana de abril.

Finalmente, luego de un día bien activo, los miembros del Apostadero querían disfrutar de un merecido descanso. Ahora bien, ¿dónde se alojarían? Como describían claramente Daniel Peralta y Roberto Coccia, varios galpones se encontraban en la zona portuaria, pero en ellos comodidades no era justamente lo que sobraba, así que los superiores del Apostadero salieron a recorrer el pueblo en busca de un lugar un poco más confortable y cálido:

Entonces entramos a dar vueltas a ver dónde... Entonces fuimos a visitar, como Gaffoglio conocía a la gente de ahí, fuimos a ver a un tipo, porque había una casa dentro del pueblo, que era de un argentino que había estado viviendo mucho tiempo, y se había ido [...] fuimos a verla [...] Entramos en la casa estaba todo, tal cual, era, impecable, no faltaba nada, [...] entonces dijo “no, acá, no, por las dudas, no”. Entonces fuimos a ver otro lugar que era de ese tipo, había unas máquinas de escribir antiguas, había una cosas antiguas, [...]. Fuimos a ver otro lugar que era otro galpón de ese tipo, que tenía como una especie de, no sé si era ferretería, o lo que era, ese galpón, estaba también todo... lleno de tierra, una mugre, [...] pero no tenía baño[...]. Bueno, íbamos a ver qué hacíamos, no sabíamos. Así que al final terminamos durmiendo en el puerto.<sup>73</sup>

En definitiva, la larga recorrida por la localidad, no dio resultados positivos ante las excesivas precauciones por las propiedades isleñas, y finalmente el grupo pionero del Apostadero terminó durmiendo sus primeras noches en “un galpón bien grande lleno de fardos de oveja, lleno de lana de oveja”<sup>74</sup>. Allí comieron y pasaron su primera noche en Malvinas los 20 integrantes del Apostadero, como recuerda Adolfo Gaffoglio: “Regresé al puerto, cené la ración de combate con mi gente y nos acostamos en bolsas de dormir.”<sup>75</sup>

El relato de Adolfo demuestra una igualdad en las condiciones en que se encontraban los integrantes del Apostadero sin distinción de rangos militares, lo que parece sugerir la existencia de una cierta horizontalización de las relaciones del grupo. De hecho, ese desdibujamiento de las jerarquías es destacado una y otra vez por los entrevistados como una particularidad propia del grupo. Comentando sobre la limpieza de la pista del aeropuerto, Roberto recuerda la siguiente situación:

Este, bueno, trabajábamos, cuando digo trabajamos todos pusimos lo nuestro, por lo menos del grupo nuestro, todos pusimos lo nuestro. Yo se que algunos otros no trabajaron, yo vi cosas, yo vi

---

<sup>73</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>74</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007

<sup>75</sup> Relato del Capitán de Fragata Adolfo Aurelio Gaffoglio, op. cit., p.329.

gente de Ejército que ordenaba, ordenaba, y terminaban trabajando los conscriptos. Por eso, la diferencia es abismal entre el conscripto de Marina y el conscripto de Ejército, pero siempre fue así, no es de hoy, de ese momento, era distinta, la formación y la relación, este, que había dentro del servicio militar, en cada fuerza, completamente distinta.<sup>76</sup>

Como podemos advertir, ya desde el relato de la primera actividad en las islas, Roberto destaca la horizontalidad de las relaciones entre el personal del Apostadero, y de la Armada en general, contraponiéndola a las relaciones de fuerte jerarquización y subordinación establecidas en el Ejército, comparación que es frecuente en las entrevistas y que parece formar parte del imaginario de la Marina. Adolfo Gaffoglio incluso propone una explicación de esa particularidad que habría en el trato de los miembros de la Armada:

Sufrí las mismas penurias que ellos, entonces este... Eso es una cosa que por de pronto, en la Armada están consustanciados, porque vos estás en un buque, que tenés los mismos avatares, si el buque se hunde, te hundís vos también, cuando el buque rola o cabecea, no es que cabecea personal, y no cabecea a... [...] a los oficiales, cabeceamos todos.<sup>77</sup>

Ahora bien, ya desde el mismo 2 de abril, encontramos una primera ruptura de esa supuesta igualdad: en la organización de los turnos de las guardias nocturnas en el exterior de los galpones del puerto –ya que el Apostadero tenía entre sus funciones la de asegurar el espejo de agua de la bahía–, el primero que resultó “beneficiado” fue el cabo más joven del grupo, Sergio Fernández. El derecho de piso seguía rigiendo ante el sacrificio de algo tanpreciado como era el descanso después de un día bien agitado.

### *Días de paz*

El 2 de abril se había creado formalmente el Apostadero Naval Malvinas en la capital de las islas, primero bautizada Puerto Rivero y después Puerto Argentino.<sup>78</sup> Pero con el mero acto formal en realidad nada estaba resuelto: había que organizar y poner en funcionamiento las instalaciones portuarias inmediatamente porque los buques tenían que fondear para cumplir con el plan original, embarcar a quienes habían participado del 2 de abril –la mayoría de los cuales regresaban al continente– y desembarcar los pertrechos, víveres, armamentos, etc., para

---

<sup>76</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>77</sup> Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30 de noviembre de 2007

<sup>78</sup> La capital de las islas en principio recibió la denominación Puerto Rivero, en honor al gaucho que peleó contra las fuerzas de ocupación británicas en el siglo XIX, y recién por decreto del 21 de abril se cambió el nombre al más neutral y unificador Puerto Argentino. Para ampliar sobre el cambio de la denominación, ver: Guber, op.cit., pp. 109-110.



abastecer al grupo reducido que permanecería en las islas, entre quienes se encontraba el personal del Apostadero.

El primer paso para la organización del puerto fue realizar una reunión con las autoridades de la F.I.C. para formalizar la expropiación de sus instalaciones y, a la misma vez, asegurar la continuidad de su funcionamiento, lo que era fundamental para la población local y también para las fuerzas militares:

Luego en la Falkland Islands Company, tuvimos una reunión con la Plana Mayor en la que les informé que a partir de ese momento la Compañía estaba bajo mi jurisdicción y les di amplias garantías para que siguiera operando. Les ordené que el supermercado West Store debía seguir trabajando y que cualquier problema con personal militar me lo hicieran saber. Se comprometieron a continuar con el expendio normal de gas-oil para calefacción y vehículos de la población y militares. Las instalaciones de la F.I.C. resultaron de mucha utilidad a nuestras operaciones durante los meses siguientes...<sup>79</sup>

Con la intención de continuar abasteciendo a las poblaciones ubicadas en distintos lugares de las islas, Adolfo Gaffoglio acordó con los capitanes de los pequeños buques ingleses que estaban allí que seguirían con su tripulación original:

El Forrest, que me embarqué, salí a navegar con el Capitán Jack Solis, le dije “usted se queda con la misma dotación”. Claro si los ingleses no reaccionaban... entonces nosotros nos quedábamos... Al gerente de la F.I.C.: “y yo estoy en ligazón permanente con Inglaterra” [...] “Y usted siga con ligazón permanente, total ¿qué puede decir usted? ¿Puede dar información sobre nosotros? Si ya lo saben ellos. Usted ocúpese de sus negocios y de abastecer [a la población]”<sup>80</sup>

El objetivo era continuar con la vida cotidiana lo más normal posible, sólo que haciéndose cargo de la gobernación y administración de las islas el reducido grupo de 500 efectivos argentinos. Al fin y al cabo, lo que se intentaba era mantener buenas relaciones con los isleños, puesto que supuestamente de ahora en más vivirían bajo gobierno argentino. En estos momentos, una reacción británica realmente no cabía en la imaginación de muchos.

Una vez formalizada la expropiación de las instalaciones, los integrantes del Apostadero tuvieron que dedicarse a organizar y aprender todo lo correspondiente al funcionamiento de un

---

<sup>79</sup>Relato del Capitán de Fragata Adolfo Aurelio Gaffoglio, op. cit., p.329. Es importante aclarar que entre otras instalaciones, la F.I.C. también contaba con la planta de combustible más importante de las islas.

<sup>80</sup>Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30 de noviembre de 2007

puerto. Los primeros días de abril fueron realmente frenéticos, confusos y muy activos para el personal del Apostadero:

Si todos los días de su permanencia en las islas fueron de dura labor para los hombres del Destacamento Naval, los de su primera semana lo fueron más aún. Hubo un cierto grado de desorganización inicial en el desembarco del 02 ABR en los referente al punto físico central de su trabajo y alojamiento en general (...) a lo que se sumó en sus tareas la carencia de una infraestructura portuaria por lo menos aceptable para proceder al alije de la carga de los buques que fueron arribando a Puerto Argentino.<sup>81</sup>

Como indican Ibáñez y Arguindeguy, los protagonistas debieron dedicarse a la que sería de aquí en más –por lo menos en abril– su actividad principal, la que más horas y hombres les llevaría: la estiba de los pertrechos que traían los buques. Tenían que descargar a hombro toda la mercadería y también cargar los equipos de los infantes de marina que regresaban y el armamento confiscado a las fuerzas inglesas. Era una tarea nada liviana, en la que todos los integrantes del grupo pionero trabajaron a la par: “El primer día no se hizo nada, el segundo día fuimos a recorrer los barquitos estos que yo te digo [los buques ingleses Forrest y Monsunen], y no sé si en el tercer día ya empezaron a llegar los barcos, adonde teníamos que descargar todo [...]. Ahí trabajábamos todos juntos, descargando, y... antes de descargar, primero seleccionamos el armamento del enemigo.”<sup>82</sup>

Además se tenían que encargar de la entrada y salida de los buques, de tomar y largar amarras, lo que implicaba aprender algo tan básico como el uso de la radio, que un bioquímico no tenía por qué saber usar:

Al otro día a las 7 de la mañana, [...] todo el mundo arriba. Tema del puerto, cómo va, porque ya venían los buques. Bueno, ahí aprendí a manejar un equipo de radio, tenía que darle entrada y salida a los buques que venían, yo no sabía, por eso digo, es decir yo era bioquímico, [...] yo no estaba preparado para determinadas cosas porque nunca lo había hecho, pero bueno aprendés, no es nada difícil. Te enseñan y aprendés. El segundo día empezamos a darle entrada a los buques.<sup>83</sup>

Al mismo tiempo que se dedicaban a la frenética actividad de carga y descarga a hombro de los pertrechos de los buques, comenzaron a construirse los primeros lazos entre los

---

<sup>81</sup> Ibáñez y Arguindeguy, *El Escalafón Naval de Intendencia en la Logística de la Guerra de Malvinas*, p.130

<sup>82</sup> Entrevista a Daniel Peralta, 11 de noviembre de 2007

<sup>83</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

integrantes del grupo pionero del Apostadero. La convivencia entre ellos inmediatamente fue muy buena, y de hecho –como indicamos previamente– gran parte de los entrevistados destacan que se trataba de “un grupo homogéneo”, es decir, un grupo en el que había cierta igualdad en el trato y una horizontalización de las relaciones, como evoca el cabo Ramón Romero: “Hasta ese momento éramos todo uno, viste, éramos los 18, éramos un grupito, casi a pesar de que había diferencias de grado y eso, éramos un grupo homogéneo.”<sup>84</sup> Incluso dormían y comían juntos en uno de los galpones del puerto: “[La convivencia era] Muy buena, muy buena, muy... sin ningún problema viste. Comíamos juntos ahí, porque la primer noche la pasamos en un galpón de mierda, lleno de lana de oveja, y ahí comíamos las latas que nos habían dado.”<sup>85</sup>

El cabo Daniel Peralta también recuerda que no era necesario el distanciamiento de las jerarquías para establecer una férrea disciplina y orden, porque las “cosas estaban como engranadas”, cada uno sabía perfectamente cuál era su rol y lo que tenía que hacer: “Parecía que estaban las cosas engranadas, en seguida te adaptabas a las circunstancias, o sea que no tenías tiempo para decir no, o evaluar esto sí, esto no, nada, directamente había que hacerlo, se hacía.”<sup>86</sup> Además durante los primeros días de abril, no se vivía una situación demasiado tensa: por el contrario, la práctica seguridad de que no iba a haber una respuesta británica y que regresarían al continente sin luchar, contribuía a la conformación de lazos y a una cotidianeidad relajada.

Sin embargo, Sergio Fernández, el cabo más joven del grupo, es quien matiza un poco esta situación que puede parecer un tanto idílica. Ya en la organización de las guardias el 2 de abril vimos que para algunas situaciones el privilegio que otorgaba el rango seguía rigiendo. Además, el cabo explícitamente indica:

S: Ya te digo, yo era el más moderno, y entre ellos mismos me dijeron “vos tenés que hacer guardias”, pero era el más moderno, después de esto le tocó a otro, pero dentro de todo estuvimos bien

E: En ese grupo [el pionero], ¿también se notaban mucho las jerarquías o vos considerás que no?

S: Los que éramos cabos, éramos cabos. Siempre está la diferencia jerárquica.<sup>87</sup>

Por otra parte, el grupo del puerto también tenía que compartir diariamente sus tiempos y espacios con otras unidades que estaban alojadas en la zona portuaria, algunas de

---

<sup>84</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>85</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

<sup>86</sup> Entrevista a Daniel Peralta, 11 de noviembre de 2007

<sup>87</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007

las cuales en un principio estuvieron supeditas al Apostadero, como el pequeño grupo encargado de las lanchas de desembarco, una sección de infantería de marina al mando de Héctor Gazzolo y un grupo de buzos tácticos bajo las órdenes del teniente Emilio Saffi. Estos grupos se anexaron a la unidad los primeros días de abril porque era necesario más personal para cubrir la jurisdicción del Apostadero que era realmente muy amplia: “... la jurisdicción del Apostadero Naval Malvinas comprendía, no sólo los muelles y la F.I.C. sino también todos los buques y embarcaciones británicas existentes, además de las instalaciones ubicadas al otro lado de la Bahía con su muelle de combustible pertenecientes a la Marina Británica [en la península de Camber].”<sup>88</sup>

Para tomar el Faro Pembroke –luego denominado San Felipe– y para dar seguridad al muelle de combustible en la península Camber frente a la capital de las islas, se anexó el pequeño grupo encargado de maniobrar las lanchas de desembarco –para recorrer la bahía– y los infantes de marina y los buzos tácticos se incorporaron para patrullar la zona.

En cuanto al primer grupo, estaba conformado por suboficiales y concriptos pertenecientes al Destacamento Naval de Playa de la Base Naval Puerto Belgrano que habían participado del desembarco del 2 de abril maniobrando las lanchas del buque Cabo San Antonio. La gran mayoría del grupo original regresó al continente y sólo permanecieron en las islas una decena de personas que se ofrecieron voluntarias por 30 días para manejar y realizar el mantenimiento de las dos lanchas de desembarco argentinas y reparar las dos inglesas. El concripto José Bustamante, uno de los integrantes del grupo, recuerda el momento en que decidió ofrecerse de voluntario:

Desembarcamos en Puerto Argentino ahí con el buque, con del Cabo San Antonio, bajamos, ahí qué se yo, y dicen “bueno, a ver –dicen– voluntarios para quedarse por 30 días, hasta mayo”. “Yo”, y un cabo segundo, y el resto, los otros se volvieron todos [...] Porque me parecía interesante. Que yo alguna vez había recordado cuando había ido que yo había escuchado de las Malvinas [...] Yo las asociaba como parte de... de... porque alguna vez una maestra [...] en cuarto grado me habló de las Malvinas, me entendés, entonces yo tenía una... noción que eso era nuestro, y que no lo teníamos.<sup>89</sup>

---

<sup>88</sup> Testimonio de Adolfo Gaffoglio, en: *Desembarco*, Separata 10, “Actuación de las secciones tiradores: 3/D/BIM2 Ec., 2-3/H/BIM3 y Sec. Marinería En Puerto Argentino- Cámber. Gesta Malvinas 82”, p.16. Es relevante destacar que el grupo de infantería de marina y los buzos tácticos sólo estuvieron bajo el mando del jefe del Apostadero hasta el 8 de abril, día en que arribó a Malvinas el jefe de la recientemente creada Subárea Naval Mavinas (Antonio Mozzarelli), de la que pasaron a depender el Apostadero, las unidades navales, junto con los dos grupos recientemente nombrados; todas ellas unidades de igual jerarquía e independientes entre sí.

<sup>89</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007.

Para José, los factores determinantes en su decisión fueron el significado que tenía Malvinas como causa irredenta y nacional adquirido en su pasado escolar –una cuestión que es común en muchos entrevistados–, además de cierta sensación de aventura que implicaba quedarse un mes en las islas de las que tanto había escuchado hablar.

Este grupo que se anexó al Apostadero y permaneció hasta el final de la guerra, pasó a vivir en un galpón sobre el muelle de la F.I.C., diferente al lugar donde dormía el grupo pionero. En realidad, el grupo de las lanchas de desembarco<sup>90</sup> nunca se integró completamente con el resto de los integrantes del Apostadero y funcionó como un subgrupo autónomo dentro de la unidad mayor. Su particular ubicación espacial –ya que vivían en el galpón de la zona portuaria aislados del resto–, su conocimiento previo –puesto que se trataba de gente del mismo destino–, y su particular actividad –se encargaban específicamente de las lanchas de desembarco–, fueron algunos de los elementos que los identificó como parte de un mismo grupo y los distanció del resto.

Con respecto al segundo grupo, la fracción del Batallón de Infantería de Marina N° 2 bajo el mando del teniente Héctor Gazzolo, el mismo se constituyó en el “Destacamento de Seguridad del Apostadero Naval Malvinas” por acta del 3 de abril. Este grupo, conformado por aproximadamente 30 efectivos, tenía como misión “brindar vigilancia y seguridad a los objetivos de responsabilidad de la Armada a fin de contribuir con las futuras operaciones a realizar en las islas”<sup>91</sup>. Por tanto, de aquí en más ellos fueron los principales encargados de las guardias nocturnas en la jurisdicción del Apostadero (tanto en el muelle de la F.I.C. como en Camber).

El tercer grupo que quedó subordinado al jefe del Apostadero durante los primeros días de abril, los 10 buzos tácticos al mando del teniente Emilio Saffi, también se encargó del patrullaje durante el día y la noche por la bahía y la península Camber.

Las primeras patrullas y guardias nocturnas que realizaron estos grupos fueron realmente muy peligrosas y se vivieron con mucha tensión: el rumor –después confirmado– que algunos *royal marines* se habían escapado y estaban en las islas escondidos preparándose para atacar cuando menos se los esperara, no era una situación fácil de afrontar. Indudablemente el temor por la presencia del enemigo se hacía aún más agudo en las guardias junto a los tanques de combustible de Camber, donde estaban aislados de la población y del resto de los compañeros. José Bustamante, uno de los conscriptos que colaboró con los buzos tácticos en una patrulla en la península, define esos momentos como los de más temor, incertidumbre y desesperación en toda la guerra:

---

<sup>90</sup> EDPV de ahora en más. Esa sigla significa Embarcación menor para desembarco de personal y vehículos.

<sup>91</sup> *Desembarco*, Separata 10, p.15.

Después me dejaron ahí como dos días también con esta gente, cuidando unos tanques de petróleo que había allí en frente también, de Puerto Argentino [...] Ahí debe ser una de las veces de que, del miedo que más tuve en mi vida debe haber sido ahí [...] Porque generalmente las noches eran frías y oscuras, entonces qué pasaba? Me habían dejado solo afuera, habían dejado uno en el tanque a 50 metros, y a mí afuera cuidando porque ellos estaban descansando en la casa. Entonces, ¿qué pasa? yo no tenía dónde resguardarme, entonces ¿qué pasa? Yo digo “a ver si vienen de acá atrás, a ver si vienen de adelante”, estaba como enloquecido, estaba bloqueado, entonces agarré y me eché, me eché cuerpo a tierra y me quedé ahí. Pero tuve temor, tuve miedo.<sup>92</sup>

Finalmente, entre los días 3 y 4 de abril regresaron la gran mayoría de las tropas y la flota que habían participado del desembarco, y sólo permaneció un destacamento mínimo conformado por el Apostadero y aviación naval –de la Armada–, una compañía de Regimiento de Infantería Mecanizada N° 25 –del Ejército– y una sección de Fuerza Aérea<sup>93</sup> para organizar la base aérea, siguiendo así al pie de la letra el plan original de “ocupar para negociar”. Con el transcurrir de los días, comenzó a hacerse evidente que ese plan era claramente impracticable y carecía de todo sustento en la realidad.

---

<sup>92</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007.

<sup>93</sup> Inmediatamente que las islas quedaron bajo las fuerzas argentinas, se designó un representante principal de cada arma: de la Fuerza Aérea, la máxima autoridad era el brigadier Luis Castellanos; del Ejército, era el gral. Américo Daher, y de la Armada era el jefe del Apostadero, el capitán Adolfo Gaffoglio, bajo cuya autoridad se encontraban todas las unidades navales en las islas. Como aclaramos previamente, en el caso de la Armada, esta situación permanecería así sólo hasta el 8 de abril, cuando arribó el capitán Antonio Mozzarelli a las islas con el cargo de jefe de la Subárea Naval Malvinas, unidad de mayor jerarquía y de la que pasó a depender el Apostadero. Por otra parte, es relevante aclarar que desde el 7 de abril la máxima autoridad en Malvinas pasó a ser el gobernador y comandante militar de las islas, el General Mario Benjamín Menéndez

## Capítulo 2

### Abril: Entre ficciones y realidades

*Porque, ya cuando dejé mi casa, cuando me bañé, me cambié, me preparé, es como que comenzó a ser una película, es como que la dimensión de la realidad, tiene como otro... otra sensación.*

Ricardo Pérez<sup>94</sup>

*La experiencia es completamente distinta a lo que uno, a lo que yo viste tenía de ver películas de guerra, te crees que sabés, pero nada que ver. Ni la lectura, ni los libros, ni las revistas ni nada.*

Roberto Coccia<sup>95</sup>

#### ***Convocatorias: un comienzo de película***

El 10 de abril mientras el presidente de la Junta Militar, el general Leopoldo Galtieri, arengaba desde el balcón de la Casa Rosada a la multitud que se había reunido en la Plaza de Mayo “si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla”, las primeras convocatorias comenzaban a llegar a los hogares de quienes irían a reforzar el Apostadero Naval Malvinas.

A medida que las negociaciones diplomáticas se tensaban, que los supuestos en los que se basaban los planes militares se revelaban sin sustento en la realidad<sup>96</sup>, y que, por tanto, la posibilidad de un enfrentamiento armado se volvía más real y próxima, fue necesario convocar más tropas para defender las islas, modificando así el plan original de dejar un asentamiento

---

<sup>94</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>95</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>96</sup> Existen diversas variables que pueden explicar lo ampliamente infundados que eran los supuestos del plan original de la Junta. Entre los más importantes, figuran que la primer ministro de Gran Bretaña Margaret Thatcher no dejaría pasar una oportunidad como esta para cimentar la legitimidad perdida al interior de su país, y también para “reafirmar su condición de actor con responsabilidades globales que la comunidad internacional (y gran parte de la opinión pública y las elites inglesas) percibían como declinante”. Una vez que las autoridades inglesas decidieron responder al que consideraban “país agresor”, era cuestión de tiempo para que EEUU decidiera apoyar a su tradicional aliado y uno de los principales miembros de la OTAN. Novaro y Palermo, op. cit., p. 429. Existe una extensa bibliografía que trata sobre las negociaciones diplomáticas en la guerra, entre otros ver: *Informe Rattenbach*; Bosoer, *Malvinas, Capítulo Final (I-II)*. *Guerra y Diplomacia en Argentina (1942-1982)*; Cardoso, Kirschbaum y Van der Kooy, op.cit.; Cisneros y Escude, op. cit.; Costa Méndez, *Malvinas. Esta es la historia*; Freedman y Gamba-Stonehouse, op. cit.

de sólo 500 personas. Aproximadamente 13.000 efectivos<sup>97</sup> fueron trasladados a Malvinas, la mayoría de los cuales eran tropas terrestres que pasaron a conformar el dispositivo defensivo que se desplegó en un sistema de trincheras alrededor de la capital de las islas<sup>98</sup>.

El incremento de las tropas en las islas conduciría lógicamente a un aumento del apoyo logístico: una mayor cantidad de aviones y buques fueron enviados a Malvinas. Estos últimos con tropas pero principalmente con pertrechos, víveres, armamentos y todo aquello que se consideraba necesario para habitar las islas por un tiempo indeterminado. Las 20 personas que originariamente conformaban el Apostadero se comenzaron a divisar como claramente insuficientes ante la cantidad de trabajo acumulado, y por lo tanto, fue necesario convocar a nuevos efectivos para colaborar en el trabajo de descarga de los buques.

Desde el 10 de abril hasta fines de ese mes fue convocado el personal que viajaría para integrar el Apostadero. El conscripto Claudio Guida recuerda el momento en que recibió la noticia:

Cuatro de la mañana me tenía que levantar. A las 3 suena el timbre de la casa de mi vieja donde yo vivía, el mozo de la camareta de oficiales del Liceo Naval “¿qué hacés flaco?”. Yo lo miraba y no podía entender qué hacía acá, con una camioneta verde, el flaco L., camada mía, con un cola al lado, un pibe más chiquito, quinta tanda, y otro pibe que estaba así [se agarra la cabeza] Yo salgo en camiseta porque me estaba vistiendo, 3 y media de la mañana [...] “¿qué hacés Grandote? Te vine a buscar” “¿qué pasó?” dice “no, parece ser que llegó un despacho y parece que te vas para el sur” “me estás jodiendo?!” “no, no”.<sup>99</sup>

Pero no todos se enteraron inmediatamente del destino al que habían sido convocados. El conscripto Alejandro Diego recibió un telegrama de citación en su casa que no daba más información que la estrictamente necesaria:

El 11 de abril, domingo, llego a mi casa, y mis viejos me muestran una nota, un telegrama, que decía que tenía que ir al Edificio Libertad esa misma noche. No sabíamos por qué era [...] Bueno

---

<sup>97</sup> La cifra de los efectivos totales enviados a las islas varía según la fuente que utilicemos, por tanto la consignada es un término medio entre las que se enumeran a continuación. Balza indica que según las cifras oficiales de las Fuerzas Armadas, los efectivos trasladados fueron 14.200 en total; Moro habla de 12.200; Ceballos y Buroni indican que, según las cifras oficiales del Ejército, los efectivos totales fueron 13.100 efectivos, incluyendo las otras dos fuerzas. En: Balza, *Malvinas. Gesta e incompetencia*, p.287; Ceballos y Buroni, *La medicina en la guerra de Malvinas*; Moro, op. cit., p. 156.

<sup>98</sup> En el Capítulo 4 ampliaremos sobre la estrategia defensiva de las fuerzas argentinas.

<sup>99</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007. En la Armada, los convocados para realizar el servicio militar obligatorio iban ingresando en distintas tandas a lo largo del año. Así, en el vocabulario propio de la “colimba”, se le decía “camada” a los compañeros que ingresaron en la misma tanda, y “cola” a los conscriptos que ingresaron en tandas posteriores.



voy, y llego ahí a meteorología, y me dicen “Diego, te vas a la guerra, te vas a Malvinas, tenés un nuevo destino el Apostadero Naval Malvinas.”<sup>100</sup>

El conscripto Julio Casas Parera, que había sido convocado por teléfono, también recuerda vívidamente el momento en que le dieron la noticia: “Y busco al suboficial, me presento, y me dice ‘te tengo, te tengo malas noticias, me parece que los mandan a las Malvinas’, en ese momento yo estaba así... no registré nada.”<sup>101</sup>

La convocatoria fue recibida con gran sorpresa por la gran mayoría de los entrevistados: el hecho de pertenecer a destinos logísticos, no combatientes, de dedicarse a tareas administrativas, ser cocineros, lavaderos, peluqueros, maquinistas –entre muchas otras– explica que la posibilidad de ser convocados no entrara en su imaginación: “¿para qué iban a necesitar un furriel?” dicen Claudio Guida y el cabo Ricardo Rodríguez, “me sorprendió porque estaba acomodado en meteorología” afirma Alejandro Diego, estaba “en un destino no operativo, no combatiente” afirma Julio Casas Parera<sup>102</sup>.

A la sorpresa le siguieron diferentes reacciones. El conscripto Ricardo Pérez recibió la noticia con una mezcla de entusiasmo y orgullo por participar de un hecho que consideraba histórico: su deseo de participar en el mismo era tan fuerte, que unos días después de la Operación Rosario se había inscripto en el listado de voluntarios:

Ese día creo era domingo [el 2 de abril], no me acuerdo bien, yo me acuerdo que ese día, era feriado, y al día siguiente volví a la colimba, y todo normal, la interna [...] Bueno, ahí vino un momento particular, porque ahí es donde pensé “¿qué mierda hago?”, yo sabía que era un momento histórico, que se daba una vez en un siglo o cada dos, o nunca, y... lo consideré importante, esto fue... quizás con la gente equivocada.<sup>103</sup>

La percepción del significado histórico del hecho –una cuestión nacional largamente reivindicada– y también la poca conciencia de lo que podía llegar a suceder de desarrollarse los acontecimientos, lo instaron a Ricardo a presentarse como voluntario:

---

<sup>100</sup> Entrevista a Alejandro Diego, 26 de noviembre de 2007.

<sup>101</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>102</sup> En esos momentos, el conscripto Claudio Guida se desempeñaba como furriel en el Liceo Naval de Río Santiago (La Plata), el cabo Ricardo Rodríguez hacía lo propio en la Base Naval de Puerto Belgrano, el conscripto Alejandro Diego realizaba tareas administrativas en el área de meteorología en el Edificio Libertad, y el conscripto Julio Casas Parera se desempeñaba como cocinero y mozo en el Apostadero Naval Buenos Aires. Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007; Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007; Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007; Entrevista a Alejandro Diego, 26 de noviembre de 2007.

<sup>103</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

Fuimos [Ricardo y un compañero, Marcelo Padula] a una oficina en el edificio, [...], y, nos atendió un suboficial creole. Y le dijimos “nos queremos anotar para ir a Malvinas”, así, nos miró y nos dijo “¿están seguros?” “sí”. Con Padula, le hinchábamos las bolas a un cabo [...] y... no, al final no se anotó el gordo, calculó... Lo que pasa es que nos agarraron a nosotros y nos dijeron “no sean boludos, cuando los necesiten los van a llamar y qué se yo”, nosotros en la inconciencia.<sup>104</sup>

Por lo tanto, para Ricardo, su convocatoria no fue más que un sueño cumplido:

El 26 de abril, el cumpleaños de mi hermana [...] llego a casa me acuesto a dormir, iba a ir para el colegio, cosa de locos, de la secundaria... Me acuesto a dormir y viene mi vieja y me dice, a mí me dicen Tato en casa, “Tato te están llamando del edificio”, era justo, era una de las chicas que trabajaba conmigo en mi misma oficina, que estaba de guardia esa noche. [...] Me llamó para decirme que me tenía que presentar a las 10 de la noche, con la bolsa de aseo personal en el Edificio Libertad, y ahí me fui [...] yo estaba chocho.<sup>105</sup>

Ese mismo deseo de estar en Malvinas, con lo que había soñado desde pequeño, llevó al cabo Daniel Blanco a ofrecerse de voluntario para reemplazar a un compañero:

[Cuando se enteró la noticia del desembarco el 2 de abril] Y ahí me volví loco, no es cierto, yo quería ya estar allá, yo quería estar sí o sí allá. Y bueno, se quedaron un grupo [...] Y cuando me toca a mí [...] había que reemplazar al grupo que había ido primero [el grupo de las lanchas de desembarco], a ver como podíamos salir de ahí, con la gente que había ido y llevar los otros refuerzos para seguir con más. A mí no me tocaba ir, no es cierto? [...] Y resulta que le toca ir a otro muchacho que era más antiguo que yo, marino, pero este muchacho tenía a la señora que estaba embarazada, no es cierto. Entonces yo le pedí a él que vaya yo en lugar de él.<sup>106</sup>

El cabo Abel Mejías recuerda otros ofrecimientos de voluntarios de algunos compañeros, pero cuyas motivaciones eran bien diferentes: “... ‘nos volvemos allá, nos pagan zona fría, toda esa cosa, nos quedamos 30 días más’...”<sup>107</sup>. La evaluación de los beneficios económicos que podían llegar a ganar de quedarse en las islas, constituye otro indicio evidente de la poca conciencia de guerra que existía en abril, cuando todavía los enfrentamientos no se habían desarrollado.

---

<sup>104</sup> Idem

<sup>105</sup> Idem.

<sup>106</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

<sup>107</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

También el oficial Rafael Molini testimonia que en ese momento “todos éramos voluntarios” para defender la Patria. Pero, en su caso –a diferencia de los anteriores–, recuerda tener una gran conciencia de las consecuencias que podría traer el desembarco, de la posibilidad de no volver, de dejar a su familia, y por ello, los primeros momentos luego de la convocatoria los vivió con mucha tristeza y angustia:

Me vuelvo a mi casa y empiezo a preparar una, una valija. En la valija, eh, llevo ropa, llevo ropa, y la primera condición que me impongo, es no llevar ninguna foto, no llevar fotos... para no... para no extrañar y para no quebrarme. Porque estaba convencido que ir a la guerra es ir... ir a...sí/no, sí/no, sí, sí, sí, sí, donde aparece un no [chasquea los dedos] fuiste. Entonces [...] no hay que ir titubeando tampoco, no? [...] Tenía una total conciencia de que existía una gran probabilidad de que yo no volviera [...] No dejaba de pensar... en las islas como algo oscuro, lúgubre, y no alcanzaba a definir adecuadamente, era como que me iba a un infierno. Bueno, en realidad la guerra después es un infierno, pero... pero este... sinceramente la incertidumbre que me, me carcomía la cabeza y tenía la cabeza me estallaba!<sup>108</sup>

Lejos de que las últimas palabras de su madre lo agobiaran, operaron como un bálsamo, lo ayudaron a recomponerse y a comenzar a “disfrutar” lo que es la máxima aspiración en la carrera de todo militar, la defensa de la Patria, el momento de poner en práctica todo lo aprendido teóricamente por años:

Y acá me llevo la gran sorpresa de mi vida, en contra de lo que yo pensaba, mi madre estaba eufórica. Y eso me desconcertó totalmente, pero además me cambió mucho la vida en muchas cosas porque... cuando mi madre me, me atiende le digo “bueno mami, te mando un gran beso”. Dice “Rafael estamos orgullosos de que vos seas el representante de toda la familia. Sos el único de la familia que vas a ir a combatir contra los ingleses. Dale con todo –dice– no le aflojés en nada –dice, dice– dale fuerte. Porque vuelvas o no vuelvas, en muy poquito tiempo vamos a estar juntos de nuevo”. Y me... y la verdad que en ese momento la escuché y dije “en realidad que tiene razón”. [...] Entonces este, bueno, me tranquilicé mucho, realmente, fue, fue, fue como un cuento todo eso, fue algo que, que me me, como les digo, me oxigenó. Y me di cuenta, me di cuenta que si

---

<sup>108</sup> Entrevista a Rafael Molini, 17 de diciembre de 2007. Rafael recuerda que cuando se enteró del desembarco en Malvinas “en ese mismo instante supe que los ingleses venían, y nos iban a sacar... o sea, no, no, no hace falta ser matemáticos ni, ni predictor, ni nada.” En este caso, volvemos a tener presente la misma cuestión que hacíamos referencia en el testimonio de Adolfo Gaffoglio. El hecho de tratarse de militares de más alto rango y de los mayores conocimientos que disponían, pueden explicar esta mayor reflexión sobre las consecuencias del desembarco. Pero también puede tratarse de una evaluación *ex post* realizada a partir de la información que se dispone en el presente, pero que no se disponía en 1982.

no volvía y yo me iba a encontrar al poco tiempo con, con mis seres queridos. Así que bueno, esa fue la despedida y me fui, me fui a Malvinas.<sup>109</sup>

En otros casos, lejos estaban de ofrecerse voluntarios. El 2 de abril, cuando recibió la noticia del desembarco en las islas, Claudio Guida pensaba “pero me quedan días y me voy de baja, qué quilombo esto de Malvinas, pero yo me voy de baja, yo me voy de baja”<sup>110</sup>. Pero su aspiración no se hizo realidad. Antes de irse de baja, a Claudio lo convocaron para ir a Malvinas. Cuando le notificaron la noticia, la recibió con una mezcla de angustia y bronca por verse obligado a participar de una guerra; una guerra en la que no creía. Claudio tenía una mirada muy crítica sobre la dictadura, entre otras variables, porque antes de ingresar en el servicio militar obligatorio, había militado en la Federación Juvenil Comunista de Vicente López, y por lo tanto disponía de un bagaje de conocimientos o por lo menos sospechas con respecto al accionar de la dictadura que no era público<sup>111</sup>:

Aparte ahí me entró a salir de adentro un poco la tanada, un poco un montón de cosas, que “es injusto esto que me pase a mí, yo soy un buen pibe, me quedé sin viejo de chiquito, laburé siempre, un tipo sano, ayudaba mucho a toda la gente, hacía solidaridad con la “FEDE”, qué se yo, por qué me pasa todo esto a mí? Qué hijos de puta! Y no me van a hacer malo, pero sí no voy a entrar en el juego de ellos, entonces para mi esta guerra es una guerra de...”. Ahí empecé con el discurso de que esta “era una guerra política, que nos mandaban a todos al matadero, que la Patria no ... [...] Esto es una mierda, es una trampa, nos mandan al matadero, estos los que están queriendo hacer es quedarse en el poder”<sup>112</sup>

En plena crisis económica, política y social de la dictadura, una gran pérdida de legitimidad corroía al gobierno militar. En este contexto, Claudio percibía que llevar adelante la guerra de Malvinas era un “manotazo de ahogado de la dictadura”, una forma de recuperar legitimidad y de perpetuarse en el poder; se trataba, en sus palabras, de una “guerra política”, una “trampa”, de la que lógicamente no quería participar.

---

<sup>109</sup> Idem. Rafael reflexiona en la misma entrevista sobre cómo debe vivir la guerra el militar de carrera: “Y el profesional, nato...el profesional puro, digamos entre comillas, debe disfrutar de la guerra desde el punto de vista, desde el punto de vista profesional.”

<sup>110</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>111</sup> A los 16 años Claudio se incorporó en la Federación Juvenil Comunista de Vicente López y comenzó a interesarse en la política: “Yo a los 16 años me empecé a interesar por el tema de los... de lo que pasaba acá políticamente, porque habían chupado a un primo mío, que era sereno en una fábrica de heladeras, bueno, lo devolvieron a los 3 días, o a los 4 días, este, todo roto, y mi primo no había hecho nada, ni sabía nada de política [...] Otro primo mío era bancario y porque le salió de garante a un tipo que después resultó ser Montonero, se fue del banco, porque tenía miedo que lo chupen a él.” Idem.

<sup>112</sup> Idem.

En otros casos, la tristeza y el desánimo por haber sido convocados a un lugar que no eligieron, lejos de sus familias, sus pertenencias y sus amigos, ganó la partida y abrió la posibilidad de desertar. Julio Casas Parera recuerda la discusión sobre esa posibilidad con otros conscriptos:

Nos largamos a llorar, yo estaba totalmente bloqueado, no pensaba en nada, algunos discutían “no, que yo me voy, me cruzo a Uruguay” decían, después estábamos todos llorando. Viste, hay algunos que no tenían claro, y yo decía, digo...”¿qué vas a ser desertor toda tu vida? ¿Qué vas a escaparte toda tu vida?” era grave, desertar era grave. Entonces digo “no, no vale la pena, aparte no sabemos qué pasa”. Todos hablábamos, no era yo el único que hablaba.<sup>113</sup>

La posibilidad de desertar también se le presentó a Claudio, pero su motivación al descartar esa opción fue muy diferente de la de Julio: no era la gravedad del hecho lo que lo inspiraba a rechazar la oferta de desertar, sino otra cuestión la que estaba en la raíz de su decisión:

En ese momento me plantearon algunos “¿por qué no...? ¿y si no vas?” [...] Esa posibilidad de desertar, nunca tuve los huevos suficientes, porque yo decía [...] “me voy, no vengo más, que me vengán a buscar, viste”. Pero ahí también me entró a agarrar “voy a la guerra, no va a pasar nada, pero si le llega a pasar algo [a] la persona que estaba en mi lugar, o sea, ¿cómo voy a vivir yo con que yo fui alguien que zafé, pero al que mandaron en lugar mío, lo mataron?” Una cruz muy grande para llevar, y no me animé a eso, no tuve huevos para eso, dije “no, ni en pedo”, descarté totalmente ser desertor, no.<sup>114</sup>

Las madres y los padres que muchas veces eran más concientes del futuro que les deparaba a sus hijos, a los que tenían que despedir sin saber si los iban a volver a ver, fueron frecuentemente los que plantearon la posibilidad de desertar:

Entonces, voy a casa, le aviso a mis viejos, en ese momento no se iba a una guerra, no?, se iba a las Malvinas [...] Mi viejo me dice “mirá, si vos querés, andáte a Uruguay, te doy plata, y quedáte ahí”, y yo dije “no, si yo tengo que ir, voy, eh... eso sería ser desertor, no, yo voy, yo voy” [...] Me despido de todos con un bolso normal, y me dicen, mi vieja, yo iba caminando, no?, salió al

---

<sup>113</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>114</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

balcón, porque hay una cuadra que me ve [...] y dice “no me iba olvidar nunca, esa iba a ser la última vez que te vi”.<sup>115</sup>

Las consecuencias que podía traer ser desertor, el deshonor que implicaba no cumplir con la Patria, y también, la poca conciencia de guerra, influyeron en la decisión de Alejandro de rechazar la oferta de su papá: en abril la guerra todavía estaba lejos, la dimensión de lo que realmente podía llegar a suceder de desarrollarse las hostilidades todavía no entraba en la imaginación de muchos.

Pero no a todos se les presentó esa posibilidad. Otros, como el conscripto Roberto Herrscher, tenían tan impregnado el mandato de cumplir con el deber, de no resistir, no cuestionar, que durante años había intentando imponer la dictadura a los jóvenes, que ni siquiera se plantearon la opción: “La verdad que ni a mí ni a ninguno de mi familia se nos ocurrió que era posible, que era pensable no hacer lo que decía el papel.”<sup>116</sup>

En “el papel”, en la citación, se indicaba que el personal debía presentarse en sus destinos, desde donde los llevarían hasta los cuarteles generales. Al presentarse en el Edificio Libertad, Ricardo Pérez recuerda la sensación “surrealista”, mezcla de adrenalina y vértigo, como si comenzara a vivir una aventura, con que empezó a vivir su guerra:

Me fui, agarré el bolso y me fui, la ropa de uniforme, y me fui a la mierda, entré, llegué, habré llegado a las 9 y media, 10 al edificio, y empezaron a caer, y ahí es como que es... es surrealista la sensación, eh? [...] Porque, ya cuando dejé mi casa, cuando me bañé, me cambié, me preparé, es como que comenzó a ser una película, es como que la dimensión de la realidad, tiene como otro... otra sensación. No, no, no me dio miedo, puede haber sido un poco de adrenalina, que estaba metido en algo un poquito más vertiginoso, dicho de otro modo.<sup>117</sup>

Una vez en el cuartel general, los convocados debían esperar noticias de los próximos pasos a dar:

Nos unimos a un grupo de doce personas para esperar nuevas directivas, y más tarde nos llevaron al depósito de suministros donde nos entregaron el equipo de ropa, algunas adecuadas para la zona fría y otras no tanto, pero todas prendas a estrenar. La bolsa de dormir era acolchada, muy abrigada, y acompañada de un colchón inflable que nos aislaba del suelo.<sup>118</sup>

---

<sup>115</sup> Entrevista a Alejandro Diego, 26 de noviembre de 2007.

<sup>116</sup> Herrscher, op. cit., p. 54.

<sup>117</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>118</sup> Ni Coló, *64 Días Muerto. Relatos de un veterano de guerra*, pp. 19-20.

Una vez equipados, el traslado a Malvinas no era inmediato, había que esperar un avión disponible, lo que era más o menos como sacarse la lotería. Algunos como Claudio Guida o el doctor Guillermo Klein, no encontraron vuelos disponibles y, por lo tanto, pudieron volverse a sus casas, con sus familias. Claudio recuerda la vuelta a su casa:

Llegué a mi casa, sin el equipo, vestido de marinero, pero diciendo “mañana me voy a Malvinas” [...] “mañana me voy a Malvinas”. Mi vieja me miraba y no entendía nada. Empezaron a venir amigos míos, amigas, vecinos, me decían “no es feo Malvinas, es lindo”, me traían libros y me decían “mirá, dicen que son argentinas, y hay barquitos, y hay pingüinos, hay nieve, nieva, es lindo” [risas] Me querían convencer que yo estaba que ya me quería morir.<sup>119</sup>

En la historia del joven oficial Guillermo Klein esa escena se repite una y otra vez: varios días estuvo esperando un vuelo disponible. Esta incertidumbre sobre la ida, el despedirse de su familia una y otra vez, volvió la convocatoria lo más parecido a una agonía:

La ida mía fue la crónica de una muerte anunciada. Porque a mí me avisan que tenía que ir a Malvinas creo que el 3 de marzo, el 3 de abril, y tenía que esperar un vuelo, así que yo estaba, tenía que estar a dos horas del aviso. O sea que no me podía ir de Bahía, yo iba a la Base, cumplía el servicio del hospital, iba la mañana volvía a las 2, 3 de la tarde, y a esperar que me llamaran para irme. En el fondo, te digo, fue una agonía, una tortura, porque era todos los días “te vas, te vas, te vas”.<sup>120</sup>

Otros, en cambio, viajaron en el mismo día en que recibieron la convocatoria. El grupo de Julio Casas Parera, conformado por aproximadamente treinta personas, una vez que se equiparon, tuvieron que quedarse a dormir en los pasillos del Edificio Libertad, hasta que les avisaran que tenían un vuelo disponible. Esa noche, Julio con otros amigos se despidieron de la vida:

Después en el Edificio Libertad nos pagan los viáticos [...] Entonces agarramos 4 o 5, mirá lo loco eh? [...] vamos a Retiro, y en unos de los barsuchos que había en Retiro, nos comimos un buen sándwich de milanesa como para despedirnos de... no me olvido más, un sándwich de milanesa y me lo comí con un gusto, un gusto.<sup>121</sup>

---

<sup>119</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>120</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>121</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007.

Luego de una incómoda noche en los pasillos del Edificio Libertad, los despertaron a la madrugada porque finalmente habían encontrado un avión disponible. Roberto Herrscher, quien viajó junto a Julio, recuerda amargamente el saludo de despedida de un oficial: “...‘Cuando vuelvan, si es que vuelve alguno, van cada uno a su destino anterior’.”<sup>122</sup> Esa madrugada Julio y Roberto, fueron al aeropuerto para tomar el avión que los llevaría hasta Malvinas:

Nos llevaron a las 11 de la mañana más o menos al Palomar, 10 y media, 11 de la mañana, nos sentaron ahí al borde de la pista, tenía que llegar el avión, no llegaba, era una base aérea grande, había movimiento. Nos suben al 707 [...] Los del Ejército iban todos con armamento, los únicos que no teníamos armamento éramos nosotros, el resto iban con todo: fusiles, todo, todo, completo, no sé qué regimiento era. En ese momento era muy corporativa la cosa, nosotros estábamos con los nuestros, y ellos estaban juntos.<sup>123</sup>

A Roberto Herrscher también le llamó la atención esa particular identificación con una institución con la que, hasta hacía unos meses, no tenían ningún tipo de lazo, y en muchos casos, no les interesaba tenerlo:

Ahora la pista estaba llena de soldados, con sus bolsos chorizo verdes, sus botazas negras y sus fusiles en la bandolera.

Es increíble con cuanta rapidez el grupo actúa sobre el individuo, lo adopta, lo transforma. Algo tan azaroso como la lotería del servicio militar me había enviado a la Marina, y ahora, un año después, yo miraba a los chicos del Ejército como extraños y me refugiaba en las pequeñas costumbres, los ridículos códigos con que la Marina identificaba a sus miembros.<sup>124</sup>

Los grupos que se fueron en primer lugar, como el de Roberto y Julio, fueron despedidos por los conscriptos que estaban de guardia, algunos de los cuales luego serían convocados y se reencontrarían en las islas. Ricardo Pérez recuerda las despedidas a esos grupos que se fueron antes que él como la proyección de una película, de la cual sólo podía ver una parte:

Así iban saliendo todas las noches, se iban, y se perdían, se entiende? Todas las noches cada tanto partían los contingentes y no teníamos, no sabíamos. Tené en cuenta que yo a los que había

---

<sup>122</sup> Herrscher, op. cit., p. 54.

<sup>123</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007. Este grupo fue el único contingente del Apostadero que viajó a las islas sin armamento. Recién recibieron los fusiles aproximadamente 15 días después de su llegada a Malvinas, cuando comenzaron a realizar las guardias nocturnas en el puerto. Ver apartados siguientes.

<sup>124</sup> Herrscher, op. cit., p. 55.



asistido, los chicos aparecían con uniforme normal, se fueron en micro y volvieron todos con bolsos, vestidos de combate, se cambiaron y a la mañana siguiente, otra vez al micro, y se fueron. Y a las dos horas, comenzaron a llegar los que trabajaban ahí, todo el zafarrancho que hicieron esa noche... [...] El amanecer cambió todo, bueno en el amanecer la realidad era absolutamente diferente, era la... no la realidad.<sup>125</sup>

Cuando lo convocaron, Ricardo comenzó a ver, o mejor, a protagonizar, la otra parte de la película que hasta ese momento tenía vedada: “En un par de guardias, yo ya había asistido a algunos grupos que yo veía que llegaban de uniforme, y ves la segunda parte, es como que había visto siempre la película hasta acá, y ahora, me tocaba a mí, se entiende? Ahora la película era yo.”<sup>126</sup>

Ricardo tomó el vuelo para Malvinas y, como la gran mayoría de los convocados, hizo escala en varias ciudades de la Patagonia. Allí pudo comprobar lo diferente que se vivía la guerra en comparación con el centro del país: en Buenos Aires se estaba viviendo una ficción, ficción de paz, de normalidad. La guerra estaba muy lejos del centro del país, por eso Ricardo dice que una vez que se fueron los convocados a Malvinas, en el Edificio Libertad se volvía a la “normalidad”, a su trabajo como si nada hubiera pasado, “el amanecer cambió todo, la realidad era absolutamente diferente....era la... no la realidad”<sup>127</sup>. En cambio, en el sur del país, la guerra realmente se vivía, se “respiraba”:

Y nos quedamos a dormir en Grande, en la instalaciones del BIM 5 [Batallón de Infantería de Marina N° 5][...] Cuando llegamos ahí, yo me acuerdo que me escapé a la noche, a la ciudad, a Grande, quería comprar una radio. Y me compré, en realidad me la regaló en un negocio, cuando me fui a comprar una radio “no, se la pago” y me la regaló el tipo [...] me la regaló el tipo. Esa era la Patagonia, esa es la Patagonia.<sup>128</sup>

Finalmente, luego de un lapso demasiado largo para algunos, a tal punto que la espera se asemejó a una agonía, y demasiado corto para otros, que ni siquiera pudieron despedirse de sus seres queridos, llegaron a Malvinas: ese sólo sería el comienzo de un largo viaje; en realidad sólo era el comienzo de la película.

---

<sup>125</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>126</sup> Idem

<sup>127</sup> En el relato de Ricardo encontramos dos usos de la ficción como metáfora: por un lado, vivió su convocatoria como una ficción, como una película; puede ser que por lo novedoso de lo que estaba viviendo, lo vivió prácticamente como una aventura. Por otro lado, afirma que el clima que se vivía en Buenos Aires era de ficción, no era la realidad de la guerra, a diferencia del sur del país.

<sup>128</sup> Idem

## *Estibadores en Malvinas*

La primera imagen que muchos tuvieron de las islas los trasladó inmediatamente a un pasado escolar fuertemente arraigado en sus memorias: “Así que bueno, cruzamos el Atlántico, en un momento ves las islas como las ves en el mapa, que es impresionante [...] Impresionante como se ven, aparte justo estaba limpio todo, así que se vio perfecto.”<sup>129</sup>

La silueta de las islas que una y otra vez habían estudiado en los colegios, se hacía presente. Sin embargo, al pisar las islas, la familiaridad con ellas desaparecía para algunos de los recién llegados: las fantasías infantiles sobre las Malvinas no se cumplían, esta vez la imaginación había jugado una mala pasada:

Viste de chico cuando a vos te dicen “las Malvinas son argentinas, las Malvinas son argentinas”, parece que como que vos llegás hay un kiosco, qué se yo... Se maneja por izquierda, los tipos eran todos ingleses, los negocios todo en inglés, viste.[...] Me imaginaba siendo argentinas, debe ser como Tandil y no ese contraste.<sup>130</sup>

Daniel Peralta y Carlos Contreras recuerdan su primera impresión de Puerto Argentino:

El pueblo, porque era muy, cómo te puedo decir, tenía sus coloridos... típico de... uno capaz que nunca lo he visto, pero vos ves esas casas la mayoría todas pintadas de diferentes colores, eh... casas de chapas y casas de piedra [...] En el frente también algunos tenían chapa, tenían piedras [...] Todo el diseño europeo.<sup>131</sup>

Otros, en cambio, en vez de concentrarse en las edificaciones producto de la mano del hombre, prestaron más atención a la tierra, a la naturaleza: la continuidad del paisaje patagónico en las islas, lo hizo sentir a Ricardo como en casa: “A mí me gustaron, lo poco que yo ví me gustó, muy, no es cierto, paisaje patagónico, totalmente chato, no hay árboles, pampa, pero sí con bastante amontonamiento de piedras, pero es lindo, es lindo”.<sup>132</sup>

Al aterrizar en las islas, el primer lugar que aparecía a la vista era lógicamente el aeropuerto:

Un día de sol espectacular [...] Cuando llegamos al aeropuerto, la imagen que tengo era de sol, muchísima actividad, había motos [...] de todos los colores, estaban recién pintadas, nuevas,

---

<sup>129</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>130</sup> Entrevista a Alejandro Diego, 26 de noviembre de 2007.

<sup>131</sup> Entrevista a Daniel Peralta y Carlos Contreras, 11 de noviembre de 2007

<sup>132</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

asientos todavía con el plástico, como 15 o 20 motos estacionadas [...] Y había un Hércules que estaba despegando con las turbinas, un helicóptero, un H1 ahí también, y todo el movimiento que iba y venía, mucha humedad, pisos mojados. Esa es la primera imagen que tengo, y ahí te das cuenta que había movimiento, ahí sí, mucha gente de Ejército, de Fuerza Aérea, de todas las armas.<sup>133</sup>

Aquellos que llegaban de noche, en su mayoría eran trasladados al Club de Bádminton, lugar donde funcionaba la Unidad de Servicio Para Apoyo de Combate (SPAC), y a la misma vez donde eran alojados los recién llegados antes de ubicarse en sus destinos. Allí pasó el grupo de Julio su primera noche en las islas:

Paramos en un club de bádminton que estaban [...] estaban los buzos ahí, y había un batallón de infantería de marina, nosotros nos sentíamos rarísimos ahí. Bueno nos acostamos, “¿qué hacemos? Vamos a dormir”. Y como era temprano, el que estaba de guardia en la puerta se le escapa un tiro, un quilombo adentro, no te puedo explicar. Claro no sabía qué había pasado, ese momento lo pase muy mal.<sup>134</sup>

También Ricardo Pérez recuerda su primera noche en Malvinas como uno de los momentos que más lo marcó: “la primera noche fue ahí en el Bádminton Club [...] Apagaron las luces, cuarto gigante lleno de gente, todos hombres, obviamente, armas, borceguíes, botas que se deslizan, algún grito, algún disparo afuera, frío, no encontraba la posición para dormir.”<sup>135</sup>

De noche, en un galpón a oscuras repleto de desconocidos, en un lugar que no conocían, se daban las condiciones propicias para preguntarse por el futuro inmediato: “Digo ‘¿Qué va a pasar ahora? de ahora en más, ¿Qué pasa? ¿Qué va a pasar? Este... ¿Habrà guerra? ¿Vendrán?’ Todo eso un piensa: ‘¿Dónde estaremos? ¿Cómo estaremos?’...”<sup>136</sup>. La necesidad de disipar la incertidumbre, de obtener algunas respuestas a sus interrogantes, de saber qué había pasado los días anteriores, conducía a los recién llegados a agruparse alrededor de aquellos que hacía más tiempo que estaban en las islas:

Ahí [en el galpón donde Roberto Herrscher pasó su primera noche] hablé con algunos de los que habían participado del dos de abril. Contaban historias de heroísmo, tiroteos y peligro. Sólo

---

<sup>133</sup> Idem

<sup>134</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>135</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>136</sup> Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007.

tenían 10 días más que nosotros en las islas, pero nos arremolinábamos para escucharlos como si fueran veteranos de tres o cuatro guerras.<sup>137</sup>

También en esos galpones, se produjeron los primeros reencuentros con compañeros o amigos de la carrera militar o de la “colimba”. Encontrar a alguien conocido en ese mar de gente sin nombre, a alguien que lo orientara en su futuro o lo ayudara a “acomodarse” en la guerra, era para los recién llegados invaluable:

Yo llego un día más tarde que un grupo que ya estaba ahí, que era el grupo del Negro Eduardo [Iáñez, compañero de la “colimba”] [...] Empecé enseguida a buscar dónde están los camadas míos, yo era un soldado viejo, atorrante ya, buscaba acomodarme en la guerra. Me presentan al Negro Eduardo “¿quién está acá? ¿Iáñez? ¿Iáñez está acá? ¿A qué hora viene?” “a la noche porque está trabajando en la radio”. Bueno lo esperé al Negro, nos abrazamos, lloramos.<sup>138</sup>

Al día siguiente, o en el mismo día en el caso de aquellos que arribaban cuando la luz del sol todavía alumbraba, los recién llegados eran trasladados al que sería su lugar de trabajo por las próximas semanas para algunos, meses para otros: el Apostadero Naval Malvinas. Julio Casas Parera recuerda vívidamente la bienvenida:

Primero nos forman, ahí afuera, en la calle, y nos aparece Gaffoglio, y hacen una especie de ceremonia, y nos dicen que íbamos a ser parte de la primer dotación del Apostadero Naval Malvinas, que recién se va a ir organizando a medida que se vayan ocupando los puestos, que este es un momento histórico, y bueno que quedaba en nosotros acompañarlos en este momento histórico.<sup>139</sup>

Los recién llegados pasaban a alojarse en el Bahía Buen Suceso, que desde el 12 de abril funcionaba como buque cuartel para los integrantes del Apostadero. Frente a la precariedad y la poca amplitud del lugar de alojamiento anterior –uno de los galpones del puerto– la Armada decidió acondicionar uno de los buques logísticos para alojar a los trabajadores portuarios en Malvinas. Julio recuerda su llegada al buque:

Fuimos al puerto, creo que fuimos caminando al puerto, queda todo cerca, y llegamos al barco, bajamos a la bodega, habían descargado, [...] y esa bodega vacía iba a ser nuestro sellado, el sellado es donde duermen, el lugar donde se duerme. Y no me olvido más, con los caños, se ve que

---

<sup>137</sup> Herrscher, op. cit., p. 56.

<sup>138</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>139</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

estaba todo armado, [...] entonces se pusieron unos caños en lugares precisos para las cadenas, se enganchaban en los caños, y después los elásticos de las camas donde vos apoyabas la bolsa de dormir. Era muy sencillo: los caños se calzaban arriba y abajo, y en los ganchos donde vos ponías los cadenas iban a soportar de una punta y la otra enganchada así, los elásticos estaban todos apilados e ibas armando así las camas. Y dormimos de a dos. Sencillo pero efectivo. Armamos lo que vendría a ser nuestro lugar de dormir, sería el sellado... este...sobre ese elástico, tiramos la bolsa de dormir, y ahí dormíamos.<sup>140</sup>

La vida cotidiana en el buque era extremadamente diferente a la cotidianeidad en condiciones normales de paz. Lo extraordinario de esa experiencia produjo en Claudio la sensación de estar viviendo una ficción, de ser protagonista de una de las tantas películas de guerra que había visto de chico:

Cuando llegamos allá fuimos a parar a un buque, el Buen Suceso. Sabés, yo ahí me di cuenta que estaba viviendo una película de guerra. Si yo pongo una película de guerra en blanco y negro, y esas camitas, viste, que se caen así con cadenitas, a los costados. Bueno yo dormía en una bodega de esas, yo dormía en un colchón de esos, yo dormía con el fusil acá, vestido de verde pero también de marinero. Y yo laboraba en el día y hacía guardia a la noche, y para mí era una película, estoy en una película, es mentira, falta que canten pampampam [Claudio tararea el himno estadounidense] y yo te juro salía en primera plana así, yo estaba en una película.<sup>141</sup>

Alojarse en el Bahía Buen Suceso tenía sus recompensas, puesto que implicaba una mejora de las condiciones de vida del personal del Apostadero –en comparación a la de los primeros días de abril– en aspectos tan básicos como dormir sobre camas, resguardarse del frío, y comer comida caliente: como explica Eduardo Rivero estaban “como reyes. Teníamos sabanas, y todo, y comíamos de alta escuela”<sup>142</sup>. Pero no todo era positivo, también había que enfrentar algunas desventajas: conciliar el sueño en el buque cuando el rumor de un ataque de buzos comandos tenía una fuerte presencia en la localidad –con consecuencias no sólo simbólicas sino también prácticas– no era una tarea sencilla de lograr:

Durmiendo en el Buen Suceso, cada dos horas, los buzos tácticos nuestros de la Armada, tiraban las bombas de profundidad [...] Que eran con un fósforo americano, entonces las tiraban y a tanta profundidad, estallaban, o sea, eran bombas de estruendo en realidad, pero vos, durmiendo en la cubierta, abajo de la línea de flotación, separado del agua, por una mampara de hierro, era como

---

<sup>140</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>141</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>142</sup> Herrscher, op. cit., p.50.

si agarraran una puerta de hierro y te la cerraran al lado de la oreja, así blum. “¿Qué paso, qué paso?” viste, y bueno, eso cada dos horas, porque con eso prevenían que buzos tácticos ingleses le pongan una bomba al barco y lo hagan volar a la mierda. Bueno, era terrible eso, te despertabas mal.<sup>143</sup>

Una vez instalados en su nuevo hogar, los flamantes integrantes del Apostadero se incorporaban rápidamente en lo que en ese momento era la principal actividad: la descarga a mano de la mercadería que traían los buques, como explica Roberto Coccia: “Todo lo que era de logística, el movimiento del puerto, había que descargar, subir, bajar, a mano al principio. Descargábamos municiones, víveres, todo a mano, todo a mano, porque no teníamos con qué.”<sup>144</sup>

La actividad era realmente frenética debido a la llegada abrupta de varios buques<sup>145</sup> que habían acelerado su partida cuando escucharon el anuncio que el 12 de abril comenzaría a regir la Zona de Exclusión Marítima impuesta por las fuerzas inglesas. El trabajo acumulado imponía un ritmo agotador a la jornada, como recuerda Roberto Herrscher: “Cuando llegó el carguero Buen Suceso todo el personal disponible fue usado en al descarga y estiba de cajas, paquetes, bolsos y aparatos. La actividad frenética, día y noche, de descargar y transportar cosas llenaba todo nuestro espacio mental o al menos el mío.”<sup>146</sup>

El conscripto Julio Casas Parera describe cómo estaba organizada la jornada de trabajo:

Actividad normal, trabajando en las bodegas, empezábamos temprano, se levantaban todos muy temprano, se levantaban temprano, y se acostaban a las 12. Teníamos una horita para descansar, después íbamos hasta la bodega, trabajábamos hasta las 6 y se cortaba, dormías entre las 7 y media y las 8, es decir, todo muy organizado, a las 8 se cortaba todo.<sup>147</sup>

---

<sup>143</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007. El informe del Capitán de Navío Mozzarelli, jefe de la Subárea Naval de la que dependía el Apostadero explica dicha situación: “Esto incluía, particularmente de noche, recorridos en embarcaciones menores con lanzamiento de cargas subacuas antipersonal, que confeccionaban los Buzos Tácticos para defendernos de posibles ataques de buzos enemigos, que el enemigo estaba en capacidad de proyectar desde sus submarinos que ya estaban en el área.” En: Mayorga y Errecaborde, op. cit., p. 196.

<sup>144</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>145</sup> En un período de 21 días, llegaron a las islas los buques Isla de los Estados, Río Cincel, Mar del Norte, Bahía Buen Suceso, Formosa y Río Carcarañá, con sus bodegas repletas de mercadería —en la mayoría de los casos—. El informe del Teniente de Fragata Scotto, encargado de planificar la carga del Bahía Buen Suceso, resulta esclarecedor al respecto: “Este buque ya prácticamente radiado, sería usado en Puerto Argentino como alojamiento y lugar de descanso de la Agrupación Naval, pero la amenaza británica de establecer una Zona de Exclusión marítima (7 de abril) a concretarse el 12 de abril hizo que las previsiones logísticas para el embarco del abastecimientos se vieran aceleradas. Fijar las prioridades de embarco requirió la decisión de (...) Guñazú quien seleccionó lo imprescindible, parando además el montaje de las camas en la bodega de popa (...). El embarque fue acelerado y poco metódico...”. En: *Desembarco*, Separata 14, p.46.

<sup>146</sup> Herrscher, op. cit., p. 56.

<sup>147</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

En esta actividad participaban todos los integrantes del Apostadero, sin distinción de jerarquías, como destaca el oficial Roberto Coccia:

Trabajábamos en el puerto, codo a codo con los conscriptos, los suboficiales, codo a codo [...] Cuando digo descargábamos, todos descargábamos, no es cierto, no había diferencias. Sí vi diferencias el oficial de Ejército que le ordenaba a los dos suboficiales, los dos suboficiales a los cuatro cabos, los cuatro cabos al conscripto que labure, eso lo vi. Pero nosotros los de Marina, todos metimos la mano a la par.<sup>148</sup>

La cantidad de buques que habían arribado abruptamente sumado a la carencia de maquinarias de descarga, a la precariedad de las instalaciones portuarias y a la poca profundidad de la bahía, trajeron numerosos inconvenientes a los integrantes del Apostadero e hicieron el trabajo de la estiba realmente lento y arduo<sup>149</sup>. La escasa profundidad de la bahía dificultaba, o en muchos casos directamente imposibilitaba, el acercamiento a los muelles de los buques de gran calado como el Formosa, el Mar del Norte o el Río Cincel. Para descargarlos había que amadrinar un buque más pequeño al de gran calado, y traspasar la mercadería de un buque a otro; maniobra que dependía del clima que reinara en las islas, que llevaba tiempo –un tiempo que no sobraba– y mucho esfuerzo:

Al día siguiente el Isla de los Estados, en un nuevo intento, logró atracar junto al carguero [el Río Cincel] y cerca de las once de la mañana comenzó con el alije. La tarea les llevó cerca de dos días de arduo trabajo, debido a las malas condiciones meteorológicas y otros contratiempos propios del medio en que se movían.<sup>150</sup>

---

<sup>148</sup> Como vimos en el Capítulo 1, el énfasis puesto por Roberto Coccia en el trabajo “codo a codo” de todos los integrantes de la unidad sin distinción de jerarquías, es utilizado para contraponerse a las relaciones de fuerte jerarquización y subordinación establecidas en el Ejército, una comparación que es recurrente en su relato. Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>149</sup> El Contraalmirante Otero enumera en su informe algunas de esas dificultades: “Los efectos enviados por vía marítima llegaban en buques de gran calado, lo cual motivaba que en oportunidades no pudieran tomar muelle, ante lo cual fondeaban y se descargaban a través del alije efectuado por unidades menores surtas en Puerto Argentino; de estas unidades la única verdaderamente apta para esta maniobra era el Yehuín y el Isla de los Estados, situación que motivaba que sólo por una banda se pudiera descargar con facilidad; paralelamente a esta situación, se daba que gran parte de las cargas venían en envases de cartón, lo cual ocasionaba que al ser descargadas por chinguillos, dichos envases se rompieran generando las consiguientes pérdidas y/o dificultades en el manipuleo. Cuando las unidades que efectuaron el alije llegaban a muelle, el mismo no estaba dotado de grúas, cintas mecánicas, etc., para la descarga, lo cual motivaba que el personal combatiente debiera abandonar sus posiciones para colaborar en la maniobra”. En: *Desembarco*, Separata 14, p.49

<sup>150</sup> Muñoz, *Misión Cumplida*, p. 92

Debido a la precariedad de los muelles –que no soportaban demasiado peso– y a la casi inexistencia de maquinaria de descarga, los contenedores en los que se transportaba la mercadería perdieron toda utilidad, y, por tanto, había que descargar su contenido a mano:

Ese fue otro garrafón logístico que se mandaron [...]. Los buques mercantes trajeron todo en contenedores, y el contenedor, hoy de tanto dinamismo, necesita una logística muy grande, con qué grúa lo levantás, si el muelle era de madera y no había grúas. O sea que los contenedores los bajaban con la pluma del barco, los dejaban en el muelle, y después había que bajarlo a pulso, a hombre, así que era un laburo tremendo.<sup>151</sup>

Además, la nula preparación en la técnica de la estiba de los integrantes del Apostadero que nunca habían realizado una tarea semejante, hizo las actividades aún más lentas, más dificultosas, y más sacrificadas<sup>152</sup>:

Durante los primeros tiempos que no había ataques, los barcos llegaban con municiones, con las bodegas llenas de municiones. Los cajones pesan 60, 50 kilos, hay que agarrar entre dos [...] íbamos a laburar ahí, todos...[...] Muerto, los brazos los tenía hecho pedazos, además no es que vos, tenés que subir por la planchada, viste como es la planchada del barco tenés que hacer fuer... nooo!. Esos cajones de municiones no los quiero ni ver ni en el cine.<sup>153</sup>

Frente a tales dificultades, encontrar una grúa y lograr ponerla en funcionamiento era prácticamente tocar el cielo con las manos. Roberto Coccia logró acercarse al cielo, pero no por mucho tiempo:

Había que bajar, y bajar, hasta que un día, cuando trajeron la pista de aluminio. Cuando traen la pista de aluminio, había una pequeña grúa en el puerto de cuatro ruedas de goma, pero quién la sabía manejar? Nadie, de los que estábamos ahí [...] Cae un oficial de Fuerza Aérea, a coordinar y descargar la pista, había que descargar esas planchas que eran largas, anchas y pesadas, de aluminio [...] Entonces el tipo dice “¿y esa grúa?” dice “¿anda?”, “quién sabe”. Entonces se sube el tipo, empieza a tocar y la pone en marcha [...] Entonces agarro y le digo “¿no me enseña a manejar? [...]” “sí” [...] A partir de ahí empezamos a usar la grúa.<sup>154</sup>

---

<sup>151</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>152</sup> Algunos, como Ramón Romero, pagaron esos esfuerzos en la posguerra: “Es más yo estoy operado hace más de 4 años de una hernia de disco, y yo siempre digo que yo volví mal de allá. [...] Porque ahí vos no medías las consecuencias, había que meterle y meterle y descargar municiones, víveres, y trabajábamos de la forma que nos parecía a nosotros”. Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>153</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 11 de septiembre de 2007.

<sup>154</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.



Pero la ayuda duraba poco: “Una grúa en el puerto quisimos ponerla en marcha, y pudimos ponerla en marcha, había una grúa vieja en el muelle, y cada dos minutos se rompía, todo un desastre, todo un desastre. No, no teníamos nada, nada”.<sup>155</sup>

En esas maniobras en que “hacíamos –dice Julio– una cadena humana hasta llegar al muelle y del muelle se iban otros, con unos camioncitos se llevaba para el depósito”<sup>156</sup>, personal de distintas unidades y fuerzas trabajaban a la par: el personal civil del buque siempre ayudaba en la descarga como si fuera uno más. Además, en muchas ocasiones, cuando la mercadería del buque era destinada a Ejército, personal de esa fuerza iba a realizar la descarga. En algunos casos, el ofrecimiento de determinados beneficios extras constituía una motivación suficiente para aquellos que quisieran colaborar:

El esfuerzo realizado por los SPAC y el Apostadero Naval fue muy grande, estas descargas y las del Aeropuerto agotaban al poco personal disponible, en oportunidades se utilizó tropas de primera línea para estos fines –pese a que está contraindicado doctrinariamente–. Hubo casos en que con ingenio y con el trueque de víveres y equipo por trabajo, se consiguió mano de obra de otras Fuerzas...<sup>157</sup>

Pero ya cuando el trabajo se volvió acuciante, Ejército decidió contratar a un grupo de estibadores civiles que estaban trabajando en el continente para ayudar con la descarga:

Después hasta fueron, hasta llevaron, no me acuerdo, si eran 12 o 15 civiles que llevaron, que hoy son veteranos de guerra que son chilenos, que los recolectaron... digamos los... Eran estibadores en un puerto de Santa Cruz, estibadores del puerto, y les dijeron “bueno, tienen que ir a Malvinas”, y los llevaron y estaban con nosotros. Después cuando empezó todo, cuando empezó todo el primer bombardeo, los trajeron en avión.<sup>158</sup>

---

<sup>155</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 11 de septiembre de 2007.

<sup>156</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>157</sup> *Desembarco*, Separata 14, p. 48-49. El coronel Dardo Forti, jefe de logística del Regimiento de Infantería Mecanizado N°3, recuerda al respecto: “No había nada organizado [para la descarga], así que bastante seguido me pedían apoyo de hombres para completar un grupo de trabajo que iría al aeropuerto o al puerto, de acuerdo a la necesidad. (...) Apelé a quien se anotara voluntariamente y funcionó. Algunos vivillos habían encontrado la motivación y me pedían ir de mano de obra, aunque fuese su turno de descanso. La sospecha no tardó mucho en despejarse: utilizaban una buena técnica para mantenerlos motivados. Al final de la jornada les hacían algunos regalos en especias, como latas de gaseosas, chocolates, mermeladas o algún atado de cigarrillos. Eran todos productos inalcanzables en Puerto Argentino. Cuando se distribuían, muy de cuando en cuando, se hacía bajo un riguroso control”. En: Forti, *Hasta el último día. Logística: la “otra guerra” de Malvinas*, pp. 129-130

<sup>158</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

Más precisamente se trataba de 16 estibadores civiles –en su mayoría chilenos– que estaban trabajando para la Agencia Marítima de Carga y Estibaje TAMI en Comodoro Rivadavia<sup>159</sup>. Estos estibadores terminaron siendo incorporados al Apostadero y ayudaron a agilizar la tarea de descarga, como recuerda Ramón:

Cuando vino esta gente, nos organizaban viste, y nos ponían a trabajar y ahí aprendimos a trabajar, claro, uno... [...] No tenés experiencia, después cuando vinieron ellos, ellos eran profesionales en eso, acomodaban todas las cosas en unos chinguillos se llaman, como unas redes, que se acomodaba todo, después lo enganchabas a una grúa y lo sacabas afuera, viste, pero nosotros lo hacíamos de la manera que nos parecía. Después se organizó todo.<sup>160</sup>

La organización de la mercadería en los depósitos y su racionamiento para distribuirlos a las unidades de la Armada que estaban en las islas, también fue función del Apostadero hasta mediados de abril:

Los recién llegados se pusieron de inmediato a realizar idéntica tarea [descarga de buques], llevando la carga hasta un galpón de la F.I.C. suficientemente amplio, de unos cien metros de largo, que se hallaba a cargo del Teniente Numer y cuya mitad estaba ocupada con fardos de lana y el resto se iba colmando con los efectos navales desembarcados, especialmente víveres frescos. Narra el teniente Blanc que dentro de dicho galpón ya se hallaba todo organizándose como un Centro de Abastecimientos: la gente trabajando a pleno, las existencias organizadas, y dispuestos los diversos menús para ser distribuidos al personal de la Armada, pues en dos o tres días más vendrían los encargados de las unidades que estaban desplegadas en el terreno para llevar al frente los víveres, puesto que todavía no se había constituido el Servicio para Apoyo de Combate...<sup>161</sup>

Una vez creada la Unidad de Servicio Para Apoyo de Combate a mediados de abril, el Apostadero pasó a encargarse sólo de sus provisiones; el apoyo logístico a las unidades de combate distribuidas en las islas a partir de ese momento estuvo en manos de esta nueva unidad, cuyo personal en muchas ocasiones trabajó a la par con el del Apostadero<sup>162</sup>.

---

<sup>159</sup> Cf. Muñoz, op. cit.

<sup>160</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>161</sup> Ibáñez y Arguindeguy, *El escalafón naval de Intendencia en la logística de la guerra de Malvinas*, p. 132. Los tenientes de navío contadores Julio Numer y Rinaldo Blanc, integrantes del Apostadero, organizaron el inventario de la mercadería que se descargaba y se organizaba en los depósitos.

<sup>162</sup> A medida que fueron aumentando la cantidad de efectivos en las islas, paulatinamente se fueron organizando y delimitando las jurisdicciones de las unidades. Así, si bien en principio las actividades que cumplía el Apostadero y las unidades bajo su mando eran muy amplias, poco a poco comenzó a establecerse y definirse la estructura jerárquica, hasta que quedaron definitivamente organizadas el 27 de abril, día en que asumió el contralmirante Edgardo Otero como

Si bien, como indicamos previamente, la actividad que llevaba más tiempo y ocupaba más personal era la estiba de los buques y su organización en los depósitos, algunos integrantes del Apostadero también desempeñaron otras funciones que hacían al funcionamiento de un cuartel: los conscriptos Osvaldo Corletto y Juan Etchecopar trabajaban de noche cocinando pan para todas las unidades de la Armada, Sergio Fernández colaboró un tiempo en la distribución de comida, Alejandro Diego era el ayudante del lavadero, y Ricardo Rodríguez era el traductor y enlace con los isleños del Apostadero.

Para muchos de ellos, el cambio de actividad o la participación en diversas misiones temporales representó la posibilidad de eludir el frenético trabajo de descarga y, también, de mejorar sus condiciones de vida. Trabajar en la panadería del buque era una labor “envidiada” por muchos de sus compañeros, como recuerda Claudio Guida:

Amasaban pan, [...] 3000 panes hacían por noche, 4000 panes. Radio, camiseta, remera, el horno prendido, pantalón blanco, delantal, amasaban toda la noche. A las 8 de la mañana, 6 de la mañana, se iban a dormir, al otro día se levantaban a las tres de la tarde, comían, se preparaban para la noche, a la noche ¿qué hacían? Iban a trabajar.<sup>163</sup>

La autonomía que disponían, las condiciones en que trabajaban –bajo techo, en un lugar bien cálido– y los beneficios extras a los que tenían acceso –como el pan caliente o algunas botella de vino que sacaban de la camareta de oficiales donde cocinaban–, hacían ese trabajo uno realmente privilegiado.

También Alejandro Diego logró algunos beneficios extras por ser el ayudante del lavadero del buque:

Entonces me fui con el lavadero, entonces ya terminé de estibar [...] Encima dependía del lavadero, y el lavadero tenía sus tiempos, y cuando no había que lavar, porque estaba todo lavado, listo, yo con el lavadero me iba a pasear por la Ross Road caminando.<sup>164</sup>

---

máxima autoridad de la Agrupación Naval Malvinas. En definitiva la estructura jerárquica quedó así: Otero como máximo representante de la Armada, Jefe de la Agrupación Naval Malvinas, subordinado a él estaba cada uno de los grupos de Marina: el naval, el de infantería de marina y el de aviación naval. Del grupo naval, la máxima autoridad era Antonio Mozzarelli, jefe de la Subáera Naval, cuya dependencia incluía: los buzos tácticos de Saffi, el destacamento seguridad del Apostadero (sección del BIM 2 al mando de Gazzolo), el Apostadero Naval Malvinas (la parte dedicada a la estiba y las EDPV), las unidades navales de Marina (Isla de los Estados, Bahía Buen Suceso, Río Carcarañá, Yehuín), de Prefectura (guardacostas Islas Malvinas y Río Iguazú) y las inglesas requisadas a la F.I.C. y a la gobernación (Forrest, Monsunen, Penélope). Estos últimos destinos independientes entre sí y de igual jerarquía. Subrayado propio.

<sup>163</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>164</sup> Entrevista a Alejandro Diego, 26 de noviembre de 2007.

Asimismo, otros integrantes del Apostadero cumplían misiones alejadas de la zona portuaria y que nada tenían que ver con la estiba: algunos trabajaban en la planta de combustible que se encontraba en la península Camber, otros hacían guardias en el Faro San Felipe, trabajaban en la radio o participaban del minado de las zonas adyacentes a Puerto Argentino. Con respecto a esta última actividad, también, aunque resulte sorprendente, la posibilidad de eludir el arduo trabajo de descarga y la aspiración de mejores condiciones de vida, fueron las motivaciones para los 5 conscriptos que se ofrecieron para colaborar en el minado de la bahía de Puerto Argentino, como recuerda Julio Casas Parera:

Se me ocurre la idea de decir “pidamos de hacer esto, y zafamos de trabajar en las bodegas”. Entonces les pregunté a todos, estaban todos de acuerdo. Entonces vino el suboficial Bertorello, le digo “suboficial, si llega a necesitar gente para colaborar, en la maniobra...”, me dice “no están designados conscriptos pero puede ver, déjenme que hable con el oficial a cargo y cualquier cos les aviso”.<sup>165</sup>

Finalmente, les avisaron que necesitaban ayuda, y a partir de ese momento fueron a trabajar algunas noches al buque Isla de los Estados, minando la bahía de Puerto Argentino bajo las órdenes del grupo a cargo<sup>166</sup>:

Entonces, salimos de nuevo, y la primer mina la preparamos, y de a poquito nos fueron enseñando [...] Este... esperamos que esté en posición, sacamos todos los cartuchos de bronce, el suboficial evalúa la profundidad para que la mina cuando llegue al fondo quede bien en el nivel de agua que él quería. La subimos a una jaula, baja el ginche, la agarro, y el sistema era muy sencillo: con un cabo, una soga, yo engancho al instalador, entonces el tipo tiraba así, el gancho zafaba, y la mina caía. [...] Entonces este... en una primer prueba [...] el suboficial tira...[y la bomba no se desprende] Vuelve a entrar la mina para ver qué pasaba, y cuando entra, con el movimiento, sin darse cuenta, se tensa la soga y cae, se dispara [...] Estaba justo a la altura de la bodega [...] Entonces esa fracción, no sé serían 15 segundos, no sé segundos fue que la mina cae, todos por supuesto terror así [...] La mina se cayó, se hizo pomada [...] No pasó nada, la corrimos, la dejamos a un costado, y, obviamente con ese fallido, volvimos al puerto.<sup>167</sup>

Después del primer intento fallido, fue evidente que ese sistema no funcionaba. Por lo tanto, optaron por soldar dos rieles a la bodega del barco para deslizar por allí la mina; se

---

<sup>165</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>166</sup> El grupo responsable del minado estaba conformado por Horacio González Llanos, Juan Carlos Ledesma, Miguel Ángel Sosa, Ovidio Bertorello y Eduardo Rivero. Para ampliar sobre el minado de la bahía de Puerto Argentino. Ver: Mayorga y Errecaborde, op. cit., cap.13 y la entrevista a Juan Carlos Ledesma, 24 de octubre de 2007.

<sup>167</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007.

trataba de un sistema antiguo pero seguro. Luego de soldar los rieles, Julio y el resto de los conscriptos salieron a navegar nuevamente para realizar el minado de la bahía de una vez por todas. Como se trataba de una tarea peligrosa, los tripulantes civiles del buque, les recomendaban: “entonces los miembros de la dotación del buque, los civiles, nos decían ‘no se arriesguen ustedes, tengan cuidado porque ustedes no tienen nada que ver con esto’, nos hicimos muy amigos.”<sup>168</sup>

Esta experiencia dejó una marca muy fuerte en Julio. A la relevancia de la misión que estaban realizando, se sumaba el hecho que la gran mayoría de la tripulación del Isla de los Estados, con quienes se habían hecho “muy amigos”, falleció el 10 de mayo, cuando una fragata inglesa hundió el buque. A la luz de esos acontecimientos, los pequeños detalles cobran un nuevo valor:

Estábamos comiendo [en el Isla de los Estados] y aparece uno de los suboficiales, que era un tipo macanudo, y trae una lata con chocolates Cadbury, y nos convida a cada uno un chocolate [...] Fue algo para nosotros como si nos hubieran dado...increíble, increíble, no me olvido más ese gesto, fue una cosa que me marcó. Me dolió muchísimo que el tipo... muchísimo...<sup>169</sup>

Por otra parte, quienes desempeñaron una función muy diferente al resto de los integrantes del Apostadero fue el personal de sanidad, conformado por el doctor Guillermo Klein, el bioquímico Roberto Coccia, tres suboficiales enfermeros (José Vivanco, Juan Barrionuevo y Romero) y dos conscriptos camilleros (Sánchez y Rubén Cerri) que trabajaban en el Puesto de Socorro<sup>170</sup> del Apostadero. Guillermo Klein recuerda la instalación del PUSO:

La enfermería la armamos con Coccia, a los pocos días [que él llegó, a mediados de abril] en una oficina. La oficina se llamaba FIGAS, era Falkland Island Government Air Survey, era la oficina del servicio aéreo británico de la Antártida, que operaba en Malvinas. Bueno, y... ya Coccia había estado moviendo gente, se echaron a los gringos que había ahí adentro [...] y nosotros nos quedamos allí. Le vaciamos todo y nos quedamos ahí, ahí armamos la enfermería, pintamos la cruz roja, armamos los equipos de auxilio y demás. Y ahí vivíamos nosotros.<sup>171</sup>

Allí vivió y trabajó el personal de sanidad desde mediados de abril, cuando lo instalaron, hasta que finalizó la guerra. Reflexionando sobre la actividad sanitaria que desempeñaron, Guillermo Klein indica:

---

<sup>168</sup> Idem

<sup>169</sup> Idem

<sup>170</sup> PUSO de ahora en más.

<sup>171</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 17 de agosto de 2007.

Este... montamos esa enfermería, pero ya te digo con el criterio de salita médica, venía un tipo con anginas, con una basurita en el ojo [...] Ahí atendimos gente del Apostadero y algún otro conscripto del Ejército que andaban por ahí que se había torcido un tobillo. Este, te digo, hicimos huevo a lo loco, no hacíamos nada de nada [...] Ya te digo atendíamos a un tipo con tos [...] el que se lastimaba un brazo, alguna urticaria, algunas heridas infectadas, todas herida de rutina, viste.<sup>172</sup>

La poca actividad sanitaria que se ejerció en el PUSO, llevó a disponer de gran cantidad de tiempo libre durante el cual “tomábamos mates todo el día, [...] los días medianamente lindos, salíamos, [...] leímos mucho, teníamos un scrabbel, jugábamos al scrabbel [...] No, se hacían largos los días, se hacían largos.”<sup>173</sup> Y a veces también, algunos de ellos, como Roberto Coccia, ayudaban en la estiba de los buques:

Siempre en el Puesto de Socorro, en el puerto, trabajando en el puerto, porque aparte de estar ahí trabajábamos en el puerto [...] Y estábamos, íbamos y veníamos, quedaba el suboficial enfermero [de guardia en el PUSO]... [...] ¿Qué hacía todo el día encerrado ahí adentro? Yo no tenía ganas de estar todo el día encerrado, no tenía ganas, quería hacer algo, no podés estar todo el día encerrado, tenés que estar.<sup>174</sup>

Para el personal de sanidad, el cambio del lugar donde se alojaban significó también una mejora de las condiciones de vida: allí tenían luz eléctrica, estaban en un lugar cálido, dormían cómodamente, disponían de un teléfono interzonal, y tenían acceso a algunos elementos como juegos de mesa, libros, revistas, como evocaba Guillermo.

La convivencia diaria de estas siete personas bajo un mismo techo, el compartir mates y comidas, juegos de mesa, charlas, chistes, cumpleaños y problemas, llevó a que se conformaran como un pequeño subgrupo dentro del Apostadero, con características propias:

Nosotros teníamos un ambiente muy lindo con Coccia, ya te digo teníamos dos miliquitos, dos camilleros, se llamaban Sánchez y Cerri, [...] había tres suboficiales, y nosotros dos, cuando vos compartís... A ver, la Marina vos sabés muy bien que tiene establecida la jerarquía de jefes, oficiales, suboficiales, y toda la bola, pero cuando vos compartís una pieza grande, un baño y una

---

<sup>172</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007. En el informe que presentó Guillermo cuando volvió de las islas indica: “La mayor parte atendí enfermos (...) la principal patología fueron trastornos gastrointestinales, adjudicables al tipo de comida y stress (...) Además en segundo lugar problemas traumatológicos.” Informe del Teniente de Fragata Médico Dr. Guillermo Klein para un Seminario de Sanidad en COMBATE. Archivo personal

<sup>173</sup> Idem

<sup>174</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

cocina con cinco tipos, te tenés que poner, digamos, mejorar la calidad de vida de los de abajo y bajar vos también. [...] Ahí nosotros, yo lavaba platos, yo cocinaba, porque nos turnábamos, y venía el soldado, “Bueno, doc, le junto la mesa, hoy le toca lavar a usted”, pero venían así de onda, los tipos, era genial.<sup>175</sup>

Compartir la cotidianeidad en una situación tan extrema como la guerra condujo en este caso, en un grupo tan reducido como este, a una fuerte camaradería, a la construcción de fuertes lazos afectivos y al desdibujamiento de las jerarquías. Además el hecho de que uno de los oficiales de más alta jerarquía fuese muy joven –Guillermo sólo tenía 27 años–, puede haber ayudado a esa peculiar relación, ya que prácticamente era de la misma generación de sus conscriptos. Esta particular situación de convivencia llevó al punto que uno de los conscriptos del PUSO confiara un secreto al superior, por el que podía ser penado:

Viene un día el cabo [...] con uno de los conscriptos míos a contarnos un secreto “doctor, le podemos contar un secreto”, “sí, ¿qué pasó?” “pero jura no decir nada” “sí, sí, contá, ¿qué paso?” “pero, no, proméтанos” “¿Qué pasa loco? Tienen mi palabra”... Dicen, “bueno, venga que le mostramos”. Habían abierto una puerta, [...] y era un depósito de bebida. Había packs [...] Pero miles, y miles y miles y miles de latitas, era un galpón. Cuando vimos eso, digo “loco, ¿pero cómo?!” “nosotros pasamos vimos el portón abierto y miramos” [...] La cuestión que acá viene un problema legal, teníamos prohibido tocar nada de los kelpers bajo condena, es decir, ibas en cana, eras ladrón, carteles por todos lados, el gobernador prohibía tocar.[...] Entonces el tema, los milicos sabían, por eso me pidieron tanto secreto.<sup>176</sup>

Incluso festejaron algunos cumpleaños, como recuerda Guillermo:

De Barrionuevo yo tengo un recuerdo gratisimo del tipo, gratisimo porque era un tipo muy eficiente, muy activo, muy jodón, muy divertido. Fue el tipo que me pegó, el día de mi cumpleaños, cumplí 28 años de edad, me pegó, me hizo con todos firmados “feliz cumpleaños”. Son boludeces, pero vos decís, un tipo muy querido para mí, fue.<sup>177</sup>

Esta situación se daba al punto que quien quisiera romper esa particular convivencia entre los integrantes del PUSO, era excluido, discriminado:

---

<sup>175</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>176</sup> Idem

<sup>177</sup> Idem.

Y, por ejemplo, G., se mandaba la pelotudez que quería comer solo, no comer con los suboficiales, con los soldados. Entonces ¿en qué terminó la cosa? G. no venía siempre, cuando venía a comer G. comía solo en el escritorio de la oficina [...]. El tipo comía solo, nosotros nos íbamos, nos cocinábamos nosotros, teníamos un anafe, una hornallita, y cuando se iba el viejo, comíamos todos juntos, viste.<sup>178</sup>

La igualación jerárquica, el desdibujamiento de las jerarquías del subgrupo conformado por el personal de sanidad, es en este momento de la guerra una situación excepcional en el grupo mayor del Apostadero. Si luego del 2 de abril, una cierta homogeneidad en el trato podíamos encontrar en el grupo originario del Apostadero, a partir de mediados de abril con la llegada de numerosos contingentes de tropas –de a 10, 15 y 30 personas hasta un máximo de 250<sup>179</sup>– esa situación de particular convivencia cambió y la igualación de jerarquías se disolvió, como explica Hugo Peratta:

Después en los días siguientes en los vuelos que había iban cayendo de a 10, de a 15, y nos juntamos como 100 tipos [...] Ya la convivencia se hace distinta, no es lo mismo manejar 20 tipos que 100. Entonces cada uno tenía un jefe de grupo, suboficiales y cabos, porque yo era el más antiguo de todos, pero no me podía hacer cargo de los 100. Entonces entre Numer y el otro contador que fue después también, manejábamos los grupos, y cada grupo tenía un cabo o un suboficial encargado, viste, “y vos hacé tal cosa, vos la otra”, distribuimos más o menos las cosas, como trabajar y mantener la limpieza, descargar los barcos que iban llegando.<sup>180</sup>

---

<sup>178</sup> Idem

<sup>179</sup> Según el listado oficial de la Armada, los integrantes del Apostadero fueron 295, pero debido a los factores que indicaremos a continuación creemos que esa cifra es excesiva. La cifra exacta de integrantes que tuvo el Apostadero es difícil de indicar debido a distintos factores. 1° Porque las unidades subordinadas al Apostadero fueron modificándose a lo largo del conflicto. En un principio la máxima autoridad de la Armada en Malvinas era el jefe del Apostadero, y por tanto su jurisdicción era mucho más amplia. Pero después las unidades supeditadas se redujeron notablemente cuando al percibir la posibilidad de una reacción británica, se crearon otras áreas superiores al Apostadero. Con lo que en el listado oficial de la Armada figuran efectivos que sólo dependieron de esa unidad durante la primera semana de abril, como los buzos tácticos de Saffi o los tripulantes de algunos buques logísticos. 2° En muchos casos, la unidad fue un destino transitorio en el que los actores estuvieron pocos días para luego pasar a integrar la tripulación de los buques logísticos nacionales o ingleses; con lo que la cifra máxima de integrantes que se puede establecer aquí en realidad rara vez convivieron en su totalidad. 3° En el listado oficial figuran efectivos que en realidad integraban Áreas superiores de las que el Apostadero dependía, como los integrantes del Centro de Informaciones de Combate, de la Subárea Naval o de la Agrupación Naval (como Mozzarelli o el contraalmirante Otero). 4° En el listado aparecen efectivos que si bien fueron a realizar trabajos en la zona portuaria, nunca integraron la unidad aquí estudiada, como el personal encargado de realizar el minado de la Bahía de Puerto Argentino (Entrevista a Juan Carlos Ledesma, 24 de octubre de 2007). Si bien los límites de las unidades nunca fueron rígidos, y por lo tanto, algunos integrantes del CIC –por ejemplo– eran reconocidos como miembros del Apostadero por la cantidad de tiempo que pasaban allí y las funciones que ejercían, ese organigrama nos sirve de referencia. Teniendo presente esos recaudos, podemos indicar que los integrantes de la unidad fueron aproximadamente entre 200 y 250 en total.

<sup>180</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007.



Esta organización y distribución ya está marcando la pauta de una profundización de las brechas jerárquicas: si en el grupo originario conformado por tan pocas personas no era necesario imponer rígidamente la disciplina porque “las cosas estaban como engranadas”<sup>181</sup>, ahora la llegada de numerosas tropas que no conocían hacía necesario designar un jefe de grupo según la jerarquía y endurecer la disciplina:

La convivencia un poco cambió, pero siguió... [...] La convivencia no, no, mal no resultó mala, pero cambió un poco, porque ya no éramos, cuantos más sos, cambia un poco la cosa [...] Después te vas conociendo, te vas juntando, lo que pasa es que, viste, ya no es lo mismo que sean 18 que te conocés los 18, que cuando son 150, no es lo mismo.<sup>182</sup>

El desconocimiento también infunde temores, lo que provocó que la relación de los conscriptos con los suboficiales al principio fuera difícil, como evoca Claudio: “La convivencia ahí fue jodida con los suboficiales, porque no los conocíamos [...] Era media jodida, hasta que bueno te fuiste conociendo, porque había mucho miedo y mucha cagada a pedos, hasta que después pasaba [...] Pero era viste, el planteo, no nos conocíamos nadie ahí.”<sup>183</sup>

En un comienzo, los castigos y retos eran frecuentes para mantener la disciplina. Como no se conocían, era necesario imponer la autoridad y el orden desde el principio, sino después las cosas se podían ir de las manos:

Cuando recién llegamos, yo no me ubico bien, pero había una parte que había una especie de kiosco con muchas golosinas, y no sé cómo hicieron algunos para entrar, y los pescaron. Entonces Numer lo pescó, y le dijo que le iba a hacer consejo de guerra, y estábamos todos cagados, porque “consejo de guerra, qué se yo”. Y pensábamos que era medio injusto, pero en el fondo estaba bien lo que estaba haciendo el tipo porque tenía que mantener la disciplina y el orden. [...] Pero al final no pasó nada, fue toda una cosa que dijo para... para poner freno.<sup>184</sup>

Además, el espacio donde estaban alojados también colaboraba con el distanciamiento entre el personal de diferentes rangos militares: “La convivencia era buena, en general, había mucha camaradería como te decía, sobre todo... en el barco no tanto, porque estábamos más separados”<sup>185</sup>. Como indica Julio, la división en bodegas y camarotes de los integrantes del

---

<sup>181</sup> Entrevista a Daniel Peralta y Carlos Contreras, 11 de noviembre de 2007

<sup>182</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>183</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>184</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>185</sup> Idem

Apostadero, no contribuía a mantener una relación estrecha o una comunicación fluida entre ellos.

La convivencia en un grupo tan heterogéneo, conformado por conscriptos, suboficiales y oficiales, por profesionales y militares de carrera, evidentemente no era fácil y en abril se produjeron los primeros enfrentamientos:

Empezó a llegar gente, gente... de todo tipo de gente [...] que se agregó al Apostadero, algunos que se creían de carrera, conmigo no, porque era más moderno que yo, pero con Klein tuvo problemas. Un oficial que era más moderno, Klein era más moderno...más moderno se llama a haber entrado después, más antiguo es que entró antes, y le dice “R. [apellido del superior], dígame una cosa este..” “perdón, doctor, en qué año entró usted a la Marina?”, los dos eran tenientes de fragata, y le dice no sé supónete “en el 80”, “para usted soy el Señor”.<sup>186</sup>

La intencionalidad de diferenciar jerarquías sin ningún sentido, por el sólo hecho del prestigio, las diferentes percepciones del conflicto o, sencillamente, el enfrentamiento entre dos personalidades distintas, condujeron a situaciones conflictivas que atravesaron toda la guerra:

Ahora durante todo ese mes de abril, todo bárbaro, hasta que empezó el tema de que apareció este que te decía este segundo jefe, que este se creía no sé qué que era el dueño, hablaba. Entonces se me ocurrió decirle, porque él decía que los ingleses no venían, entonces yo le digo “los ingleses vienen, vienen y nos hacen pelota” “usted no sabe nada, usted es bioquímico”, “está bien señor” “¿usted qué sabe? Es bioquímico, no sabe nada. Ellos llegan a Ascensión, ellos paran, Estados Unidos los paran y ya está”. ¿Qué le voy a decir? Aparte él tenía más jerarquía.<sup>187</sup>

En este particular conflicto entre estas dos personas encontramos diversas variables de choque: profesional-militar de carrera, diferentes jerarquías (capitán de corbeta- teniente de navío), y también podría influir el hecho que “él se creía el dueño de todo”, cuando había llegado después que Roberto, es decir cuando no había sido parte del grupo original.

Los enfrentamientos entre los profesionales y el personal de cuadros, particularmente entre el personal de sanidad y los oficiales de carrera, fueron muy comunes en el Apostadero: sus diferentes prioridades en diversos aspectos, como por ejemplo el uso de las comodidades y facilidades de las islas, generaron numerosos conflictos hasta el término de la guerra. En un informe que Guillermo Klein realizó a su regreso, destaca: “La organización se vio interferida

---

<sup>186</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>187</sup> Idem

por las ordenes que dadas por el Sr. Jefe del Apostadero, que en reiteradas oportunidades no coincidían con la de los Oficiales de Sanidad del PUSO.”<sup>188</sup>

En otros casos, era la poca conciencia de guerra del personal la causa de los conflictos: Julio recuerda la única vez que lo castigaron en Malvinas:

Un día, bueno, suena la alarma, la sirena del aeropuerto, que se escuchaba en todos lados, entonces empezaron a gritar “alerta roja, alerta roja, abandonen el barco, el buque”. Entonces en vez de tirarnos del buque, bajamos a la bodega, agarramos el equipo, y bajamos por la planchada como si fuéramos turistas. Mientras estábamos en la bodega, abajo de todo, pasaban los aviones por encima del barco, o sea, teóricamente cae la bomba, y morís cocinado como una rata [...] Paró todo, nos formaron en el muelle, y nos pegaron un baile “que no puede ser, que el conscripto, cuando avisan alerta roja, se tiran de donde este, que lo único que se lleva es el armamento...”. Claro, habían puesto redes al costado, estaba una escala de gato que son esas con sogas, y la red que le cae, por ahí tenías que ir, y no bajar por la planchada como si fueras turista.<sup>189</sup>

El hecho de encontrarse en abril cuando todavía no se había producido ningún tipo de ataque en Malvinas, provocó que muchos no tuvieran una clara conciencia de lo que podía llegar a suceder, por eso evacuaban como “si fueran turistas”, por eso Daniel dice “yo iba a la guerra pero... me desvestía, me dormía en mi bolsa de dormir desvestido”<sup>190</sup>, o como afirma Abel: “...era una vida tranquila, se armaban los pozos, se pintaba, se ponía ‘Viva Argentina’, cada uno hacía sus cosas”<sup>191</sup>.

La guerra todavía parecía estar bastante lejos “...Todo era lindo en abril, pero a medida que pasaban los días las cosas se ponían un poquito más espesas, más complicadas”<sup>192</sup>. La organización de las guardias fue el primer paso hacia la guerra.

### ***Las guardias: el comienzo de la realidad***

Hasta fines de abril, la vida cotidiana de los integrantes del Apostadero parecía ser la habitual de un trabajador portuario: para la gran mayoría, el tiempo en las islas transcurría entre la carga y descarga de mercadería. A partir de la tercera semana de abril, una nueva tarea se agregó a su rutina, las guardias nocturnas, circunstancia que puede estar relacionada

---

<sup>188</sup> Abordaremos algunos de esos conflictos en el apartado siguiente y en el Capítulo 4. Informe del Teniente de Fragata Médico Dr. Guillermo Klein para un Seminario de Sanidad en COMBATE.

<sup>189</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>190</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

<sup>191</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

<sup>192</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

con el traslado de la sección de infantería de marina que funcionaba como Destacamento de Seguridad del Apostadero a la península Camber. Los factores que motivaron ese traslado fueron diversos: a los problemas de convivencia que se hacían cada vez más frecuentes entre las unidades que vivían en la zona portuaria<sup>193</sup>, se sumó la impartición de la Orden de Operaciones 1/82 que indicaba la necesidad de asegurar la defensa en Camber y establecía que la península debía ser ocupada antes del 18 de abril, ya que se perfilaba como un posible lugar de desembarco inglés<sup>194</sup>.

Como consecuencia, a partir de ese momento, los integrantes del Apostadero comenzaron a encargarse de la tarea que antes realizaban los infantes de marina: la vigilancia y seguridad de la jurisdicción de la unidad, lo que implicaba la organización de guardias nocturnas:

Uno de esos días nos reunieron a todos los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el buque Bahía Buen Suceso y un teniente se dirigió a nosotros. Entro otras cosas manifestó: 'hasta hoy sólo estuvimos trabajando, a partir de mañana, además de continuar con las tareas asignadas a cada uno, empezaremos a prepararnos para la guerra'. Dio a conocer el significado de los distintos tipos de "alertas" (...) Dijo también que se formarían ocho puestos de guardia para tener cubierta, básicamente, toda la entrada al muelle, y para controlar a la gente que pudiera transitar allí. Esta guardia sólo se mantendría durante la noche. <sup>195</sup>

La organización de las guardias fue, para muchos de los integrantes del Apostadero, el primer signo de que la guerra era una posibilidad cierta en su futuro inmediato, fue realmente un despertar a la realidad. El cabo Ni Coló, así como muchos de mis entrevistados, recuerdan ese momento como un abrupto quiebre en lo que hasta ese momento era una vida rutinaria de trabajo.

La organización de las mismas estuvo en manos de Juan José Silva, uno de los superiores del Apostadero, quien dispuso el establecimiento de dos tipos diferentes de guardias:

---

<sup>193</sup> Al respecto en la Separata 10 de *Desembarco*, se indica: "El intenso trabajo como mano de obra más el recargo de guardias hace que los 34 hombres de la Sec. Tir. [sección tiradores] sintieran el esfuerzo, además de soportar la tensión producida por los constantes cambios en la dotación del APOSTADERO, al que se le agregan y desagregan diariamente, unidades o fracciones de la ARMADA. La situación llevó al Tte. GAZZOLO el día 15 APR., a hablar con el CN MOZZARELLI (...). Le plantea el recargo de las guardias y trabajos de su gente y le pide replegar el grupo en CAMBER para refuerzo de su Sección." Op. cit., p. 18. Finalmente no fue necesario estudiar el traslado del grupo porque la Orden de Operaciones 1/82 (defensa) impartida el 16 de abril ya establecía la ocupación de esa zona.

<sup>194</sup> Sobre la relevancia del sector ampliaremos en el Capítulo 4.

<sup>195</sup> Ni Coló, *op. cit.*, pp.24- 25

Entonces empezamos a hacer guardias, y la guardia ¿en qué consistía? Bueno, recorrer... había puestos fijos, y después había... estaba un suboficial siempre de guardia, y había dos colimbas que recorrían con él todos los puestos, para ver si había novedades, y de paso tipo una especie de patrulla dentro del puerto [...] Mirá, yo tuve suerte porque... yo hice la guardia tipo rondín con él.<sup>196</sup>

Las dos o tres horas que tenían que estar de guardia en la zona portuaria (ya fuera en los muelles, en los buques o patrullando la costa) eran –para muchos de los entrevistados– los “peores momentos del día”, momentos en los cuales el enemigo parecía estar más cerca, amenazando sus vidas. Pero de los dos tipos de guardias, como explica Julio, el “mal menor” era la guardia de rondín, aquella en que te hallabas en continuo movimiento, recorriendo los puestos fijos, lo que, a la vez que inhibía la aparición de pensamientos, disminuía el miedo. En cambio, la guardia de punto fijo era la peor, como recuerda Guillermo Klein:

Las guardias las hacíamos, ya te digo, con fusil al hombro y visor nocturno, y salíamos caminando para ir a vigilar, uno mismo. Era importante la presencia de un oficial en el soldado que estaba apostado viste solito mirando el mar, ese sí que estaba cagado hasta las patas en serio, porque el tipo estaba solito, paradito, las guardias me parecen que eran de dos horas, en vez de cuatro porque hacía mucho frío. Y todos teníamos algún cobertizo, algún techito con alguna chapa, después se usaron los containers de los buques.<sup>197</sup>

Todos los integrantes del Apostadero participaban de las guardias, incluso aquellos, como los profesionales, que no tenían obligación. El doctor Klein recuerda cuando le solicitaron participar en las mismas:

Las patrullas las hacíamos, ya te digo pedían colaboración porque había pocos oficiales, en el Apostadero, entonces nos piden a Coccia y a mí que compartamos la guardia de patrulla, había tres o cuatro tenientes de fragata, ingenieros [...]. Así que nosotros hacíamos patrullas con un suboficial íbamos caminando por todo el perimetral del Apostadero, un pedacito de la ciudad por arriba, el muelle, donde estaban los barcos de ellos, no, donde estaba el Apostadero Naval.<sup>198</sup>

---

<sup>196</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007. Subrayado propio.

<sup>197</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007. En cuanto a los visores nocturnos, es importante aclarar que existen relatos encontrados: así como Guillermo indica que cada grupo que salía de patrulla tenía a su disposición un visor nocturno; Roberto Coccia afirma que él nunca vio esos visores: “Pero una parte de noche, haciendo guardia, cubriendo, caminando dando vueltas por el puerto, en plena oscuridad no había visor nocturno, no había nada, no teníamos nada nosotros”. Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>198</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007

También al bioquímico Roberto Coccia le hicieron el mismo pedido, pero su conflictiva relación con el segundo jefe del Apostadero –como vimos en el anterior apartado– lo llevaron a plantear una queja:

Los primeros días, entonces, dice “bueno, vamos a organizar la guardia, pam pam, el teniente fulano, el teniente mengano, los turnos”. Entonces le digo “discúlpeme, señor, yo soy un oficial de sanidad, del cuerpo profesional, y el comandante de guardia tiene que ser un oficial de comando de acuerdo a la reglamentación, el reglamento dice que para ser oficial de guardia tiene que ser de comando, no puede ser un profesional”, “cállese la boca, usted es un oficial de Marina”. Entonces, para una cosa yo era bioquímico, y para otras era oficial de Marina. Bueno, no era que yo no quería hacer guardia, me molestaba que si yo daba una opinión, para algunas cosas era bioquímico y para otras cosas era oficial de Marina.<sup>199</sup>

Como indicamos, las guardias eran los “peores momentos del día”. Para tratar de pasarlas lo mejor posible, los protagonistas apelaban a diferentes estrategias:

Yo hacía guardia en la madrugada, y para tener algo que esperar de la vida, me guardaba las tabletas de chocolate que nos repartían por la tarde. Como a las cuatro de la mañana bajaba por los laberintos metálicos del buque hasta la panadería, donde se estaba terminando de hornear el pan (...) El panadero ya me conocía, y me daba un trozo que de tan caliente desentumecía las manos agarrotadas por el viento de la guardia. Con el cuchillo de campaña abría el pan en dos y colocaba dentro la barra de chocolate, que se derretía lentamente.<sup>200</sup>

Ramón Romero recuerda que en sus guardias se distraía mirando las estrellas: “pensabas, mirabas las..., el día que estaba despejado, miraba las estrellas y hablaba, qué se yo, con tu vieja. Yo siempre hablaba con las Tres Marías, con la del medio, siempre yo decía que me comunicaba con mi vieja”<sup>201</sup>. Daniel Blanco pasaba el tiempo cantando: “Yo hay una canción que siempre canto, que es la de León Gieco, esa de la guerra... [...] Esa siempre la cantaba en la guardia [...] Que la guerra no me sea indiferente”<sup>202</sup>.

Pero también las guardias eran el momento en que la combinación de ansiedad e incertidumbre podían hacer explosión ante una espera que parecía interminable: “Yo te digo

---

<sup>199</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>200</sup> Herrscher, op. cit., p. 58

<sup>201</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>202</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

que el frío era lo... era lo... llegaba un momento que te paralizaba, que vos llegabas un momento que decías ‘que pase lo que tenga que pasar pero que se termine’.”<sup>203</sup>

En momentos como esos, el fusil se volvía el mejor aliado, siempre y cuando se supiera utilizar, lo que no era un detalle menor. Como ya indicamos, prácticamente la totalidad de las tropas del Apostadero eran no combatientes: eran personal técnico, furrieles, cocineros, lavaderos, constructores navales, marinos, etc., “toda la gente que hacía falta, digamos, pero no para combatir con un fusil”<sup>204</sup> en palabras de Hugo Peratta. Estas personas conformaban un grupo bien heterogéneo, con un claro elemento en común: su contacto con las armas era ínfimo. Muchos de ellos, como Hugo Peratta hacía mucho tiempo que no veían un fusil: “...me dieron un fusil que yo jamás en mi vida había visto, me dieron un fusil nuevo, viste, 0 Km., y había que desarmarlo, entonces se me trababa...”.<sup>205</sup>

En el caso de algunos conscriptos prácticamente no habían tenido contacto con el FAL, ya que habían hecho la “colimba” con un fusil diferente del que ahora le daban en Malvinas: “cosa que yo hice toda la colimba con el *garand beretta*, un fusil más viejo, igual que el FAL pero más pesado, más viejo [...] Cuando fui allá, cuando salgo del Edificio Libertad, me dicen ‘tome un FAL’ nuevo, empavonado, andaba todo ‘un FAL?’ ‘sí’.”<sup>206</sup>

Frente a estas dificultades, muchos tuvieron que hacer un “curso acelerado” de FAL en Malvinas, como recuerda Claudio Guida:

El Negro Eduardo [...] lo encontré a la noche del 13 de abril, le digo “Negro, enseñáme cómo es esto” [usar el FAL]. Y nos pasamos cuatro horas con el Negro arriba de la bolsa de dormir mía, arriba de la cama “ahora hacés esto, ahora es así” y los que no sabían atrás mío, mirando, “y después hacélo con los ojos cerrados, trabá esto, lo que cierre, sacálo para atrás, cerrá atrás”. En cuatro horas me dio un curso él.<sup>207</sup>

Ricardo Pérez, que había hecho parte de su “colimba” en el Centro de Infantería de Marina en Capital Federal, recuerda ser “el profesor” del curso de algunos integrantes del Apostadero –conscriptos y cabos– que viajaron con él:

El día que salimos del Edificio Libertad, que repartieron los FAL, González Llanos [conscripto] sabía, pero también era mar. Yo, nunca tuve un FAL sino en la colimba, pero sabía. El resto ninguno sabía, Egudisman, Padula, Scilingo [todos ellos conscriptos] y compañía, que después

---

<sup>203</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>204</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 11 de septiembre de 2007.

<sup>205</sup> Idem.

<sup>206</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>207</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

fueron a Camber, aprendieron la base del FAL conmigo, y ni hablar de los 5 cabos que estaban ahí también, eran electricistas, lavaderos, mozos, ningún tenía idea de nada.<sup>208</sup>

Una vez aprobado el “curso acelerado” de FAL, ahora sí el fusil se convertía en el mejor aliado en las guardias: la propia vida podía pender del buen funcionamiento del fusil, frente a un enemigo real o imaginario. Rodeados por la oscuridad, con un frío que calaba los huesos, un viento insoportable, el temor de estar arriesgando la propia vida, la tensión e incertidumbre por un enemigo que no ves pero suponés que está, creaban las condiciones propicias para ver fantasmas allí donde no los había:

Más tarde otro conscripto nos llamó muy exaltado; nos acercamos y dijo que le había parecido ver a un hombre saltando a un pasillo formado entre dos galpones justo frente de su puesto. Nos quedamos un rato con él, revisamos el lugar y comprobamos que no había nadie. Nos llamaron de otro, pues el que estaba de guardia aseguraba haber visto a alguien escondido detrás de unos contenedores que estaban cerca. Recuerdo que quité el seguro del fusil y con una bala en la recámara listo para disparar, pasé caminando entre estos, asegurándome así de que no había problemas.<sup>209</sup>

El temor a un enemigo que parecía omnipresente, que parecía estar detrás de cada sombra, de cada esquina, de cada movimiento, volvieron las calles de Puerto Argentino aún más inseguras:

Bueno nos acostamos, “¿qué hacemos? Vamos a dormir”, y como era temprano, el que estaba de guardia en la puerta se le escapa un tiro, un quilombo adentro, no te puedo explicar. Claro no sabía que había pasado, ese momento lo pase muy mal, muy mal, pegaron un tiro al aire... Pero en ese momento todavía no estaba la... En la noche se armaban tiroteos así, uno tiraba un tiro, el otro contestaba y salen todos, porque ahí estaban disparando... uno tiraba porque había una sombra, el otro tiraba porque había tirado este, eso es terrible...<sup>210</sup>

Estos tiroteos sucedían, como reflexiona Guillermo Ni Coló, “por el estado nervioso y también por el miedo que sentíamos todos por ser el primer día de guardia y por el desconocimiento absoluto que teníamos respecto de cómo y de dónde podría venir un ataque de los ingleses”<sup>211</sup> y las consiguientes sospechas, podríamos agregar, por la multiplicidad de rumores que se tejían en Puerto Argentino ante esa falta de información.

---

<sup>208</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>209</sup> Ni Coló, op. cit., p. 26

<sup>210</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>211</sup> Ni Coló, op. cit., p. 26



Esta situación de tensión e incertidumbre en que vivían los protagonistas estaba íntimamente relacionada con las formas en que la información circulaba en Puerto Argentino: al Apostadero llegaba tanto la información oficial a través de la publicación de *La Gaceta Argentina*<sup>212</sup>, algunas revistas del continente o por las noticias que se emitían en los programas argentinos de televisión<sup>213</sup>, como también la información extra-oficial, a través de programas de radios extranjeros –que estaban prohibidos escuchar– o lo que se podía filtrar a la censura naval en las cartas o en las contadas conversaciones con los isleños. En la conjunción de estos canales de información que muchas veces no coincidían, se encontraba Puerto Argentino: la localidad se transformó en una verdadera usina de rumores:

Nosotros no teníamos la precisa, no teníamos la precisa [...] Así que ya te digo nosotros estábamos igual o peor, eran todos rumores, no había una información exacta de lo que pasaba. Eran todos rumores, y vos calculá como es, cada vez 50 mil rumores, primero que era siempre la esperanza que no iba a pasar nada, eso se vivió hasta el primero de mayo que cayeron las primeras bombas [...] Pero hasta ese momento era la esperanza de que se iba a negociar, que iban a estar las tres banderas, que iba a estar la de las Naciones Unidas, la inglesa y la argentina; que iban a venir los cascos azules de la ONU, que iban... [...] todo, todo, menos la guerra.<sup>214</sup>

Como explica Ramón Romero, mientras pudieron, los protagonistas se aferraron a la esperanza de que todo terminaría por una negociación diplomática. Roberto Herrscher también recuerda una situación similar:

¿Qué sabíamos nosotros de lo que se cocinaba en Londres, en Buenos Aires o en las febriles consultas de Naciones Unidas? Casi nada, sólo rumores. Queríamos creer que las negociaciones de paz prosperaban, por lo que dábamos más crédito a los que venían diciendo que las

---

<sup>212</sup> *La Gaceta Argentina* fue un pequeño periódico creado en las islas el 8 de mayo bajo la dirección del capellán Fray Salvador Santore Op; su objetivo era “cubrir una necesidad de tipo informativo entre los miembros de las Fuerzas Armadas”. Se publicaron 12 números (el último data del 11 de junio), que incluían crónicas sobre el conflicto, enumeraciones de las bajas infligidas al enemigo, notas de carácter histórico y religioso, consejos para los soldados en el frente, noticias sobre las negociaciones diplomáticas, notas del continente como los resultados de los partidos del Campeonato Nacional de Fútbol o del Mundial, cartas y poemas para elevar la moral de los combatientes, entre otras. La siguiente nota incluida en la edición del 7 de junio, días previos a los enfrentamientos finales y ya cuando las dificultades logísticas eran realmente acuciantes, puede dar una idea del cariz del periódico:

“Tenemos municiones por tiempo indeterminado,

Tenemos víveres por tiempo indeterminado,

Tenemos una fe infinita.

¿No estará comprendiendo el enemigo que se equivocó de lugar, de adversario y fundamentalmente que carece de motivaciones sinceras y honestas?”

<sup>213</sup> “El día 13 de abril del corriente año, a las 19:00 horas, se inauguró oficialmente en Puerto Argentino, el primer Canal de Televisión de las “ISLAS MALVINAS”, con las sigla LU 78 “Canal 7 ISLAS MALVINAS”. Transmite diariamente de 19:00 a 221:00 horas en Castellano e Inglés” En: *La Gaceta Argentina*, 14 de mayo de 1982, N°3.

<sup>214</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

negociaciones del Papa, el presidente de Perú o el secretario general de Naciones Unidas estaban a punto de traer la paz.<sup>215</sup>

Incluso en algunos momentos la necesidad de creer las “buenas noticias” era más fuerte que su corroboración. Es así, por ejemplo, que uno de los primeros días de mayo en el Apostadero se celebró el fin de la guerra:

Repentinamente alguien ingresó y rompió el silencio. Saltando de alegría y gritando para que todos pudiéramos oírlo dijo que ya todo había terminado. Saltamos como un resorte y salimos a festejar. Nos abrazamos, algunos tiraban tiros al aire (...) Ninguno de nosotros tenía idea, ni siquiera se preguntaba en qué términos o condiciones se había firmado la paz (...) Pero no duró mucho. Pronto llegó el capitán jefe del Apostadero y repudió enérgicamente nuestro festejo. Nos dijo que todo era mentira que nada se había firmado con respecto a la finalización del conflicto.<sup>216</sup>

La necesidad de información en el contexto de incertidumbre que vivían, hacía que se le prestara gran atención a todo aquel que llegara con alguna noticia, preferentemente si era positiva, como decía Roberto Herrscher. En el Apostadero, los más escuchados eran aquellos que por su particular actividad disponían de información que provenían de fuentes confiables: Ricardo Pérez, el conscripto que era el asistente del segundo jefe del Apostadero y por ello pasaba la mayor parte del tiempo en el Centro de Informaciones de Combate, era uno de los que siempre aportaba las mayores novedades: “yo tenía información operativa, tenía información, [...] la fuente de información era yo, cuando llegaba, iba y venía, yo les contaba más o menos lo que había escuchado, pero yo era la fuente de información de ellos.”<sup>217</sup>

Aunque, a veces, era preferible no saber: escuchar la radio y enterarse que el pueblo por el que estaban arriesgando sus vidas estaba más pendiente de los resultados del mundial de fútbol que de ellos, daba mucha bronca, y en algunos casos, desmoralizaba:

La información diplomática no se manejaba allá, era todo obsoleto, antiguo, todo rudimentario, no tenías una radio para escuchar una buena información. Me acuerdo que estaba el mundial de fútbol también, sabíamos porque alguien por ahí comentaba, no sé cómo se enteraban, viste, de

---

<sup>215</sup> Herrscher, op. cit., p. 57

<sup>216</sup> Ni Coló, op. cit., p. 31

<sup>217</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

que había ganado Argentina. Era la guerra, el mundial, como decían “nosotros estamos en guerra, ellos están viendo el partido del mundial”, viste así era.<sup>218</sup>

Para luchar contra el peligro de desmoralización en que podían caer los combatientes, los programas de radio y televisión argentinos, el periódico *La Gaceta Argentina* o algunas de las revistas que llegaban, instaban a un continuo triunfalismo: notas indicando las supuestas bajas enemigas sin contar las propias<sup>219</sup>, o titulares como “Vamos Ganando” eran frecuentes en los medios oficiales<sup>220</sup>. El cruce o la confrontación de la información provista por estos medios oficiales y la suministrada por los medios extraoficiales o por su propia realidad, dejaban atónitos a muchos de los que estaban en las islas, como recuerda Ramón Romero:

Nosotros nos encontramos en el puerto una radio, un grabador viejo, viste, medio destartado, que ese lo incautamos y lo teníamos escondido, y de noche escuchábamos la radio Carve de Uruguay, porque era lo que más o menos, nos parecía lo más neutral... [...] Acá decían “vamos ganando”, y nosotros decíamos “estamos en otro lado, nosotros”, viste “bajaron tantos aviones”, y no sé, nos mirábamos entre nosotros y eran cosas que no coincidían.<sup>221</sup>

Con el mismo fin de levantar la moral de quienes estaban en las islas, otro de los elementos que llegaban en cantidades a Malvinas, y también al Apostadero, eran las cartas a “un soldado de mi patria” escritas por la población argentina en el continente. El santafecino Ramón Romero –ayudante del estafetero del Apostadero, Daniel Peralta– recuerda una de sus idas al correo:

Yo buscaba, trataba de buscar las cartas de Santa Fe para llevar. Cuando fui, en una de las veces que fui a buscar la correspondencia para el Apostadero, en el correo decía, bueno tenían las cartas que iban con destinatario, y después había los bolsones que eran para un soldado cualquiera. Entonces te decían “sacá de ahí y llevá para...”, y entonces buscaba de Santa Fe,

---

<sup>218</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

<sup>219</sup> En muchos casos las noticias son dudosamente creíbles, y en otros, directamente podemos corroborar que son falsas. Por ejemplo en *La Gaceta Argentina* del 26 de mayo, se enumeran las siguientes bajas de buques de transporte: “1) Hundidos: Trasatlántico Camberra; Buque transporte de tropas: 1; buque porta contenedores de Harrier: 1”. Se habla del hundimiento del Canberra, cuando ese buque fue uno de los que transportó a cientos de prisioneros argentinos al continente una vez finalizada la guerra.

<sup>220</sup> Para un análisis del discurso de los medios de comunicación durante la guerra, ver: Escudero, L., *Malvinas: El gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*.

<sup>221</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

viste, buscaba alguna, y busco así y veo una carta de mi hermana “Para un soldado cualquiera”, y me la quedé.<sup>222</sup>

Las cartas de conocidos y familiares, tanto como las de desconocidos, eran una inyección de vida y ánimo cuando las fuerzas amenazaban con flaquear:

Esa noche, un cabo se instaló en el centro del salón con un canasto lleno de cartas que llegaban para el soldado desconocido. Tuvimos que formar una fila y nos entregó una a cada uno; luego de leerlas las intercambiamos. Qué maravilloso era leer esas cartas, aunque no conocíamos a quienes las escribían, nos llevaban un poco de paz, y, por un rato, nos aislaban de la realidad.<sup>223</sup>

Pero no todas las cartas que les enviaban o que ellos escribían, arribaban a buen puerto. Que las cartas llegaran a destino dependía de varios factores: por un lado, de la disponibilidad de espacio para la correspondencia en los contados vuelos que cruzaban a las islas, frente a otras necesidades más acuciantes, como explica Roberto Coccia:

El problema era muy sencillo, así como te decía harina o municiones [...] Eran cartas, bolsones de cartas o comidas o víveres, digamos víveres o medicamentos o municiones, había aviones que llegaban y llegaban cargados de bolsas de cartas, pero otros no, porque no podían... largaban para salir y se tenían que volver porque les avisaban que habían patrullas aéreas dando vueltas y se tenían que volver, no se podían meter, ni arrimarse a la zona de exclusión. Entonces era muy difícil a veces.<sup>224</sup>

Pero principalmente la llegada de las cartas dependía de otro factor: tenían que pasar por el filtro de la censura naval, como explica Ramón Romero: “No recibía cartas porque... revisaban las cartas, viste, había algunas, no podías poner cualquier... lo que vos sentías o estabas viviendo, había muchas cosas que no las podías poner, porque te la censuraban.”<sup>225</sup>

---

<sup>222</sup> Idem

<sup>223</sup> Ni Coló, op. cit., p. 27. Pero también esas cartas podían llegar a tener efectos contraproducentes, como se infiere del testimonio de Juan José Gómez Centurión, un suboficial del Ejército: “En esos días empezaron a llegar las primeras cartas de familiares y fardos de cartas escritas por chicos de la escuela, cartas ‘A un soldado argentino’, como decían los sobres. Los chicos en su inocencia pueden ser muy crueles a veces. Decían cosas como: ‘Querido soldadito argentino, estoy muy orgullo de vos que estás en las Islas Malvinas. Se que te vas a morir, pero...’”. En: Speranza y Cittadini, *Partes de guerra. Malvinas 1982*, p. 55, en: Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, p.67.

<sup>224</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>225</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007. Como señala Federico Lorenz, la censura no fue tan eficiente y muchas cartas, cuyo contenido era calificado por las FFAA de “poco conveniente”, llegaron igual a sus destinatarios:

En otros casos, aún pasando por ese filtro las cartas igualmente llegaban, pero en condiciones diferentes a las que habían sido despachadas por el remitente, ya que la “mano negra” de la censura naval borroneaba o tachaba todo aquello que desde su perspectiva consideraba inconveniente:

Llegaban cartas de la familia, pero con mucho retraso y todas abiertas y con el sello “Censura Naval Argentina”.

Después me enteré de que muchas mujeres de militares y señoras voluntarias se ocupaban de tachar todo conato de desánimo o tibieza en el necesario fervor patriótico y toda referencia a países o ciudades que pudieran ser secretos militares en clave pasados al enemigo. Mi mamá, por ejemplo, me decía que estaban preocupados por mi los familiares de Los Ángeles, Nueva York y París. La frase quedaba con la palabra “preocupados” y los nombres de las tres ciudades tachados con marcador negro, pero de forma tan torpe que se leía perfectamente a través.<sup>226</sup>

También, en la recepción de las cartas, funcionaba la variable de privilegios –según jerarquías, o, como en este caso, según la profesión– como explica Guillermo Klein:

Cartas llegamos a tener digamos de algún modo, por el privilegio de ser los que éramos nosotros, que éramos el grupo de sanidad, cuando venían los aviones [...]. Pero mi señora de esa época me mandó una revista, un Inodoro Pereyra me acuerdo, nos mandaban diarios y revistas de Argentina, llegaban diez días tarde.<sup>227</sup>

Asimismo, “casualmente” las cartas que Ricardo Pérez enviaba desde el buzón de la plana mayor de la Fuerza Aérea “llegaban seguro”: “el 90 % de las cartas que yo despaché, las despaché en el mismo buzón que donde la plana mayor de Fuerza Aérea despachaban sus cartas. Llegaban seguro, mis cartas llegaron todas.”<sup>228</sup>

Además de las cartas, los telegramas fueron otro de los medios más utilizados para contactarse con el continente:

---

“Aparentemente, la censura de la correspondencia, tan habitual desde la Primera Guerra Mundial, no llegó a establecerse como una práctica organizada en las islas, aunque existen testimonios aislados de algunos soldados que se refieren a esta por parte de sus oficiales”. En: Lorenz, “*Es hora que sepan*. La correspondencia de la Guerra de Malvinas: otra mirada sobre la experiencia bélica de 1982”.

<sup>226</sup> Herrscher, op. cit., p. 62.

<sup>227</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>228</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

Y después lo que sí funcionaban eran los telegramas, sobre todo de allá para acá, porque eran telegramas radiales y teníamos después nos pidieron que hagamos un textos prefijado para no gastar mucho tiempo en el telegrafista. Y bueno, era bueno porque la preocupación de ellos era si yo estaba bien, viste, porque me acuerdo que mi madre llegó a decir un día “claro era feo porque llegaba el telegrama, pero llegaba a lo mejor dos días después, prendías la radio y “cruentos combates”. Y mi vieja pobre... [...] [la tranquilidad] no duraba nada, hasta el próximo telegrama que sabía que había sobrevivido.”<sup>229</sup>

Como Guillermo Klein, Hugo Peratta también se pregunta por la utilidad de sus cartas: “Mi mujer tiene las cartas, llegaron un mes después que las envié yo, porque era un quilombo tremendo, el país era un quilombo tremendo. Te imaginás cuando llegaban acá las cartas lo que servían.”<sup>230</sup>.

En otros casos, el hecho de no reconocer la escritura de sus hijos en los telegramas, ya que tenían que utilizar textos prefijados, hacía dudar a sus padres que realmente fueran ellos los que estaban escribiendo, con lo cual en vez de llevar tranquilidad a sus casas, los telegramas llevaban más desesperación:

Lo poco que podía hacer yo era mandar telegrama, pero mandar telegrama, me dijeron “no podés decir donde estamos ni nada”, entonces mandaba el telegrama “estoy bien, no se preocupen”. Mi vieja, cuando llegaba el telegrama, parecía telegrama de muertos, lo abría y dice “No se preocupen estoy bien”, y dice “este no es Alejandro, esto lo hacen para mantenernos tranquilos, pero él no puede haber escrito esto”.<sup>231</sup>

Los telegramas y cartas no fueron los únicos medios que tuvieron algunos de los integrantes del Apostadero para comunicarse con sus seres queridos: dependiendo de la condición de militar o conscripto también existía la posibilidad de hablar por teléfono, un verdadero privilegio en la guerra, como explica el periodista Kasanzew: “Mientras los oficiales y suboficiales podían regularmente comunicarse por teléfono con sus parientes, los conscriptos (...) mandaban telegramas a sus seres queridos en forma gratuita.”<sup>232</sup>

---

<sup>229</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>230</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007.

<sup>231</sup> Entrevista a Alejandro Diego, 26 de noviembre de 2007.

<sup>232</sup> Kasanzew, *Malvinas. A sangre y fuego*, p. 145.

Ahora bien, si la posibilidad de hablar por teléfono dependía de la condición de civil o militar, la cantidad de tiempo para hablar y la disponibilidad de turnos para hacerlo dependían, como todo en las Fuerzas Armadas, de las jerarquías militares:

Te daban turno para poder comunicarte, viste, los llamaban por teléfono por radio, era muy...Nosotros éramos cabos segundo te imaginás que era muy poco la habilitación que tenías en esos momentos para hablar, y si hablabas, te decían “listo cortá dos o tres palabras! porque había una cola atrás “mami, estoy bien”.<sup>233</sup>

Así, los oficiales fueron los que más cantidad de veces pudieron contactarse telefónicamente con sus familias: “Y después tuvimos algunas oportunidades de llamar por teléfono. Las llamadas por teléfonos eran desde una oficina, las llamadas por teléfonos de ellos eran con pedido, es decir vos pedías el número y había que lograr enganchar la llamada y hablabas.”<sup>234</sup>

Tener la posibilidad de hablar por teléfono ya significaba avanzar un paso, pero con la sola posibilidad no alcanzaba para muchos militares que no disponían de teléfono fijo en sus casas. Ese fue el caso de Ramón Romero que recuerda el periplo que tuvo que realizar para dejarles noticias suyas a sus seres queridos:

Nos llevaron a la central telefónica, y ahí teníamos que hablar por intermedio de radio aficionado, viste, hablabas como si estuvieras hablando por radio, viste, “cambio” y ahí habla el otro. Bueno, y ahí puedo avisarle a mi novia que trabajaba en Punta Alta, al trabajo, y que tampoco me atendió ella, sino que a la dueña cuando atendió, y que le diga que yo estaba en Malvinas, que yo estaba bien. Y a mi vieja le avisé en una casa, en un negocio que quedaba en frente de mi casa [...] Y... ahí llamé por teléfono, y le dije que le avisen a mi vieja que yo estaba en Malvinas y que estaba bien.<sup>235</sup>

El contenido de las conversaciones telefónicas o de las cartas que enviaban es otro tema a tener en cuenta. Hugo recuerda que, como no podían dar información sobre su condición o vida en las islas, las charlas perdían sentido:

Al poco tiempo establecieron una línea telefónica para que todos habláramos y todos los sábados podíamos hablar, hasta que no se armó el quilombo groso. Y después todos los sábados hablaba, había que hablar 4 o 5 palabras, más no se podía dar información nada. Entonces era todo medio

---

<sup>233</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

<sup>234</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>235</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

boludo “¿cómo andan los chicos?” “bien” “¿y vos cómo estás?” “bien” “pero cómo bien?!” “estoy bien” “chau” “el sábado que viene te hablo”.<sup>236</sup>

Daniel Blanco recuerda una situación similar, que lo dejará marcado de por vida:

Cuando yo estuve en Malvinas, yo hablé con mi novia, trabajaba en el Hotel Austral, en la administración, entonces yo ahí, me comunicaba con ella ahí. Entonces yo estaba acá, así, es como que [...] se estaba destruyendo todo, entonces vos, [...] vos me preguntás “¿cómo estas?” “bien”, me quedó grabado las palabras que yo contestaba, “¿cuándo volvés?” “pronto”, entendés, cuando vos decís no volvía, entendés? Entonces eran todas mentiras lo que yo les tenía que decir, entendés, no le iba a decir “no, dentro de media hora, una hora, nos destruyen, me voy a morir”. Entendés, entonces sobre eso me quedó que no puedo hablar por teléfono.<sup>237</sup>

La imposibilidad de hablar sobre sus experiencias en las islas impuesta por las Fuerzas Armadas, o en otros casos, autoimpuesta, conducía muchas veces a describir un panorama pintoresco que poco coincidía con la realidad, como evoca Sergio Fernández:

Yo escribía que estaba bien: “nosotros estamos bárbaro, hace frío nada más, nosotros estamos bárbaro”, ¿para qué le vas a decir “veníme a buscar” sino te puede ir a buscar? Pero uno no sabe ni qué decir tampoco “vieja estamos bien, vieja estamos bien, hacemos guardias, miramos a los pingüinos”.<sup>238</sup>

Asimismo, otro de los medios por el que los integrantes del Apostadero podían obtener información eran las conversaciones con los isleños. Si bien podemos pensar que por hallarse trabajando en la localidad podrían haber tenido mucho contacto con sus pobladores, en general, la mayoría de los entrevistados coinciden en que notaban mucha hostilidad y rechazo hacia las tropas que ellos consideraban invasoras y que venían a trastocar su estilo de vida<sup>239</sup>. En una de las pocas conversaciones que pudo establecer, Alejandro Diego recuerda:

---

<sup>236</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007.

<sup>237</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

<sup>238</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007.

<sup>239</sup> Esta percepción se observa claramente en la siguiente carta de una isleña: “Fueron tantos los invasores que usaron nuestra casa cerca del puente que está completamente en ruinas. Perdimos más o menos 7.000 libras en ropa de buena calidad y efectos personales incluido mi anillo de casada que es lo que más me duele (...) A lo mejor no lo tomaron los invasores, pero alguien lo hizo. En ningún momento tocaron dinero de las islas, pero nuestra colección de monedas completa fue robada.” Carta de Mrs. W. R. Mc Kay, septiembre de 1982, Archivo del Imperial War Museum, Londres. En: Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, p. 99.



Le pregunté [...] “¿y ustedes, qué piensan de esto? [...] “¿Ustedes qué piensan de eso?”. Dice “mirá, nosotros queremos que ustedes se vayan y que los ingleses no vengan”. Y le digo “¿vos no sos inglés?” “no, yo soy de acá. Nosotros tenemos una clase de vida que por esta invasión se nos rompió, y no importa si fueron ustedes o los ingleses, ya está rota, por eso queremos que ustedes se vayan y que ellos no vengan”. Y lo entendí.<sup>240</sup>

La hostilidad se manifestaba muchas veces en la indiferencia con que los trataban, como indica José Bustamante: “La única relación, o sea, nosotros caminábamos por ahí, ya sabíamos las cosas que teníamos que hacer dentro de Puerto Argentino, en Malvinas, notábamos cierta hostilidad de la gente civil de Malvinas hacia nosotros. [...] Uno por ahí le preguntaba algo más allá de que no supiera el idioma y esas cosas, no daban ni bolilla.”<sup>241</sup>

O también, en otros casos, la resistencia a lo que consideraban una invasión, se manifestaba en el mantenimiento de sus costumbres y tradiciones, rechazando las que querían imponerles sus “invasores”, como podemos advertir en la siguiente situación que relata Roberto Coccia:

Dábamos una vuelta, salíamos a caminar un poco por el pueblo a ver... Un día, vos imagináte que la mano era al revés, entonces se cambió la mano, se pintaban las flechas todo. Ni cinco de pelota. Íbamos caminando, si no me manotea Klein, venía un auto, me tira a la mierda, me encaró derecho porque él venía por la mano que estaba acostumbrado, y yo no pensaba en la mano de ellos, y aparte era al revés, no querían saber nada. Pero bueno, esas cosas pasan. Así que, pero viste, con la gente no tuvimos prácticamente contacto.<sup>242</sup>

Además la sospecha –y luego confirmación– de que con las radios locales, algunos pobladores transmitían información a las fuerzas británicas<sup>243</sup>, tampoco ayudaba a crear un clima distendido para relacionarse:

---

<sup>240</sup> Entrevista a Alejandro Diego, 26 de noviembre de 2007.

<sup>241</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007.

<sup>242</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>243</sup> Al respecto el Informe Oficial del Ejército Argentino consigna:

“h. La población.

Su nacionalidad (origen), idiosincrasia, distribución y posición netamente antiargentina posibilitó:

1) Disponibilidad, por parte del enemigo, de gran cantidad de fuentes de información, guías, baqueanos, apoyos, etc.

2) Factibilidad, para el enemigo, de infiltrar en la población fuerzas especiales.

3) Necesidad de emplear una parte de las fuerzas propias para el control de los pobladores.

4) La disponibilidad de medios radioeléctricos en los distintos establecimientos rurales permitió, en algunos casos, la transmisión de información a distintos puntos de la isla (...)

5) Apoyo al enemigo con lanchas y pequeñas embarcaciones.” Informe Oficial del Ejército Argentino, *Conflicto Malvinas 1983*, Tomo 1, p.14, en: Lorenz, op. cit., p. 98.

Los tipos no nos querían. Ellos se consideran ingleses, son ingleses, ellos no hablan castellano [...] O sea no, aparte no, cómo te puedo decir, era preferible no tener contacto, porque había que... no se podía ingresar a las casas. Se tenía que respetar la propiedad privada. Creo que al comienzo empezaron a requisarles las casas, para ver si no tenían armas o los equipos de radio, y llegó una orden que no se podía ingresar. Así que después los *kelpers* tenían equipos de comunicación para comunicarse con las estancias y demás, que los usaban para pasarle información a los ingleses.<sup>244</sup>

Por lo tanto, en general, los contactos fueron poco frecuentes. Uno de los pocos contactos que tuvo la mayoría de los entrevistados fue el intercambio de monedas o de algún otro elementopreciado por la población:

Pero no te hablaban, nada, salvo uno o dos que estaban por ahí, que yo les compré las libras, les compré 4 libras, 4 *pounds* de Malvinas, [...] ellos tenían la lira malvinense. Y este... alguno que nos contaba que la fruta para ellos, nos daban cualquier cosa con tal que le demos alguna fruta, no las conocían, [no] tenían acceso a las frutas.<sup>245</sup>

Quien tuvo más contacto con los isleños fue lógicamente Ricardo Rodríguez, el traductor y enlace del Apostadero, quien además, al conocer el idioma, tenía que ejercer una función de control sobre los pobladores, como explica él mismo:

Los *kelpers* pero, por ahí ellos son, son británicos, o sea, podrían también ser enemigos nuestros. Son enemigos en realidad, pero que se pueden volver en contra nuestro, si bien nosotros no los molestábamos pero... [...] Después por ejemplo, me dice mi jefe: “Bueno, anda ahí [...] al edificio de la *Falkland Islands [Company]*, eh... entrá sin armas, fijáte qué hacen”. Porque a los ingleses no se los molestaba, entonces es lo que podíamos ver, [...] ver lo que estaba haciendo, qué escribía, qué hablaba por teléfono. Eh... o sea mirar, algo sospechoso; pero sin molestar a nadie. Y bueno así que esa era también mi función. Después me, me pusieron como para hacer este... de enlace con los *kelpers*, a una persona que era [...] un sargento era, de la policía de ellos, de ahí, Fred [...] era el enlace de ellos.<sup>246</sup>

---

<sup>244</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>245</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>246</sup> Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007. Más allá de las mutuas sospechas y de la dificultad para establecer una relación con los pobladores de las islas, Ricardo recuerda haber tenido una muy buena y respetuosa relación con Fred, con quien incluso volvió a contactarse hace pocos años por Internet, y mantiene una relación hasta el presente.

Finalmente, los últimos días de abril, luego de la ocupación de las islas Georgias por las fuerzas británicas el 25 de ese mes<sup>247</sup>, el rumor de la proximidad de un ataque inglés se hizo más fuerte. Como consecuencia, los integrantes del Apostadero comenzaron a construir refugios en las inmediaciones del puerto, como recuerda Daniel Peralta:

Empezamos a construir refugios, adonde íbamos, construíamos refugios. Primero por nuestra especialidad, Construcciones Navales [...] Y siempre estuvimos en eso, la mayoría de los refugios que la gente del Apostadero, la gente que nos rodeaba, eran construidos por nosotros dos [Daniel y Carlos] y después otros que colaboraban.<sup>248</sup>

El 29 de abril un nuevo cambio trastocó la vida de los integrantes del Apostadero: ante la inminencia de un ataque inglés, los buques amarrados al muelle recibieron la orden de partir sin importar el nivel de la descarga en que se encontraban, ya que consideraban que quedarse en la bahía de Puerto Argentino era demasiado inseguro. Cumpliendo con la orden impartida, el Bahía Buen Suceso zarpó inmediatamente, llevando algunos efectos personales de los anteriores residentes, y dejando a los integrantes del Apostadero sin lugar de alojamiento: “Se fue el Buen Suceso [...] que nosotros es como que nos sacaban nuestro hogar, cuando se fue el Buen Suceso, todos lo sentimos, porque había sido parte nuestro, parte del Apostadero, o sea el lugar donde estaba el Apostadero hasta ese momento era el Buen Suceso.”<sup>249</sup>

Otra vez tenían que mudarse: encontrar un lugar para más de 200 personas no era una tarea fácil, y tardaron algunos días en resolverlo. Mientras tanto, el personal de la unidad fue dividido en grupos para alojarse en distintos lugares: algunos fueron al Club donde pasaron su primera noche en las islas; otros se refugiaron en un pequeño galpón, prácticamente en ruinas, en el muelle del puerto:

Para convertir el lugar (de piso de tierra) en habitable, fue necesario pavimentarlos con paneles de madera obtenidos en el ELMA Formosa, obturar los innumerables agujeros de paredes y techo por donde se colaba un frío insoportable, y se llegó a la medida iniciar de armar un par de carpas en el interior...<sup>250</sup>

En esos lugares se encontraban cuando las primeras bombas cayeron sobre las islas, cuando se produjo el verdadero comienzo de la guerra.

---

<sup>247</sup> El 25 de abril se produjo el estallido de las hostilidades cuando las fuerzas británicas ocuparon las islas Georgias, luego de una escasa resistencia de las tropas argentinas.

<sup>248</sup> Entrevista a Daniel Peralta y Carlos Contreras, 11 de noviembre de 2007

<sup>249</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>250</sup> Ibáñez y Arguindeguy, op. cit., p. 135

### Capítulo 3

#### Mayo: Guerreros itinerantes

*Todos fuimos parte, no nos tocó, pero eso que te toque o no te toque es tan relativo allá, es tan relativo. Porque es como que vos me decís tengo 50 hormigas que yo pongo el dedo acá así a ciegas, pasan y le das a 5 o 6 sí. Las otras 40 se van salvar [...] pero el dedo te pasó por arriba, no te tocó, gracias a Dios, gracias a Dios.*

Ricardo Pérez<sup>251</sup>

#### **Atacados**

El 1º de mayo la guerra finalmente se hizo presente con toda su crudeza. En la madrugada, un avión Vulcan atravesó las islas y lanzó las primeras bombas inglesas sobre las posiciones argentinas, dando comienzo así a los ataques a las islas que durarían los próximos 44 días. Esa jornada, durante la cual los ataques se multiplicaron, los espacios más castigados por el fuego británico fueron el aeropuerto de Puerto Argentino y la Base Área Cóndor en Darwin, con el lógico propósito de inutilizar las pistas aéreas. De aquí en más, los espacios privilegiados por el fuego aéreo y naval serían las bases aéreas, primordialmente la instalada cerca de la localidad principal, y el frente de batalla, con el objetivo de desgastar a las tropas en posiciones.<sup>252</sup>

Pero el 1º de mayo, también fueron atacados algunos buques logísticos, como el Forrest fondeado en una bahía en las afueras de la localidad, y los buques Formosa y Río Carcarañá, anclados en la bahía de Puerto Argentino a metros de las instalaciones portuarias, sector que no volverá a ser atacado hasta los últimos días del conflicto.<sup>253</sup>

En las vísperas del primer ataque inglés, los integrantes del Apostadero todavía no habían encontrado un nuevo alojamiento permanente, y por lo tanto, se hallaban dispersos en distintos lugares transitorios debido a la abrupta partida del Bahía Buen Suceso. Claudio Guida que se encontraba en el pequeño aserradero en ruinas al lado del agua, recuerda el ataque de la siguiente forma:

---

<sup>251</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>252</sup> Al respecto el entonces coronel Balza indica: “Con respecto a los fuegos de perturbación (hostigamiento) de los bombardeos navales británicos, se iniciaban poco antes de la medianoche y se prolongaban durante varias horas, siempre en períodos de oscuridad, afectando más psíquica que físicamente a nuestros hombres, incrementado la sensación de inseguridad y aislamiento, trastornando el descanso, las actividades logísticas y los movimientos”. En: Balza, op. cit., p. 88.

<sup>253</sup> Para ampliar sobre el primer ataque inglés el 1º de mayo, ver Moro, op. cit., cap. VI.

Un galpón, ahí es donde nos agarra el 1° de mayo, un galpón al lado del agua [...] ahí frente a esa iglesia hay un galpón, era tipo un ...un... astillero chiquitito, casero, ahí hicimos pie nosotros [...] A todo esto estaba tirado, pegado al lado de un escalón, tenía el piso, un escalón y después seguía la bajada para el agua, porque era una bajada grande, tipo un astillero, una chapa que habíamos hecho como un refugio, nada más había. Bueno, la cuestión, es que me agarró ahí, con mucho miedo, no sé quién estaba rezando al lado mío, yo le decía “¿qué rezás boludo?” [Claudio susurra, hace como que el otro seguía rezando], yo decía “¿qué le pasa? Bueno, vamos a rezar por ahí esto nos salva.”<sup>254</sup>

Encerrados en una precaria casilla al lado del agua, o en el Club de los Marines o en el Puesto de Socorro frente a la bahía, en plena oscuridad, sin saber bien qué pasaba, de dónde provenían los ruidos y los temblores de la tierra, se daban las condiciones propicias para entrar en un estado de confusión, incertidumbre y temor:

Temblaba también el lugar donde estábamos nosotros [el Puesto de Socorro], se sentía una ametralladora, parecían que estaban tirando adelante nuestro. El susto que tenía, no sabía para dónde disparar, no es que no disparaba, no sabía qué hacer, tirado en el piso, “están tirando acá adelante” “no, no, me parece que no” “me parece que sí”, no sabíamos... esa es la realidad. Miedo, sí tuvimos miedo, el primer día tuvimos miedo.<sup>255</sup>

Tras el 1° de mayo se vivió la segunda ruptura profunda en la cotidianeidad de los miembros del Apostadero –luego de la organización de las guardias nocturnas. Si en las guardias, el temor a un enemigo real o imaginario se adueñaba de muchos de ellos, ahora, el pánico –ante una situación desconocida por todos ellos y más por las tropas logísticas o por aquellos profesionales que raramente habían realizado algún simulacro de ataque o habían tenido algún tipo de preparación– los embargó a muchos de ellos. Al respecto, el doctor Guillermo Klein, que estaba en el PUSO junto a Roberto, recuerda:

Nosotros nos tiramos al piso automáticamente [...] Ya te digo, fue todo muy confuso, muy loco. Primero nadie había estado en una guerra [...] menos yo, y había empezado la guerra viste. Yo lo único que me acuerdo y te digo que es literal [...] Yo no sentía las piernas, [...] yo no sentía las piernas, no me podía parar. Y yo me sentía paralítico total de la piernas [...] Yo le pedía a los muchachos que nadie se levante, que no prendan la luz, que nadie se levante, porque yo no quería pasar vergüenza [...] Hasta que de a poquito entré a mover, como los dibujitos, entré a mover los deditos, y me pude parar. ¿Cuánto tiempo? Capaz que fueron... para mí fueron 17 mil

---

<sup>254</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>255</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

días que estuve paralítico, capaz que fueron 30 segundos, pero el cagazo que tuve [...] no me respondían las gambas.<sup>256</sup>

Semejante proximidad con la muerte motivó una ferviente e inusitada fe incluso entre aquellos que jamás habían pisado una Iglesia. Era común, también, echarse a llorar ante el temor, y acordarse de sus familiares más queridos y tan lejanos, en esos momentos que los vivieron como sus últimas horas:

Estábamos en el, se llamaba el Club de los... [...] era un club que tenían los Royal Marines [...] Bueno, en ese galpón, ahí estaba yo durmiendo el 2 de mayo, a la 4 menos 20 de la mañana. [...] Te digo que temblaba todo, “¿qué pasó, qué pasó?”, y se empezaba, se empezó a escuchar las antiaéreas, se empezó a escuchar. Porque aparte de las explosiones, se empezó a escuchar todo lo que era las antiaéreas nuestras, un sistema antiaéreo, y viste, era todo tiros, bombas. Y te digo que ese día un miedo, el que no..., recé, me acordé de Dios, de mi vieja, lloré, el que diga que no lloró esa noche, que no rezó, el que no le pidió a Dios, es mentira. Porque para no tener miedo tenés que ser loco o, no es normal.<sup>257</sup>

Otros pensaban en todo aquello que no habían realizado en su corta historia: Sergio Fernández, el cabo de 17 años, pensaba en la familia que no había tenido y se reprochaba no haberse casado ni haber dejado un legado en sus hijos: “Ya se extraña a la familia, todo ‘¿Por qué no me casé? ¿Por qué no tuve hijos? Me caso con la primer mujer que encuentro, si es que vuelvo’ decía, y después volví, me casé y tuve 7 hijos. [...] ‘No me casé, no tuve hijos, voy a morir acá sin dejar herederos’ decía yo. Herederos, de qué?”<sup>258</sup>

Quienes estaban de guardia en la madrugada del 1º de mayo, como el conscripto Julio Casas Parera, fueron los testigos privilegiados del primer ataque inglés:

El 1º de mayo, tomo la guardia a las 4 de la mañana [...] No podía creer lo que estaba viendo, los bombazos de los Vulcan me pasaban, el ruido de los motores, y después las antiaéreas nuestras, el cielo estaba todo iluminado, Navidad era un poroto al lado de esto. Impresionante. Lo que vi, fui, no sé si afortunado o desafortunado, lo que quieras, pero fui, el 1º de mayo a las 4 de la mañana, fui testigo del primer ataque aéreo de los ingleses.<sup>259</sup>

---

<sup>256</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>257</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007. Lógicamente luego del tiempo transcurrido, Ramón –como la mayoría de los entrevistados- no recuerdan exactamente las fechas ni los horarios. En realidad, el primer ataque fue el 1º de mayo a las 4:40 de la mañana. En Moro, op. cit., cap. VI

<sup>258</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007.

<sup>259</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

Como Julio, otros miembros del Apostadero vivieron el ataque entre el temor y la fascinación, como si se tratara de un “espectáculo”, como si estuvieran mirando o protagonizando una de la tantas películas de guerra que habían visto de chicos.

Ni bien escucharon el ataque, y una vez que pudieron calmar la confusión y dominar el temor, los integrantes del Apostadero se refugiaron en diferentes trincheras cercanas de donde estaban alojados, que habían construido días pasados:

Cada vez que había alerta roja, teníamos que correr una cuadra. Sí, porque cruzábamos al costado donde estaba el pozo ese con todo el arsenal ese, cruzábamos una calle, y había un pasillo entre dos casas, que llegábamos hasta la otra esquina, y ahí teníamos el pozo donde maternos [...]. Porque se habían hecho... [...] pozos para poder refugiarnos, cuando había alerta roja, corríamos y nos metíamos adentro de ese pozo, era un pozo enorme... [...] Era uno grande, donde nos metíamos no sé... 20 personas. No, no, un pozón grande, que le habíamos puesto tablas arriba, chapas y tierra, viste, para que quede... Y nos, nos metíamos ahí, viste, quedaba el agujero para meterse nada más, y, te metías así.<sup>260</sup>

Otros, suponiendo que al pueblo no lo iban a bombardear para no dañar a su población, directamente se internaban en las calles de la localidad buscando algún lugar cerrado que pudiera protegerlos: “Nos refugiábamos dentro del círculo de la ciudad, buscábamos lugares dentro... también talleres mecánicos, también, después a la otra noche dormíamos una vez en la enfermería.”<sup>261</sup>

El 1º de mayo significó para las tropas asentadas en las islas, y también para los integrantes del Apostadero, un abrupto despertar a la guerra. Si en un comienzo, como afirmaba Alejandro Diego “se iba a las Malvinas y no a la guerra”<sup>262</sup>, ahora sí era la guerra la que se presentaba en toda su dimensión: en las entrevistas, al hablar sobre este primer ataque, son recurrentes los comentarios como “ya estaba la guerra, ya no había vuelta atrás”<sup>263</sup>, “uno se da cuenta que es verdadera la guerra [...] porque hasta ese momento íbamos ganando”<sup>264</sup>, “Mi Dios... Qué es esto?” [...] ahora sí, ya no lo paraba nadie”<sup>265</sup> pensaba Ricardo Rodríguez.

Ese cambio en la percepción del conflicto, implicó para muchos protagonistas una transformación en las actitudes con que se lo enfrentaba. En algunos casos, la irrupción de la guerra condujo a algunos protagonistas, como José Bustamante, a percibir y vivir el conflicto

---

<sup>260</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>261</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

<sup>262</sup> Entrevista a Alejandro Diego, 26 de noviembre de 2007

<sup>263</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>264</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007

<sup>265</sup> Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007

con mayor compromiso y fervor patriótico por una causa nacional largamente reivindicada, lo que lo llevó a arriesgar su vida en incontables ocasiones:

Yo lo tomé más como un... como otro fervor, un fervor más patriótico, después que tomé conciencia de eso [...] Digo “bueno ahora sí estamos en guerra realmente”, y, entonces ahí sí estamos. Uno recuerda la promesa del juramento a la bandera, todo esas cosas, hoy para la sociedad que no son significativas, en la época nuestra eran significativas. Entonces bueno, fue así de esa manera, o sea, lo tomé con un fervor más patriótico.”<sup>266</sup>

El caso de José no es el único. Resulta tal vez aún más sorprendente el cambio radical en la percepción y actitud frente al conflicto del conscripto Claudio Guida, el ex militante de la “Fede”, cuya concepción de la guerra como una “trampa política”:

... Me duró creo que los primeros 15, 20 días, hasta que, creo, que hasta el 1º de mayo, cuando voló el primer tiro. Cuando voló el primer tiro o escuché el primer bombardeo dije “no, ahora, no, ahora, es”, como yo me quería salvar, “ahora los voy a matar a todos”. Pero me hizo así la cabeza [da un vuelco de mano], los voy a matar a todos”, yo que nunca había ido a cazar siquiera, “van a saber quién soy yo, los voy a matar a todos, y no voy a dejar a ninguno con vida, y me voy a volver victorioso”. Me hizo así la cabeza mal.<sup>267</sup>

Es Claudio mismo quien plantea diferentes hipótesis para explicar su cambio tan radical: “...pero a mí me hizo así la cabeza ¿fue la psicológica de las Fuerzas Armadas, fue el cagazo de la primer bomba que cayó, fue supervivencia? No sé quién fue que ganó de los tres, pero yo ahora no iba a ceder con nada.”<sup>268</sup>

Este cambio en su percepción del conflicto tuvo consecuencias no sólo simbólicas –en su actitud más comprometida– sino también prácticas: de buscar la forma de “acomodarse” en la guerra, Claudio pasó a ofrecerse voluntario en distintas misiones –algunas bastantes arriesgadas– y hasta fue quien izó la bandera en el acto en conmemoración al 25 de Mayo que se realizó en el puerto. De hecho, su transformación fue tan evidente que sus mismos compañeros del Apostadero le cuestionaban su actitud:

Te cuento que pasó tan así que “hay que ir a relevar a un conscripto que está con un FAP, en un cañón arriba de Puerto Argentino [...] ¿Voluntarios para ir a relevarlo?” “yo”. Había que ir

---

<sup>266</sup> Entrevista a José Bustamante, 3 de octubre de 2007

<sup>267</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>268</sup> Idem



caminando por todo Puerto Argentino a la noche, con el oscurecimiento, íbamos 3, 4 soldados, relevamos a la gente, que venía a comer y por ahí te quedabas un día allá. “Hay que ir a hacer esto” “voluntario”. Me miraban y me decían “Pero Mellizo, vos estabas en contra de todo esto ¿qué te paso?”<sup>269</sup>

Pero estas reacciones no fueron las más frecuentes. En otros casos, el inicio de los ataques sobre las islas implicó la caída abrupta de la esperanza en llegar a un acuerdo mediante negociaciones diplomáticas que se había conservado hasta último momento. Frecuentemente, la desmoralización y el desánimo ganaron la batalla: ahora sí estaban en guerra y la posibilidad de enfrentarse con el enemigo, de matar o morir se volvía más real. Ante tal proximidad muchos comenzaron a cuestionarse por la racionalidad del conflicto y por el sentido de su presencia allí: “¿Por qué estamos acá? ¿Por qué peleamos?’ Sí, por algo pero... ‘¿Por qué no lo arreglaron de otra forma?’”<sup>270</sup>, fueron las preguntas sin respuestas que una y otra vez se le plantearon a Ricardo Rodríguez.

Algunos miembros del Apostadero ya desde el primer ataque tuvieron un contacto directo con la muerte, lo que desmoralizaba aún más, como recuerda Guillermo Ni Coló:

(...) nos enteramos de que durante el primer ataque que se había realizado a la zona del aeropuerto habían fallecido dos conscriptos.

Convocaron a dos de mis compañeros para trasladarse hasta el cementerio y sepultar cristianamente a los primeros Héroes de la Nación Argentina que perdieron la vida defendiendo a la Patria.

Los chicos regresaron muy mal, estaban destruidos y nos contagiaron el dolor y la angustia.<sup>271</sup>

También algunos miembros del Apostadero, como Ramón Romero, fueron los encargados de construir las cruces para los primeros muertos del aeropuerto:

El 1º de mayo cuando caen las bombas nos toca hacer las cruces de los muchachos, de los primeros que murieron. Viene el padre Maffezzini, que era el cura párroco, el capellán que teníamos de la Marina, y bueno, viene, “y hay que hacer las cruces para los que murieron en el primer bombardeo”, que eran... los agarró en el puerto; las tropas que llegaban por avión hacían

---

<sup>269</sup> Idem

<sup>270</sup> Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007

<sup>271</sup> Ni Coló, op. cit., pp. 28-29. Efectivamente durante el primer ataque al aeropuerto fallecieron los conscriptos Héctor Bordón y Guillermo García de Fuerza Aérea. En total, ese primero de mayo, fallecieron 10 personas, todas ellas integrantes de Fuerza Aérea (incluyendo los anteriores conscriptos), y hubieron 28 heridos, miembros de las tres fuerzas. En: Moro, op. cit., p.197.

los campamentos al costado de las pista, viste, las carpitas para dormir hasta que les den su ubicación.<sup>272</sup>

A quienes les tocaba realizar tan desmoralizante tarea, se preguntaban continuamente si no correrían el mismo destino: "... 'una de estas es mía' decían los vagos" <sup>273</sup> recuerda Abel Mejías.

La presencia de la muerte en la vida cotidiana comenzó a hacerse más palpable, más real y más frecuente, a medida que fue desarrollándose el conflicto: el hundimiento del Crucero General Belgrano el dos de mayo, así como el desembarco inglés en San Carlos el 21 del mismo mes, o la primera batalla perdida en Darwin el 28 de mayo<sup>274</sup>, fueron otros acontecimientos que marcaron profundamente las experiencias de las tropas en las islas; otros golpes, sumados al del 1º de mayo, difíciles de digerir, claros símbolos de que la guerra iba a desarrollarse hasta sus últimas consecuencias.

Particularmente, el hundimiento del Crucero General Belgrano fue un acontecimiento que impactó fuertemente en las experiencias de los miembros del Apostadero. Principalmente quienes sintieron en carne propia el hundimiento del buque fueron aquellas diez personas pertenecientes al Apostadero que habían sido destacadas de la tripulación del Crucero a fines de marzo para viajar a un destino desconocido, que terminó siendo las islas Malvinas. Ellos vivieron la situación con verdadero dramatismo: la angustia e incertidumbre por conocer el destino de sus compañeros y amigos, se percibe claramente en el relato de Hugo Peratta, jefe de la división electricidad del Crucero hasta su convocatoria:

Y el día 2 fue tremendo para mí porque se hundió el barco mío, donde yo tenía mis compañeros, no sabía quiénes se habían salvado, nada, nada. [...] Yo me enteré por la radio, empezaron, a los pocos días, empezaron a dar la cantidad de muertos, qué pasaba, quiénes se habían muerto, los desaparecidos, y después charlábamos con los tipos que yo tenía ahí "¿se acuerda señor de fulano?" <sup>275</sup>

La angustia y desesperación de estas personas se trasladó a gran parte de sus compañeros en las islas, como recuerda Roberto Coccia:

---

<sup>272</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>273</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007

<sup>274</sup> En el siguiente Capítulo se amplía sobre estos hechos.

<sup>275</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007. El 60 % del personal de la división electricidad, de la que estaba encargado Hugo, falleció ese dos de mayo. En total fallecieron 323 personas de un total de 1093 tripulantes. Cf. Bonzo, *1093 Tripulantes del Crucero ARA General Belgrano*.

Fue muy duro la experiencia después cuando nos enteramos del hundimiento tanto para ellos [los ex tripulantes del Crucero] como para nosotros, porque era parte nuestra, no es cierto. Más allá de que lo del Belgrano, nos tocó a nosotros, porque teníamos gente del Belgrano con nosotros; desesperación tenía, y esa desesperación y esa situación de estrés sin saber lo que había pasado nos contagió a todos.<sup>276</sup>

Como indica Roberto, quienes hasta ese momento trabajaban en la Base Naval Puerto Belgrano y tenían un contacto asiduo con el buque, fueron los que más sintieron su impacto: “Y después nos enteramos el 2 de mayo que hundieron el Crucero. Empezó primero el rumor [...], y después fue el rumor cada vez más grande, cada vez más grande, y después que lo habían hundido. Y era algo impresionante, vos veías ese buque, tenía 2 cuadras de largo, 200 metros de largo tenía, era enorme, era una mole.”<sup>277</sup>

Además, el hecho de tratarse del hundimiento del buque insignia de la Armada, de semejante magnitud, fue otro de los factores que incidió en su fuerte repercusión:

Igualmente me llamó la atención porque era... el buque, digamos, insignia, en cuanto a lo que significaba para toda la Armada, para mí también. Porque el buque bien, bien de guerra, no era como el otro, que era una cosa medio raro, y los otros eran todos chiquitos, estaban los destructores, pero eran todos... al lado del crucero, todos chiquitos. No, fue muy, muy impactante, pero yo no me acuerdo haber hablado tanto de eso.<sup>278</sup>

Ya en el testimonio de Julio Casas Parera, podemos advertir que el hundimiento del Crucero no fue un acontecimiento de especial relevancia o de especial impacto para todos los integrantes del Apostadero. Algunos entrevistados recuerdan que lo vivieron como un acontecimiento más de la guerra, ya sea porque el buque no significaba nada especial en sus historias, porque no tenían ningún conocido allí, o porque no podían darse “el lujo” de reaccionar, de desmoralizarse, como explica Daniel Blanco:

Y reaccionamos... vos en ese momento no tenés presión, no es cierto, vos sos anormal [...] como ves, ya van ocurriendo ciertas cosas, que vos ya estás dentro de la guerra, no es cierto. No podés pensar en los demás, sino pensás en vos, no es cierto, empieza la ley de la supervivencia, no es cierto? Entonces vos no te podés hacer, decir “no, me tiro abajo, me voy porque este...”<sup>279</sup>

---

<sup>276</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>277</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>278</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 1º de diciembre de 2007

<sup>279</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007

Esta situación está íntimamente ligada a la incorporación de la muerte como parte de la vida cotidiana, de la rutina diaria, ante la continua exposición a condiciones extremas, como explica claramente Ricardo Pérez:

Vos calculá que todos los que estuvimos allá durante tres meses, estuvimos paseando con la muerte en la mano, eso es un arma [...] eso es una arma. Y la situación en la que nosotros estábamos, esa era la situación diaria, día a día, y no era que llegaba a casa, prendía la tele, era *full time*, 24 por 24, entendés? Ya no es que “ah, estoy mojado, me voy a dar una ducha caliente, y me voy a dormir”. Te querés aislar y no hay modo.<sup>280</sup>

Estar diariamente sometido a esas circunstancias, “*full time*”, “24 por 24”, condujo paulatinamente también a la incorporación de la vida bajo bombardeo, y por lo tanto de la muerte, como un elemento más de la rutina diaria. Si en los primeros ataques había sobresaltos, corridas desesperadas hacia los refugios en el pueblo, ya posteriormente contaban la cantidad de bombas, calculaban según el sonido hacia dónde se dirigían, y a veces ni siquiera se molestaban por ir a los refugios y seguían con sus actividades: “Por ahí estaba cocinando y sonaba la alarma de ataque aéreo, entonces tenía que salir echando putas. Al final después de los primeros días, después no le di más bola, me quedaba cocinando con el cura. Yo y el cura nos quedábamos [...] Seguíamos cocinando...”<sup>281</sup>

En otros casos, antes de ir al refugio, se hacían un tiempo para pensar primero en la comida:

Y habíamos hecho un gancho porque cada vez que pasábamos por ahí, que había un alerta roja, pasábamos por al lado de un gallinero de un kelper y... [risas] Cada vez que pasábamos por ahí le afanábamos un gallina del patio [...] Habíamos hecho un gancho, un palo así con un lasito, y cada vez que pasábamos le agarrábamos un pato o una gallina, y sino, le afanábamos huevos, pero algo... Así que, ya después, cuando había alerta roja, había que ir corriendo, pero primero manoteábamos el gancho.<sup>282</sup>

Poco a poco, le fueron “tomando el ritmo” a la guerra, y fueron aprendiendo a vivir bajo bombardeo. Guillermo Klein, la persona que en el primer bombardeo había sufrido una parálisis nerviosa a causa del pánico, con el tiempo ni siquiera se exaltaba con los ataques:

---

<sup>280</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007

<sup>281</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 11 de septiembre de 2007

<sup>282</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

A lo último ya estábamos relajados, “vamos a ver dónde estaban bombardeando”, te digo sinceramente estábamos relajados. En el fondo porque sabíamos que casi... no es que nos habíamos hecho superhéroes, no te confundas, sino que ya sabíamos que el bombardeo era allá. Ya le habías medido el tiempo a las bombas, ya sabíamos, cuando se escuchaba el bólido famoso [...] La bomba silba cuando pasó, no silba antes de venir, entonces cuando silbaba la bomba ya había pasado y la veíamos explotar allá del otro lado.<sup>283</sup>

La incorporación de los bombardeos a la vida cotidiana, conllevó también una indiferencia a los riesgos y peligros a los que se exponía la propia vida: “De miedo pasás a una situación de indiferencia total, no es que sos valiente, ni héroe ni nada, sos indiferente, y suponés que a vos no te va a tocar, más por el lugar que estábamos [...] suponíamos que ahí, mi suposición era que al puerto no lo iban a bombardear”<sup>284</sup>. Y también conllevó una indiferencia a la muerte: “Después todo se hizo rutina al final, bombas, bombardeos, eran rutinas. Cuando moría alguien ya no preguntabas cómo se llamaba, ‘murieron 3, murieron 4, o murieron 5, murieron 2’, si? [...] No podés vivir sino.”<sup>285</sup>

Esa indiferencia al peligro que se exponía la propia vida, está claramente presente en la siguiente situación que relata Claudio Guida:

Lo máximo: una vuelta, en un bombardeo, [...] los pozos que habíamos hecho de refugio, estaban inundados, quedaba uno solo, no? Este estaba lleno de gente [...] Nos dimos vuelta y éramos, qué se yo, 10, 12 pibes sin refugio, alerta roja [...] Refugios llenos, “vamos”, o sea, todo fue “vamos a meternos en el pueblo que ahí no bombardean” [...] Salimos por ahí, saltamos una reja, y empezamos a saltar de verja en verja, caminando entre las casas, para arriba, el monte [...] A todo esto... era... El Loco Luna se puso a cantar [típica canción de las películas de guerra], parecía combate, Osvaldo dice “ahí llevamos al herido”, y Osvaldo se iba cagando y cagándose de risa, Juanjo no podía más, caminaba y se cagaba de risa. Entonces todo el tiempo, íbamos caminando, jugando al combate. [...] Saltaron una verja, y después de que uno la saltó “y rompéla porque a Osvaldo no lo podemos pasar”, y la rompían con el FAL y pasaba Osvaldo, porque era el herido [tenía diarrea]. No puede ser, estábamos jugando, a conciencia de que estábamos jugados, pero estábamos jugando.<sup>286</sup>

Estaban jugando al combate en pleno bombardeo, en pleno ataque. Parece ser una situación incomprensible si no nos situamos en su cotidianeidad: diariamente vivían la misma

---

<sup>283</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007

<sup>284</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>285</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007.

<sup>286</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

situación, varias veces por día en algunos casos, y además, el exceso de confianza que implicaba la suposición de que ni el puerto ni el pueblo sería atacado, explican esa actitud. Además, como explica Bourke, estos jóvenes de 18, 19 años, imaginándose como parte de una ficción, una fantasía, podían evitar enfrentarse al horror de la muerte, de la realidad<sup>287</sup>; la sensación de irrealidad actuaba como una defensa personal.

Daniel Blanco, buscando una explicación a esa indiferencia al peligro, reflexiona:

Vos llegás un momento que no te importa vivir o morir, querés que se termine, no te importa otra cosa [...] Todos la mayoría, hay... en la guerra no hay cuerdos, o sos loco o sos cagón, o estás llorando todo el día, que había gente, o sos pirado, no sos normal, me entendés? No, no, no está el cuerdo, está o te vas para acá, o te vas para acá, entendés, no hay un término medio...<sup>288</sup>

Esa misma cotidianeidad marcada por los bombardeos y la muerte, no estuvo exenta de fricciones. Desde principios de mayo, los integrantes del Apostadero se habían vuelto a reunir bajo un mismo techo: un galpón cercano al puerto que funcionaba como una carpintería y que se transformaría con el tiempo en el espacio simbólico de la unidad.<sup>289</sup>

Una vez allí, se produjeron algunas situaciones conflictivas debido a la tensión a la que estaban sometidos diariamente, a diferentes percepciones del conflicto y a problemas lógicos de convivencia entre tantas personas bajo un mismo techo. En algunos casos, la existencia de compañeros que bajo bombardeo entraban en pánico –lo que podía propagarse a toda la unidad– o, por el contrario, que no comprendían la gravedad de la situación en la que se encontraban, provocaron algunos roces: “Si bien hubo diferencias, hubo diferencias con gente ajena, con gente que no entendía la situación que estábamos viviendo, eso se aclaró en su debido momento.”<sup>290</sup>

También Ricardo Rodríguez, un suboficial muy cercano y con una relación casi paternal con los conscriptos<sup>291</sup>, recuerda una situación similar: “Una vez uno quería salir en un tiroteo y el... lo agarramos porque ya... si no salía y lo... ponéle, lo mataban, no? Yo no me acuerdo si... si le pegué una cachetada, para hacerlo reaccionar, no? Que después me agradeció. O sea... al grupito que lo agarramos ahí.”<sup>292</sup>

---

<sup>287</sup> Bourke, *An Intimate history of killing. Face to face killing in twentieth century warfare*, p. 28.

<sup>288</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007

<sup>289</sup> El galpón de la carpintería fue el único lugar que lució en su fachada el cartel “Apostadero Naval Malvinas” y fue el lugar que más tiempo vivieron los integrantes de la unidad. Puede ser que por ello, hoy en día muchos entrevistados confundan la fundación de la unidad, que fue el 2 de abril, con la apropiación de ese espacio un mes después.

<sup>290</sup> Entrevista a Daniel Peralta y Carlos Contreras, 11 de noviembre de 2007

<sup>291</sup> Comentada por él, y reconocida por los mismos conscriptos, como Claudio Guida.

<sup>292</sup> Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007

Otras fricciones estuvieron estrechamente relacionadas con la profundización de las brechas jerárquicas: la intención de mantener las relaciones jerárquicas al igual que en la vida normal de instrucción, exigiendo nimiedades incompresibles en un contexto de guerra, fue la causa de otros enfrentamientos:

Un tipo [...] mala leche [...] Malos tratos, y era un chupamedia de los oficiales, y.. de lo peor. [...] Donde, había casos que te... que importaba más tu presencia personal que te hayas afeitado, trajeron un cargamento, uno capaz enorme, de máquinas de afeitar, y no tenías por ahí de repuesto para el fusil o.... Viste había cosas que... [...] Incoherencias, porque está bien que vos estés presentable pero también dame los medios para que mi arma esté en condiciones, viste son cosas que no... y eso viste son cosas que después uno... te resienten, son cosas que... son cosas de las que me hicieron cambiar la idea de seguir en la Marina.<sup>293</sup>

Además, el temor de que no se cumplieran las órdenes y que no se respetaran las jerarquías, llevó al intento de imponer la disciplina aún abusando de la autoridad: “Era el tipo que en Malvinas, te amenazaba, te daba una orden y vos decías ‘no’ ‘levante eso y póngalo allá’ ‘no, no lo puedo levantar’ ‘levante eso’, y sacaba la pistola y amenazaba con tirarte, ‘levante eso o le pego un tiro en la cabeza, conmigo no se van a venir a hacer los vivos’.”<sup>294</sup>

Como indica Ramón, es en situaciones extremas como la guerra, y particularmente los bombardeos, cuando se veía realmente quién era quién, sin importar las jerarquías:

Había gente que mostraba la miseria humana, había algunos que... yo siempre lo comento a los chicos en la escuela, que acá en la vida normal en el regimiento, había uno de bigotes gruesos, por decir viste, que gritaba como un perro, y allá era una lauchita. Y había uno flaquito que no dabas dos pesos por él, y era el que te iba a salvar la vida, era un león peleando. Las miserias humanas ahí se vivieron, se vivieron, y había algunos que no se cómo se salvaron de que uno mismo le pegue un tiro. Te digo que había cosas, que uno decía no puede ser que en esta situación, se veían cosas de cobardía o de... son cosas que el ser humano, yo pienso... que es normal.<sup>295</sup>

Además como él mismo destaca “vos en ese momento dependés de tu compañeros por más jerarquía que tenga o que seas un soldado conscripto. Vos en ese momento sos uno igual

---

<sup>293</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>294</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>295</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

que el otro, viste”<sup>296</sup>. Tu vida dependía de quien tenías al lado, fuera de la jerarquía que fuera, por lo tanto las brechas jerárquicas deberían diluirse o por lo menos menguarse.

Pero ello no fue así. Por el contrario, en el Apostadero la profundización de las brechas jerárquicas la encontramos en otros aspectos –además de los mencionados– como la organización espacial del galpón donde funcionaba la unidad, como recuerdan Daniel Peralta y Carlos Contreras:

D: [...] Era una carpintería que estaba dividida en dos, si mal recuerdo, vos ayúdame, eh.. Acá donde dormíamos primeramente, y acá donde [nos] alojamos cuando nos mandaron al barco. En el medio de la carpintería había un recinto, en ese recinto se alojaban los que más jerarquía tenían, desde suboficial primero hasta teniente.

C: Estábamos nosotros ahí y nos sacaron [...]

D: Y adelante había también una especie de oficina.<sup>297</sup>

Si bien algunos destacan que al vivir bajo el mismo techo la comunicación se hizo más fluida entre el personal de distintos rangos jerárquicos<sup>298</sup>, lo cierto es que los oficiales dormían en un cuarto aislados –al igual que los suboficiales de mayor jerarquía– del resto de los cabos y conscriptos. Las mamparas de división marcaban espacialmente las jerarquías. De hecho, como indica Carlos, el primer grupo que se albergó en la carpintería, conformado por ocho personas, para vigilarlo y acondicionarlo, se alojó en el pequeño recinto central, de donde luego, cuando se mudaron todos los integrantes del Apostadero, fueron desplazados por sus superiores que se apropiaron de ese espacio, el privilegiado.

También Claudio Guida hace referencia a una zona a la que los conscriptos tenían prohibido el acceso: “Había una zona de la carpintería que estaba vedada al paso nuestro, era el impenetrable [...] Los oficiales, primero estaban los suboficiales, y después los oficiales, no entraba ningún colimba ahí, no te dejaban entrar, no sé qué había.”<sup>299</sup> En “el impenetrable”, según algunos conscriptos, comían los oficiales y suboficiales de más alta jerarquía, y el resto de los cabos y “colimbas” comían juntos en el comedor principal.

Pero no todos coinciden en este punto: según algunos oficiales, como Roberto Coccia, todos comían juntos e incluso: “Se estila en las Fuerza Armadas [...] que cuando viene uno que es más antiguo, tiene más jerarquía se le deja el lugar. En el Apostadero no existía eso,

---

<sup>296</sup> Idem

<sup>297</sup> Entrevista a Daniel Peralta y Carlos Contreras, 11 de noviembre de 2007

<sup>298</sup> Comparando la comunicación entre vivir bajo un mismo techo y en el Bahía Buen Suceso, Julio indica: “La convivencia era buena, en general, había mucha camaradería como te decía, sobre todo... en el barco no tanto, porque estábamos más separados.” Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>299</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007



comíamos todos. De hecho, el ejemplo lo daba el jefe, venía el jefe, estaban todas las mesas ocupadas, alguno se quería levantar, ‘no, terminen de comer y después...’, empezando por el jefe.”<sup>300</sup>

Otros entrevistados coinciden en distintos aspectos con uno u otro relato. Tanto Ramón Romero como José Bustamante recuerdan una anécdota que se ubica en el punto intermedio de los anteriores relatos:

El [un superior del Apostadero] una vuelta dijo “a partir de mañana nosotros con los suboficiales, tenemos que comer aparte, los soldados tienen que comer aparte” [...] No se cumplió, no, no, no se cumplió, sino que dejaron que él comiera sólo y después venían el resto de los oficiales, ponían el mantel, y comían con los soldados.<sup>301</sup>

De confirmarse esta posición, se trató de un caso peculiar en el que la mayoría de los oficiales desobedecieron la orden de un superior para mantener la cohesión del grupo. Este hecho vendría a corroborar la tradicional creencia en la Marina de la relación más estrecha que existe entre las distintas jerarquías. Pero, por ahora, las versiones discordantes y contradictorias imposibilitan llegar a una conclusión al respecto.

Ahora bien, no todos los integrantes del Apostadero vivieron en la carpintería desde principios de mayo. Aquel pequeño grupo que se encargaba de las lanchas de desembarco (EDPV) continuó alojándose en un galpón sobre el muelle del puerto hasta que la situación se volvió demasiado peligrosa a mediados de ese mes.

El comienzo de los ataques sobre las islas significó para este grupo un cambio bien relevante: como explicamos en el Capítulo 1, el grupo originario, de aproximadamente 10 personas encargados de las lanchas, se había ofrecido voluntario el 2 de abril por sólo 30 días. Cumpliendo con el plazo, el 29 de abril un grupo de alrededor unas quince personas provenientes del Destacamento Naval de Playa de la Base Naval Puerto Belgrano, había sido destinado a las islas para relevar al grupo originario y continuar con sus actividades. El abrupto comienzo de los ataques el 1º de mayo significó la imposibilidad de retornar al continente para el grupo que estaba en las islas desde el 2 de abril, ya que el bloqueo inglés hacía muy peligroso el viaje de regreso: “Yo creía que el 1º de mayo me volvía porque mi ser voluntario para quedarme ahí en Malvinas era por 30 días, y venía el relevo y yo me iba [...] [el

---

<sup>300</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>301</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007

1º de mayo] lo único que había pensado es ‘uy esto me jodió de irme’, el 1º de mayo no va a venir nadie.”<sup>302</sup>

Por lo tanto, desde principios de mayo el pequeño grupo encargado de las EDPV, duplicó su número, y quedó conformado por aproximadamente 25 personas, que vivían bajo el mismo techo de un pequeño galpón del puerto:

Cuando llegamos allá era buscar alojamiento, y obviamente, alojamiento no teníamos, que era un lugar chiquito, que estaba en el puerto, una pieza que tendría... cinco metros por cinco, donde cada uno se ubicaba con la bolsa cama, y dormía. En el centro ¿qué había? Una salamandra ¿Cuál era la salamandra? Un tacho de 200 litros, que eso ya estaba, no sé si había sido invento argentino o qué, pero estaba en el medio del galpón, y eso se mantenía [...] Y bueno, ahí nos ubicamos, nos alojamos y dormíamos ahí.<sup>303</sup>

El hecho de que estuviera conformado por personal del mismo destino –el Destacamento Naval de Playa– y particularmente por militares de baja graduación –cabos segundos y primeros– y conscriptos, condujo a una particular convivencia y a un desdibujamiento de las jerarquías: continuamente en las entrevistas, sus miembros destacan que trabajaban todos a la par y en un clima ameno. De hecho, la fuerte camaradería que reinaba en el grupo, un grupo que ya estaba constituido, lo hizo renuente a la aceptación de personas extrañas al mismo: la incorporación de dos superiores, dos cabos principales, que no provenían de la Base Naval Puerto Belgrano, sino de un destino de Buenos Aires, en principio fue muy resistida, como recuerda Daniel:

F. aparece, aparece... porque él estaba en Buenos Aires... Aparece, ellos [los cabos principales] aparecen como eran de mar, timoneles, porque Romero era Construcciones Navales, Peralta también era Construcciones Navales [otros integrantes del grupo], no eran de mar, porque la especialidad de mar es la que hace eso. Entonces sobre eso, viste, empezaron a caer alguien, no es cierto, dentro del grupo empezó a caer otra gente, y entre ellos, estos dos cabos principales. [...] Nosotros al principio no lo tomábamos [...] Ellos estaban ahí, no podían actuar sobre nosotros, sobre nuestro trabajo, vos hacés tu trabajo y... hasta que se empezó a adaptar al grupo [...] Nosotros, es como decir, tu grupo es acá, y se cierra, vos hacés tu movimiento todas tus cosas, pero para que entre otro cuesta, hasta que o se adapta al grupo, si todos venimos acá a trabajar,

---

<sup>302</sup> Idem

<sup>303</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007. Es relevante destacar que Abel Mejías es uno de los integrantes del grupo del Destacamento Naval del Playa que participó del desembarco el 2 de abril maniobrando las lanchas del buque Cabo San Antonio, y luego regresó a la Base Naval Puerto Belgrano, para volver nuevamente a las islas a fines de abril.

vamos a trabajar todos [...] Claro, empezó a meterse en el grupo, entonces lo adoptamos y quedó.<sup>304</sup>

En el relato de Daniel, fue el grupo el que los terminó aceptando cuando los cabos principales se adaptaron a su particular organización y relación, y cuando comenzaron a trabajar a la par. De hecho, ante la pregunta de si a esos cabos los habían aceptado como superiores, como autoridades legítimas para impartir órdenes, Daniel responde: “No era como el jefe o el superior, sino que era el más viejito, no es cierto, dentro de todos los bebes que éramos nosotros, era uno de los más grandes, no es cierto, entonces es como que si... nos empezó a llevar como [...] como si fuera nuestro papá”<sup>305</sup>. Dentro de la “gran familia” que era el grupo encargado de las EDPV, los cabos principales terminaron convirtiéndose en “padres” según Daniel, no en superiores.

Debido a su particular actividad –realizaban todo tipo de transporte logístico a diversos lugares en la bahía, además de encargarse de tomar y largar amarras a los buques, del mantenimiento de las lanchas y de las guardias– disponían de cierta libertad y autonomía con respecto al grupo mayoritario del Apostadero encargado de la estiba: “Nos juntábamos con Peratta, Numer, y otro, Blanc [superiores del Apostadero], que eran, ellos eran nuestros jefes, pero los veíamos muy de vez en cuando, mientras que nosotros cumpliéramos nuestro trabajo [...] A nosotros nos decían ‘tienen que hacer esto’, y bueno lo hacíamos”<sup>306</sup>. Como explica Daniel, mientras cumplieran con su trabajo, nadie interfería demasiado en su trabajo, en su organización o en su vida cotidiana.

Finalmente, a mediados de mayo, cuando la situación a la que estaban sometidos por vivir en un precario galpón del puerto se volvió demasiado peligrosa, los integrantes de este pequeño grupo se mudaron a la carpintería con el resto del personal del Apostadero. Sin embargo, ese traslado no implicó una mayor integración con el resto de la unidad, sino que aún allí siguieron conservando su particular agrupamiento:

D: Y después en la última época dormíamos ahí todos en la carpintería, porque era el lugar más caliente [...] nos mudamos para dormir nomás.

E: Y para dormir hubo algún cambio, este... cambio de ver tanta gente?

---

<sup>304</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007

<sup>305</sup> Idem

<sup>306</sup> Idem

D: No, no, no, no porque la carpintería era grandota, y dormíamos todos juntos, [...] todos los nuestros dormimos todos igual. Lo que pasa es que yo te digo el grupo nuestro eran de cabo principal hasta conscriptos.<sup>307</sup>

Hasta el término del conflicto, continuaron con su cotidianeidad, su particular rutina, sus mismas actividades, con la única diferencia que dormían bajo otro techo. Pero no todos fueron tan afortunados. Luego del primer ataque inglés, la rutina laboral del grupo mayor del Apostadero se vio fuertemente trastocada: nuevas misiones, que implicaban nuevos itinerarios, comenzaron a realizar a partir de principios de mayo.

### *Aislados*

A partir del 1º de mayo, el bloqueo aeronaval inglés sobre las islas se volvió cada vez más eficiente e impenetrable. Si desde el 12 de abril, cuando comenzó a regir la Zona de Exclusión Marítima, el riesgo de cruzar a las islas existía, ahora, desde el comienzo de los ataques, el peligro estaba patentemente presente. De aquí en más, si bien las fuerzas británicas prácticamente se adueñaron de los cielos y los mares circundantes a Malvinas, aviones argentinos siguieron cruzando a las islas hasta los últimos días del conflicto. De hecho, ese débil puente aéreo fue el único contacto con el continente durante los 44 días finales de la guerra, ya que la Armada, al evaluar lo riesgosa que era la situación para los medios navales, luego del hundimiento del Crucero General Belgrano decidió desistir del intento y prácticamente se retiró del conflicto, exceptuando a aquellas unidades que ya estaban en las islas. Como afirma el *Informe Rattenbach*:

El Comandante en Jefe de la Armada convalidó la decisión de retirar los medios navales de superficie a aguas poco profundas debido a la amenaza de los submarinos nucleares enemigos.

Si bien esta decisión se justificaba, dado el análisis del poder relativo y la posibilidad de enfrentamiento masivo con la flota británica, ella no era válida, sin embargo, en cuanto al empleo de unidades en forma aislada o limitada.

(...) La comprobación de que sus medios de superficie no eran empleados ni siquiera en forma restringida para combatir al enemigo, aceptando los riesgos inherentes del combate, afectó a la moral propia.<sup>308</sup>

---

<sup>307</sup> Idem

<sup>308</sup> *Informe Rattenbach*, p. 161

A partir del hundimiento del Crucero el 2 de mayo, ningún buque cruzó a las islas, con la excepción lógica de los buques hospitales, lo que implicó una abrupta disminución en las actividades de quienes trabajaban en el puerto. Por tanto, el comienzo de los ataques sobre las islas no sólo trastocó la vida cotidiana de los integrantes del Apostadero por lo que implicaba vivir bajo bombardeo –como vimos en el anterior apartado–, sino también por los cambios en su rutina laboral.

A partir de este momento, las actividades del personal del puerto se redujeron notablemente, con lo que al mismo tiempo que comenzaron a disponer de más tiempo libre, se diversificaron sus funciones, convirtiéndose en verdaderos comodines de la guerra. Además de las guardias en diversos lugares del pueblo –que ahora pasaron a ser sus actividades principales– algunos también se dedicaron a transportar mercadería y personal al frente de batalla en la zona de los cerros circundantes a la localidad, o al aeropuerto. El transporte de mercadería o personal al aeropuerto o desde el mismo a la localidad, fueron experiencias que dejaron fuertes marcas en muchos de los protagonistas porque, como afirma Ricardo Pérez, “los viajes al aeropuerto era ruleta rusa, el aeropuerto era blanco”<sup>309</sup>, nunca sabías si ibas a volver o no.

Ramón Romero con su camión anduvo por toda la isla: “Con el camioncito ese hacíamos de todo, de todo [...] Llevábamos municiones al frente, íbamos al aeropuerto a buscar cosas para... que tenían que venir para el pueblo, viste hacíamos de flete, digamos, de distintos... Apoyo logístico.”<sup>310</sup>

También José Bustamante se dedicó a hacer el “flete” en las islas, con un medio de transporte bien particular:

Ya empezaron las hostilidades, los verdaderos combates, entonces yo tuve que agarrar y decir “bueno, hay que llevar municiones, bueno, listo, municiones”. Hasta que un día me metí a un galpón de los ingleses, donde había dos tractores, y agarro y le saco un tractor. Un Ford había, no sé si era un Ford 7000, más grande era. Agarro y saco el tractor, y digo “bueno, vamos a llevar municiones”<sup>311</sup>

A partir de mayo, José se dedicó a trasladar incansablemente todo tipo de mercadería al frente de batalla. Esa experiencia lo llevó a tener más contacto con las tropas del Ejército que con las de la Armada, incluso que con sus propios compañeros del Apostadero. Los momentos en que José iba al frente cumpliendo distintas misiones muy arriesgadas –como repartir

---

<sup>309</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007

<sup>310</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>311</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007

municiones bajo ataque— y que aprovechaba para repartir chocolates entre las tropas, fueron aquellos en que él se sintió más útil en la guerra, más comprometido con el conflicto. Por ello, en sus palabras, “mis mejores tiempos los pasé con los del Ejército”.

De hecho, su gran contacto con un oficial de Ejército en particular, quien a cambio de ciertos favores, le regalaba algunos elementos extras, conduce a José a refutar la tradicional creencia de la Armada, que en su institución se da una mayor horizontalización de las relaciones en comparación con otras fuerzas:

Tuve otra clase de trato con los oficiales, no es cierto, o sea a comparación con los oficiales míos, que me parecía que eran... que no absorbían lo que era una guerra, porque [...] donde en una guerra todos somos iguales, porque vos me salvás a mí y yo te salvo a vos, vos cuidás la espalda mía, y yo te cuido la espalda tuya. Entonces, qué pasa, o sea, había personajes de.. de.. Marina donde ellos querían hacer prevalecer la jerarquía y no, no, no entendían eso, de que todos éramos iguales, no es cierto [...] Los del Ejército, no, eran, los oficiales, eran un poco más humanos en ese sentido, no así algún personal de cuadros de suboficiales [...]. O sea yo, por ahí, porque tengo esa afinidad con este hombre, que solamente viví, lo ví 1 mes y medio, y tengo un buen recuerdo, pero yo gracias a él proveía de cosas a otros compañeros porque él me las daba.<sup>312</sup>

La identificación con unidades de otras fuerzas de los integrantes del Apostadero, fueron motivadas por distintas situaciones. Por un lado, el hecho de que —por las diversas actividades que les habían designado a partir de la disminución de la estiba— pasaran mucho tiempo en los espacios donde esas unidades estaban asentadas, y, por otro lado, la relación personal con miembros de otras fuerzas —Ejército, en el caso de José—, son variables que pueden explicar este tipo de identificaciones.

El caso de Ricardo Pérez es similar al de José, sólo que su mayor contacto fue con personal de Fuerza Aérea. Luego del 1º de mayo, Ricardo fue designado como asistente —o “che pibe” en sus palabras— de quien era reconocido como el segundo jefe del Apostadero. El cambio en su actividad implicó pasar gran cantidad de tiempo en el Centro de Informaciones de Combate<sup>313</sup>, donde estaba parte de la plana mayor de Fuerza Aérea. Su continuo contacto y convivencia con esas personas, dejaron fuertes marcas en su experiencia: las muertes que mayor impacto le ocasionaron fueron justamente las del personal de Fuerzas Aérea, y no, por ejemplo las resultantes del hundimiento del Crucero General Belgrano, como explica él mismo:

---

<sup>312</sup> Idem

<sup>313</sup> C.I.C. de ahora en más

R: Después con gente de Fuerza Aérea, mucho contacto con gente de Fuerza Aérea [...] Había un brigadier C., uno de Fuerza Aérea ahí, estaba con nosotros, cuando lo derribaron a De La Colina, De La Colina. Había una radio, la radio esa estaba en contacto con el centro cuando le pegaron. Vos le veías a la cara a los que lo conocían, porque realmente Fuerza Aérea era muy chiquitita, cómo lloraba esa gente, no te das una idea, no te das una idea. Esos momentos, ahora me van cayendo, que uno va hablando...

E: Y del hundimiento del Belgrano, te acordás?

R: No, del Belgrano, no, sí obviamente que lo hundieron, sí comentarios.<sup>314</sup>

De hecho, al reflexionar sobre su relación con sus compañeros del Apostadero, Ricardo señala que sus lazos se configuraron luego del regreso, y no mientras estuvo en las islas puesto que él tuvo muy poco contacto con ellos: “El grupo lo formamos ahí, sacando relaciones preexistentes con Marcelo Padula, con Alejandro Egudisman [otros conscriptos de la misma camada], el resto para mí eran todos absolutos desconocidos. De hecho las relaciones se fortalecieron a la vuelta...”<sup>315</sup>

Por otra parte, el cambio en su actividad trajo aparejada otra consecuencia para Ricardo: un mejoramiento de las condiciones de vida que tenía hasta el momento. Ser el asistente del segundo jefe del Apostadero, estar allí donde él estuviese, implicaba el acceso a determinados beneficios no solo simbólicos sino también materiales muy difíciles de conseguir en las islas: el que sus cartas despachadas por el mismo buzón que la plana mayor de Fuerza Aérea “llegaban seguro”, no era el único privilegio que disfrutaba Ricardo por compartir el tiempo y el espacio con la oficialidad en el CIC; también conseguía otros elementos preciados en las islas como comida y cigarrillos “de los buenos”: “yo allá conseguía Parisien” afirma el conscripto.<sup>316</sup>

También Roberto Herrscher fue designado como asistente “multifunción” en la casa que funcionaba como cuartel general y donde vivían las más altas jerarquías de la Armada: “Otero [el contralmirante Edgardo Otero, máximo responsable de la Armada en las islas] y tres o cuatro oficiales de alta graduación tomaron posesión de la casa y yo fui destinado ahí como traductor y como mucamo y cocinero junto con otro conscripto de Marina [...] Entre los dos limpiábamos, barríamos y hacíamos las camas.”<sup>317</sup>

Mudarse a esa casa, también significó para Roberto un mejoramiento de las condiciones de vida y el acceso a otros beneficios impagables en una guerra, como dormir cómodamente

---

<sup>314</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007

<sup>315</sup> Idem

<sup>316</sup> Idem

<sup>317</sup> Herrscher, op. cit., p.61.

sobre una cama en el cuarto de una casa, comer muy bien –hasta milanesas–, pasar mucho tiempo leyendo los libros de la impresionante biblioteca que tenía la vivienda, entre otros.

Otra de las principales actividades que se comenzó a realizar en el Apostadero a partir de que la unidad se trasladó a la carpintería, fue la atención de aquellos que venían del frente de batalla, y que se alojaban un tiempo en las instalaciones para descansar de tan duras condiciones, como explican Ibáñez y Arguindeguy:

...descolló el Centro de Recuperación para el personal que llegaba del frente: se brindó en un una serie de apoyos y servicios psicológicos y físicos a ese personal, habilitados con los medios que se tenían a mano. Diariamente se recibían entre sesenta y cien hombres procedentes de las posiciones, tanto Infantes de Marina como soldados del Ejército Argentino. Llegaban estos hombres, se los sometía a revisión medica (...); se procuraba cambiarles los borcegués, secar sus ropas en un secadero primitivo construido por el Apostadero Naval (...).

Existía un lugar de estar con televisor, distracciones diversas y otro para descansar o dormir, de suerte que el combatiente tenía allí durante unas horas un lugar para olvidarse de la guerra, retornando al frente con mayor energía y ánimo.<sup>318</sup>

Se trataba no sólo de hacerles comida caliente, de prepararles un lugar seco y cálido para dormir bien diferente a los pozos de zorro, de someterlos a un control médico, sino también de conversar con ellos para que pudieran despejarse (esos eran los únicos “servicios psicológicos” que podrían brindar en esos momentos), de entregarles algunas cartas al “soldado de mi patria” o de distraerse mirando televisión: “Iban rotando, un día un lugar seco, caliente, supuestamente caliente, y con comida recién hecha. Nosotros éramos los que los atendíamos a ellos, le llevábamos comida que era sopa bien espesa, una especie de sopa guiso, y estábamos con ellos, charlábamos, mirábamos televisión, que se podía ver ATC.”<sup>319</sup>

En otros casos, a algunos integrantes del Apostadero les ordenaron realizar otras actividades como el traslado, entierro y desentierro de municiones, como explica Julio Casas Parera:

Este, una vez estando, yo me acuerdo ahí haciendo guardia, bueno... porque había venido un teniente de corbeta, y nos organizaba para.... Atrás de lo que eran los galpones, había un baldío, era un potrero, era un potrero y después empezaban las casas, un potrero enorme, entonces había que poner ahí municiones que estaban todas apiladas. Primero hicimos todo un laburo de

---

<sup>318</sup> Ibáñez y Arguindeguy, op. cit., p.136. Según los entrevistados quienes principalmente iban al Apostadero a descansar eran las tropas del Batallón de Infantería de Marina N°5.

<sup>319</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007



poner todo, forramos el potrero de las municiones, eran balas de cañón, de cohetes, para fusil, es decir había de todo, y todo para fusiles. Y se ve que alguien lo cagó a pedos, y porque claro, sacan una foto aérea, y al tapizar todo eso... Entonces al día siguiente, vino una retroexcavadora, hizo una fosa y tuvimos que poner todas las cosas. [...] Un laburo de atar.<sup>320</sup>

Estas actividades, trasladar una y otra vez las municiones para por fin enterrarlas, eran consideradas tan sin sentido por los encargados de realizarlas, que muchos pensaban “que lo hacían para mantenernos ocupados, la cabeza ocupada. Yo creo que fue un poco desorganización”<sup>321</sup> reflexiona Julio.

Entre otras actividades sin sentido, también encontramos la limpieza de la pista del aeropuerto. Si ir al aeropuerto era como jugar a la “ruleta rusa” –como decía Ricardo Pérez–, ir a instalarse a la pista del aeropuerto para patear las piedras que habían quedado allí de anteriores ataques, era directamente una misión suicida, era “ir al matadero” en términos de Claudio Guida, quien explica claramente la misión:

Salíamos con un camión de Puerto Argentino, 20, 25 tipos, llegábamos al aeropuerto, nos bajábamos. Esta era la misión, empezábamos a... el aeropuerto de Puerto Argentino, era una pista, era como una calle [...] tenía como 8 paneles de cemento, dos estaban llenos de esquiras, porque ya habían sido bombardeados, dos hacían falta de que estén libre de esquiras y de piedras, porque los aviones que levantan, pinchan la goma, y después cuando bajan los hacen mierda. Había que dos franjas de esas, había que limpiar, patear piedras, sacar todo lo que encontrabas a tu paso, para que, había dos Aeromacchi, y un Pucará, que estaban ahí, que los querían sacar de ahí, entonces había que limpiar eso. Lo que pasa es que había que ir con un camión, sin armamento, llegar allá, limpiar la pista, en alerta roja.<sup>322</sup>

Claudio recuerda una de las veces que le informaron esa misión:

A todo esto en estas idas y vueltas, lo quieren llevar a Osvaldo y me quieren dejar a mí, o me quieren llevar, no lo quieren llevar a Osvaldo y me quieren dejar a mí [...] Vino un, este, suboficial, y dice “bueno, usted se queda y usted se va”. Digo “no, yo voy”, “¿cómo dijo?” “que si va él, voy yo”, y salta Osvaldo y dice “sí, y si voy yo, va él”. “Le voy a hacer consejo de guerra” “hacéme lo que quieras, la puta que te...”. Quilombo, con un suboficial, me hizo cuadrar, me tomó nota “pero hacé lo que quieras”. Bueno, la cuestión es que “vamos, vamos, que sale el camión que

---

<sup>320</sup> Idem

<sup>321</sup> Idem

<sup>322</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

nos tenemos que ir para allá”, vamos Osvaldo y yo, por eso ese pacto que teníamos con Osvaldo.<sup>323</sup>

En este testimonio se refleja claramente la camaradería que existía entre los colimbas desde el servicio militar obligatorio, lazos que lógicamente se fortalecieron al pasar por una experiencia límite como la guerra. Tanto Claudio, como su “Mellizo” Osvaldo, se habían prometido que allí donde fuera uno, iría el otro, nunca estarían solos, y cumplieron esa promesa aún en situaciones donde se arriesgaba la vida, como en esta misión realmente incomprensible.

Abel Mejías, otro de los que fue elegido para realizar esta misión, reflexiona críticamente:

Dice “tenemos que ir al aeropuerto a limpiar la pista de aterrizaje porque van a venir los aviones, tienen que aterrizar” [...] Íbamos llegando al aeropuerto, y bajamos del camión, y avisan por radio alerta roja, alerta roja es ataque aéreo, te imaginás! [...] Nos faltaban patitas para escondernos, adónde te vas a esconder? [...] En el primer hueco que agarramos, ahí puc nos metimos [...] Moraleja: todos arriba del camión y de vuelta a Puerto Argentino [...]. Yo me pongo a pensar: ¿qué sentido tenía? [...] ¿Para qué nos llevaban a nosotros a patear piedritas de la pista de aterrizaje? Aparte no conocíamos bien la zona, había bombas sin explotar, había muchas cosas que habían quedado en el aeropuerto después del primer ataque de mayo.<sup>324</sup>

La cercanía de los bombardeos, una experiencia hasta entonces algo lejana para quienes estaban en el puerto, dejó una fuerte marca de estas idas al aeropuerto en las experiencias de los entrevistados. Si mientras estaban en la localidad, ya no corrían los alertas rojas –total, las bombas caían lejos–, en el aeropuerto veían que “las fuerzas que estaban ahí cerca corrían como liebres. Decíamos ‘si estos que están acá, están siempre así, corren así, esto va en serio’, entonces, empezamos a correr. Decíamos ‘¿para dónde?’, ni sabíamos dónde había que ir, nosotros recién llegábamos, no teníamos ni idea, entonces corrimos para la playa y encontramos ahí unas elevaciones de piedra, y nos quedamos ahí.”<sup>325</sup>

No sólo resulta muy difícil encontrarle un sentido a la misión, y aún más que ellos fueran los elegidos para realizarlas, cuando ni siquiera estaban cerca del aeropuerto, sino que también lo que resulta sorprendente es la escasa información que disponían. Como podemos advertir en el testimonio de Julio, ni siquiera tenían muy en claro dónde refugiarse ante un ataque.

---

<sup>323</sup> Idem

<sup>324</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007

<sup>325</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

En otros casos, gran cantidad del personal del Apostadero fue designado a otras misiones como tripulantes de los pequeños buques logísticos que recorrían las islas, llevando provisiones, con lo que dejaban de pertenecer al Apostadero para pasar a integrar esas nuevas unidades. Este traspaso comenzó a realizarse desde mediados de abril, cuando requisaron el primer buque inglés –el Forrest–, y se hizo más frecuente a fines de abril y principios de mayo, momentos en que coincidieron dos situaciones: el relevo de gran parte de la tripulación civil de algunos buques nacionales –como el Bahía Buen Suceso– ante el gran peligro que corría, y la expropiación de otros buques ingleses, como el Monsunen y Penélope, que no tenían tripulación. Los últimos en ser destinados a uno de esos buques fueron los tripulantes de la pequeña goleta Penélope el 7 de mayo, quienes de ahí en más dejaron de depender del Apostadero para navegar en este buque.

No trataremos aquí esas experiencias, puesto que el objetivo del presente trabajo es analizar sus vivencias en tanto integrantes del Apostadero Naval<sup>326</sup>. Pero sí es necesario tener en cuenta que el traspaso a esas unidades significó la configuración de una nueva identidad, como miembros del buque, que en muchos casos subsumió o dejó en un segundo lugar a la pertenencia como miembro del Apostadero, al que algunos consideran una ocupación transitoria en su destino final: las unidades navales. Algunas variables como la cotidianeidad y camaradería que se logra en un espacio reducido como es un buque, el hecho de haber pasado las experiencias más límites navegando, y la cantidad de tiempo que estuvieron allí, pueden explicar dicha situación.<sup>327</sup>

Diferente es el caso del grupo de 6 personas del Apostadero que fue destinado al buque Río Carcarañá para controlar a la tripulación civil que había tenido varios conflictos con su capitán militar<sup>328</sup>. Uno de los miembros del grupo fue Sergio Fernández, que sin dejar de pertenecer al Apostadero, fue enviado transitoriamente como fuerza de seguridad y de control al buque. Sergio, junto a su grupo, supuestamente fue enviado para controlar la tripulación civil del buque, pero ni bien llegaron su actividad fue bien diferente:

---

<sup>326</sup> Para una crónica de las acciones de los buques logísticos en la guerra, ver: Mayorga y Errecaborde, op. cit. y las siguientes obras de Muñoz: *Misión Cumplida*, *Civiles por Malvinas*, *Poker de Ases* y *Los tigres del mar* (que trata sobre las dos guardacostas de Prefectura que participaron del conflicto). Para el Penélope, ver las obras testimoniales: Herrscher, op. cit. y Ni Coló, op. cit.

<sup>327</sup> Muchos ejemplos podemos encontrar al respecto, como por ejemplo que el libro testimonial de Roberto Herrscher gire alrededor de la historia de la pequeña goleta en la que él estuvo embarcado, y no el tiempo en que estuvo en el Apostadero. O también que Guillermo Ni Coló, otro de los tripulantes de la Penélope, manifieste su deseo de volver a las islas acompañado de sus compañeros de la goleta: “Yo quiero ir con ustedes, con mis compañeros, para hablar de todo lo que vivimos” le dice a Roberto. En: Herrscher, op. cit., p. 327

<sup>328</sup> A pesar de que, según el libro *No Vencidos*, el grupo que enviaron estaba conformado por 6 personas, al mando de un teniente de fragata, Sergio sólo recuerda a 2 conscriptos, Marcelo Padula y Sánchez. Para ampliar sobre los conflictos entre la tripulación del buque y sobre la travesía del Río Carcarañá, ver: Mayorga y Errecaborde, op. cit. y de Muñoz, las siguientes obras: *Civiles por Malvinas* y *Misión Cumplida*

S: Ellos [los tripulantes civiles] estaban siempre trabajando en las bodegas, y después nos mandaron a las bodegas a trabajar a nosotros.

E: O sea, ustedes primero estuvieron de guardia...

S: No, un día solo eso, a la tarde ya nos pusieron a trabajar [...] A uno de los ... les tocó ir a las balas de cañón esas grandes, al otro le tocó con las bolsas de harina, creo, y a mí me tocó con las aeronafeta, los barriles esos de 200 litros.<sup>329</sup>

Inmediatamente pasaron a convertirse en 6 tripulantes más del buque, encargados de la estiba de mercadería. Finalmente, lo que empezó siendo una pequeña misión en el Río Carcarañá en su origen, se terminó transformando en una intensa navegación de un mes, con dos naufragios y casi una semana viviendo en tierra:

Pero un día estaba yo ahí en el puente [...] entonces cuando vi que venían los aviones, di la alarma. Entonces toda la gente empezó a correr, me quedé gritando, que no me escuchaban, pero hacía señas. Y los dos aviones que venían, tiraron tiros, bah tiró todo el puente donde estaba yo, me tiré al suelo y quedó toda la ráfaga de ametralladora, segundo pegó un misil, que no pegó en el puente, pero pasó la humareda blanca, con la cabeza roja, eso fue lo que vi yo, la cabeza roja que venía [...] Yo me tiré al suelo, me empecé a arrastrar para adentro, ahí se me caían las lágrimas, sentí que me moría. [...] Así que después abandonamos el barco con dos o tres lanchas salvavidas [...] y fuimos hasta la orilla.<sup>330</sup>

Luego que el Río Carcarañá fue atacado por aviones ingleses, y que la tripulación desembarcó y abandonó el buque el 16 de mayo, Sergio con su grupo junto a los tripulantes de su buque y del Bahía Buen Suceso pasaron una semana viviendo en posiciones en Bahía Fox, un pequeño puerto en la Isla Gran Malvina: “Y hacíamos trincheras en una línea, en primera línea, trincheras con los civiles, voluntarios todos juntos. De día descansábamos, a veces, hacíamos guardias, bueno, y después teníamos el Ejército, que cuando sonaba la alarma era porque venían los aviones, teníamos que correr y tirarnos adonde venga.”<sup>331</sup>

Después de unos días, a este grupo les ordenaron embarcar en el pequeño buque inglés Monsunen, porque el jefe del Apostadero había ordenado su regreso. Otra vez se embarcaron, y nuevamente se toparon con una fragata inglesa, fueron atacados y vueltos a rescatar:

---

<sup>329</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007

<sup>330</sup> Idem

<sup>331</sup> Idem

Después nos llevaron a Puerto Argentino, dice que nuestro jefe allá pidieron que vayamos de vuelta para allá [...] Con el Monseñor [Monsunen], vamos con los dos conscriptos [...] y por ahí nos dicen que el radar había detectado que venía un helicóptero, entonces nos dieron la alerta amarilla. [...] Vino el helicóptero, tiró unos tiros con metrallera ahí, se fue haciendo chispas, creíamos que habíamos ganado. Pero se prendió una bengala, y había un fragata, íbamos directo a una fragata, empezó a tirar de a tres cañonazos, yo veía tres bolitas que venían [...] y venían con todo, nos pegaron a un costado, y el barco se ladeaba a un costado. [...] Y bueno bajamos, empezamos a andar, y nos buscaban los reflectores, tiraban tiros, no al barco, a la costa, donde pegaba, quedaba polvillo. Y bueno, nos tirábamos al suelo, cuando prendían las bengalas, nos tirábamos al suelo y nos arrastrábamos para alejarnos lo más posible. Y al amanecer fuimos a ver si podíamos subir al barco, bajar víveres, algo, y no, no respondía el motor dijo el técnico. [...] Si lo tuvieron que llevar a remolque después.<sup>332</sup>

El Forrest remolcó al Monsunen hasta Puerto Darwin, y allí quedaron sus tripulantes, que incluso combatieron en la batalla del 28 de mayo. Sergio junto a sus compañeros volvieron a embarcarse y por fin llegaron a Puerto Argentino en el Forrest, el 26 de mayo, luego de algo menos de un mes que habían partido para una pequeña navegación, que terminó siendo una experiencia que lo dejará marcado hasta el presente.

En síntesis, como podemos advertir, a partir del comienzo de los ataques sobre las islas, la diversidad de actividades que se les asignaron a los miembros del Apostadero, los obligó a recorrer la localidad, y parte de las islas. A partir del 1º de mayo, la guerra de los integrantes del Apostadero empezó a ser mucho más movable: estos actores comenzaron a recorrer diferentes itinerarios, sea para transportar todo tipo de mercadería o personal, en camiones, tractores, lanchas de desembarco o buques, o para limpiar diversos lugares, trasladar municiones, controlar a la tripulación, etc.:

Éramos personal medio raro, que estaba para lo que hiciera falta, hicimos muchas cosas, estuvimos en muchos lugares, no estuvimos plantados en un lugar, no. Estuvimos en el Bahía Buen Suceso, estuvimos en el puerto, algunos iban al faro, a hacer guardia al faro, a mí eso no me tocó nunca, este... otros estaban en la CIC, otros en el Penélope, otros en el Monsunen, o sea, estaban todos en los barquitos de los ingleses, después en las posiciones con infantería de marina. O sea, realmente abarcamos muchas cosas, y no como un regimiento que se fue al Monte Dos Hermanas y se quedó ahí, o al Longdon, o donde sea, como el BIM 5 [Batallón de Infantería de Marina N°5] por ejemplo.<sup>333</sup>

---

<sup>332</sup> Idem

<sup>333</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

En este sentido, Ricardo Pérez, el conscripto que luego del 1º de mayo fue designado como asistente del segundo jefe del Apostadero, reflexionando sobre su experiencia, indica:

Pero mi guerra fue así, fue atípica. El resto de los chicos del Apostadero, la pasaron en el Apostadero, o en los barcos, o en Camber, o en el Puesto de Socorro, o en la panadería, en la radio. Pero lo mío fue itinerante, mi guerra fue distinta, mi guerra fue muy particular, la guerra de Pérez fue.<sup>334</sup>

En realidad, si bien “su” guerra fue bien particular, lo itinerante de su experiencia es sin dudas un rasgo que lo aúna con el resto de sus compañeros del Apostadero: es justamente esa movilidad la que comienza a visualizarse como un rasgo distintivo de gran parte de las experiencias de los integrantes del Apostadero a partir del comienzo de los ataques y de la disminución de la que era su actividad principal, la estiba.

Ahora bien, además de significar un cambio en las actividades y en la rutina diaria de los miembros del Apostadero, el bloqueo inglés también trajo aparejado otra consecuencia: una notable disminución en el aprovisionamiento logístico de las tropas diseminadas a lo largo y ancho de las islas; disminución que ya había comenzado a sentirse desde mediados de abril a partir del establecimiento de la Zona de Exclusión Marítima por las fuerzas inglesas, como lo corrobora el *Informe Rattenbach*: “Las demoras y excesos en las precauciones, debido a una sobreestimación del bloqueo británico implicaron, además, serias dificultades en la ejecución de las funciones logísticas de las islas.”<sup>335</sup>

En el Apostadero, la drástica disminución de los cruces del continente a las islas, se hizo sentir en elementos de relevancia simbólica, como las cartas o revistas que comenzaron a llegar con cuentagotas, y también, en las restricciones logísticas de elementos de importancia material, como algunos productos alimenticios, pero principalmente ropa de recambio, como señala Abel Mejías:

Yo siempre cuando me preguntan, hago hincapié en el tema indumentaria. Yo me fui con un sólo par de botas, tenía dos pares de medias, tenía un overol y una ropa de zona sur, una парка, y nada más [...] después no tuve más nada. No había reposición de equipo, en eso tengo que hacer hincapié [...] Vos no podés estar 40 días con la misma ropa, te imaginás, hablando de ropa exterior y ropa interior, vos tenés que tener toda una logística que te diga “listo flaco, por lo menos tenés para cambiarte, esto es para cambiarse.”<sup>336</sup>

---

<sup>334</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007

<sup>335</sup> *Informe Rattenbach*, p.163.

<sup>336</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007

Algunas de esas carencias podían suplirse con lo poco que llegaba en las encomiendas, de lo que donaba la población en el continente o que les enviaban sus familiares o conocidos, como recuerda Daniel Blanco: “Como vos te ibas poniendo cada vez más ropa, no es cierto, vos te ponías ropa, llegaba ropa, mandaban gente, no es cierto, entonces vos veías algo que te andaba, pak, una remera todo, te ibas poniendo.”<sup>337</sup>

Claudio Guida y su amigo Osvaldo Venturini eran los “privilegiados” del Apostadero –el “club de la opulencia”– porque habían recibido una encomienda con distintos alimentos, que podían considerarse un “lujo” en la guerra:

Yo recibí, con Osvaldo una encomienda grande, una cada uno, que nos mandaron las dos viejas nuestras. En esa encomienda iba Nesquik, leche en polvo, en lata [...] Bien de mamá imagináte, y no sé qué boludeces más, yerba. Y cuando volvíamos de la guardia a las 5 de la tarde, lo primero que llegabas, era leche, y al que encontrábamos en la mesa, le convidábamos, pero no era para todo el mundo, la leche era para nosotros. Con Osvaldo teníamos un armario que habíamos encontrado y le habíamos puesto un candado. [En] ese armario, guardábamos la leche en polvo, que era un armario de carpintería, y ahí poníamos todo una alacena, y mirábamos: “¿cuántos hay a ver en la mesa?” “tres” “¿les convidamos a los tres?” “sí”. Bueno, sacábamos la leche en polvo y les convidábamos a los tres, los que querían, agua caliente, leche en polvo, Nesquik. O sino decían “bueno, vos andá a robar galletitas o pan o algo para tomar la leche con Nesquik”, boludeces de esas... y éramos colimbas, hacíamos eso, o sea, a *motus* propio. Y todos decían “ah mirá, el club de la opulencia”, porque nosotros teníamos leche en polvo, Nesquik.<sup>338</sup>

A la hora de la “leche”, de la merienda, los roles se dividían entre los conscriptos: Claudio y su amigo aportaban la leche en polvo y el cacao, y el resto debía encargarse de conseguir algo para comer, sin importar el medio: mejor aún, si eran las tan preciadas galletitas.

Como consecuencia de las restricciones logísticas, los medios informales para conseguir alimentos u otro tipo de beneficios se multiplicaron en toda la isla, y especialmente en las proximidades del pueblo, donde se concentraba la mercadería. El hecho de trabajar en la localidad, les permitía a los integrantes del Apostadero comprar en los negocios isleños los elementos que les hicieran falta –lo que estaba prohibido con el fin de evitar el

---

<sup>337</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007

<sup>338</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

desabastecimiento de la población— mediante diversas estrategias que fueron frecuentes entre las tropas en la localidad:

Teníamos prohibido ir a los dos supermercados grandes que había a comprar porque desabastecíamos a la población. Entonces, no podíamos, personal militar tanto conscriptos como cuadros, no podíamos acceder, pero siempre encontrábamos la vueltita. Había algunos que eran civiles que venían en los buques, y le dábamos, “tomá y compráme tal cosa”.<sup>339</sup>

Otros mecanismos como las relaciones de amistad o compañerismo —por haber sido parte de un mismo destino, unidad o de la misma clase o camadas— fueron muy utilizados para conseguir una taza más de chocolate, un pancito bien caliente en las guardias o un cigarrillo de más: “Pasábamos primero con chocolate. El chocolate, viste, si no lo revolvés mucho decanta, entonces hacíamos una pasada todos, y después el suboficial decía, a los que nos conocía del Apostadero, nos daba una segunda vuelta, que era así, una cosa pesada, no?”<sup>340</sup>

También otros medios como el trueque de mercadería con personal de otras unidades y fuerzas fueron muy comunes, constituyéndose un inmenso mercado negro a lo largo de las islas, como recuerda Daniel Blanco:

Nosotros teníamos carne de cordero también, de los colimbas de Ejército. Ellos nos daban carne de borrego y le cambiamos cigarrillos por carne de cordero, entendés. En el grupo nuestro nos daban cigarrillos al que fumaba o no fumaba, yo no fumaba, entonces también pedía cigarrillos, entonces todo era, como decir, un trueque que había.<sup>341</sup>

Asimismo, el intercambio de favores con personal de otras fuerzas podía proveer de ciertos elementos extras, que en algunos casos se los repartía a su vez entre tropas de la propia unidad o de otras. José Bustamante, el conscripto que tenía mucho contacto con un oficial del Ejército, señalaba al respecto:

Yo había conocido a un capitán [...] que me dice “che -me dice- el tractor ese, lo podemos usar?” “sí, pero manejo yo”, “bueno —dice— tenemos que llevar JP1 para el aeropuerto” [...] El capitán era un tipo muy macanudo, entonces me conseguía, como ya la ropa mía estaba muy deteriorada y no

---

<sup>339</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>340</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>341</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007



me habían dado repuesto, me había conseguido un overol azul, me conseguía latas de batata, cigarrillos, chocolates Águilas en cajas. [...] Entonces, yo ¿qué hacía? Yo, como yo había visto a los muchachos estos que ya llevaban más de 45 días que estaban en la trinchera, los del Ejército, [...] entonces llegaban esos muchachos y les llevaba.<sup>342</sup>

Además, los medios informales aparecían con fuerza y se multiplicaban especialmente en las proximidades de las instalaciones portuarias. La cercanía de los integrantes del Apostadero con los víveres, pertrechos y todo tipo de mercadería que estibaban diariamente, les ofrecía más posibilidades de apropiarse de algunos elementos que no abundaban. Si bien, como explica Ramón Romero, no tenían “la libertad de servirse” lo que querían, siempre inventaban algún artilugio para conseguir algo más:

Comida no había problema porque era lo que estábamos descargando, así que en ese momento no teníamos problemas. Y, a la vez, estaba junto a nosotros, los buzos tácticos [...] Ahí pegadito al muelle en ese galpón, estaban los buzos tácticos. Entonces descargaban, por ejemplo, cajas de dulce de batata, y agarrábamos y tirábamos una lata al agua, al muelle, las tirábamos al agua, y los buzos iban las rescataban y las compartíamos, después las compartíamos. Así que... entre nosotros mismos tampoco teníamos la libertad de servirte lo que vos querías, no, estaba todo racionalizado... pero siempre algo se rescataba.<sup>343</sup>

Este caso es de destacar, porque se observa una solidaridad y esfuerzo conjunto entre integrantes de diferentes unidades –Apostadero y buzos tácticos– que no es frecuente ni generalizada. La cotidianeidad y la proximidad de donde vivían, ya que los buzos también se alojaban en un galpón en la zona portuaria, les permitía mediante una acción conjunta, adueñarse de, por ejemplo, alguna lata de batata.

Asimismo, cuando estaban encargados de inventariar la mercadería que se guardaba en el depósito del puerto o cuando tenían que vigilarlo, la cercanía con los víveres, les daba la posibilidad de adueñarse de algunos elementos para sí mismos o para repartirlos: “[mientras estaba en el depósito] algunas noches, yo si podía me ponía algunas cositas en los bolsillos, y cuando estaban durmiendo las pasaba, las repartía”. Justamente como se conocían este tipo de trampas, aquellos designados para trabajar en el inventario sólo duraban unos pocos días:

---

<sup>342</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007

<sup>343</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

“Éramos tres, tres, pero estuve unos días, después me sacaron y ponen a otro, para que no agarraras mañas.”<sup>344</sup>

En otros casos, el robo de mercadería de los depósitos isleños fue otra forma de conseguir algunos beneficios extras. Uno de los ejemplos característicos al respecto, fue el depósito de bebidas del negocio isleño Kevin’s Store –llamado por Guillermo Klein “la cooperativa” haciendo referencia a un conocido supermercado de Bahía Blanca que se llama “Cooperativa Obrera”- que se encontraba al lado del PUSO del Apostadero:

Este, viene un día el cabo [...] con uno de los conscriptos míos a contarnos un secreto “doctor, le podemos contar un secreto” “sí, ¿qué pasó?” [...] Dicen, bueno, “venga que le mostramos”. Habían abierto una puerta, un portón que había al lado del galpón este del jeep [...] y era un depósito de bebida. Había packs, [...] había bebidas de gaseosa que se llamaban Pingy, eran inglesas, Cola, Tonic, y Orange, naranja, Sprite y Coca Cola, y cerveza. Pero miles, y miles y miles y miles de latitas, era un galpón. [...] Entonces “¿qué hacemos?”, estaba abandonado eso porque ya te digo los dueños se habían ido a Australia. Y digo “Mirá por lo pronto vamos a chupar un poco”[...] La cuestión que acá viene un problema legal, teníamos prohibido tocar nada de los kelpers bajo condena, es decir, ibas en cana, eras ladrón. [...] Levantamos ese coso, y metíamos la bebida ahí abajo, y chupábamos en secreto. Coccia, yo y los milicos, y nosotros, nadie más, y el cuento era “vamos a la cooperativa”. <sup>345</sup>

El robo de mercadería de los depósitos y casas isleñas fue un método extendido a lo largo de las islas. Existen cantidad de testimonios, sobre todo de integrantes de aquellas unidades que estaban en la zona circundante a Puerto Argentino, que narran su interminable búsqueda por la localidad de algún elemento que hubiera quedado olvidado en las alacenas o en cualquier rincón de la casa, y que hubiera sobrevivido a anteriores “visitas”. Precisamente en una de esas búsquedas, unos soldados del Ejército se encontraron sorpresivamente con algunos conscriptos de la Armada que estaban vigilando y limpiando el lugar, como recuerda Claudio Guida:

Un día, nos sacan del Apostadero para que vayamos a limpiar un Club, lo querían usar de Club Oficiales, de Cámara de Oficiales. [...] “¿Vamos a limpiarlo?”, “sí”, que lo iban a usar de camareta. Sentimos ruidos en la parte de atrás, que estaban golpeando o se gritaban. Yo fui el primero que salió afuera apuntando el FAL “¿alto quién vive?”. Tres de la tarde, o sea, no había sol, pero era de día. Salieron dos pibes del Ejército con las manos en alta, con una bolsa entre las piernas, de arpillera. Le hice abrir la bolsa, se las vacié, había un pato que se habían choreado, panes, queso

---

<sup>344</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>345</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007

que se habían choreado de una casa, y yo cuando estábamos hablando, dije: “a quién estoy apuntando?”. Vino un cabo y se los llevó en cana a los pibes, estaban robando comida, un pato muerto para cocinar, un pato lleno de plumas, un pato se llevaba, junto con un cacho de carne, un queso, y no sé qué boludeces más, y vos decías “a quién le estoy apuntando?”<sup>346</sup>

Este contacto con conscriptos de otras fuerzas que estaban en condiciones muy diferentes a las de ellos, que eran capaces de llevarse un “pato lleno de plumas” para comer, condujo a los miembros del Apostadero a un temprano distanciamiento entre sus experiencias y las de integrantes de otras fuerzas, particularmente de Ejército. También en la experiencia de Julio Casas Parera encontramos indicios de este distanciamiento: “Y a la mañana que hacíamos chocolate. Chocolate hubo siempre, no nos faltó nunca el chocolate que era una reacción de vida [...] que a veces me daba hasta vergüenza porque al lado teníamos a Ejército que le daban un mate que era agua sucia.”<sup>347</sup>

El desabastecimiento que sufrían muchas de las unidades en las islas, cuya situación se agravaba a medida que se alejaban de Puerto Argentino, obligaron a sus integrantes a buscar todo tipo de estrategias e inventar múltiples medios para suplir algunas de las tremendas carencias que sufrían.<sup>348</sup> Ante tales acuciantes restricciones, los medios informales se multiplicaron, como se puede inferir en esta carta de un conscripto del Ejército: “Creo que vas a estar orgullosa de mi ya que estuve hablando con el presidente. (...) Yo justo estaba en el aeropuerto consiguiendo víveres y demás yerbas. (...) Eso de ir a buscar víveres al aeropuerto es porque mi subteniente me abandonó así que ni te molestes en enviarle saludos, pero no te preocupes que tu hijo sabe cuidarse y rebuscárselas muy bien.”<sup>349</sup>

En cambio, la presencia de esos mecanismos informales en el Apostadero no fue resultado del desabastecimiento crónico como sí ocurrió en otras unidades y fuerzas. La comida, ya fuera “rancho” caliente o raciones de combate –comida enlatada–, nunca fue escasa en el puerto, y tratar de obtener otros alimentos mediante mecanismos informales tuvo como objetivo proveerse de otros elementos que no abundaban –como carne o pan– para variar la

---

<sup>346</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>347</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>348</sup> Como podemos advertir en la siguiente carta de un conscripto de Ejército: “También te voy a pedir otra cosa que no pensaba pedirte pero las circunstancias obligan (hambre), si es que está dentro de tus posibilidades y es una encomienda con lo siguiente (CAFÉ, AZUCAR, LECHE EN POLVO, GALLETITAS SOBRE TODO, PATE, SARDINAS, PUCHOS, CHOCOLATE, CAMELOS, PAN O GALLETAS, NO IMPORTA QUE LLEGUEN DURAS, Y FÓSFOROS O UN ENCEDEDOR QUE HAY EN MI MESITA DE LUZ MEJOR Y UN POCO DE SAL). Bueno espero no pedirte mucho ni ser un presupuesto, lo que pasa es que 1 ½ semana que estamos sin PAN y la comida es un asco, agua con un par de fideos, aunque vos sabés que no soy delicado y como cualquier cosa pero esto ya no va más.” Carta de “José” (nombre supuesto), 15 de mayo de 1982. En: Lorenz, op. cit., p. 106.

<sup>349</sup> Carta de “José”, 22 de abril de 1982. En: op. cit., pp. 101-102

dieta o, en otros casos, para acercar sus condiciones de vida lo más posible a las condiciones de paz. La gran mayoría de los entrevistados coinciden con Abel Mejías en que “víveres no faltó, estuvimos siempre bien.”<sup>350</sup>

Asimismo, el Apostadero, como también otras unidades asentadas en la localidad, puede ser considerado –y lo fue– como un lugar privilegiado por otras “comodidades”, que vistas desde una perspectiva de paz pueden parecer sorprendentes, pero si nos ubicamos en el contexto bélico no lo son: dormir bajo techo durante toda la guerra, tener acceso al pan que se cocinaba en el buque durante abril y en la panadería en el pueblo a fines de mayo<sup>351</sup>, tener la posibilidad de distraerse viendo televisión y, en algunos casos, poder bañarse más de una vez durante el desarrollo del conflicto.

De hecho, muchos accedieron a una ducha también por medios informales, ya fuera por tener algún conocido en los pequeños buques logísticos que recorrían las islas, por ingresar a las casas deshabitadas de algún isleño, o por medios formales, como por acceder al sistema de duchas con agua salada que se había implementado en el pueblo para las tropas en las islas, como explica el gobernador y comandante militar de las islas, General Menéndez: “...el coronel Dorrego hizo construir un baño para la tropa con agua caliente de veinticuatro duchas que luego fue ampliando a treinta (...). Lo alimentábamos con agua de mar lo que hacía que el jabón se cortara un poco. Pero de todas maneras el hombre podía ponerse bajo una ducha caliente y darse una jabonada.”<sup>352</sup>

Así, más allá de algunas carencias graves como ropa de recambio, el Apostadero fue un lugar claramente privilegiado –donde se sufrieron pocas privaciones– frente a otras unidades y fuerzas, y tal como reconocen los mismos protagonistas: “La situación en la que nosotros estábamos, esa era la situación diaria día a día, y no era que llegaba a casa, prendía la tele, era *full time*, 24 por 24, entendés? [...] te querés aislar y no hay modo. Y nosotros estuvimos, fuimos en eso una unidad afortunada. ¿Por qué? Porque disponíamos de ciertas comodidades que mayoritariamente no.”<sup>353</sup> Pero muchos de ellos también destacan que su unidad no era la más

---

<sup>350</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007

<sup>351</sup> La elaboración de pan en el Apostadero se puede dividir en dos etapas: mientras estuvo el Bahía Buen Suceso en abril, se cocinó allí diariamente pan para las unidades de la Armada. Al zarpar el buque, se dejó de cocinar pan por no disponer de un establecimiento y elementos adecuados para ello, y además porque la harina destinada a esa tarea se había ido en la bodega de otro buque, el Forrest. A fines de mayo, cuando retornó ese buque a la localidad, y luego que encontraron una panadería abandonada en el pueblo, se volvió a elaborar tan preciado elemento. Pero, esta vez, la prioridad eran las unidades de Marina del frente, por lo tanto en el Apostadero mucho no se disfrutó. Cf. Túrolo, *Malvinas. Testimonio de su gobernador*, p. 175, Robacio y Hernández., *Desde el frente. Batallón de infantería de marina N°5*, y la entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007.

<sup>352</sup> Túrolo, op. cit., p. 174. Es importante aclarar que ciertamente los que tenían más posibilidades para usar las duchas eran aquellos que estaban en el pueblo y no quienes se encontraban alejados, en el frente de batalla, que fueron quienes tuvieron que enfrentar las mayores dificultades en todos los aspectos logísticos.

<sup>353</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007

privilegiada, y que había otras unidades que podían acceder a otros elementos de los que ellos carecían. Al respecto, Adolfo Gaffoglio, el jefe de la unidad, recuerda:

A: Mi gente tuvo que cuatreriarse, para que te lo diga. Nosotros pasamos un mes, y era el Apostadero, sin ver carne, y un día, fui con este chico [...] “vení, vamos a robar carne”. Fuimos en un Land Rover, y acababa de aterrizar el avión a las 11 de la noche, ahí con linternas, para que no se levantaran los ingleses y *kelpers*. “¿Cómo le va señor?” “bien, muy bien” “fíjense cómo el capitán también junta la carne, miren que ejemplo”. Y yo les daba dos para ellos y uno se lo tiraba al conscripto mío, dos para ellos...[...] Ciruzzi [el conscripto que lo acompañaba] acumuló en el Land Rover cualquier cantidad de carne, y nos fuimos ahí, y se la dimos al cocinero “pibe, a partir de ahora comemos carne”. Porque lo que vos no creías, había esa división entre quienes tenían y quienes no tenían [...]

E: ¿Quiénes tenían?

A: Y, por ejemplo, esa carne, yo no podía tener acceso, a mí no me la daban, se las daban a otras unidades. Mi gente no estaba comiendo carne, y yo robé carne.<sup>354</sup>

Esa percepción de los privilegios que gozaban algunas unidades también la tuvieron quienes estaban en el frente de batalla, que reconocían las comodidades que se disfrutaban en el pueblo y minusvaloraban –y minusvaloran– las experiencias bélicas vividas en la localidad. Un caso paradigmático en este sentido, y particularmente importante en la historia del Apostadero, es el testimonio de Carlos Robacio y Hernández, el comandante y subcomandante del BIM 5: “Irán poco a poco, apartando los dos campos que venimos tratando de describir, el del combate y el del seguro de la vida... la aparentemente cómoda vida de la localidad. En el pueblo nunca faltó nada ni pan, ni bebidas, ni ocio, ni baños calientes, allí jamás arribaría la guerra, excepto por error...”<sup>355</sup>

Así, en las experiencias de los integrantes del Apostadero podemos encontrar claros indicios de una circunstancia de la que mucho se ha hablado y que fue corroborada por la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur: la abismal diferencia interfuerzas en el apoyo logístico. Con una mirada crítica de la planificación logística llevada a cabo por el Comandante del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur –el almirante Lombardo– que partía de la premisa que cada fuerza era responsable de su propio apoyo logístico, el *Informe Rattenbach* indica:

---

<sup>354</sup> Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30 de noviembre de 2007. Posteriormente en la entrevista Adolfo recuerda una anécdota sobre los que tenían yerba –de la que ellos carecían–, y hace referencia a algunos efectivos de Fuerza Aérea como aquellos más privilegiados.

<sup>355</sup> Robacio y Hernández, op. cit., p.108

... las previsiones del Comando del TOAS, en cuanto a logística, no pueden ser consideradas profundas y responsables. Una breve comprobación de lo manifestado podría ser la de tratar de contestar el siguiente interrogante: El transporte de los efectos es una función logística. ¿Cómo haría el Ejército para satisfacer las necesidades del componente de su fuerza que integraba el Comando Militar Malvinas, en un TO [Teatro de Operaciones] de características aeronavales? <sup>356</sup>

La planificación y coordinación conjunta de las tres armas fue prácticamente inexistente<sup>357</sup>, excepto en algunos casos renombrados como el del BIM N°5, y dicha situación se evidenció claramente en las profundas desigualdades que existió en el apoyo logístico de cada fuerza. Al respecto, resulta esclarecedora la opinión del cabo Ramón Romero:

Esa fue la parte desorganizada de..., se llevó tropas, de los 300 esos que éramos, pasamos a ser 14.000, y los que más pagaron las consecuencias fue el Ejército. ¿Por qué? Porque en Argentina estamos siempre peleados, y en esa oportunidad... Cuando nosotros estábamos en la Escuela de Mecánica nos enseñaban a... nos metían en la cabeza en contra del Ejército, como que era un enemigo. [...] Los argentinos siempre estuvimos desunidos, y allá se vivió eso. Se vivieron tres guerras... [...] cada arma por su lado. [...] Nosotros medianamente teníamos víveres, teníamos municiones, la Fuerza Aérea también, estaba, no sufrieron mayormente problemas, pero ¿por qué? Porque la Marina tiene aviones y tiene buques. La Fuerza Aérea tiene los aviones entonces llamaba a su gente, y llevaba sus pertrechos, se llevaban sus cosas. El Ejército no tiene ni aviones ni buques, depende de los otros.<sup>358</sup>

Las rivalidades que históricamente habían enfrentado a las tres armas, no podían dejar de aparecer en el teatro bélico, y dificultaron –en realidad prácticamente imposibilitaron– la coordinación y planificación conjunta en los diversos aspectos de la guerra, incluso en el logístico<sup>359</sup>. Como indica el *Informe Rattenbach*, la planificación partió de la premisa individualista que cada fuerza debía proveerse su apoyo logístico, sin considerar los medios de que disponían para ello –como el transporte en el caso del Ejército– ni la cantidad de personal

---

<sup>356</sup> *Informe Rattenbach*, p.189.

<sup>357</sup> Como reflexiona lúcidamente Guillermo Klein: “Así como el Proceso repartió provincias, viste cuando los militares ocuparon el país, ‘bueno, a vos te tocas esta, a mí aquella’, repartieron el botín. Estos repartieron la guerra... en Malvinas, se repartieron la guerra, viste. ‘Vos atacá a aquello, yo ataco a estos’, nunca pensaron en trabajar conjuntos”. Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>358</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>359</sup> Al respecto el Comandante de la Agrupación Naval Malvinas, contraalmirante Otero, en su informe indica: “1°) Requerimientos separados por Fuerza, algunos repetidos, otros contrapuestos o con prioridades incorrectas, que a menudo se satisfacía con absoluto desconocimiento del problema integral, originando una confusión logística generalizada

2°) No existencia de un comando logístico centralizado que mantuviera diarias reuniones entre los logísticos de cada componente para: a) Solucionar, con la cooperación de todos, problemas acuciantes diarios. b) Coordinar requerimientos, compatibilizar necesidades y sus prioridades...”. En: Mayorga y Errecaborde, op. cit., p. 178.

trasladado al teatro de operaciones. Al plantearse una guerra de trincheras, lógicamente existió un desequilibrio abrumador entre la cantidad de tropas de Ejército que se trasladaron a las islas, en comparación con las de la Armada y Fuerza Aérea<sup>360</sup>, lo que redundó en una mayor dificultad para su aprovisionamiento.

Además de los indicios de las diferencias interfuerzas, las experiencias de los integrantes del Apostadero revelan rivalidades intrafuerzas, como por ejemplo las que se vivieron entre distintas unidades de la Armada. La situación que relata Julio Casas Parera, es un claro testimonio al respecto:

Y después estando en la despensa, viene un buzo a pedir pilas para el visor nocturno, y había pilas, había cajas con un montón de pilas, pero el suboficial siempre quería tenerlas para guardarlas para nosotros [...] Le pregunto “¿por qué?”, “no, porque tenemos una misión en el estrecho San Carlos” “no, no, nosotros no tenemos”. Entonces me quedó ese cargo de conciencia, esa bronca, entonces saqué un par de pilas en el bolsillo, dije “voy a caminar por el puerto” y me fui al puerto, yo no sabía dónde estaban, sabía que estaban en el puerto, y los empecé buscar, hasta que los encontré...[...] Cuando lo ubico al suboficial, sin decir nada... me mira, nada, el tipo las agarró, creo que dijo “Gracias” y se fue. <sup>361</sup>

A partir de principios de mayo, del bloqueo y del estrechamiento del cerco inglés alrededor de Puerto Argentino, las dificultades y restricciones logísticas comenzaron a hacerse más acuciantes. En los que serían los últimos días de la guerra el panorama que se dilucidaba era casi desesperante.

---

<sup>360</sup> Las cifras de los efectivos que cada fuerza trasladó a las islas varía según la fuente que utilicemos. Balza indica que según las cifras oficiales de las Fuerzas Armadas, los efectivos trasladados por Ejército fueron 10.001, por la Armada fueron 3119, por la Fuerza Aérea fueron 1000, por Gendarmería fueron 40 y por Prefectura fueron 29; Rubén Moro, en cambio, da las siguientes cifras: 400 de Fuerza Aérea, 2000 de la Armada, 9800 del Ejército. Cf. Balza, op. cit., p.287 y Moro, op. cit., p. 156.

<sup>361</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

## **Capítulo 4**

### **Junio: Días de espera**

*Yo no viví situaciones de combate extremas, las vivencias mías fueron lo que vi de lejos, o veíamos cómo bombardeaban en tal lado, o vimos caer el avión de Arca [...]. Por eso te digo eran vivencias de expectante, de espectador, personales no tuve realmente contactos digamos así muy, muy violentos.*

Guillermo Klein<sup>362</sup>

*Después cuando estuve en posiciones con infantería de marina, me di cuenta cuando volví, obviamente, que era distinto, o sea, nosotros habíamos vivido situaciones que ellos no habían vivido. Entonces me empecé a dar cuenta que había distintas categorías dentro de las vivencias que tuvo cada uno, o sea el que tuvo la desgracia de ver morir a un compañero, el que tiene certeza de que mató a alguien, el que vio algún herido, al que lo hirieron, el que entró en combate, el que no entró en combate. O sea son muchísimas las experiencias entre veteranos, muchísimas, y cada uno, tiene algo distinto.*

Julio Casas Parera<sup>363</sup>

### ***Atrincherados***

A partir del desembarco en San Carlos y del establecimiento de una cabecera de playa el 21 de mayo, las fuerzas inglesas comenzaron a avanzar haciendo un cerco hacia Puerto Argentino. En ese avance, se produjo el primer enfrentamiento, la primera batalla, los días 27 y 28 de mayo, en una localidad cercana al punto de desembarco inglés y a 90 kilómetros de Puerto Argentino, denominada Darwin. Se trató de una dura batalla, que tuvo como saldo más de 500 bajas, entre heridos, muertos y desaparecidos<sup>364</sup>. Desde ese momento, el avance de las tropas inglesas en las islas se volvió prácticamente imparable.

El enfrentamiento con esa realidad condujo a la plana mayor argentina a intentar fortalecer el dispositivo de defensa, que se había organizado en un sistema de trincheras en los montes circundantes a la localidad principal, considerada el objetivo primordial: ambos

---

<sup>362</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 5 de septiembre de 2007.

<sup>363</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>364</sup> Para ampliar sobre la batalla de Darwin, ver: Speranza y Cittadini, op. cit.



contendientes sabían bien que quien dominara Puerto Argentino, el centro político y nudo de las comunicaciones de las islas, sería el vencedor<sup>365</sup>.

Como consecuencia de estos hechos, un grupo de aproximadamente 30 personas integrantes del Apostadero fue enviado al frente de batalla en la Península Camber. Ese sector era relevante por tres factores. En primer lugar, el estrecho que dejaba la península – denominado “The Narrows”– era la puerta de acceso a la bahía de Puerto Argentino, y, por lo tanto un lugar que debía estar bien protegido. En segundo lugar, la península se vislumbraba como un posible lugar de desembarco inglés. Y, en tercer lugar, porque allí había dos tanques de combustible de cuyo suministro prácticamente dependían la población isleña y las tropas argentinas.

Dada su relevancia, a partir de mediados de abril, diversas unidades de la Armada y del Ejército fueron trasladadas allí para organizar su defensa. Más precisamente se trataba de las dos secciones de tiradores de infantería de marina que habían funcionado hasta mediados de abril como el Destacamento de Seguridad del Apostadero, bajo el mando del teniente Héctor Gazzolo, y una batería de artillería antiaérea, bajo el mando del mayor Monge<sup>366</sup>. Es importante destacar que desde que se impartió el plan de operaciones defensivo<sup>367</sup> el 16 de abril, este sector pasó a depender del Ejército, específicamente del Regimiento de Infantería Mecanizada N° 7 que era el que se encontraba más cercano a estas posiciones.

El 30 de mayo, dos días después de la derrota en Darwin, cuando el avance inglés comenzó a percibirse como imparable, fue trasladado un grupo del Apostadero junto al resto de la sección tiradores del BIM 3, con el propósito de reforzar la defensa de la península y de

---

<sup>365</sup> Desde un comienzo el objetivo principal de la defensa fue Puerto Argentino: “La capital de un país o región siempre ha sido considerada como el objetivo principal a conquistar o defender, ya que la ocupación del centro político, del nudo de comunicación, etc., tiene un significado moral para ambos contendientes. En el caso de las Malvinas, la capital era la única población de importancia, el nudo de comunicaciones tanto internas como externas, la sede del gobierno inglés, y del argentino después, y finalmente, donde se radicaba la masa de la población, pero también allí estaban el único aeropuerto y el puerto más importante” afirman Oscar Jofre y Félix Aguiar, comandante y subcomandante de la Xma. Brigada de Infantería, en su obra *Malvinas. La defensa de Puerto Argentina*, pp. 44-45. También las fuerzas inglesas consideraban a la localidad el objetivo principal como indica el almirante Fieldhouse, jefe de las operaciones británicas del Atlántico Sur: “Siempre se partió de la base de que debido a su papel vital como sede del gobierno y como único centro de comunicaciones, Puerto Stanley era la llave de la victoria; aquel que retuviera Puerto Stanley retendría las Falkland”. En: “Así vencimos”, *Defensa*, N°62, junio de 1983, en: Jofre y Aguiar, op. cit.

<sup>366</sup> Las unidades de la Armada eran la tercera sección de la compañía “D” del Batallón de Infantería de Marina N°2 (BIM 2) y parte de la tercera sección de la compañía “H” del Batallón de Infantería de Marina N°3 (BIM 3). La unidad del Ejército era la batería “B” de Grupo de Artillería de Defensa Aérea 101.Cf. *Desembarco*, Separata 10, “Actuación de las secciones tiradores: 3/D/BIM2 Ec., 2-3/H/BIM3 y Sec. Marinería En Puerto Argentino- Cámber. Gesta Malvinas 82”.

<sup>367</sup> El 16 de abril, el Comandante de la Agrupación Ejército Argentino, gral. Jofre, impartió la Orden de Operaciones 1/82 (defensa), que indicaba el dispositivo de defensa, el cual estaba organizado por sectores. En la práctica, para el sector que aquí nos interesa, significó la reasignación de zonas de responsabilidad para las unidades que guarnecían el área. Como se indica en *Desembarco*: “La península Camber quedó incluida en el Sector PLATA bajo la responsabilidad del R I. Mec. 7 [Regimiento de Infantería Mecanizada 7] el que a su vez se dividió en 3 sub-sectores su ZR [Zona de Responsabilidad]: Plata 2, Mte. LONGDON- Plata 1, WIRELESS RIDGE- Plata 3, CAMBER, inicialmente bajo la responsabilidad de la Armada”. En: op. cit., p. 18

trasladar algunas tropas para que ocupen un claro bastante amplio que había quedado entre las posiciones del Regimiento de Infantería 7 y las de Camber.

Unos días antes, uno de los superiores del Apostadero le había informado la noticia a Hugo Peratta, quien había sido designado como el oficial a cargo del grupo que se trasladaría a Camber:

H: A mí la orden me la dio [...] S., era capitán de corbeta allá [...] Por supuesto que yo no quería ir

E: ¿Y vos le dijiste?

H: Le dije “no, ¿cómo voy a ir yo?! Por qué?!” “No, que esto y aquello”. Entonces me engrané, y agarré los chicos que me dieron y me fui.<sup>368</sup>

Su resistencia tenía un fundamento claro y lógico: los integrantes del Apostadero “no eran combatientes, eran personal técnico, ya te digo, había peluqueros, habían traductores de inglés, que eran colimbas, había cocineros, o sea toda la gente que hacía falta, digamos, pero no para combatir con un fusil, como yo”<sup>369</sup> explica claramente Hugo. Sin embargo, a pesar de su desacuerdo, las tropas logísticas igualmente fueron enviadas a Camber. Lo cierto es que en ese momento el personal del Apostadero se vislumbraba como la opción más fácil para trasladar al frente de batalla: en principio, porque estaban cercanas al lugar, ya que sólo tenían que cruzar la bahía de Puerto Argentino, y además, porque no tenían demasiado que hacer desde que los buques habían dejado de llegar.

Así, el 30 de mayo se difundió en el puerto la lista del personal del Apostadero que iría a Camber, entre quienes se encontraban los conscriptos Claudio Guida y Julio Casas Parera. En momentos en que las noticias del conflicto no eran favorables y en que el enfrentamiento inglés parecía cada vez más próximo, la convocatoria al frente de batalla no era justamente la esperada:

Ya nos habíamos enterado que habíamos perdido las Georgias a principios de mayo, eso nos enteramos ese día [la derrota en Darwin], y después bueno, el 21 de mayo, San Carlos, y después ya los cañones, la artillería de Puerto Argentino estaba tirando. Entonces no había que ser muy inteligente, si San Carlos está a 20 km, 18 km, más o menos, ya están cerca [...] Para nosotros, ir a las posiciones era ir al infierno, o sea, era algo feo, a nadie le gustaba ir ahí, este... Y cuando ya empieza todo eso, vos medio como que decís “no nos va a tocar”, pero puede llegar. Y llegó, llegó el 30 de mayo, y nos mandaron a reforzar las posiciones<sup>370</sup>

---

<sup>368</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

<sup>369</sup> Idem

<sup>370</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

Ir al frente era ir “al infierno” dice Julio, y ahora les tocaba a ellos participar de ese infierno, para el que ni siquiera estaban mínimamente preparados –si es posible prepararse.

El mismo 30 de mayo, un grupo del Apostadero conformado por aproximadamente 30 personas<sup>371</sup>, entre ellos peluqueros, electricistas, furrieles, lavanderos, mozos, cocineros, constructores navales, entre otras especialidades técnicas, cruzó a Camber. En la península, los recibió el oficial de la Armada que estaba a cargo de las posiciones de defensa, el teniente Gazzolo. En su diario, el teniente recuerda el arribo del grupo de marinería:

Fueron enviados del Apostadero Naval un total de veintinueve hombres viniendo a cargo el Tte. Peralta [se refiere a Hugo Peratta] y TCCB Sidale [Alfredo Cidale]. Los mismos cayeron de improviso y sin órdenes específicas por lo que se decidió incorporar dicho personal al dispositivo defensivo. Se ha observado en este personal, el cual proveniente de la ciudad y bajo la presión de rumores, falsas expectativas y deducciones erróneas; un quebrantamiento en el espíritu combativo. Detectados estos, he interiorizado sobre el sistema defensivo, mostrando las posiciones y el “modus operandi” a los efectos de que se sintieran seguros y levantaran sus ánimos.<sup>372</sup>

Gazzolo también percibió la desmoralización del grupo del Apostadero, y lo adjudicó a “rumores, falsas expectativas y deducciones erróneas”. Pero, indudablemente, si bien había miles de rumores producto de la imaginación que se potenciaba ante tan extremas condiciones, en este momento en particular las últimas noticias que habían llegado –y que eran verídicas– no eran las más auspiciosas. Como señalaba Julio, el desembarco en San Carlos, la derrota en Darwin, el avance inglés, eran noticias más que suficientes para desmoralizarse.

Por otro lado, el teniente indicaba que el grupo “cayó de improviso y sin órdenes específicas”. Efectivamente, según Hugo Peratta, no tenían una misión clara: la única orden que le habían dado era que tenía que presentarse al oficial a cargo de la defensa de Camber, y que él le daría las instrucciones necesarias. Es decir que Hugo dependía de las órdenes de un oficial que no estaba informado ni había solicitado el traslado de tropas a Camber. Es un caso más de desinformaciones, desentendimientos y falta de comunicación de la oficialidad en la

---

<sup>371</sup> La cifra exacta no se puede indicar porque varía según la fuente que utilicemos: según el teniente Gazzolo llegaron 29 personas; según el teniente Alfredo Imboden (quien a partir del 2 de junio pasaría a ser la mayor autoridad en Camber), la sección marinería estaba compuesta por 40/42 personas; según el listado publicado en *Desembarco* eran 27 los efectivos. Además, es necesario tener en cuenta que había un grupo fijo en posiciones, que se quedó permanentemente desde el 30 de mayo hasta la rendición; pero también hubo otros efectivos que fueron enviados por pocos días como reemplazo, como por ejemplo el cabo Ramón Romero o el conscripto Ricardo Pérez. Cf. *Desembarco*, Separata 10, y Entrevistas a Ramón Romero, 22 de junio de 2007 y a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>372</sup> *Desembarco*, Separata 10, p. 41

localidad con quienes estaban en posiciones, irregularidades que fueron comunes en la guerra<sup>373</sup>.

Finalmente, Héctor Gazzolo terminó organizando el alojamiento del grupo: “Y bueno – me dice [Gazzolo]– vamos a repartir la gente con los pozos que había. Usted se quiere quedar conmigo quédese, no se haga problema, sino búsquese algún lugar”<sup>374</sup>. Hugo decidió alojarse con la oficialidad, y se mantuvo entre el cuartel general, que funcionaba en “La Casa de Piedra” –que así se llamaba porque funcionaba en la única vivienda de esas características en la península–, y un refugio donde se encontraba el teniente. El resto de los integrantes del Apostadero fueron divididos en pequeños grupos conformados por un suboficial y alrededor de 5 o 6 conscriptos, distribuidos en las diferentes lomas, intercalados con los efectivos de infantería de marina que se hallaban previamente, como recuerda Julio: “Los que estaban en la península, arriba, se habían dividido por lomas. En mi loma había infantería de marina, o sea había conscriptos de infantería de marina del 2 [BIM 2], que se habían quedado del desembarco y después el refuerzo de marinería, que éramos 5, nosotros.”<sup>375</sup>

El traslado al frente de batalla significó para los recién llegados un abrupto quiebre de la vida cotidiana en comparación con la vida en el pueblo. Es en este punto donde vemos un desdibujamiento de las fronteras entre la guerra logística y la guerra en el frente de batalla. Ahora los integrantes del Apostadero comenzaron a vivir en las mismas condiciones que desde hacía tiempo venían soportando las tropas en posiciones.

Las condiciones de vida cambiaron radicalmente, incluso desde el mismo alojamiento, como indica el conscripto Gabriel Asenjo: “Durante el día dejábamos una guardia y vivíamos en un refugio construido por los ingleses posiblemente durante la Segunda Guerra mundial; su construcción circular de pirca contaba con un hogar a turba, su altura era de 1, 50 mts. , el techo de madera y chapa, fue cubierto con tepes de turba”<sup>376</sup>.

Los refugios tenían diversas características según las facilidades que encontraran en el sector –es decir la loma– al que habían sido asignados. El del grupo de Julio Casas Parera era bastante diferente al descrito por Asenjo:

Nosotros habíamos hecho entre las piedras, habíamos cavado lo más que podíamos, pero siempre corría el agua, entonces pusimos plástico para taparlo, y sobre eso pusimos la bolsa de dormir, y ahí dormíamos. Dos piedras grandes que hacían de pared, y después como el terreno venía bajando, nos quedó de este lado tierra, y de este lado bajaba, y quedó como techo pusimos unas

---

<sup>373</sup> Cf. Informe *Rattenbach*

<sup>374</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

<sup>375</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>376</sup> *Desembarco*, Separata 10, p.45

chapas de plástico, lo tapamos después con montones de turba, y después también, de esta lado lo cerramos con chapas, con unas maderas clavamos y ahí quedó la puerta, todo camuflado a lo nuestro. Ese fue nuestro refugio<sup>377</sup>

Durante el día vivían en algún refugio, mientras se alternaban para dejar una guardia en las posiciones en la loma correspondiente. De hecho, durante todo el día y la noche la única actividad que tenían que hacer eran las guardias y las patrullas por el sector. Una vez que cumplían con su deber, el resto del día no tenían ninguna actividad asignada, como recuerda Julio: “Durante el día no hacíamos nada, no era como el Apostadero que hacías, que eras multifunción.”<sup>378</sup>

Por lo tanto, las pocas horas de luz que tenían las aprovechaban para jugar a las cartas, ir a misa o hacer tareas domésticas como asearse –cuando era posible–, ir a buscar el “rancho” a la Casa de Piedra, cocinar tortas fritas, someterse a una control médico, en alguno de los cruces que realizaba el doctor del Apostadero, o sencillamente disfrutar del sol:

Siempre estábamos ahí en las posiciones, salvo cuando íbamos a visitar a los otros durante el día. O sea, una vez que estabas instalado, la rutina era: durante el día, disfrutar, te quedabas así al sol, que te pegaba el sol, porque el sol salía de doce a dos de la tarde, y después se volvía a nublar todo, era el momento que el sol salía, y era el momento que [...] En ese momento no había actividad inglesa, salvo un par de aviones, pero por lo general los ingleses de noche, todo el quilombo era de noche.<sup>379</sup>

Incluso, como podían moverse, iban a visitar a los compañeros que estaban en otras posiciones. Uno de esos días, Julio recorrió un trecho bien largo, sólo para regalarles a dos compañeros del Apostadero que habían cumplido años en junio, algunos elementos de su ración de combate, un indicio más de la fuerte camaradería que existía entre los conscriptos. Claudio Guida, uno de los “cumpleañeros”, recuerda:

Yo cumplí años allá, el 9 de junio cumplo años, yo soy geminiano, cumplí años en el frente. [...] Julito Casas que estaba dos lomas más lejos que yo, venía caminando una mañana con una lata de salchichas para regalármela, como un feliz cumpleaños [...]. Julito vino caminando y me dijo “Feliz cumpleaños Claudio”, porque era geminiano del 20 de junio, y Juanjo del 8 de junio, me

---

<sup>377</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>378</sup> Idem

<sup>379</sup> Idem

trajo a mí una lata de salchichas y a Juanjo una lata de albóndigas, creo. Se festejó el cumpleaños y seguimos combatiendo.<sup>380</sup>

También durante el día, alguno aprovechaban para hacer prácticas de tiro con fusiles o morteros, elementos con los que poco contacto habían tenido a lo largo de sus carreras militares:

Imboden [...] me dice “vos no te hagas problema esto se tira así”, me enseñó cómo se tiraba con morteros [...] Él me enseñó a tirar con un mortero, que habíamos hecho, resulta que no teníamos morteros, teníamos los ataques de los comandos de ellos, viste. Entonces prepararon con unos caños, caño común viste, y con unas llantas de un jeep, un mortero, viste [...]. Me enseñaba cómo se tiraba con un mortero para apuntarle, viste, y el caño se calentaba cuando salía así, me cagué quemando la mano, tengo toda la mano quemada... [...] Gracias a él, aprendí a tirar con fusil, porque me dieron un fusil que yo jamás en mi vida había visto, me dieron un fusil nuevo, viste, 0 Km., y había que desarmarlo, entonces se me trababa...Él me enseñó todo.<sup>381</sup>

El oficial a cargo del grupo, el electricista Hugo Peratta, aprendió a usar el fusil de la mano de otro de los oficiales de Camber, como él mismo reconoce. Pero su situación no fue única ni extraordinaria: otros integrantes del Apostadero, como por ejemplo Claudio Guida, ya habían realizado “el curso acelerado de FAL” mientras estuvieron en la localidad, como explicamos en el Capítulo 2.

Pero, más allá de estas pequeñas actividades, lo que principalmente tenían que hacer en Camber era esperar, día y noche, esperar:

Vos vas al frente, y ahí como que te limitás a hacer una cosa, la guardia, la guardia y esperar que llegue el momento. Pero llega un momento que vos estás tan presionado por la situación, siempre escuchando “ya están acá, ya están acá, ya están acá”, viste que muchos decían “que vengan y se termine. Me llevaré dos, tres, uno, ninguno, pero no importa, ya está.”<sup>382</sup>

Si en el Apostadero se podían buscar distintas actividades para no pensar –como decía Daniel Blanco “vos tenés que ocupar la croqueta, entonces la forma de ocuparla es trabajando, entonces trabajaba, trabajaba, y hacía, si te quedabas pensabas, entendés, entonces al trabajar no pensás”<sup>383</sup>– ahora una espera interminable día y noche cubría todos sus pensamientos. La

---

<sup>380</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>381</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

<sup>382</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>383</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007

absoluta dependencia del accionar del enemigo trajo aparejado una sensación de impotencia, y además una tensión que de noche se volvían insoportables: “Mucha vigía, constantemente, entonces decías ‘yo me voy a dormir un poco, pero quedáte vos despierto’. Entonces mientras yo dormía por ahí, que no dormía un carajo, me entendés? No, no, la tensión nerviosa fue fatal, tremendo.”<sup>384</sup>

De noche, había dos tipos de guardias, como explica Julio:

Y la posición nuestra estaba saliendo de ahí al costado, la posición era nuestra responsabilidad. Ahí dormíamos marinería. Cuando hacíamos guardia en la playa, que bajábamos a la playa a hacer guardia todos los días [...] Ahí sí, había, había un puesto armado con la chapa arqueada, que estaba la radio alámbrica, que era mucho más segura que la inalámbrica, porque la inalámbrica los ingleses podían captar las ondas, estas no, porque era por cable. Y estábamos uno de infantería de marina y uno de marinería, era el único momento del día que estábamos juntos, en general estábamos separados [...] Lo peor es soñar con Buenos Aires, y despertarte allá, me pasó dos veces, o estar de guardia [en la guardia de ojo, individual] mirando las estrellas, y decís “en Buenos Aires hay alguien que está mirando la misma estrella que yo, pero en una situación totalmente distinta”... Este, la guardia de la playa era más llevadera, porque éramos dos, entonces hablábamos, viste, era más llevadero.<sup>385</sup>

La guardia que se hacía de a dos, con un infante de marina, era la más llevadera, ya que por lo menos podías hablar un poco, lo que frenaba el torrente de pensamientos que bombardeaba la imaginación ante la oscuridad. Aunque, por otro lado, estar en la playa por donde se esperaba el ataque inglés, tampoco era la situación más fácil de sobrellevar. De última, la guardia individual, si bien dependía sólo de tu responsabilidad, se hacía en la propia posición, cerca de los compañeros.

Una vez que terminaba el turno de las guardias, volvían a sus pozos de zorros para intentar dormir. Pero varias dificultades se complotaban en contra de tan indispensable tarea: un frío insoportable que calaba los huesos, y que lo único que podía remediarlo en las posiciones era “el calor humano”<sup>386</sup>, y los continuos bombardeos navales y aéreos, que se

---

<sup>384</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

<sup>385</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007. Subrayado propio. Las posiciones de Camber tenían comunicación alámbrica con Puerto Argentino y las posiciones del Regimiento de Infantería 7.

<sup>386</sup> De hecho, uno de los conscriptos del Apostadero sufrió principio del congelamiento por estar expuesto a tan extremas condiciones, como indica Claudio Guida: “Osvaldo [Venturini] se congeló, tuvo principio de congelamiento y fue el día de combate [...] Yo a las 4 de la mañana me quedé dormido, [...] Osvaldo me llamaba, ‘Claudio, Claudio, Claudio’, yo dormido. El que lo escuchó fue Juanjo, fue a buscar al [...] que teníamos en ese momento de oficial, de suboficial, un cabo principal[...] Se lo llevaron abajo, este, abajo del lado de Puerto Argentino, no del lado del frente, y le pusieron los pies adentro de un horno que había ahí, le pusieron piedras calientes, para salvarle los pies, después a las dos horas, lo vistieron con ropa seca y lo trajeron de vuelta a la posición”. Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

intensificaban en las horas de oscuridad, hacían prácticamente imposible conciliar el sueño: “En realidad, llegaba la noche y era como morir todos los días, porque era esperar los ataques, y los ablandes ...[...] La noche era larguísima, llegaba el día y era volver a vivir. Pero es algo impresionante eso... bueno y... los días pasaban así.”<sup>387</sup>

Diariamente, estaban sometidos a los bombardeos, a los ataques, una situación extrema a la que algunos se terminaron acostumbrando:

A partir de las 6 de la tarde, era como que empezaba lo peor, era todo...[...] En Camber no bombardearon nunca, pero estábamos en la trayectoria de las bombas, escuchábamos el silbido permanente, el silbido permanente [...] Te acostumbrás, te acostumbrás a, en vez de decir “hola”, decir “alto quién vive?”. Te acostumbrás a... sentís un ruido, y en seguida buscás el fusil.<sup>388</sup>

Vivir en una espera que parecía interminable y bajo una continua tensión, sin dudas no era fácil, pero en muchos casos ello no implicó un aumento de las fricciones entre los compañeros de trincheras, sino que por el contrario, vivir en esa situación extrema fortaleció la camaradería y volvió más igualitario el trato.

Hablando sobre las reuniones del Apostadero que se comenzaron a realizar en la posguerra, Claudio Guida indica que uno de los primeros militares que empezó a ir fue un suboficial que lo invitó un conscripto con quien había estado en posiciones:

Ese suboficial mayor, era suboficial principal allá en Malvinas, odiado y temido porque te amenazaba con pegarte un tiro en la cabeza [...] empezó a venir [...] traído por el P., que el P. por ahí se veía con el viejo a solas, porque él se enterneció más, porque él creo que compartió la trinchera con el suboficial ese. El P. y S. se fueron a esa loma, pero el suboficial este mayor, malo, compartió el pozo, si compartís el pozo ya es diferente [...] En el puerto eran todos valientes, y en el pozo, en el barro, en el medio de la mierda te daba lástima, y peor cuando salían, te daban más lástima todavía.<sup>389</sup>

Como reflexiona Claudio, “en el pozo, en el barro, en la mierda”, todos eran iguales. De hecho, Guida aclara que en el Apostadero “nunca hubo una comunión general, salvo, como te

---

<sup>387</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>388</sup> Idem

<sup>389</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007. Es necesario aclarar que a partir del año 1983, los integrantes del Apostadero se reúnen anualmente, cada 20 de junio, día en que regresaron al continente. En principio estas reuniones estaban reservadas a los conscriptos, pero con el tiempo fue incorporándose personal de cuadros. Uno de los primeros en incorporarse fue el oficial que comentaba Claudio.



dije antes, cuando los oficiales, los suboficiales se juntan en los pozos con los colimbas cuando van a Camber”<sup>390</sup>.

Pero de ningún modo esta situación es generalizable. De hecho, aún en la propia experiencia de quien realiza esa apreciación, no se corrobora esa igualación en el trato, ese desdibujamiento de las jerarquías. El caso del pequeño grupo que estaba con Claudio en posiciones fue bien particular, porque al poco tiempo de cruzar los suboficiales que estaban con ellos fueron trasladados a otros destinos, con lo cual el conscripto más antiguo terminó quedando a cargo de su grupo por unos días:

Cuando nos volvimos, nos quedamos solos, el más antiguo de esos 9, era yo [...] Conscripto 62, Claudio Guida [...] El más antiguo, yo nunca creí que... la antigüedad era para comer, le pegabas un codazo a un cola. No, no, acá no, acá se cumplió la antigüedad, ¿quién queda a cargo? “El” yo los miraba y les decía “¿yo a cargo?” [...] Nosotros éramos una comunidad *hippie* que vivíamos sin mando, estaba todo bien “hagamos guardia un rato cada uno, che, loco, que está nevando”. Pero cumplíamos con lo nuestro, aparte yo estaba al mando, me sentía muy responsable.<sup>391</sup>

Lógicamente al quedar un conscripto a cargo de sus compañeros, camadas en algunos casos, las jerarquías se hicieron aún más débiles, hasta prácticamente diluirse, aunque no por ello dejaron de cumplir con su deber, como evocaba Claudio, “cumplíamos con lo nuestro”. Luego de unos días, fue destinado un nuevo cabo a hacerse cargo de la “comunidad *hippie*”. Inmediatamente un conflicto de autoridades se presentó entre el anterior superior, el conscripto, y el nuevo, el cabo:

Hasta que como a los [...] 4 o 5 días, menos de una semana fue, mandan a un cabo principal, que llega pregunta quién esta a cargo. [...] Me presenté, le conté lo que hice, quién era, por qué lo hacía. Y el tipo me tomó bronca, y me mandaba a hacer guardia de ojo yo sólo, adelante. Que yo la guardia, yo había dispuesto que las guardias de ojo se hacían entre dos ¿Por qué? Porque si pasaba algo, uno venía y el otro se quedaba viendo, pero yo lo había dispuesto eso, y vino este y lo cambió. Encima la guardia de ojo que quedaba muy adelante, yo lo había relegado a mi posición que era una tumba, o sea, no te podían tirar nunca, o sea estábamos cerca del bunker [...] Pero “¿quién hace la guardia?” “Guida” “pero...” “Guida, ¿qué, me va a discutir?” “no, está bien” y yo hacía guardias en los peores turnos de 2 a 4 de la mañana, o de 4 a 8 de la mañana, o sea, eran los peores no veías un carajo, la niebla, la nieve, los bombardeos eran a esa hora.<sup>392</sup>

---

<sup>390</sup> Idem

<sup>391</sup> Idem

<sup>392</sup> Idem

En este caso, las brechas jerárquicas se profundizaron. Tal vez, el hecho de tener que hacerse respetar en un grupo ya constituido de forma tan particular, y, además, de tener que adaptarse o enfrentarse a las condiciones en que venía organizándose el grupo, condujo al cabo a imponer cierta distancia y a enfrentarse con la anterior autoridad, que quería seguir haciendo las cosas a su modo.

Asimismo, se presentaron otras situaciones conflictivas relacionadas con las exigencias de nimiedades por los superiores, que si ya eran cuestionadas por los subordinados cuando estaban en las instalaciones portuarias –como vimos en el Capítulo 3-, ahora que estaban en posiciones directamente eran rechazadas:

Bajé un día a buscar eso [la comida], y justo me agarró un oficial. El oficial me dice “venga para acá –dice– ¿de dónde es usted?” “de la loma” [...] creo que era loma 3 [...]. “Y dígame le parece que son formas de estar, sin asearse”, “pero señor, no tenemos agua” le digo, “no importa, tiene que estar en perfecta forma”. Entonces le digo “sí señor, cómo no”, subí y no bajé más, me quedé arriba.<sup>393</sup>

También las jerarquías se marcaban entre los conscriptos: los más nuevos, “los colas”, muchas veces tenían que “pagar derecho de piso” frente a los conscriptos de viejas camadas. En el grupo de Claudio, el encargado de ir a buscar diariamente la comida a la Casa de Piedra era el conscripto que había entrado en la última tanda a la “colimba”:

Había una casa abajo del otro lado, que ahí hacían ranchos, entonces una vez por día mandábamos a alguien a buscar comida, eh... Una vez por día comíamos de ese rancho que iba Egudisman, era el cola, el voluntario, lo mandábamos siempre a buscar la comida se venía con un par de latas, traía la comida, y la comíamos en las mermitas en las posiciones, o sino en el bunker si era tranquilo el día, sino en las posiciones.<sup>394</sup>

En cuanto al apoyo logístico, es relevante destacar que la comida tampoco fue escasa en Camber, y de hecho comieron “rancho caliente” hasta el último día.<sup>395</sup> Pero, si bien nunca sufrieron desabastecimiento, allí en frente algunos víveres a los que tenían acceso en el puerto, comenzaron a restringirse ya que ahora no disponían del principal beneficio que les proporcionaba trabajar en el Apostadero: su proximidad con la mercadería. De todas formas,

---

<sup>393</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>394</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007

<sup>395</sup> Al respecto, el día 10 de junio, el teniente Gazzolo indicaba en su diario personal: “Se trajo víveres como para 20 días más, teniendo ahora un stock de más de un mes, sin contabilizar las cuarenta ovejas y tres vacas”. En: *Desembarco*, Separata 10, pp. 50-51

siempre se las ingeniaban de alguna manera para conseguir algo más, como recuerda Claudio Guida:

A todo esto destacábamos un soldado cada dos o tres días, que vaya a Puerto Argentino a buscar algo, algo era “andá a buscarme municiones”, mentira teníamos. [...] Cruzaba con la lancha, y venía forrado de lo que se robaba del puerto, iba al almacén naval, y hablaba con S., con el señor S., y le afanaba chocolates, le afanaba, qué se yo, latas de albóndigas.<sup>396</sup>

Los mecanismos informales seguían presentes en el frente de batalla y el ser integrantes del Apostadero continuaba dando sus beneficios.

Si bien comida no faltó, lo que sí sufrieron en Camber y que ningún contacto podía solucionar fue la escasez de agua potable, como recuerda Julio:

Nosotros nos limpiábamos en un charco. Al costado donde estábamos nosotros había un charco que era bastante... era una palangana así, era, era... bueno, pero sacabas agua de ahí, y nos lavábamos, afeitábamos. Algunos días era una escarcha, que vos le pegabas así, y se rompía, y después zapateabas arriba, y ya no se rompía, entonces ya no nos podíamos limpiar. El agua que venía, no había en ningún lado el agua dulce, y entonces el agua que venía la usábamos para tomar, el agua que se escurría de los techos, había un lugar ahí, le tirábamos una pastilla potabilizadora, y tomábamos eso, pero nunca tuve ningún problema.<sup>397</sup>

Esa fue la principal dificultad que tuvieron que enfrentar en lo material, lo que los obligaba a tomar el agua de lluvia que caía del techo y a asearse con el agua de los charcos. Pero también tuvieron que enfrentar otra dificultad en el aspecto simbólico: la falta de información, que causaba un gran contraste a quienes hasta hacía unos días habían tenido acceso a distintos canales de información, por más que fueran inexactos, como indica Hugo Peratta: “Después cuando perdí toda comunicación fue cuando me fui en frente, ahí ya no... ahí creíamos que íbamos ganando, ahí era estar atentos las 24 horas del día, porque ahí ya estaban las... encima, y ni querías escuchar.”<sup>398</sup>

Diez días después que el grupo del Apostadero cruzó a Camber, comenzaron a desarrollarse los combates terrestres, que serían los definitivos. Las principales batallas de la guerra de Malvinas tuvieron lugar en los montes circundantes a la localidad, la noche del 11 y madrugada del 12 de junio en los montes Longdon, Two Sisters y Harriet, y luego de un

---

<sup>396</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>397</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>398</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

*impasse* de un día, la noche del 13 y la madrugada del 14 de junio, en los montes Wireless Ridge, Tumbledown y Williams<sup>399</sup>, a escasos kilómetros de las posiciones en Camber, desde donde se podían observar perfectamente los acontecimientos:

Este cuadro de situación se percibía con toda nitidez desde Camber. Se veían los efectos del fuego sobre TUMBLEDOWN, WIRELESS RIDGE, en la profundidad del dispositivo propio y el fuego de contrabatería. Los proyectiles iluminantes, las explosiones y las trazadoras de ametralladoras permitían “seguir” el combate de las primeras líneas en contacto.<sup>400</sup>

El rápido avance inglés fue vivido con gran aprensión y tensión por sus protagonistas, que sabían que en cualquier momento les llegaría la hora del combate a ellos: “Eso fue tremendo, eso fue, la tensión nerviosa, porque ya teníamos a los tipos ahí encima, vos veías que avanzaban viste, que te iban tipo... y... no sabías cuando llegaban adonde estabas vos, qué íbamos a hacer, y con qué tirábamos.”<sup>401</sup>

A medida que las tropas inglesas avanzaban, y las posiciones propias se iban perdiendo, las tropas argentinas comenzaron a replegarse, en algunos casos, algo caóticamente. En la desesperación de replegarse y huir de las armas británicas, una vez que sus posiciones habían sido diezmadas, algunos soldados del Regimiento de Infantería N° 7, que habían luchado una de las batallas más cruentas de la guerra en Monte Longdon<sup>402</sup>, corrieron para Camber, confundiendo el camino para Puerto Argentino. Julio Casas Parera recuerda el contacto con algunos de esos soldados que se habían equivocado el camino:

Entonces al paso del 7 lo parten en dos, entonces quedan de este lado y querían volver a Puerto Argentino. Ellos venían para mí, para nuestro lado, y nos decían “¿cuánto falta para Puerto Argentino?”. Entonces le mostrábamos atrás y nos miraba como diciendo “¿cómo?” Claro y le explicamos “vos tendrías que haber hecho así, y vos hiciste así, al revés, o sea les cortaron la retirada”. Todos son, todos, me impresionaba, por ahí yo tenía también la misma cara, pero todos zombis.<sup>403</sup>

---

<sup>399</sup> Para ampliar sobre las batallas de la Guerra de Malvinas, hay gran cantidad de bibliografía para consultar, teórica y testimonial. Entre muchos otros, ver: BALZA, op. cit. ; JOFRE, y AGUIAR, op. cit.; MORO, op. cit.; ROBACIO y HERNÁNDEZ, op. cit; Informe Oficial del Ejército Argentino.

<sup>400</sup> *Desembarco*, Separata 10, p. 53.

<sup>401</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

<sup>402</sup> Las siguientes cifras que se indican en el Informe Oficial del Ejército Argentino, son claramente indicativas de lo cruento que fue el combate en Monte Longdon: “Solamente 90 hombres de los 300 que intervinieron en los combates descriptos alcanzaron la nueva posición. El resto fue herido, muerto o cercado”. Citado en: *Informe Rattenbach*, p. 495.

<sup>403</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

El contacto de Julio con los soldados que habían luchado, y habían sobrevivido al infierno, hizo evidente la existencia de distintas guerras. Aún estando todos ellos en el frente de batalla, los integrantes del Apostadero reconocen diferencias entre quienes combatieron, quienes lucharon, y quienes estuvieron en Camber. El extrañamiento que le provocaron a Julio sus imágenes, sus expresiones, aparece sintetizado en la frase “parecían zombis”, y aún cuando previamente hay cierta identificación: “por ahí yo tenía la misma cara” dice el conscripto. El reconocimiento de la expresión es ya un distanciamiento de sus experiencias.

La madrugada del 14 de junio, mientras las batallas principales se desarrollaban a escasa distancia de Camber, las tropas allí asentadas debieron enfrentar un intento de desembarco inglés, que tenía como objetivo hacer un movimiento de pinzas sobre las fuerzas del Regimiento de Infantería 7. En el diario de Gazzolo, el intento de desembarco está claramente relatado:

Día 14: [...] Mientras más tarde Ojo 1 y Ojo 2 informan ver tres botes de goma en la orilla. Interrogo a LOMA 3 si los observa, la respuesta es afirmativa. Ordeno a LOMA 1, 2, 3 prepararse para abrir fugo cuando LOMA 3 marque el blanco con las 12,7 mm [ametralladoras]. [...] Ordené marcar el blanco con la 12,7 mm y lo batí con dos MAG y entre 20/30 soldados. Los botes inician la retirada cubriéndose por el fuego, en el momento que les lanzo una iluminante que los sorprende en el medio del agua. Informo al COIM (AGRUIMVINAS) del ataque sufrido y me informan que una segunda ola de 5 botes fue divisada por radar y que se dirigía a nosotros. Esta nunca llegó, dado que se realizó una persecución por el fuego con las piezas de 30 mm.[cañones] y con apoyo de (6) Mor. [morteros] de 120 mm sobre la costa eno. [enemiga].<sup>404</sup>

Hugo Peratta, que en ese momento estaba en el refugio, recuerda haberlo vivido con coraje: “fui al frente allá, empecé a tirar ahí, y miraba, me paraba, no tenía miedo, ahí perdí el miedo.”<sup>405</sup>

Quienes estaban en posiciones, al principio vivieron lo que estaba sucediendo muy confusamente. No entendían bien qué pasaba, ni veían ningún desembarco en la oscuridad y además no sabían bien adónde disparar, como recuerda Claudio:

Empieza un fuego de una MAG [ametralladora], o de un FAP de Ejército a dos lomas nuestras, que era como 100 metros o 150 metros nuestros, empiezan a tirar. Decimos “¿a quién carajo le tiran?” si no se veía nada, era de noche, empieza más, empieza más, empieza más, y era como que venía... el fuego venía agrandándose para acá [...] Ahí fue donde yo primero tiré para a ver si

---

<sup>404</sup> *Desembarco*, Separata 10, p.55

<sup>405</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

andaba, se me trabó, lo destrabé, tiré de nuevo, y después empecé a tirar, ¿a quién? No sé [...] Yo dudaba, pensaba, ante la duda tiraba, después de un cargador dije “ey vos tenés 3 cargadores! Y a quién le estás tirando? No tirés al pedo, si viene alguien en serio, qué vas a hacer” [...] Entonces ahí me paré, y tiraba, si veía, o si dudaba de algo más.<sup>406</sup>

En un principio, Julio, que se encontraba en una posición más cercana al lugar de desembarco, tampoco veía nada ni sabía adónde apuntar, pero después, una pequeña ayuda extra le permitió divisar claramente los tres botes que se acercaban a la costa:

A las 11 de la noche pasa uno corriendo diciendo “todos a posiciones que están desembarcando” “uh están desembarcando, qué se yo”, nosotros pensamos “se acabó”. Entonces salgo, salimos todos, entonces nos empezamos a ubicar, no? Y en la sombra, nos asomamos y claro estábamos esperando, todos claro, como en las películas, no? Todos, y no veíamos nada. Veíamos que tiraban [...] 20 metros abajo, infantería de marina le tiraba [...] cada 5 balas comunes, una trazante, la trazante te permite dirigir el fuego, para que el resto de la dotación sepa donde tirar, entonces nos limitábamos a ver donde estaba el mar, y ahí tirábamos nosotros. Después sí empezás a ubicar: un bote, dos botes, tres botes... Al mismo tiempo estaba en la bahía el Irizar [buque hospital], que prendió los reflectores, y empezó a iluminar todo [...] Ya ahí podíamos ver más claro, ya los botes estaban en la mitad de la Bahía, yo les tiraba.<sup>407</sup>

Finalmente, luego de un tiempo que pareció una “eternidad”, en palabras de Julio, se ordenó un alto del fuego, en la suposición que el desembarco había sido frustrado. Pero, por las dudas, a la lluvia de proyectiles que sorprendió al pequeño intento de desembarco, le siguió un apoyo con tiros de morteros, como explicaba Gazzolo. Este refuerzo, que supuestamente tenía que batir la orilla opuesta a Camber, en principio no fue muy acertado, y los primeros tiros comenzaron a caer peligrosamente cerca de las posiciones propias, como recuerda Claudio:

El último fue, con tiro de mortero de Puerto Argentino de propia tropa. Es más, en el bunker nuestro teníamos un telefonito de esos de la Segunda Guerra Mundial “están tirando sobre nuestras posiciones!!!”, yo te lo cuento y no lo puedo creer que en el siglo que pasó, con telefonito a rosca “oiga” “si?” “corríjanle el tiro, que le están tirando a las posiciones nuestras.”<sup>408</sup>

Al mismo tiempo que se producía este apoyo con morteros desde Puerto Argentino, Julio junto a un grupo de infantes de marina estaba patrullando la playa con el objetivo de verificar

---

<sup>406</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>407</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>408</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

si se había evitado el desembarco. La misión no era justamente la ideal. Se trataba de caminar en la oscuridad, sin ver nada a medio metro suyo, aunque con un compañero que tenía visores nocturnos, con la posibilidad –remota– de que algunos ingleses que hubiesen podido desembarcar, los atacaran por algún lado. En este contexto, resulta lógico que Julio viviera esa patrulla con mucha tensión, mucha más que durante el combate:

Se armó una especie de patrulla para volver a reponer las guardias en la playa. [...] Hicimos todo un rodeo, porque teníamos miedo que haya quedado un inglés de este lado, llegamos a la playa y empezamos a caminar haciendo una especie de rastrillaje, hacia donde estábamos nosotros, no bajamos directo, hicimos así, todo un rodeo, bajamos, bastante más lejos. Nosotros íbamos caminando pero casi al ras del suelo, el del medio tenía visor nocturno, que era el que mejor veía obviamente. Entonces yo miraba adelante, pero siempre con un, un ojo adelante y un ojo al tipo este, el tipo este si había un movimiento raro porque era el que veía mejor, yo ahí cuerpo a tierra y empezaba a tirar, no sé, habrá sido 9 km., menos de 9 km., se me hizo eterno [...] Nos pusimos en la guardia, nosotros mirábamos para atrás, porque decíamos “en cualquier momento acá vienen de atrás y... nos degüellan”. Entonces mirábamos a la playa y atrás, a la playa y atrás. [...] Y en media hora empezó Ejército, con morteros, a batir la otra orilla, que era bastante lejos, terrible, “acá en cualquier momento un mortero queda corto y tira acá, y nos pega a todos nosotros”, todo era...<sup>409</sup>

Si para Claudio el momento del tiroteo fue el más cercano al combate –“ese fue el combate [...] más cerca del cuerpo a cuerpo”–, para Julio la patrulla posterior al tiroteo, fue el momento de más tensión y que más próximo se sintió del combate y de la muerte.

Pero finalmente nada sucedió. Julio volvió a su posición, y junto al resto de los que estaban en las trincheras, estuvo toda la noche de vigilia. Como recuerda Hugo: “Después que pasó el gran tiroteo [...] entonces después que pasó todo eso, se silenció todo por supuesto. Entonces fui pasando por los pozos, avisando ‘guarda que soy yo, no me tiren’, entonces charlábamos con uno, charlábamos con otro y mirando y estuvimos toda la noche en vigilia.”<sup>410</sup>

Esta experiencia de vivir en el frente de batalla, en las trincheras, de cercanía con el combate, y, por tanto, de la posibilidad de matar o morir, dejó una fuerte marca en quienes participaron, entre quienes se configuró “otro tipo de comunicación”, como explica Julio:

[Después del cese del fuego, en el Apostadero] me reencuentro con mis compañeros. Por ahí, bueno te dije, yo los miraba distinto, a los que había dejado hace 15 días los veía distinto, abrazos

---

<sup>409</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>410</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007

con todos, una especie de euforia, de... no sé... [...] Después por supuesto te vas como volviendo a adaptar, y se va integrando uno de nuevo, pero... lo primero es eso, curioso, pero... era como que con los que estábamos allá, te mirabas y tenías una comunicación, con los otros tenía comunicación, pero había otro tipo de comunicación.<sup>411</sup>

La experiencia de vivir en las trincheras en el frente de batalla tuvo como consecuencia la construcción de nuevos lazos entre los compañeros que habían pasado por la misma vivencia de proximidad con la muerte, entre quienes habían compartido la posición y/o la experiencia de vivir en las posiciones, y por eso tenían otra comunicación diferente de aquella que tenían con los compañeros del Apostadero que se habían quedado en la localidad, quienes habían vivido los momentos finales de la guerra de forma bien diferente, como veremos a continuación.

### *Apostados*

Desde la intensificación del bloqueo aeronaval inglés a partir de principios de mayo, las actividades en el puerto habían disminuido abruptamente, tal como vimos en el Capítulo 3. Consecuentemente, los integrantes del Apostadero comenzaron a realizar actividades de todo tipo, y también a disponer de más tiempo libre, circunstancias que continuaron en junio. En los últimos 15 días del conflicto, el tiempo libre cubría prácticamente toda la jornada, como recuerda Sergio Fernández: “Y después cuando volvimos [de su travesía en el Río Carcarañá a fines de mayo] estuve otra vez haciendo guardias [...] Muchos, muchos andaban dando vuelta, porque tenemos momentos libres, no es que estamos todo el día... no hay trabajo aparte, hay que hacer guardia, tener el fusil cargado.”<sup>412</sup>

Como señala Sergio, las guardias pasaron a ser sus actividades principales. Igualmente, ciertos días de junio, algunos integrantes volvieron a dedicarse a la actividad para la que habían sido convocados. La llegada del buque hospital Bahía Paraíso o Almirante Irizar con el objetivo manifiesto de buscar heridos y el secreto de descargar víveres, ropa y medicamentos, para aliviar la casi desesperante situación de desabastecimiento en que se encontraban las tropas en las islas, retornó a los protagonistas a la que había sido su actividad principal, la estiba:

---

<sup>411</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>412</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007.



A: Cuando el Buque Bahía Paraíso o el Irizar entraba, no es cierto, a sacar heridos, a hacer auxilios de la Cruz Roja, nosotros con las lanchas nuestras nos acercábamos al buque, y ellos aprovechaban y bajaban combustible y bajaban víveres, diríamos en forma...

E: Clandestina, digamos

A: No, diríamos, yo creo que estaba dentro de los parámetros legales, este de bajar algo de víveres, viste, para este... porque es la supervivencia también [...]. Es como que hacíamos un trabajo de hormiga nosotros con las lanchas nuestras. Mientras ellos estaban haciendo otro operativo que era rescatar a los heridos, enfermos, nosotros con las lanchas nuestras, hacíamos ese tipo de trabajo del buque, de venir, bajaban carne, víveres secos, y otras cosas.<sup>413</sup>

Las madrugadas de los días 2 y 11 de junio<sup>414</sup>, el Bahía Paraíso fondeó en la bahía, y allí permaneció hasta que los tripulantes de las lanchas desembarco y de los pequeños buques logísticos terminaron el alije. Era un trabajo lento, arduo, minucioso y secreto, un “trabajo de hormiga”, ya que el desembarco de cualquier tipo de mercadería desde los buques hospitales, al contrario de lo que piensa Abel, no estaba dentro de los parámetros legales, como explican Mayorga y Errecaborde:

En el párrafo Misión [de la Orden de Operaciones del Comando del Teatro, la N°2/82C “Instrucciones para Buques Hospital”], las instrucciones expresaban, entre otros conceptos: “Eventualmente proceder al reabastecimiento de víveres de Malvinas”. Esta tarea colateral contradice, en realidad, las Normas de la II Convención de Ginebra con respecto a los buques hospitales.<sup>415</sup>

En los hechos, este inesperado –e ilegal– apoyo logístico fue una inyección de alivio para las tropas en las islas, cuya situación a fines de mayo ya estaba volviéndose acuciante, como afirma Dardo Forti, jefe de logística del Regimiento de Infantería Mecanizado N°3: “El general Menéndez me confirmó, personalmente en cuatro líneas, lo que ya sabía pero me seguía importando y mucho: -Sí, Forti, fue así: ‘Nos quedaban víveres hasta el 2 o 3 de junio, así que utilizamos los víveres del buque hospital; si no, Puerto Argentino se hubiera rendido por hambre.’”<sup>416</sup>

Además de este inesperado retorno a sus actividades específicas, durante la primera quincena de junio el personal del Apostadero se dedicó a otras actividades. La diversificación de

---

<sup>413</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007

<sup>414</sup> Según la Separata 14 de *Desembarco*, el 2 de junio, el buque hospital desembarcó 260 toneladas de víveres y 30 mil litros de JP1 (combustible para helicópteros), y el 11 de junio, 240 toneladas de víveres y 26 mil litros de combustible. Las cifras indicadas por Mayorga y Errecaborde difieren levemente de las anteriores. Cf. op. cit., cap. 45.

<sup>415</sup> Mayorga y Errecaborde, op. cit., p. 480.

<sup>416</sup> Forti, op. cit., p.201.

sus funciones que encontramos desde mayo, se hizo aún más visible en junio: los integrantes del Apostadero pasaron a dedicarse a todo aquello para lo que los necesitaran; al fin y al cabo estaban libres, y “a mano”. Así, algunos, como Ramón Romero, se dedicaron a buscar heridos al frente de batalla: “Cuando traíamos a los heridos del frente, también, el camión quedó todo agujereado de esquirlas, de bombas, de las esquirlas de la explosiones, estaba todo agujereado. Nosotros, gracias a Dios, nosotros, los dos que andábamos en el camión, ni un rasguño teníamos.”<sup>417</sup>

Era misiones muy peligrosas, en las que se arriesgaba la propia vida, ya que implicaba el traslado al frente de batalla donde los ataques eran cada vez más intensos. En los primeros días de junio, a medida que las tropas inglesas avanzaban, los bombardeos navales y aéreos sobre las posiciones propias se hicieron cada vez más frecuentes. Bajo ataque, el conscripto José Bustamente iba frecuentemente a los montes circundantes de la localidad, con el objetivo de trasladar víveres, agua y municiones a las tropas que estaban en el frente: “A veces había que cambiarla porque se les humedecían, y tenías que llevarles municiones frescas [...] Mayo, en esos momentos los ataques, o sea por ahí íbamos en un camino, y teníamos que tirarnos del tractor por el tema que venían los aviones bombardeando, tirando, nos ametrallaban.”<sup>418</sup>

Asimismo, José con su tractor participó de otra misión, en la que intervinieron otros miembros del Apostadero: el ensamble y puesta a punto del equipo para lanzar misiles Exocet desde tierra. Los Exocet eran misiles cuya instalación originaria estaba en aviones o buques, y desde allí se utilizaban. Cuando la flota dejó de intervenir en la guerra y se replegó al continente, la instalación de uno de los buques fue llevada a los talleres de la Base Naval Puerto Belgrano, donde numeroso personal pasó gran parte del conflicto intentando adaptar la maquinaria del Exocet para que fuera posible lanzarlo en instalaciones desde tierra. Luego de arduos intentos, el equipo comandado por Julio Pérez<sup>419</sup> logró su objetivo: “Esta instalación, a la que jocosamente llamaban los argentinos la ITB, Instalación de Tiro Berreta, quedó plasmada en dos vehículos: uno portante de dos rampas para misiles y el otro con el grupo generador y los elementos de control y de lanzamiento. Cada unidad pesaba 6000 kg.”<sup>420</sup>

Una vez trasladado a Puerto Argentino, el personal originario necesitaba la ayuda de otras personas para que efectivamente pudiera instalarse en algún lugar de las islas, y para

---

<sup>417</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>418</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007

<sup>419</sup> “El grupo lanzador estaba formado así: Jefe de grupo: capitán de fragata Julio Pérez. Cálculo de tiro y emplazamiento: teniente de fragata IM Mario Abadal. Comunicaciones y emplazamiento: teniente de fragata IM Edgardo Rodríguez. Radar RASIT y emplazamiento: teniente de corbeta IM Carlos Ríos Centeno. Completaban además este grupo el sargento Orcacitas, el cabo Flores y el suboficial Técnico en Misiles, Julien”. En: Mayorga y Errecaborde, op. cit., p.460. Además, agregamos, de la cantidad de militares y civiles que trabajaron en los talleres de la Base Naval Puerto Belgrano y que no viajaron a las islas.

<sup>420</sup> Mayorga y Errecaborde, op. cit., pp. 458-459.

ello fueron designados algunos miembros del Apostadero. Uno de los elegidos fue el cabo Daniel Blanco, quien desde el mismo día que el misil llegó, el 31 de mayo, se encargó de poner a punto el generador:

El capitán Pérez era el encargado de este lugar, y no tenía ningún motorista, no tenía ningún mecánico. Entonces, en ese momento, cuando yo agarro y me dice, él lo iba a poner en servicio, y le digo “yo se lo pongo en servicio”, y me dice “¿y vos qué sos?” [...] “Yo soy maquinista”. Entonces de ahí yo se lo puse en servicio el generador, y ahí quedó en marcha y de ahí me dice “bueno pibe, quedáte acá.”<sup>421</sup>

Una vez realizada esa operación, José Bustamante se encargaba de trasladar el acoplado –que llevaba la rampa con los dos misiles– con su tractor al lugar designado como el más conveniente: un sector de la playa que quedaba a medio camino entre Puerto Argentino y el aeropuerto. Todas las noches sin falta dos buques ingleses se ubicaban cerca de la costa para bombardear y así desgastar a las tropas en posiciones, pero fondeaban a una distancia tal que ninguna batería desde tierra podía alcanzarlos. La llegada de este misil venía a solucionar esta impune situación.

Así, desde el primero de junio, todas las noches, los misiles junto con el generador y el lanzamisiles y todo el personal necesario, eran trasladados a esa zona entre el aeropuerto y Puerto Argentino, y allí había que esperar hasta que el buque pasara por la línea de tiro del misil<sup>422</sup>, como explica claramente Ramón Romero: “Nosotros lo poníamos fijo, porque era todo... Nosotros lo poníamos fijo, y teníamos que esperar que el buque pasara por adelante, porque no podías apuntar.”<sup>423</sup>

Por lo tanto, lo único que se podía hacer era esperar: esperar toda la noche hasta que el buque por fin se ubicara en la línea de tiro del misil. Todos los días, antes de que amaneciera, el equipo era retirado del lugar y los misiles eran guardados en alguno de los depósitos del puerto para esconderlo de los isleños, ya que sospechaban que con sus equipos de radio pasaban información a las tropas inglesas, como se desprende del siguiente fragmento del diario personal del infante de marina Bardi: “Siguen las operaciones con gran secreto y seguridad con los misiles ante posibles informes de los kelpers y ataques enemigos....”<sup>424</sup>

---

<sup>421</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007

<sup>422</sup> Para ampliar sobre la instalación del misil Exocet desde tierra, ver: Mayorga y Errecaborde, op. cit., cap. 43, y Rodríguez Mottino, *La artillería argentina en Malvinas*, cap. IV.

<sup>423</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>424</sup> *Desembarco*, Separata N° 14, p.38. El teniente BARDI era miembro del Comando de la Agrupación Infantería de Marina Malvinas.

La primera noche que se realizó la instalación, el primero de junio, los buques pasaron por el blanco, pero por una mala maniobra y la ansiedad del personal, ambos misiles fallaron. Ricardo Pérez, que junto al conscripto Scilingo estaban de guardia junto al acoplado, recuerda el lanzamiento fallido:

Y nos fuimos, largué, tenía guardia como a las 5 de la mañana, 6 de la mañana, a una hora tardía, y habrá sido a las 10 de la noche, 11 y media, ya noche cerrada, y nos fuimos camino al aeropuerto antes de llegar a la curva, ahí paramos. Me acuerdo que había, tipos del grupo electrógeno, 4 o 5, estaba el carretón. Adolfo [Scilingo] estacionó el camión mirando a la plataforma, lo apagó y nos quedamos, al final, nos dormimos [risas]. No me acuerdo qué hora era, habrá sido a las 2, 3 de la mañana, siento voces, gritos, ruidos, y me acuerdo que era el lanzamiento. El misil levantó, despegó, despegó uno sólo, el otro no salió, levantó y cuando comenzó a bajar se tiró a la izquierda y se perdió, entonces lo vi.<sup>425</sup>

Luego del lanzamiento de los únicos misiles que tenían, tuvieron que esperar unos días hasta que les llegaran más Exocet para seguir probando suerte. Desde el 5 de junio, cuando llegaron cuatro misiles más, hasta la noche del 12 de junio, el personal originario y algunos integrantes del Apostadero esperaron noche tras noche, sin que el buque pasara por el sector. Quienes se encontraban de guardia en la playa junto al lanzamisiles, recuerdan esa espera constante en el camión o en los pozos de zorro, en la que muchas veces el sueño los vencía:

Teníamos que... en un pozo de zorro que estábamos al lado de un acantilado, ahí hacíamos la guardia nosotros, para avisar si había habido algún desembarco de comandos o helicópteros, nosotros teníamos que dar el alerta de esa posición... [...] En el pozo, claro, ahí estábamos con el gordo Blanco, estábamos los dos en el pozo, entonces por ahí nos tocaba estar un rato cada uno, uno dormitaba un rato y el otro estaba fuera del pozo. Ahí nos caminaban las lauchas por encima del casco, ahí sentías las ... [imita el ruido de lauchas]. Y claro, los pobres bichos con el frío, tenían un pozo y ahí estaban a su ancha. Y nos iluminábamos con un candil, un frasquito con gas oil, y una mechita, viste. Con eso, prendíamos y nos alumbrábamos con eso<sup>426</sup>.

Finalmente, la espera tuvo sus frutos: el 12 de junio a la noche, el destructor Glamorgan<sup>427</sup> ingresó en el radio de acción del misil. Esa noche, como habían pasado las últimas, los cabos Ramón Romero y Daniel Blanco, compañeros del mismo destino en el

---

<sup>425</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007

<sup>426</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>427</sup> El destructor HMS Glamorgan fue alcanzado por el misil Exocet en la popa y causó 13 muertos, serias averías en el buque e incendios que fueron trabajosamente dominados.

continente, estaban de guardia. Ramón recuerda claramente el momento en que el misil se disparó:

Y en eso se escucha como... viste, dejó de tirar el buque por un rato, y se escuchó como un tiro de FAL atrás nuestro. Y le digo “Gordo o están acá atrás o se les escapó un tiro a alguno”, y en eso yo pensé que era un avión, viste, que pasó arriba nuestro, pero a la altura del techo, más de esa altura no pasó y lo empujé al gordo y se lastimó la nalga con la bayoneta. [...] Ahí fue cuando se tiró el misil. Pasó arriba nuestro, y hizo, no sé, unos metros más, y después bajó y se pegó al agua. [...] Se pegó al agua y se borró... No lo vimos más, viste, cuando pasó el horizonte no lo vimos más. Y después se vio como un refucilo, viste, cuando se ve los refucilos en el horizonte, se vio así uno, y después otro, más grande, que fue cuando hizo explosión, cuando le dio al buque.<sup>428</sup>

El incidente se vio rápidamente superado por la excitación y entusiasmo con que reaccionó Daniel Blanco: después de tantas noches de espera, de tanto trabajo y esfuerzo sin saber si tendrían resultados positivos, el incidente pasó desapercibido ante la constatación de que el misil había hecho impacto: “Y vimos que ahí el misil, llegó allá, y empezó a darle, darle, pasó el horizonte, entonces dijimos ‘le erraron’. Vos pensás que le erraron, allá en el horizonte, y después ahí empezó una explosión [...] Una alegría pero era tremenda, que vos le diste a alguien, vos querés matar, tu misión es matar, vos querés matar.”<sup>429</sup>

Inmediatamente, Daniel y Ramón se escondieron y luego desarmaron todo y salieron de allí, porque esperaban la respuesta de los aviones ingleses, que seguramente detectarían por radar la ubicación de donde se había lanzado el misil:

Y ahí nos gritan, empiezan los gritos “a replegarse, a replegarse”, entonces de ahí del pozo, nos vamos, y tenemos que empezar a desarmar todo, y nos vamos al pueblo... [...] Y, no, porque le habíamos dado al buque y tenías que desarmar todo, por si detectaba de donde había salido. Viste, porque si te detectan... vos tenés, como nosotros teníamos el radar donde estaba el barco, ellos también podían detectar de qué lugar había salido el misil, entonces tuvimos que levantar todo, y salimos rajando para el pueblo, todos en caravana. Para esto, no sé, nos habrá llevado media hora, 40 minutos. Y cuando vamos al pueblo, bombardean todo el sector donde habíamos estado nosotros<sup>430</sup>

Ese fue el último día que José Bustamante llevó con su tractor el acoplado con el lanzamisiles, y también fue el último día que tuvo el tractor, su inseparable compañero de la

---

<sup>428</sup>Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>429</sup>Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007

<sup>430</sup>Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

guerra: “Después del tema de la rampa, que ya tiramos el misil ese, eso fue el 12 de junio [...] Al otro día, me habían robado.... los kelpers me habían robado el tractor, así que me habían dejado sin tractor.”<sup>431</sup>

Ya para el 12 de junio, los combates terrestres habían comenzado a desarrollarse y el desenlace se aproximaba a pasos agigantados. Las noticias del avance inglés luego de las derrotas en las batallas de Monte Longdon, Two Sisters y Harriet, llegaban rápidamente al pueblo: la posibilidad de un combate en el pueblo se hacía cada vez más real, con lo que el ambiente comenzó a volverse cada vez más denso e irrespirable. En el Apostadero, la tensión casi se podía palpar: “Porque sobre todo las noticias que vos vas recibiendo son todas malas, que se repliega el 4 [Regimiento de Infantería Mecanizado N°4], el BIM 5, vos decís ‘la puta, ¿quién está quedando?’ Quedó el 5, y vos ves ahí al 5 ahí paradito al lado tuyo.”<sup>432</sup>

Junto con las noticias, llegaban también miles de rumores; rumores sobre la poca piedad de las tropas inglesas con los prisioneros argentinos, y principalmente, sobre la figura más aterradora de las fuerzas británicas: los temidos *gurkas*, como recuerda Roberto Herrscher:

La guerra se nos venía encima, y los rumores que llegaban a la cocina (...) eran confusos, contradictorios y en algunos casos aterradores. (...) Otros, sobre todo conscriptos de las montañas que llevaban dos meses esperando el combate y sobreviviendo muertos de frío y de hambre, decían que ninguno saldría de esto con vida. Que los ingleses eran excelentes soldados, armados con lo último de la tecnología y que en primera línea avanzaban los gurkas, unos nepalíes bajitos, fuertes y sin miedo, que tenían unos sables curvos con los que por las noches entraban en los pozos y degollaban a compañías enteras.<sup>433</sup>

Esos rumores muchas veces tuvieron consecuencias prácticas. El conscripto Sergio Fernández tomó drásticas medidas preventivas: “Una granada conseguí porque nos decían que te tomaban prisionero, y nos violaban, te hacían cualquier cosa [...] Entonces yo me suicido, si me toman prisionero, me mato yo.”<sup>434</sup>

Muchos entrevistados recuerdan las imágenes de los combates próximos al pueblo, a las que observaban fascinados, como escenas de algunas de las tantas películas que habían visto desde chicos: “Después de noche, me acuerdo la batalla del Monte Longdon que se veía, el fuego nocturno, las municiones trazantes, las bengalas que se tiraban. Eso fue, muy, muy de película

---

<sup>431</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007

<sup>432</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007

<sup>433</sup> Herrscher, op. cit., p. 115

<sup>434</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007.

todo eso. Yo lo viví todo, muy, muy de película, como que estaba mirando algo que me parecía mentira.”<sup>435</sup>

Ramón Romero, que estaba junto a Daniel Blanco en la última noche de guardia junto al misil, recuerda imágenes similares, casi ficciones:

Hasta el 12 a la noche, yo te digo que era algo, uno lo ve en las películas, pero era parte de las películas, era algo, eras protagonista de una película de guerra. Porque nosotros estábamos a unos 6 kilómetros más o menos de donde estaban combatiendo, y veíamos todo, todo, las bombas del buque pasaban arriba nuestro, y allá escuchabas las explosiones y el silbido, bum bum, y acá escuchabas [hace el ruido del silbido], pasaba y explotaba acá donde estaban las tropas nuestras. Y tiraban bengalas los ingleses y se iluminaba todo como de día, toda la montaña, todo, monte se llama allá [...] Se veían ahí en los montes, en las piedras, se veían como de día, y cuando se iba apagando la luz, veías las balas trazantes nada más, veías todo... balas, cosas rojas que cruzaban y las explosiones...[...] Ya te digo ese fue el último día, estábamos con el gordo Blanco, estábamos los dos afuera de los pozos, estábamos mirando eso, y viste, nos pareció, qué se yo, algo irreal.<sup>436</sup>

La sensación de ficción, de “irrealidad” de la situación, comenzó a disiparse a medida que los bombardeos empezaron a llegar a la localidad. Los últimos días de la guerra, algunas casas de Puerto Argentino fueron destruidas y con ellas las hipótesis de que el pueblo no sería atacado por sus supuestos defensores:

Y llegamos al que iba a ser el último fin de semana en las islas Malvinas. El domingo a la mañana sabíamos que las tropas inglesas estaban muy cerca y su bombardeo se había intensificado aún más. Veíamos cómo caían proyectiles sobre el pueblo y en el agua, muy cerca de nuestro barco. Se escuchaba el silbido de las balas en su trayectoria y luego estallaban. Una cayó sobre una casa de la que pudo salir corriendo una señora, escapándole al fuego.<sup>437</sup>

Fue en estos días en que rumores y noticias se confundían hasta tal punto de ser indistinguibles, y que los bombardeos se acercaban, que el personal de sanidad comenzó a organizar un hospital alternativo en la zona portuaria, con el objetivo de aliviar la cantidad de trabajo que tenía el hospital principal, ahora que cientos de heridos llegaban diariamente. Guillermo Klein, quien junto a los doctores de otras unidades como Ferrario del BIM 5 y otros médicos de la SPAC, fue uno de los encargados de organizar el precario hospital, explica:

---

<sup>435</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007.

<sup>436</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007

<sup>437</sup> Ni Coló, op. cit., p. 61.

En definitiva armamos un grupo de médicos de sanidad a instancias de Ferrario, que era el jefe de sanidad del BIM 5 ahí en los galpones de la FIC, y trabajamos unos días ahí. Se pintó la cruz roja en el techo, con esos *faplac*, hicimos compartimentos porque era un galpón enorme, yo te decía, hicimos habitaciones como si fuera estos cubos. Pusimos, había mucho nylon en rollo, ese nylon industrial, e hicimos con nylon en rollo también como divisiones [...]. Y montamos una especie de hospital, le llamamos hospital accesorio, no me acuerdo cómo se lo bautizó.<sup>438</sup>

La instalación del hospital generó un nuevo conflicto entre el personal de sanidad y el de cuadros: sus diferentes escalas de prioridades en los fines para los que se destinarían las comodidades y facilidades –edificaciones y recursos– de las islas, fueron motivo de continuos enfrentamientos entre profesionales y militares de carrera; conflictos que atravesaron toda sus guerras, como explica Guillermo Klein:

El factor de interferencia en mi desempeño fue el poco crédito que se brindó a mis ideas por parte del Sr. Jefe de la Unidad.

Sobre el fin de la guerra, se habían unido el Personal de Sanidad del Apostadero, SPAC y BIM N°5, y se nos ordenó instalar un Hospital de campaña en un galpón, que carecía de luz, agua, baños y calefacción. La Armada había expropiado una vivienda (el Stanley Club), que consideramos se adaptaba más a lo necesitado pues tenía todos los servicios. Cuando se le solicitó al Sr. Jefe la autorización para instalar este Hospital en dicho Club, la misma fue denegada. Considero que la persona más adecuada para decidir sobre las actividades de la Sanidad, es un Oficial de Sanidad, y debe dársele crédito a sus opiniones.<sup>439</sup>

Finalmente, el hospital lo pudieron instalar utilizando las comodidades y materiales que les autorizaron sus superiores. Pero, a pesar del esfuerzo, pocos heridos llegaron a sus instalaciones, principalmente porque el hospital más cercano al frente de batalla y al que lógicamente se dirigían la mayoría de los heridos, era el Centro Interfuerzas Médico Malvinas, es decir el hospital principal. Guillermo recuerda haber atendido a un sólo camión de heridos, pero fue suficiente para que la imagen permaneciera intacta en su memoria hasta el presente:

El único camión que nos llega, que lo recibí yo ese día y fue un golpe feo, llegó un camioncito [...] lleno de heridos, no sé cuántos habría, ni se hasta el día de hoy de dónde venía. Yo lo que se es que un par de tipos los bajamos que, con Ferrario, [...] llegamos a coser, en esa época no había SIDA, entonces no le teníamos miedo a la sangre, cosimos con una aguja y un hilo largo, y cosimos 3,4 tipos, con el mismo hilo. [...] Cuando empezamos a bajar los tipos, porque teníamos

---

<sup>438</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 29 de agosto de 2007

<sup>439</sup> Informe del Teniente de Fragata Médico Dr. Guillermo Klein para un Seminario de Sanidad en COMBATE.



los medios muy limitados, así que realmente clasificamos, lo que en la Sanidad de Guerra se dice la clasificación de heridos [...] Bueno, ahí hicimos una especie de clasificación de heridos, y los tipos muy jodidos ni bajaron del camión, siguieron viaje al hospital. Y los que pudimos arreglar, nos arreglamos ahí.<sup>440</sup>

Sin embargo, en vez de ayudar a aliviar o disminuir el trabajo del hospital principal, ellos contribuían a atosigarlo más rápidamente de heridos, porque allí no disponían de las facilidades para operar y, por lo tanto, lo único que hacían era clasificarlos y trasladarlos. En realidad, lo lógico era que a esos médicos del hospital alternativo les ordenaran ir al hospital principal, donde serían más útiles. Pero ese traslado no llegó hasta el 13 de junio, y lograron obtenerlo por medio de un engaño:

Llama este Carlitos Méndez [un doctor que estaba en el Hospital principal] [...] diciendo que por orden del general, no me acuerdo si Mabragaña, qué general, todo el hospital de sanidad tenía que ir al Hospital Militar Malvinas. Atendí yo [...] le dije “mirá hay que darle al orden a mi jefe, dále la orden a mi jefe, decíselo vos a mi jefe”. Llamé a mi jefe, le digo “mire señor, llama el doctor Méndez del Hospital Militar Malvinas, que hay una orden que nos repleguemos”. Atiende el tipo, y Méndez le vuelve a decir “por orden del general Mabragaña [...] tienen que ir todos los médicos al Hospital Militar Malvinas, porque estaban re saturados”. [...] La cuestión que bueno, cargamos los bártulos y nos fuimos al hospital. [...]. Qué te cuento, que charlando con Méndez, la idea había sido él, él se mandó la quijetada [...] Fuimos todos al hospital, porque somos más útiles. Claro porque el tipo dijo “allá tenemos... estamos atorados acá, allá tengo 5 tipos que no están haciendo nada, los traigo.”<sup>441</sup>

En el hospital, Guillermo se dedicó a clasificar heridos, y allá se encontró con su compañero del PUSO, el bioquímico Roberto Coccia, que había sido trasladado por orden del jefe del Apostadero. Pero previamente Roberto había realizado otra misión: había ido hasta el frente de batalla en un camión junto a otros compañeros a rescatar al personal de sanidad del BIM N°5 que se encontraba en grave peligro, justo en la zona de ataque. Roberto recuerda el peligroso viaje hasta el frente:

Y salimos y los fuimos a buscar, y en el camino nos tiraban, viste, no sé si nos tiraban a nosotros o tiraban para el lado nuestro, pero tiraban, pero...[...] Caían en el agua, no llegaban, los veíamos caer al lado nuestro, porque el camino que bordeaba la salida era todo, digamos, por la costanera,

---

<sup>440</sup> Idem

<sup>441</sup> Idem

y estaba la bahía, y se levantaban las columnas de agua porque nos tiraban, y el conscripto dice “¿qué hacemos? -dice- ¿qué hacemos? Paramos” “no, no, seguí porque si nos paramos..”<sup>442</sup>

Finalmente, llegaron al lugar donde estaban los odontólogos, que debido a los intensos bombardeos se habían refugiado en un hangar emplazado en la zona: “Llegamos, estaban adentro de un galpón de chapa, que era el hangar de un avión, de la gobernación, deberían estar a 8 kilómetros, 9, 10 kilómetros del pueblo, el lugar. Cuando miramos así para arriba se veía el cielo, era todo, todo... estaba todo con las esquirlas, estaba todo agujereado por todos lados, cargamos todo y nos venimos.”<sup>443</sup>

Roberto con los odontólogos del BIM N°5, volvió sano y salvo al Apostadero. Inmediatamente después del regreso, Adolfo Gaffoglio le ordenó trasladarse al hospital con el objetivo de resguardar su seguridad como personal de sanidad. Así que Roberto pasó la última noche de la guerra clasificando heridos en el hospital, atendiendo a los cientos de heridos que bajaban del frente, imágenes difíciles de olvidar:

Entonces, voy allá, a clasificación de heridos, y ahí sí, ahí vi lo que yo veía en las revistas, cuando era chico y leía las revistas que eran de guerra, [...] todas las historietas de guerra, o en esa época, o en algunas películas en esa época en blanco y negro, donde llegaba el soldado que traía el herido de la trinchera, y venía uno, con su compañero a caballito. Lo recibo y le digo “¿qué pasa? ¿qué traés?”, dice “tengo un compañero herido –dice- ayúdenlo, ayúdenlo” y lo bajamos y estaba muerto. Lo veíamos, andá a saber de dónde venía ese chico, trayendo a su compañero de la trinchera muerto.<sup>444</sup>

Mientras tanto, el avance de las fuerzas inglesas –a medida que se iban perdiendo las posiciones en Wirless Ridge, Tumbledown y Williams– aproximaba rápidamente la posibilidad de un enfrentamiento en el pueblo. Como consecuencia, la noche del 13 de junio, los integrantes del Apostadero se atrincheraron en el puerto, en espera de un ataque inglés que se veía inminente, al mismo tiempo que José Bustamante se ubicaba en una posición adelantada en espera del combate final. Ricardo Pérez recuerda que una sensación de incertidumbre y tensión casi insoportable cubrieron la espera:

Y lo que yo me acuerdo del último momento, es sacando los fardos de lana para hacer barricadas, porque ya al final eran combate de localidad, ojo había 5 cuadras, 7 cuadras. Esos son los últimos

---

<sup>442</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>443</sup> Idem. En la obra de Robacio y Hernández que trata sobre el accionar del BIM 5 se menciona este acontecimiento, pero no se indica quiénes fueron los protagonistas del rescate. Cf. Op. cit., pp 396-397.

<sup>444</sup> Idem

momentos, o recordar ver un tubo, de esas antiaéreas, haciendo fuego rasante, 20 mm, pam pam. [...] Te digo más, para mi fue muy... mucha incertidumbre, hasta que en un momento comenzó a caer el 5 [BIM 5], que se estaba replegando a las instalaciones del Apostadero, cuando llegó el 5, yo me tranquilicé [...] Porque la tropa era de combate.<sup>445</sup>

Esa noche, que sería la última de la guerra, la vigilia se hizo interminable: “La batalla de Malvinas que fue el 11, del 11 al 12 y del 12 al 13 de junio, sí las vivimos a pleno, yo creo que ni nos dormimos, o por lo menos dormitás un ratito, porque fue muy intenso.”<sup>446</sup>

Pero finalmente nada sucedió: un silencio “sepulcral” -en palabras de Hugo Peratta- cubrió las islas, después de tantos combates, después de tanta muerte. La guerra había terminado. Después de 74 días, algunos, sólo algunos, podían regresar a casa<sup>447</sup>.

---

<sup>445</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007

<sup>446</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 5 de septiembre de 2007.

<sup>447</sup> Las cifras de las bajas argentinas en la guerra varían según la fuente que utilicemos. Según Balza, fueron 650 los muertos en la guerra. Según Bonzo, fueron 649. Según Ceballos y Buroni, fueron 656. Según Moro, fueron 635. De ellos más de la mitad cayeron en las islas. El resto fueron tripulantes de los buques que fallecieron mientras navegaban en el Teatro de Operaciones, como el Crucero General Belgrano, el Sobral, el Narwal. Cf. Balza, op. cit.; Bonzo, op. cit; Ceballos y Buroni, op. cit; Moro, op. cit.

## Capítulo 5

### Entre silencios: la rendición y el regreso

*Sí hubo como, diríamos, algo, como que quedaba algo interno... la ropa sucia se lava en casa. [...] Eso era con respecto a la información.*

Abel Mejías<sup>448</sup>

#### *Un silencio que duele*

En la mañana del 14 de junio el General Mario Benjamín Menéndez acordó el cese del fuego, luego de los duros combates de las últimas noches, y recién en horas de la tarde se pactaron las condiciones de la rendición<sup>449</sup>. Rápidamente la noticia del cese del fuego se propagó a todas las tropas asentadas en las islas. El silencio fue el primer mensajero de la derrota, del fin de la guerra:

A las 10 de la mañana cuando se hizo la rendición, y ahí escuché el silencio, no te lo puedo explicar. Vos dirás, cómo escuchaste el silencio, es una cosa...? Vos escuchás el silencio, después de estar tanto tiempo, mañana, tarde y noche, bombardeo, artillería naval, artillería de tierra, avión, ruido, alarmas, tiros, ta ta ta. De golpe se paró todo. Silencio absoluto, escuchás el silencio, ahí te das cuenta de la diferencia.<sup>450</sup>

La confusión y el caos que se produjo al expandirse la noticia se hizo presente en el Apostadero donde el rumor se difundió rápidamente. En un contexto donde los rumores eran moneda corriente, las dudas sobre la credibilidad de la noticia no resultan sorprendentes. El primer indicio claro de la confirmación del cese del fuego para muchos de los entrevistados fue la orden de no disparar a un helicóptero blanco que pasaba sobrevolando la localidad: “Vino una orden, no me acuerdo quién la dio, obviamente con *handy* o algo, vimos sobrevolar un helicóptero blanco, la orden era no hacer fuego.”<sup>451</sup>

Inmediatamente después del cese del fuego, comenzaron a aparecer tropas inglesas en la localidad, sin que todavía se hubiera anunciado la rendición, como recuerda Ramón Romero:

---

<sup>448</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

<sup>449</sup> Ver Informe Oficial del Ejército Argentino, citado en Mayorga y Errecaborde, op. cit., cap. 47.

<sup>450</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>451</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

El 14 de junio que había un cese del fuego para negociar, que tampoco nos dijeron que era la rendición, a nosotros nos dijeron que había un alto en el fuego porque iban a venir ingleses a negociar, no nos dijeron que nos habíamos rendido. Yo digo que nunca me rendí, que fue un alto el fuego y después aparecieron los ingleses dentro del pueblo.<sup>452</sup>

Este clima de confusión también lo vivieron las tropas que estaban en las posiciones en Camber, como recuerda Claudio Guida:

Se va Egudisman, y al rato vemos que viene corriendo revoleando las latas, y nosotros decíamos “qué pelotudo, estás tirando toda la comida, te vamos a cagar a trompadas, no corras!” [...]. “¿No trajiste el rancho?” “no, nos rendimos” “qué nos vamos a rendir, boludo!” “sí, nos rendimos”. Entonces nos ponemos a disertar con Egudisman “¿quién te dijo a vos?” a todo esto se habían cortado las líneas. [...] “¿Y quién te dijo? ¿Y será cierto? ¿Y será verdad? ¿Y a quién le preguntamos?”<sup>453</sup>

La noticia de la rendición impactó de diferente forma en los miembros del Apostadero. En algunos casos, la sensación que la decisión estaba fuera de sus manos, hacía desviar la mirada del pasado para fijarla inmediatamente en el futuro: la rapidez con que se producían los acontecimientos en la guerra fagocitaba la reflexión, había que seguir adelante, automáticamente, casi sin pensarlo:

[La rendición la tomé] como “parte de”, como que es algo que no estaba en mis manos, como parte de... [...] No sé cuál es la sensación, no tengo una respuesta para darte. [...] En ese momento era toda una rueda que iba dando vuelta, una rueda de hámster nada más que vos no estás corriendo, pero estás dando vueltas... Pensás pero es como que tenés la atención diversificada en distintas cosas, la primera es: cómo sigue esto.<sup>454</sup>

Pero esa no fue la reacción principal. Algunos percibieron la rendición como un desenlace lógico ante la desigualdad de los contendientes y la evolución de los acontecimientos. Desde la perspectiva de Abel Mejías, la firma de la rendición se presentaba como el único camino sensato a seguir para evitar más sacrificios inútiles, sufrimientos y muertes: “la tristeza por el tipo de cambio que se produce, no es cierto, después de la derrota de una guerra,

---

<sup>452</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007. Esta sensación de no haberse rendido es común entre los protagonistas de la guerra. El hecho de haber combatido férreamente hasta último momento y de no estar de acuerdo con una decisión de la que no habían sido consultados ni tampoco informados -como afirma Ramón-, son algunas de las variables que pueden explicar esa sensación.

<sup>453</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>454</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

la rendición [...]. Nosotros decíamos ‘¿para qué vamos a seguir luchando? Sino hay consentimiento... morir por morir ¿para qué?’.”<sup>455</sup>

En el Hospital, donde los costos humanos de la guerra estaban palpablemente presentes, el término del conflicto se vivió prácticamente como una fiesta:

Ahí [...] le descubrimos en el placard, él estaba en el hospital porque era anestesista, le descubrimos un montón de comida, de chocolates, hasta una botella de *whisky* tenía. Así que cuando se la descubrimos se la manoteamos y brindamos, nos chupamos unos *whiskys*, así del piquito nomás, medio para brindar el terminado de la guerra. [...] Ya te digo a los últimos días, era un alivio.<sup>456</sup>

El alivio fue indudablemente una de las reacciones principales en la mayoría de las tropas argentinas. Pero ese alivio, en muchos casos, no estuvo exento del dolor y la frustración que generaba la derrota. La nueva pérdida de las islas, el incumplimiento del objetivo planteado, condujo a muchos protagonistas a cuestionarse el por qué de todo el sacrificio y esfuerzo realizado, a no encontrar el sentido de tantas muertes, lo que provocó una fuerte desmoralización:

A eso de las 8 de la mañana nos rendimos, una angustia me agarró, me agarró una mal cosa, “no –dice– vamos, vamos, soldado, vamos” dice. Y quedé así como *shockeado* quedé en ese momento, no lo podía creer [...], me quedé como angustiado, me quedé como angustiado en ese momento. “Tanto –digo– tanto sacrificio y tantas cosas que han pasado en estos dos meses y pico –digo– para terminar así”.<sup>457</sup>

A esa sensación, algunos combatientes opusieron una búsqueda de consuelos que en el momento actuaron como una defensa personal:

La sensación es frustración, amargura, y alivio, mucho de las tres cosas. Después te cuestionás un montón de cosas: para qué todo, para qué el sacrificio, pero bueno es así, ya está. Mi consuelo era que nosotros todavía estábamos en las posiciones [en Camber], y se había rendido Puerto Argentino. En realidad es una... [...] porque nosotros estábamos más muertos que ellos porque estábamos aislados, estábamos con tres partes de agua, y donde había tierra estaban los ingleses esperando como loco, es una especie de conformismo de sentirse que uno no se rindió.<sup>458</sup>

---

<sup>455</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

<sup>456</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 3 de septiembre de 2007.

<sup>457</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007.

<sup>458</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

En otros casos, la angustia, bronca e impotencia por una decisión que consideraban errónea ganó la partida. Para Claudio Guida y Ricardo Rodríguez la rendición era una decisión incomprensible cuando todavía había armas y municiones por usar y combatientes dispuestos a dar su vida por ese territorio perdido en el Océano Atlántico. Ahora que habían ingresado en la lógica de la guerra y la destrucción querían seguir luchando:

La peor cosa que me pasó fue el día de la rendición. Yo estaba mal, estaba caliente, porque yo no podía tolerar que después de la máquina en la que me habían hecho entrar a mí, de repente ahora te digan “bueno, basta, se acabó”, “no, ahora quiero seguir, ahora por los que cayeron, no quiero parar”. Yo siempre lo digo para mí como un pelotudo: el peor día fue el día de la rendición para mí, yo no quería rendirme, pero no por una cuestión de orgullo de que yo no me rindo, me importaba tres carajos de última, pero el tema era “no, ahora sigamos, porque yo estoy bien, vos también, o sea, estamos todos bien”. [...] Aparte era tanta la máquina que “ahí vienen, que ahí vienen, que ahí vienen” [...] “Basta definamos esto”. Vos querías enfrentarte de última, y no querías parar, ahí cuando te llevaste un par de noches en el tiroteo “ya no paremos” ¿por qué? “porque ahora me quedé... ahora que tengo ganas, o sea, estoy bien, no estoy herido, tengo balas, tengo munición, tengo armamento, me anda ¿qué me voy a rendir? No, ahora quiero seguir”.<sup>459</sup>

Pero, al mismo tiempo, se preguntaban seguir para qué, con qué fin. Una mirada de contradicciones atormentó desde el final del conflicto hasta mucho tiempo después a Claudio, que al mismo tiempo que quería seguir luchando, se preguntaba por el sentido de hacerlo:

Esto viene mezclado con un montón de cosas. Yo, por ejemplo, yo tenía ganas de seguir, habiéndome encantado la rendición que era la salvación para todos, no se muere más nadie, “yo zafé, esto por ahí se acabó y si tiene buen final yo vuelvo a mi casa”. Yo tenía varias contradicciones, primero ese hambre que tenía, de que quería seguir, segundo “yo zafé” [...]. Entonces a mí se me cruzaban un montón de esas cosas, se me cruzaba el dar la vida por qué, se me cruzaba el de seguir hasta qué [...] Yo tenía todo ese despelote en la cabeza, y después decía “pero si vos... ¿cómo te animaste a ser tan sanguinario, a ir para adelante, a no importarme si tenía que avanzar, no tenían ningún problema, si vos no mataste un pajarito nunca? ¿Si vos decías que era una guerra pol...?” O sea tenía un quilombo en la cabeza el día de la rendición.<sup>460</sup>

El silencio producto del cese del fuego fue un silencio que paradójicamente aturdió a muchos de los protagonistas del conflicto. La abrupta noticia de la rendición, el abrupto

---

<sup>459</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>460</sup> Idem.

silencio, provocó un *shock* emocional en Ricardo Rodríguez, que no comprendía el sentido de la noticia:

Entonces me... me dice un... alguien, alguien, no sé quién fue, me dice “Che basta viejo, este... ya está... ya no va más, ya hay que... hay que rendirse” Y... [...] es como que se me nubló la vista, viste. “¿Cómo que hay que rendirse?!” dije “No, No! Cómo?! No!”. Alguien me tomó el arma, porque yo escuché “Tómenle el arma! Dale el arma!” Lo escuché y es como que me desmayé, o sea, me agarró algo como... como un *shock*, viste?<sup>461</sup>

Estas reacciones se dieron en el contexto de confusión y caos que siguió a la rendición. En un principio había que esperar el final del repliegue de las tropas argentinas que se fueron asentando en distintos lugares de Puerto Argentino; en realidad se fueron ubicando allí donde encontraban un espacio libre. La localidad se transformó en un mar de personas que vagaban por sus calles sin rumbo. Nadie sabía exactamente cuál era el próximo paso a dar.

Paulatinamente las instalaciones portuarias comenzaron a verse desbordadas porque la gran mayoría de las unidades de Marina se replegaron allí. Ese también, lógicamente, fue el destino de las tropas que estaban en Camber, que cruzaron en el buque Forrest de vuelta a Puerto Argentino. El temor a que los recientes vencedores confundieran esta acción de repliegue con un movimiento militar, condujo a Julio y a Claudio a cruzar la bahía de Puerto Argentino de la siguiente forma:

Ahí nos espera una lancha de prefectura, y el Forrest, el rojo y blanco. Me subo al Forrest, todo el mundo cargado, para arriba y sin seguro porque no sabían si... no entendían que nos estábamos replegando y por ahí se pensaba que era un movimiento militar, y nos podían bombardear, o sea, todos juntos con el FAL, íbamos a tirar 60 tiros todos juntos este... para arriba.<sup>462</sup>

Una vez en el puerto, se produjeron los primeros reencuentros con sus compañeros a los que hacía medio mes que no veían. Reencuentros emocionados se podían ver en el muelle del Apostadero, una euforia difícil de explicar: “Entonces este...me reencuentro con mis compañeros, por ahí, bueno te dije [...] abrazos con todos, una especie de euforia, de... no sé...”<sup>463</sup>

También Roberto Coccia y Guillermo Klein, que el 13 de junio habían sido enviados al Hospital para salvaguardar su integridad como personal de sanidad, decidieron volver al

---

<sup>461</sup> Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007.

<sup>462</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>463</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007



Apostadero. Como indica Roberto: “me volví al Apostadero ¿qué iba a hacer en el Hospital, si no era mi lugar?”<sup>464</sup>

Guillermo recuerda gráficamente la imagen del repliegue de las tropas de la que fue testigo en el camino de vuelta al puerto:

Cuando nosotros volvemos a Mal... a Puerto Argentino con la ambulancia, yo venía con dos patrulleros, y traje algunos heridos en la ambulancia, para traer para aprovechar el viaje, y me vine yo con mi bolsito con mis pocas cositas, porque había quedado todo en el Apostadero. Y este... había nevado esa mañana y estaba toda la ruta esa nevada, y venían los soldados del frente, los que se venían replegando y tengo las imágenes de los tipos, trayendo, de a dos trayendo uno, apoyados en el fusil de bastón, todo eso porque yo lo vi, y te lo digo lo tengo grabado, como si hubiera pasado en cámara lenta. Nosotros pasamos en la ambulancia, algunos hacían dedo, no los podíamos llevar, y eran filas, y filas de tipos que venían replegándose, los del 12, los del 6, y este... ahí llegamos al Apostadero.<sup>465</sup>

El temprano contacto de los integrantes del Apostadero con los conscriptos de Ejército durante el repliegue o la evacuación, provocó un inmediato distanciamiento entre su guerra y la de ellos:

Nos metimos en el auto y el capitán cometió un terrible error: tiró las cajas de cigarrillos en el asiento trasero, y sentados en los de adelante, avanzamos lentamente por Ross Road. Sólo pudimos hacer unos cien metros, nos cruzamos con cientos de soldados que venían caminando pesadamente, arrastrando los fusiles por el suelo. Estaban flacos, con el uniforme hecho jirones, con los ojos como fuego. Era la vanguardia de la desbandada. (...) Nos rodearon en actitud sumisa, pidiendo, rogando que les tiráramos unas cajetillas. (...) [Luego de que el oficial les dio solo dos atados de cigarrillos] El círculo se empezó a cerrar, de rogar pasaron a exigir, a gritar y a amenazar. Empezaron a tirarse sobre el auto y fácilmente podían darlo vuelta. Ellos venían de otra guerra, horrenda y sin las comodidades que habíamos tenidos nosotros.<sup>466</sup>

Esta diferenciación, este distanciamiento entre la guerra vivida en el frente de batalla y la guerra logística, o inclusive entre la guerra vivida en posiciones en Camber o en los buques y aquella vivida en las trincheras en los montes circundantes a la localidad, donde se produjeron los más duros enfrentamientos, es una cuestión que atravesó fuertemente la construcción de un

---

<sup>464</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>465</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 5 de septiembre de 2007.

<sup>466</sup> Herrscher, op. cit., pp. 120-121

nosotros, la construcción de lazos de pertenencia a un grupo, en oposición a los otros, “colimbas” del Ejército.

En paralelo al repliegue argentino, comenzaron a llegar tropas inglesas a la localidad, adueñándose de los lugares que por dos meses y medio habían pertenecido a las tropas argentinas. Observar la apropiación de esos espacios que habían sido sus hogares, y particularmente, observar la apropiación de los lugares simbólicos que indicaban la soberanía de las islas, marcaron profundamente la memoria de muchos de los entrevistados: “Ves cuando bajaron la bandera argentina y subieron la inglesa de vuelta, era una impotencia y una amargura.”<sup>467</sup>

El arrío de la bandera argentina y el izado de la insignia inglesa, el cambio de los carteles del Apostadero por los antiguos de la *Falkland Island Company*, eran signos claros de la derrota, imágenes que golpearon fuertemente a los integrantes de la unidad, y que muchos no han podido olvidar hasta el día de hoy.

La llegada de soldados ingleses a la localidad, que comenzaron a desperdigarse por las calles de Puerto Argentino al principio un tanto desorganizadamente, provocaron fuertes fricciones con los miles de soldados argentinos que se habían replegado en la localidad luego de combatir en arduas batallas y de ver morir a compañeros; soldados que todavía estaban armados y con un fuerte sabor amargo en la boca por la derrota, por tanto esfuerzo en vano. La localidad se convirtió en un verdadero “polvorín” a punto de estallar:

Ahí vi cosas especiales, cosas como que los... los... los colimbas que eran correntinos, que también estaban en el puerto con nosotros, los tipos no querían... O sea estábamos armados [...], comandos ingleses pasaban por entre las ruinas nuestras, revisando qué había de este lado, gente, boinas coloradas, paracaidistas, armados ellos, armados nosotros. Un polvorín, cosa que los tipos en inglés les gritaban a los soldados nuestros y a los oficiales nuestros cuando los ubicaban “que metan a la gente armada adentro de los galpones del puerto”, cuando los tipos gritaban, los correntinos estos de Ejército que venían del frente se daban vuelta y les decía “¿qué me gritás gringo?!”. Y los puteaban en correntino, en paraguayo, no sé qué mierda, en guaraní, y no se comían ninguna, y los tipos se iban discutiendo y se daban vueltas y los correntinos los apuntaban a los oficiales nuestros, les levantaban las armas. Ahí en Puerto Argentino, lo vi adelante mío, jodido.<sup>468</sup>

Como se advierte en el relato de Claudio, la rendición también provocó el cuestionamiento de las jerarquías militares: ahora que todos habían pasado por la experiencia

---

<sup>467</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>468</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

de guerra –y en el caso que señala Claudio, del combate– por igual, no había jerarquías que valieran. Así, la autoridad y la legitimidad de la escala militar se vieron corroídas en muchos casos. Particularmente en el Apostadero, se presentó un conflicto entre el “che pibe” Ricardo Pérez y el oficial al que había asistido durante todo el conflicto:

Después cuando terminó la guerra, lo mandé a la mierda. Pero sí, porque el tipo típico oficial de marina, que el vino tinto, esa boludez, y yo ya estábamos en el aeropuerto [como prisioneros], y el tipo quería todavía tenerme de asistente y le dije que no rompa las pelotas. Me hubiera correspondido una corte marcial por esa barbaridad, [...] pero lo mandé a la mierda.<sup>469</sup>

También se hizo aún más manifiesto el conflicto entre Roberto Coccia y el superior del Apostadero, conflicto que atravesó toda sus guerras –como venimos viendo desde abril–, y que estaba enraizado, entre muchas variables, principalmente en las diferentes prioridades y percepciones del conflicto que tenían los profesionales, en este caso personal de sanidad, y los militares de carrera, y también en sus diferentes personalidades:

Vienen corriendo, dice “nos rendimos, nos rendimos”. Entonces me paré y le dije “discúlpeme, señor, pero yo no me rendí” “sí, nos rendimos todos”. Le digo “no, mire, yo no me rendí, y sabe por qué no me rendí? Porque yo soy un oficial de sanidad, para la Convención de Ginebra, para la Convención de Ginebra yo soy un no combatiente, y un no combatiente no se rinde, el que se rinde es el de combate, que es usted”. Se pudo todo. [...] Se engranó, empezó a los gritos, me quería agarrar del cogote, lo sacaron a él, me llevaron a mí. Pero se lo dije con todas las ganas, no porque no me haya rendido y estaba tan dolido como todos, porque todos nos tuvimos que rendir [...], sino porque me tenía [...] podrido, de decirme que yo era bioquímico para una cosa, y oficial de Marina para otra.<sup>470</sup>

La confusión y el caos que siguieron a la rendición continuaron los siguientes días hasta que las tropas inglesas efectivamente tomaron el control de la situación y comenzaron a organizar la evacuación de los miles de prisioneros argentinos. Hasta tanto eso no sucedió, las tropas argentinas estuvieron en una situación un tanto contradictoria: eran prisioneros armados. Eran prisioneros de guerra porque la localidad ya estaba en manos inglesas: la firma de la rendición no dejaba lugar a dudas sobre quién era el vencedor, y en contrapartida, las tropas argentinas no podían moverse libremente y pasaban a ser prisioneros de hecho. Pero

---

<sup>469</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.

<sup>470</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

igualmente seguían armados, y de hecho lo estuvieron hasta el 16 de junio, que fue recién cuando tuvieron que entregar las armas.

Durante esos dos días, del 14 al 16 de junio, las tropas continuaron en la localidad, asentándose en diversos galpones de la misma. Como indicamos previamente, específicamente las unidades de Marina se ubicaron en distintos galpones del puerto. Si en un primer momento, ellas podían moverse libremente en esa área, lo que llevó a algunos protagonistas a considerar que no eran prisioneros<sup>471</sup>, ya a partir del 15 de junio las fuerzas inglesas dispusieron un toque de queda desde las 16 horas hasta las 8 de la mañana, lapso durante el cual debían estar encerrados dentro de los galpones o de algún depósito de la localidad. El resto del día podían salir de los galpones y mantenerse en esa área.

Los integrantes del Apostadero pasaron los días encerrados en uno de los galpones del puerto: se trataba cientos de personas recluidas bajo un mismo techo, preguntándose qué sería de sus vidas ahora que la rendición ya estaba firmada. La incertidumbre sobre su futuro, sobre sus condiciones en las islas, comenzó a generar miles de preguntas sin respuestas que atormentaron a los protagonistas por varios días:

A todo esto, estando prisionero, la incertidumbre, era “¿cómo nos vamos de acá? Nos van a tener, ¿cuánto? ¿40 días, acá encerrados, como los rehenes de Irán?”[...]. “O sea, ¿nos van a entregar? ¿qué va a pasar? ¿Nos vamos con la ONU de acá? ¿Quién nos saca de acá? Somos prisioneros de guerra” No era joda.<sup>472</sup>

En algunos casos, el temor por el tratamiento que sus contendientes –frente a los cuales hasta hacía un par de días habían estado combatiendo en los campos de batalla– les brindaría, se adueñó de algunos de ellos: “Yo pensé ‘acá nos matan a todos’. Sí, sí, ese miedo fue lo primero que corrió. ‘¿Qué va a pasar? Acá nos matan a todos’.”<sup>473</sup>

Durante esos dos días, la gran mayoría no tenía ninguna actividad para hacer. El tiempo libre no sólo creaba las condiciones propicias para pensar, reflexionar y cuestionarse, sino que también ese relajamiento por el término de la guerra, hizo que los actores comenzaran a sentir el dolor en sus cuerpos que se había mantenido ausente durante la tensión de la acción:

---

<sup>471</sup> En la entrevista que le hice a Daniel Blanco el 26 de diciembre de 2007, cuando hablamos del tema, Daniel me corrige cuando hablo de prisioneros:

“D: Cuando vos llegabas a este lugar, nosotros íbamos de Puerto Argentino al aeropuerto

E: O sea ustedes primero estuvieron en un galpón prisioneros, y después los llevaron hasta el aeropuerto

D: No, no digamos como prisioneros sino como... reunidos

E: Pero con armamento

D: Con armamento, después nos hicieron ir a la aeropuerto, después del aeropuerto... [...] Éramos prisioneros.”

<sup>472</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>473</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

“A la vez es como que ahí sentís el cuerpo, un alivio, que se terminó, y ahí empezás a sentir más el frío, el hambre, es como que se te va la tensión.”<sup>474</sup>

Algunos sí ocuparon el tiempo libre con ciertas actividades, tales como quemar la documentación clasificada, destruir las lanchas menores para que no las pudieran usar las tropas inglesas, señalar al enemigo los lugares donde estaban enterradas las municiones, y otros ayudaron en la evacuación de heridos:

A la mañana esa, a la mañana siguiente que vendría a ser la mañana del 15, eh, el jefe mío me manda al Yehuín, que era el barquito que estaba allá, para hacer trasbordo de heridos, del Apostadero y del Hospital Civil que venían trayendo, al Irizar, que era el buque hospital. Ahí terminó mi trabajo de médico.<sup>475</sup>

Desde un punto de vista material, se podría pensar que vivir encerrados en un galpón era una situación bastante difícil. Pero lo cierto es que en la normalidad de la guerra los integrantes del Apostadero compartían el mismo techo diariamente, con lo que esa situación de encierro no es un dato sorprendente en sus experiencias ni en sus relatos, como sí lo es, en cambio, en los relatos de los miembros de otras unidades<sup>476</sup>. Además el escaso tiempo que estuvieron en esa condición -sólo dos noches- y la provisión de recursos logísticos suficientes, ya que disponían de bastante comida, aunque no agua potable, pueden ser algunos de los factores que expliquen dicha circunstancia.

Diferente fue el caso del doctor Guillermo Klein, que estuvo cuatro días encerrado con personas que no conocía, sin agua y con escasa comida. En sus recuerdos, dicha experiencia dejó una fuerte marca:

Bueno, a la noche de ese día nos llevan a los galpones de la F.I.C., donde estaban los galpones de lana [...] Estando en ese galpón el capitán Llambi [...] se presentó quién era, pidió a ver qué oficial más antiguo de él hubiera, muy, como si tuviera experiencia de prisionero el tipo [...] Entonces organizó, éramos, porque no sabíamos cuántos éramos, y era, digamos, un galpón enorme lleno de gente, y aparte fardos de lana. Los negros, parecían las películas, durmiendo en los fardos de lana, entonces el tipo organizó el campo de prisionero, por decirlo así. [...] Entonces me presenté a los gritos, “yo soy el Teniente de fragata médico Guillermo Klein, si hay algún personal de sanidad, que por favor se presente”, y aparecieron dos o tres cabos de Ejército y uno de Marina, entonces le dije “por favor, organicen el control sanitario”. Teníamos que encontrar

---

<sup>474</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>475</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 3 de septiembre de 2007.

<sup>476</sup> Por ejemplo en las experiencias de dos conscriptos de Ejército, Germán Estrada y Esteban Pino, el encierro dejó una fuerte marca. Ver: Estrada y Pino, *Contar Malvinas*, cap. 5.

heridos o enfermos. [...] Del grupo ese que éramos doscientos y pico, creo que saqué 4 o 5 tipos para evacuar.<sup>477</sup>

Una vez organizado el control sanitario, Guillermo intentó solucionar el problema de la escasez de agua, recurriendo a su ingenio:

Este... tampoco había agua porque una bomba había roto el acueducto [...] así que pasamos mucha, pero mucha sed, todo el pueblo pasó sed porque no había agua. [...] La cuestión que me llevé [del Hospital], me dio unos frascos de, viste cómo son los sueros, me llevé cajas y cajas de sueros destrozado y fisiológico para hidratar porque realmente había mucha sed, y yo lo repartí [...]. Empezamos por el destrozado, el destrozado es rico, son con azúcar, y los negros me manotearon, porque era como te digo había sed realmente, y era fea la situación, medio que me manotearon y me sacaron de las manos, y yo agarré y les di del fisiológico. El fisiológico es agua salada, viste, y sirve para hidratar, pero es salado viste.<sup>478</sup>

Como explica Guillermo, en ese momento no era una situación desesperante, pero vivir bajo ese estado de incertidumbre sin saber cuántos días estarían en esas condiciones no era nada fácil: “Pero eso fue de todos modos no era agonizante, no se me iba a morir nadie, creaba una situación, creaba una incertidumbre, primero: ¿cuántos días vamos a estar acá?, segundo: no hay agua, ¿cuántos días vamos a aguantar sin agua?, tercero: ¿qué va a pasar cuando un tipo se ponga violento que tenga sed?”<sup>479</sup>

Mientras Guillermo estuvo alojado en uno de los galpones del puerto, la gran mayoría de los miembros del Apostadero estuvo a la intemperie en el aeropuerto, el punto de concentración de prisioneros. Habían llegado allí el día 16 de junio, luego de una larga caminata desde la localidad hasta el aeropuerto:

Entonces cada uno, vino el jefe [...] y dice “muchachos, armen su bolsa de equipo, lleven su armamento, porque hay un lugar que tienen que dejar su armamento y siguen viaje” “bueno, listo”. Agarramos las bolsas de equipo, caminando de ahí de Puerto Argentino hacia el aeropuerto que eran como 10 kilómetros, más o menos, íbamos caminando en grupo, íbamos pasando, y había un control, diríamos, de las fuerzas británicas, donde te revisaban, viste, y bueno te hacían dejar el armamento, el fusil por acá, el cargador, la pistola, casco.<sup>480</sup>

---

<sup>477</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 28 de septiembre de 2007.

<sup>478</sup> Idem

<sup>479</sup> Idem

<sup>480</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

Como recuerda Abel, en un control de armas a mitad de camino, tenían que dejar su armamento, y luego seguir el recorrido hasta el destino final. La gran mayoría de los integrantes del Apostadero las entregaban inutilizadas mientras otros directamente ya las habían arrojado al agua:

Nos lleva pasar por esa tranquera, que es donde recién nos desarman [...]. Nos sacan el FAL, que ya a todo esto habíamos sacado la colita de ratón para dejarlo inutilizado... héroes. Tenemos clavado en sable bayoneta en el piso, y habíamos pateado para que se parta y ponerle un cabo así adentro de la vaina y entregarlo, y así, cosas heroicas al pedo...<sup>481</sup>

La inutilización de las armas fue claramente un gesto de resistencia simbólica: resistencia al opresor que por más que los tuviese prisioneros, no iba a poder hacer uso de sus armas que habían servido para recuperar el territorio propio.

El paso por el puesto de control fue uno de los pocos contactos que los integrantes del Apostadero tuvieron con las tropas vencedoras. Al preguntarles por el trato de los ingleses, la gran mayoría responde que prácticamente no existió, que ellos prácticamente no los vieron, pero que el poco contacto que tuvieron fue respetuoso, como evoca Abel:

Los tipos muy, en ese aspecto, no me quejo, muy leales. Aparte no había, no te daba la posibilidad tampoco o las ganas, o el cansancio mismo, de uno hacerte el malo con ellos. La gente que estaba haciendo ese tipo de situación o de control, era gente que había desembarcado en los buques, vinieron en helicóptero, todo, te imaginás que era gente fresca de ellos [...] Los tipos desembarcaron limpios, uniformes nuevos, viste, botas lustradas, [...] con pañuelito al cuello, boinas rojas. [...] Y nosotros hacíamos dos meses que andábamos con la ropa misma puesta. Entonces era como que ya en ese momento decíamos “listo, flaco, terminemos acá, entreguemos las cosas, sigamos”, lo importante era volver al continente, no?<sup>482</sup>

No había “ganas de luchar”, no había voluntad para resistir, una resistencia que igualmente hubiese sido inútil. Además la diferencia de las condiciones en que estaban sus “vigiladores” ingleses en comparación con la de ellos era tan abismal, que realmente desmoralizaba. Después de tanto tiempo en tensión, lo único que pensaban era en regresar a casa.

Luego del control, siguieron caminando hasta que por fin llegaron al lugar elegido como campo de concentración de prisioneros:

---

<sup>481</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>482</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

Como el aeropuerto estaba en un rincón, así como en un depósito, entonces ¿adónde íbamos a ir? Al mar, si queríamos escaparnos, entonces ellos dominaban la entrada al aeropuerto y dominaban todo, se aseguraban. Así que bueno, ahí llegamos ahí, todos amontonados, miles de soldados había ahí.<sup>483</sup>

La imagen del aeropuerto luego de 44 días bajo bombardeo, era un contraste demasiado fuerte en comparación al recuerdo que tenían de cuando habían arribado:

Y ahí en el aeropuerto, vos me dijiste, una de las preguntas, cuando yo llegué a Malvinas, cómo vi, cuando volví y vi el aeropuerto, me dieron ganas de... Porque era todo destruido, todo estaba destruido, los galpones, todo, todo estaba destruido, era como llegar a la nada, como en el medio del campo de la nada.<sup>484</sup>

Miles de soldados vagando entre las ruinas de lo que había sido la base aérea, lo poco que había sobrevivido a los bombardeos, buscando refugio en alguna de las instalaciones que todavía quedaban o inventado nuevas formas para protegerse del frío y la nieve, era una visión bastante desoladora y poco auspiciosa. Las imágenes que los entrevistados utilizan para comparar el estado en que se encontraba el aeropuerto son suficientemente elocuentes: “villa miseria”<sup>485</sup> dice Claudio, “campamento de refugiados en África”<sup>486</sup> señala Abel, “campo de concentración de judíos”<sup>487</sup> indica Sergio.

Un espacio repleto de tropas argentinas, anárquicamente localizadas, con recursos insuficientes, donde el “vigilador” estaba físicamente ausente: ellos se sabían prisioneros, sabían que de allí no podían moverse, pero a sus “carceleros” ingleses prácticamente no los veían. Sólo alguna vez durante el día, cuando patrullaban por el aeropuerto controlando a los efectivos argentinos. Por esta razón también es que los miembros del Apostadero afirman que prácticamente no los vieron, no tuvieron contacto con los ingleses.

Ahora bien, que el poco trato que tuvieron haya sido respetuoso –como indicaba anteriormente Abel– no implicó que les proveyeran de todo el apoyo logístico que necesitaban. Por el contrario, una vez que llegaron al aeropuerto, las fuerzas inglesas se desentendieron de las condiciones de sus prisioneros: la organización sólo implicó la elección de un lugar donde se concentraran los mismos, después –recurriendo a una expresión repetida por mis

---

<sup>483</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007.

<sup>484</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

<sup>485</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>486</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007

<sup>487</sup> Entrevista a Sergio Fernández, 21 de diciembre de 2007



entrevistados– fue “arregláte como puedas”. Ni comida, ni agua, ni carpas para resguardarse del frío, fue provista por los ingleses.

Los miembros del Apostadero, que habían realizado toda esta travesía juntos, previendo las dificultades que se les podrían llegar a presentar, llevaron algo de comida, agua y las cocinas de campaña para organizar aunque fuera mínimamente el “rancho caliente”, como recuerda Roberto Coccia:

Me llevé dos cantimploras con agua, en la mochila llevaba no sé qué cantidad, como 7, 8, 10 latas de *corned beef* y paté, un montón de sache de agua destiladas que teníamos, y unos sueros glucosados. Digo bueno, no sabíamos, porque ahí está, qué pasaba con nosotros del 14 en adelante no sabíamos dónde íbamos a ir a parar, ni cómo íbamos a estar, ni dónde, ni cuándo nos volvíamos. [...] Entonces llegamos al aeropuerto, teníamos la cocina esa que habíamos llevado con un camioneta [...] Y, fideos, teníamos, llevábamos leche en polvo, café y fideos.<sup>488</sup>

Una vez allí, intentaron organizar lo más eficientemente posible la comida, tratando de racionar los víveres y el agua lo mejor posible, considerando que no sabían por cuánto tiempo estarían allí. Por tanto, se organizaron de la siguiente forma:

R: Entonces el tipo hacia café con leche tipo 11, y tipo 5 de la tarde, 4 de la tarde, ya hacía... comíamos fideos. Pero claro, me dice este cocinero, Romero, me dice [...] “¿doc. qué hacemos? no tenemos agua” “¿cómo que no tenemos...? mira ahí” “no, pero eso..”. Los pozos esos que se hacían de los bombardeos, el agua que tenían juntábamos agua de ahí y la cocina para calentar. Entonces yo le decía “no te preocupes”, cazaba, yo tenía un frasco lleno de pastillas de cloro, y les tiraba las pastillas, pero no servía para nada, cuando caliente, ese cloro se va, el cloro actúa cuando vos lo dejás en reposo un tiempo, pero si vos lo echás cuando está caliente, el cloro se evapora rápidamente y no sirve para nada.

E: Pero psicológicamente servía

R: Psicológicamente servía, no hubo diarreas, no hubo nada.<sup>489</sup>

Como indica Roberto, la falta de agua fue otro de los problemas realmente alarmante: mientras tuvieron agua en sus camarañolas, la guardaron para la comida (el guiso), así que para tomar durante el día o para limpiarse la cara, y también para hacer la comida cuando ya se les terminó el agua potable, utilizaban el agua de los charcos: “Sacábamos el agua de los pozos de las bombas, sacamos agua con el casco, y Roberto [Coccia] le tiraba la pastilla... Pero

---

<sup>488</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>489</sup> Idem.

era agua marrón, Roberto le tiraba la pastilla de cloro, le tiraba dentro, y el cocinero le metía y cocinaba. Comíamos unos guisos, por lo menos teníamos algo.”<sup>490</sup>

Resguardarse del frío, la lluvia y la nieve fue otro de los grandes dilemas a los que tuvieron que enfrentarse. Encontrar un lugar techado en las instalaciones del aeropuerto era prácticamente una misión imposible, ya fuera porque muchas de las instalaciones estaban destruidas o porque las tropas que habían llegado al aeropuerto antes que ellos, ya habían ocupado las pocas edificaciones sobrevivientes. Ante esa dificultad, algunos oficiales del Apostadero encontraron una rápida solución:

Entonces, había uno que tenía, uno de los oficiales que tenía una carpa, la armó, una carpa para 6, éramos 10 adentro, dormíamos de costado. Pero, el tema era qué hacíamos con la gente, el problema no era... además no todos entrábamos ¿qué hacíamos con el resto de la gente?<sup>491</sup>

¿Qué hicieron los conscriptos y suboficiales que no tenían carpas? Recurrieron al ingenio e inventaron una solución:

Lo primero que hicimos, encontramos una pista de aterrizaje de aluminio [...] y habían hecho una pista de aterrizaje de aluminio, con planchas de aluminio como si fueran maderas de machimbre, era un ancho... yo no sé qué largo habrá tenido, era un poquito más de 4 metros de largo, calculo que debe haber tenido, y un ancho así más o menos [muestra con las manos]. Entonces desarmamos esa pista y encastramos dos planchas, y lo hicimos más o menos a esta altura, hicimos un rectángulo, y con otras planchas las pusimos de techo. Y nos metimos ahí adentro, ahí nos refugia... ahí hicimos una covacha, un refugio, y ahí estuvimos los tres días que estuvimos en el aeropuerto de prisionero.<sup>492</sup>

Ahora bien, como pasó a lo largo de toda la guerra, también en el aeropuerto las mayores o menores facilidades o comodidades que disponían los soldados dependían de la fuerza a la que pertenecían, como explica Roberto:

Fuerza Aérea tenían sus carpas, porque Fuerza Aérea siempre estuvo en el aeropuerto, tenían unas carpas gigantescas, tenía de todo, tenían una instalación. Este... Infantería de Marina armó sus cosas porque infantería era muy ordenada, y Ejército a la deriva [...]. Por un lado los oficiales, por otro lado los suboficiales, y los conscriptos “arréglense como puedan”.<sup>493</sup>

---

<sup>490</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>491</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>492</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>493</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

Las diferencias interfuerzas en el apoyo logístico que caracterizó el desarrollo del conflicto, se heredaron en una situación poco privilegiada como era la de prisioneros. Las mayores facilidades que tenían las fuerzas con menor cantidad de integrantes, como la Armada y Fuerza Aérea, y las menores facilidades que tenían las que trasladaron mayor cantidad de efectivos al teatro de operaciones, como Ejército, siguieron presentes aún en el campo de prisioneros, donde el apoyo logístico siguió dependiendo de cada fuerza, ante la inexistencia del aprovisionamiento inglés.

Ahora bien, si las fuerzas inglesas no proveían a los prisioneros argentinos de los recursos mínimos para satisfacer las necesidades básicas, existía una institución encargada de controlar y hacer cumplir lo establecido en la Convención de Ginebra: la Cruz Roja Internacional. Efectivamente miembros de la Cruz Roja visitaron el aeropuerto, como nos relata Roberto:

Aparecen los dos de la Cruz Roja con las valijitas que iban a ir al aeropuerto, y a verificar las condiciones, puse por ahí “jefe de la Cruz Roja que no hizo una mierda” [...], porque esa es la realidad, fueron miraron, y se fueron, “chau, arréglense como puedan”. Porque teóricamente la Cruz Roja debió haber provisto carpas, ropa, víveres, agua, en el aeropuerto nos quedamos todos, y los ingleses se fueron.<sup>494</sup>

El relato de Roberto es corroborado por la Separata 14 de *Desembarco*, que a su vez aporta más información sobre la visita de los miembros de la Cruz Roja al aeropuerto:

Se presentaron en el Aeropuerto tres funcionarios de la Cruz Roja Internacional. El oficial más antiguo de la Armada presente puntualizó reclamos fácilmente atendibles como ser atención de heridos, provisión de agua, etc. Se le expresó que no importaba la potabilidad, pues había cocinas de campaña, en las cuales se la podía hervir y utilizar para dar algo caliente a la gente. Asimismo se le señaló en qué lugar había carpas argentinas abandonadas que les serían imprescindibles para guarecerse del frío. Expresaron los representantes de la Cruz Roja que los argentinos no tenían status de prisioneros de guerra, por lo que no los amparaba la Convención de Ginebra. Los reclamos se centraban en la situación de los miles de prisioneros expuestos al intenso frío, sin abrigo ni agua, pero se mostraron totalmente insensibles, repitiendo una y otra vez la postura británica de exigir el cese del fuego argentino retirándose finalmente sin hacer nada.<sup>495</sup>

---

<sup>494</sup> Idem.

<sup>495</sup> *Desembarco*, Separata 14, p. 14.

La utilidad de su visita fue nula. La intervención en el apoyo a los prisioneros no existió, y a fin de cuentas, las tropas argentinas siguieron viviendo en ese pésimo estado de higiene, hacinamiento y sustentación.

Viviendo en el campo de prisioneros bajo esas condiciones, la incertidumbre se hacía cada vez mayor hasta volverse prácticamente insoportable: “¿cuántos días vamos a estar acá? ¿o 5 o 10, 15 hasta que nos vinieran a rescatar? o ¿cómo iremos a salir de acá?”<sup>496</sup> fueron algunas de las preguntas que los atormentaron. Junto a esos interrogantes sobre su futuro inmediato, comenzaron a surgir otros que hacían referencia al más largo plazo:

Estábamos en la pista parados [...]. Entonces estaba Numer y le pregunto “señor, ¿y ahora qué hacemos?” y me mira y me dice “¿y vos qué hacías en la vida civil?”, “estudiaba ingeniería”, “bueno, vas a volver a hacer eso”. Así naturalmente como diciendo...[...] Era tan simple como eso.<sup>497</sup>

Cuando ya comenzó a volverse acuciante la carencia de víveres y demás recursos logísticos, Ricardo Rodríguez por orden de un integrante del Apostadero fue a hablar con sus “captosres”:

Entonces me llaman, me dicen para una reunión, dice: “Vamos a decirle al próximo que venga, que la gente... No hay agua para tomar” porque no había agua [...] No teníamos para taparnos, no teníamos comida, no teníamos agua. [...] Bueno que le dijéramos eh ... a ver si podíamos tener algo de comida, algo de agua, algo de abrigo. Porque no sabíamos... y ya llevábamos tres días. Entonces viene el británico, me acerco, lo saludo, me quiere dar la mano pero lo saludo militarmente. Y le comenté. Le dije: “Mirá, necesitamos a ver la... bla, bla, bla [agua, comida, carpas]; o que ustedes hablaran a algún buque para que nos vengán a buscar, porque somos de la Armada, somos muy pocos”.<sup>498</sup>

Contra toda esperanza, al día siguiente un oficial inglés le avisó a Ricardo que iban a presentarse dos helicópteros argentinos para evacuar a los enfermos y heridos. Siguiendo la idea de sus superiores, Ricardo comenzó a preparar a las tropas:

---

<sup>496</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

<sup>497</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007

<sup>498</sup> Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007

Le dije al... ahí a los oficiales que había, lo que me habían contestado y dice: “Bueno, por las dudas -me dice- pero bien disimuladamente, despacio, agarrá la gente y a ver, qué es lo que tienen. Lo que no tienen que llevar... una bolsita, que no lleven botas, casco, nada. Que lleven lo necesario por las dudas”. Así, despacito... Bueno, fui y les dije: “Muchachos, eh ... bueno en algún momento vamos a tener que salir de acá”, les digo, para disimular un poco, no? “Este... así que vamos a ver qué es lo que tenemos y no llevar porque por ahí vienen helicópteros”.<sup>499</sup>

Claudio Guida estaba en el refugio cuando se entera de la noticia: “el viernes a la mañana, este... ‘vamos, vamos, chicos, conscriptos que... los de Marina, júntense, hacemos una formación en el medio de la pista, que... [...] nos vamos a Buenos Aires’.”<sup>500</sup> Pero Claudio estaba muy descompuesto, y no podía ponerse de pie por los fuertes dolores que tenía, entonces:

Se va Juanjo y Osvaldo y le dicen a ... a Numer [...] y a Silva “hay uno de los mellizos que no se puede mover” “¿adónde está?” “está ahí en las posiciones que tenemos, está doblado” “que venga para acá” “no se puede mover”. Ves yo no es que sea pro-castrense, pero estos dos tipos Numer y Silva, que no eran amigos míos, que no eran gente del palo, ni yo tenía confianza, ni les di un carajo a ellos, yo no puedo putearlos como putean un montón de colimbas que los milicos los dejaron solos, que esto y el... A mí estos dos tipos me vinieron a buscar, me dijeron “¿Mellizo, qué te pasa? ¿Guida, qué te pasa?” me levantaron, me cambiaron por una manta seca, me envolvieron, y me llevaron así, arrastrando hasta el medio de la pista, para que venga un helicóptero y que me lleven. Entonces yo no puedo putear, a mí no me estaquearon, yo no era amigo, pero yo no pasé por esas cosas.<sup>501</sup>

El distanciamiento de los conscriptos del Apostadero de la experiencia de los “colimbas” de Ejército, está muy claro en el testimonio de Claudio: evidentemente él no era “amigo” de los militares, de hecho podríamos suponer que era exactamente lo contrario considerando que se trataba de un ex militante de la Federación Juvenil Comunista, pero en “su” guerra los militares lo ayudaron a evacuarse, a regresar más rápidamente a su casa.

Finalmente, Claudio fue evacuado junto al resto de los heridos y enfermos en un helicóptero hasta el buque hospital Bahía Paraíso. El resto de los integrantes del Apostadero, siguiendo la idea de Roberto Coccia, también pudieron evacuarse:

Volvimos escapados porque la idea era que venía el helicóptero y se llevaba a los heridos o enfermos, entonces no, había que sacar a los nuestros también. Yo digo “de acá tenemos que

---

<sup>499</sup> Idem

<sup>500</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>501</sup> Idem

sacarlos”, ¿entonces cómo? “pibe, vení vendáte, vos ponéle la venda, llévenlo de a dos arrastrando, vayan, andá rengueando que no podés caminar, tapáte la cabeza con una venda, lo que sea” pero había que salir. Y empecé primero los conscriptos, después los cabos, después los suboficiales, y después nosotros, los oficiales.<sup>502</sup>

Ramón Romero también recuerda esa extraña evacuación:

Entonces [Roberto Coccia] viene y dice, “en el próximo helicóptero”, porque ya habían llevado a todos, “vamos nosotros”. Así que nos agarramos unos a otros, íbamos rengueando, subimos al helicóptero, y embarcamos en el Bahía Paraíso, en el buque hospital.<sup>503</sup>

La gran mayoría de los miembros del Apostadero regresaron al continente en un buque propio –el buque hospital Bahía Paraíso o el buque hospital Almirante Irizar– y no como prisioneros ingleses, un pequeño triunfo grupal dentro de la derrota: “había un grupo que había salido en los buques ingleses, que los traían al continente, nosotros, los que menos hacía... [...] [no] queríamos volvernos en los buques ingleses, viste? Queríamos volver en los buques nuestros.”<sup>504</sup>

Otras unidades de Marina, como el BIM N°5, y las secciones del BIM N°2 y BIM N°3 que habían combatido en Camber, regresaron al continente de idéntica forma que los integrantes del Apostadero: embarcados en el buque hospital Bahía Paraíso. Pero la mayoría de las unidades que habían sido trasladadas a las islas no tenían el invaluable contacto que les permitía retornar en buques propios a casa. Por el contrario, la gran mayoría de las tropas argentinas regresaron como prisioneros en los buques ingleses Canberra y Norland los días 20 y 21 de junio.<sup>505</sup> Entre ellos también viajaron algunos integrantes del Apostadero, como Guillermo Klein y Roberto Herrscher, que habían permanecido en la localidad cumpliendo distintas funciones:

La cuestión que a la madrugada de la segunda noche [...] nos llevan al muellecito [...] y nos embarcan en lanchas de esas grandes, de desembarco que tienen ellos [...] lanchas de 200 tipos y nos llevan al Norland. Estaba amarrado ahí en la ría, en la dársena. Y este, nos llevan y también

---

<sup>502</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>503</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>504</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

<sup>505</sup> Es relevante destacar que la gran mayoría de los oficiales superiores de las tres armas fueron trasladados a Bahía Ajax, en San Carlos, y los mantuvieron prisioneros, hacinados en un lugar en pésimas condiciones. Los aproximadamente 500 oficiales que se hallaban allí –entre quienes se encontraba el jefe del Apostadero Adolfo Gaffoglio y el comandante de la Subárea Naval, Mozzarelli– recién pudieron regresar al continente en el buque inglés Saint Edmund, el 14 de julio, un mes después del término del conflicto.

vamos encolumnándonos por el muelle ese y embarcando en la lanchita, nadie preguntaba nada, viste, porque era “vámosnos”.<sup>506</sup>

Unos en buques propios, otros como prisioneros de guerra en buques ingleses, comenzaron el regreso: el hogar y la familia estaban cada vez más cerca, pero previamente debían enfrentar la imposición de otro silencio, de cariz muy diferente al de la rendición.

### *Un silencio que mata*

El buque hospital Bahía Paraíso fue testigo de los primeros reencuentros entre los integrantes del Apostadero y amigos o conocidos tripulantes del buque:

Cuando llegué al barco, y ahí había un bioquímico este... eh... amigo mío, Espinoza, había entrado un año antes que yo a la Marina, pero habíamos estudiado juntos acá, el chico era de Pigué, y habíamos estudiado juntos. A los abrazos [...] Reencuentro, lo primero que me pidió que le regalara las botas “sí –le digo- ningún problema”.<sup>507</sup>

Para algunos, embarcar en el Bahía Paraíso significaba estar un paso más cerca de hogar y la familia; para otros, directamente ya era como estar en casa: “Y cuando subimos al buque era como volver a mi casa, porque aparte yo lo veía siempre ahí, acá en Dársena Norte [en el Apostadero Naval Buenos Aires, donde Julio hizo el servicio militar obligatorio] fue algo tremendo.”<sup>508</sup>

Los primeros que se embarcaron, los heridos y enfermos, fueron directamente a la enfermería: Ricardo Rodríguez, con un esguince de tobillo, y Claudio Guida, intoxicado, fueron rápidamente atendidos. El resto de los integrantes del Apostadero, inmediatamente después de embarcarse, tuvieron la posibilidad de hacer una tarea que hacía varias semanas, los más afortunados, y meses, los menos, no realizaban: asearse. Durante la guerra, bañarse había sido prácticamente imposible: la escasez de agua sumado a la falta de espacios y tiempo para tan imprescindible tarea la volvieron muy difícil. Ahora tenían la posibilidad de darse un buen baño con agua caliente y jabón; con ello el viaje de regreso se estaba pareciendo a un verdadero paraíso: “En el Bahía Paraíso, fue algo de bañarme, no es cierto, sacarme todo, poder irme a

---

<sup>58</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 28 de septiembre de 2007.

<sup>507</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>508</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007.

bañar, la gente nos dio ropa limpia, volver a sentir a ser un ser humano, sacarte... Y tuve las grietas en las manos, más o menos un mes me duró.”<sup>509</sup>

El aseo trajo consigo el enfrentamiento al propio cuerpo que había estado oculto bajo varias capas de ropa durante el transcurso del conflicto. Ahora el cuerpo mostraba las marcas de su paso por la guerra:

Yo bajé 12 kilos, no es cierto, pero no era por no comer, era por nuestro estado de ánimo. Que no me daba cuenta, yo creía que el cinto se me aflojaba, no es cierto, y como vos te ibas poniendo cada vez más ropa, no es cierto, vos te ponías ropa, llegaba ropa, mandaban gente, no es cierto, entonces vos veías algo que te andaba, pak, una remera todo, te ibas poniendo, entonces vos parecías que nunca adelgazabas, porque siempre estabas inflado, como no te bañabas... Yo estuve casi como 50 días sin bañarme, no te bañabas, no te desvestías.<sup>510</sup>

La gran mayoría de los protagonistas del conflicto, y en mayor medida quienes estuvieron en posiciones alejadas de la localidad y sufrieron más fuertemente los problemas logísticos, regresaban a sus hogares con varios kilos menos, e incluso existieron varios casos de desnutrición.<sup>511</sup> Reconocerse en ese cuerpo era difícil; el enfrentamiento con el espejo ante un cuerpo que no parecía el propio fue uno de los primeros indicios que la guerra no sería una huella fácil de borrar.

También en el Bahía Paraíso muchos comenzaron a reencontrarse y a disfrutar de aquellas delicias bien argentinas que habían añorado por un tiempo bien prolongado: “me acuerdo cuando llegamos al barco nos daban un huevo duro y un sándwich de milanesa, yo pasé dos veces, después cenamos”<sup>512</sup>. Algunas trampas como ponerse dos veces en la fila para obtener una doble ración, después terminaron cobrando factura: el movimiento del buque dejó como saldo más de un descompuesto entre aquellos que no estaban acostumbrados a navegar.

Pese a la superpoblación que tenía el buque, la organización de la que hizo gala su tripulación es digna de destacar:

En el Bahía Paraíso obviamente estaba un montón de gente, o sea, superaba la cantidad de gente que podía llevar acomodada, de hecho dormimos en los pasillos, en los hangares de los helicópteros, porque no había lugar. Y como siempre en Marina, haciendo gala de su organización, comimos todos, o sea se armaron turnos, obviamente el comedor tiene una capacidad limitada, la gente de la cocina bien, porque obviamente no es lo mismo cocinar para la

---

<sup>509</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

<sup>510</sup> Idem

<sup>511</sup> Más precisamente, según los doctores Ceballos y Buroni, se atendieron 14 casos de desnutrición en el Hospital Militar de Malvinas durante la guerra. En: Ceballos y Buroni, op. cit. (utilizan datos oficiales)

<sup>512</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.



tripulación que cocinar para la tripulación más toda la gente que fue evacuada, eran un montón. Y bueno, hicieron turnos y comimos todos perfectamente, y se arreglaron todo perfectamente.<sup>513</sup>

Indudablemente al momento de distribuir facilidades y comodidades, las jerarquías militares siguieron rigiendo: Hugo Peratta viajó en un camarote junto a otros oficiales, y a la hora del almuerzo o la cena, comía sentado cómodamente en una mesa en la cámara de oficiales, incluso con la posibilidad de ver televisión:

Entonces me siento, llegué como a las 12, yo, me fui, me bañé. Ah no, fui, fui al barco, me dieron un camarote y me mandaron para el pañol de ropa, que ya había ropa en el barco, y me dieron un pantalón y una remera y una campera, no sé si tenía zapatos, no sé, no me acuerdo, ya. Me bañé, me afeité porque quería afeitarme, le pedí a un tipo que andaba por ahí la maquinita de afeitar, me afeité, tenía la barba que me dolía la cara y resulta que me fui a comer a la cámara, viste, de oficiales. Todos los barcos tienen los oficiales comen en un lado, los suboficiales comen en otro. Me siento, viste, y viene un tipo... estaba solo, nadie hablaba, estaba todo en silencio, estábamos muy amargados todos, todos, nadie hablaba nadie decía nada, y el televisor estaba prendido, y se escuchaban que estaban dando una película del gordo Porcel.<sup>514</sup>

Sin embargo, la distribución de facilidades también dependió de mecanismos informales como las relaciones de amistad y compañerismo o el intercambio de favores, que siguieron siendo, como durante la guerra, las estrategias principales para conseguir algunos beneficios extras:

Siempre se juntan los grupos, yo busqué los del mío [los maquinistas], entonces me dieron comida, asilo, cada uno buscó [...], cada uno recibía más o menos, según la amistad que tenía, viste. Pero en relación el trato de ellos fue espectacular, ya con bañarte, eso de decir te doy para que te bañes.<sup>515</sup>

Conseguir un camarote para dormir, por ejemplo, era un lujo invaluable en un buque superpoblado de gente, donde las personas se acomodaban allí donde encontraban un lugar libre: la mayoría de las tropas estaban ubicadas en las bodegas, pasillos, cocinas y hangares del buque. Sin embargo, Ramón Romero lo consiguió gracias a un calendario de Malvinas que terminó siendo el “souvenir” mejor pago de la guerra:

---

<sup>513</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 1º de diciembre de 2007

<sup>514</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 11 de septiembre de 2007.

<sup>515</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

[Un día que ingresaron a la casa de un isleño que estaba vacía] Revisaron todo, y encuentro un almanaque, de... de Falkland Islands Company. Era un almanaque, con fotos de la isla, de aves, viste [...] yo me lo llevé al calendario, y lo tenía conmigo ahí en el puerto. Y... un muchacho, un enfermero del Bahía Paraíso, me dice “¿No me conseguís algún recuerdo algo?”, porque él como era del buque hospital no lo dejaban desembarcar, ellos podían venir hasta la costa, pero no podían desembarcar. Dice “algo, porque yo no puedo bajar”. Entonces le regalé el almanaque. [...] Y me lo cruzo al muchacho este, cuando subo al buque [el 18 de junio] [...] dice, “buscate tres más que tengo un camarote”, me dice, los camarotes eran para los jefes-jefes [...] “tengo un camarote, dice, no te vas a., cierran la puerta y no se asomen”. Claro porque nos llegaban a enganchar que éramos pirinchos y teníamos un camarote, nos costaba una paliza viste. Calculá que iban oficiales tirados en el piso, y nosotros... Así que este nos dio el camarote. Así que yo siempre digo que le saqué un rédito al almanaque ese.<sup>516</sup>

Otros, gracias a los lazos de amistad, consiguieron algo aún más preciado que un camarote: la posibilidad de comunicarse con sus familias por radio luego de semanas que no tenían noticias de ellos. Roberto Coccia fue uno de los favorecidos: “Pude hablar por radio a mi casa, avisarle que estaba bien [...] y hablé con mi suegro le dije que estaba bien, que se quede tranquilo, que yo estaba en el buque, y volvía, que en dos o tres días ya estaba de vuelta.”<sup>517</sup>

Pero no sólo los oficiales tuvieron esa posibilidad, también al conscripto Julio Casas Parera le habían prometido que iba a poder comunicarse con su familia:

Y yo conocía a uno de ahí, del Bahía Paraíso [...] compañero mío de instrucción, allá en Puerto Belgrano, y me iba hacer hablar por radio a casa. Pero se suspendió porque alguien que había hablado antes, había dado mucha información, y se cortaron las comunicaciones.<sup>518</sup>

Este es uno de los primeros indicios que encontramos del silencio que se impondría sobre la guerra. Nos podemos preguntar qué información extra o controvertida puede haber dado una persona que estaba regresando a su casa después del paso de una guerra, y menos que esa información halla sido la excusa para interrumpir las comunicaciones entre quienes estaban regresando y sus familias, que, por ejemplo, como es el caso de Julio, hacía 20 días como mínimo que no tenían noticias de él y no sabían si estaba vivo o muerto.

Paralelamente al regreso en el Bahía Paraíso o en el Almirante Irízar de la gran mayoría de los integrantes del Apostadero, algunos miembros aislados que habían permanecido

---

<sup>516</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

<sup>517</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

<sup>518</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 1º de diciembre de 2007.

en las islas ayudando en la evacuación de heridos, como es el caso de Guillermo Klein, o en la traducción de los oficiales ingleses, como es el caso de Roberto Herrscher, retornaban a sus casas como prisioneros ingleses en el buque Norland. La experiencia del viaje de regreso como prisioneros en un buque inglés, fue extremadamente diferente a la de aquellos que lo hicieron en buques propios. Al respecto Guillermo recuerda:

Y, este, nos sube por un lateral, el Norland tiene las puertas laterales y ahí embarcamos, la lancha para ahí y por un tablón subimos al barco. El barco abajo es toda una bodega inmensa, todo el barco abajo es bodega, y eran miles y miles de cabecitas que se veían ahí, miles y miles de tipos. Y vuelvo a la eficiencia de los ingleses, de movida nos hacían ir caminando en fila india o doble fila, porque había de los dos lados, había tablones, nos revisaban y nos sacaban las correas, o sea los cinturones y los cordones de las botas, el tema es para no ahorcarse o no ahorcar [...] Los puchos nos sacaban también, los puchos nos rompían el atado, lo rompían, y los volcaban en una lata grande [...] tiraban los puchos ahí adentro, entonces cuando vos pasabas, te daban un pucho.<sup>519</sup>

Una vez en el buque y luego de organizar el control sanitario de las tropas argentinas, a Guillermo, como al resto de los oficiales, lo acomodaron en camarotes, mientras a los conscriptos los ubicaban en las bodegas. Estar como prisionero de guerra en el medio del mar, no es una situación fácil de afrontar; miles de temores pasaban por la imaginación de los prisioneros. Guillermo recuerda una situación en particular que es la que más lo marcó:

A la 3 de la tarde golpeaban la puerta dos tipos con ametralladoras, nos sacan afuera, también “let’s go”, y nos llevan al paso de la cubierta, durante 15 minutos a fumar y a caminar. Y llegamos, yo no sabía me entendés, y “vamos”, y este subimos, subimos, subimos escaleras a lo pavote, yo, viste, pensaba “hijos de puta nos van a tirar al mar”, no sabía qué iban a hacer con nosotros. Y llegamos a la cubierta, y era una cosa rara ¿viste las películas de los presos de las cárceles que los ves dando vueltas? Era eso, todo el mundo dando vueltas, viste, alrededor de la punta, era la proa del barco, viste, enorme, supongo que era un helipuerto no sé, y si querías fumar, te podías sentar ahí a fumarte un puchito. Pero eran 15 minutos de caminar, y este, caminar, y no sé cómo decían los tipos “vamos, vamos”, caminar, caminar, caminar, y abajo, y eso los tres días hicimos eso, no sacaron a tomar sol.<sup>520</sup>

---

<sup>519</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 28 de septiembre de 2007.

<sup>520</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 28 de septiembre de 2007. Guillermo destaca continuamente lo bien organizados que estaban los ingleses y lo correcto que fueron en el trato. Esa fue su experiencia, pero mi intención no es generalizar. En los relatos de otros prisioneros que estuvieron en el Norland, a saber en las memorias de los conscriptos de Ejército Esteban Pino y Germán Estrada, sus captores ingleses no quedan tan bien parados: “Al segundo día de estar en alta mar, un joven soldado de infantería fue descubierto hablando [estaba prohibido hablar en la bodega] por uno de los ingleses

Finalmente, el 21 de junio Guillermo desembarcó en Puerto Madryn, y ni bien llegó, tuvo el primer enfrentamiento –de los muchos que tendrá en el regreso– con quienes los recibieron:

Yo tengo dos calenturas grandes: ahí en Puerto Madryn, está de jefe de recepción...[...] estaba él a cargo del retorno, del regreso de los heridos, qué se yo. Y el tipo a mí me ordena que me quede en el muelle para ver si bajaban heridos del Norland, re podrido, le digo “señor, yo soy un repatriado más”, le digo “heridos –le dije- no, mire señor, heridos no hay porque ya en el barco nos ocupamos.”<sup>521</sup>

De Puerto Madryn los llevaron a Trelew, donde les ofrecieron ropa nueva y limpia, como recuerda críticamente Guillermo:

De ahí nos fuimos en colectivo a Trelew, a la base de Marina de Trelew. Ahí nos bañamos, ahí entró...después nos enteramos, que hubo una lavada de cara, nos ofrecieron ropa, y para bañarse y qué se yo. Yo la ropa no me la cambié, me quedé con la mía, no había mucha ropa me parece realmente, nos ofrecieron remeras limpias, toallas limpias. Nos bañamos, comimos.<sup>522</sup>

En Trelew embarcaron en un avión que los llevó directamente a Espora, la base aérea de Bahía Blanca, donde Guillermo tuvo el segundo gran disgusto, la segunda “calentura grande” en sus palabras:

Llego a Espora y ahí tengo otro gran disgusto, porque nos ordenan que teníamos que quedarnos en Espora, porque iba a venir el almirante [...]. Nos ordenan que tenía que venir el almirante [...] y que nos iban a dar una recepción. Y, este, yo le digo al que estaba ahí, no sé quién era, le digo “jefe –le digo- el almirante tendría que estar acá. Yo me quiero ir a mi casa”. Y tuve el culo que apareció mi cuñado que era infante de Marina, que estaba de guardia en baterías [...] que había

---

que custodiaban. Vinieron otros ingleses, superiores, tomaron al soldado argentino y lo llevaron al frente, donde todos los demás podían verlo. Tomaron dos sillas y lo obligaron al argentino a que se acostara sobre ellas (...) Rápidamente, uno de los británicos le quitó las medias y se sacó una varilla del cinturón. Mirando a la tropa que observaba enfurecida, comenzó a pegarle con la vara en las plantas de los pies.” En: Estrada y Pino, op. cit., p.122.

<sup>521</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 28 de septiembre de 2007.

<sup>522</sup> Idem. Al respecto, Guillermo Huircapán, un conscripto clase 62 de Ejército, recuerda: “Llegamos al regimiento, nos recibió toda la gente del pueblo (...). Nos tuvieron en engorde una semana en Campo de Mayo y una semana más en Sarmiento. Nos daban pastas, raviolos, fideos, no hacíamos nada: descansar, comer y dormir. Así que nos inflamamos, llegamos bastante gorditos.” En: Speranza y Cittadini, op. cit., p.185.

ido a recibir prisioneros, y le digo “flaco -le digo- ¿te animás a llevarme a Punta Alta, y me tomo un taxi?”, “no, vamos te llevo a Bahía”. Y yo me escapé, literalmente, me escapé.<sup>523</sup>

Pero no todos fueron tan afortunados como Guillermo de poder escaparse y reencontrarse inmediatamente con sus familias. El grupo mayoritario que viajaba en el Bahía Paraíso y que había desembarcado un día antes que él en Punta Quilla, un pequeño puerto en Santa Cruz “en medio de la desolación y las montañas”<sup>524</sup>, tuvo que realizar un recorrido bastante más largo antes de poder ver a sus seres queridos.

Una vez que desembarcaron, fueron trasladados a un galpón donde les dieron de comer, “nos esperaban con unos tremendos sándwich de mortadela y chocolate, tremendo sándwich, el chocolate siempre es una constante, una cosa espectacular”, y recibieron una caja de ración de combate para el viaje:

Desembarcamos en Punta Quilla y allí nos llevaron hasta un galpón que era una petrolera, no sé qué, había unas cosas para comer, viste, de todo. Nos subieron a un colectivo, fuimos a tomar el avión, que volvía, volvimos en avión a, y ahí, todo el Apostadero formado, los jefes todos, y ahí nos despedimos uno por uno, viste, era el 20 de junio a la mañana, que era domingo, y volvemos cada uno para su lugar. Había un avión que venía a Espora, otro que iba para Buenos Aires, y ahí, este, fue la despedida, nos vinimos para acá<sup>525</sup>

El primer destino fue la base aérea Comandante Espora en Bahía Blanca, donde aterrizaron a la tarde. A partir de ahí comenzó un largo periplo de varias horas hasta que por fin pudieron reencontrarse con sus familias:

Llegamos a Espora, nos bajaron, nos hicieron esperar, en Espora, se hizo oscuro y nos llevaron a Campo Sarmiento, ahí nos tuvieron ¿para qué? A escondidas como todo el mundo, si nos escondieron a todos, y allá nos tuvieron como no sé hasta qué hora de la noche, mis viejos estaban esperando afuera, porque sabían que llegábamos.<sup>526</sup>

Después de varias horas de espera en Espora, en colectivos de marina “para que no nos escapemos”<sup>527</sup> evoca amargamente Ramón Romero, los trasladaron de la base aérea a Campo Sarmiento, el centro de reclutamiento de la Base Naval Puerto Belgrano. En vez de dejarlos

---

<sup>523</sup> Idem

<sup>524</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007.

<sup>525</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007

<sup>526</sup> Idem.

<sup>527</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

inmediatamente libres para poder ver a sus familias que los estaban esperando afuera de la Base, a las cuales algunos no veían hacía 84 días, los encerraron en uno de los galpones de Campo Sarmiento. Sin ningún tipo de recibimiento, allí adentro, la Armada, representada por oficiales de inteligencia, dio el golpe de gracia:

Nos llevaron a Campo Sarmiento, que era en Puerto Belgrano, un galpón enorme, y nos sentaron a todos en el piso alrededor del galpón. Y en el galpón así en el medio, había como... como mesitas, así, como de escuela, pupitres, así, con dos sillas, con un militar de inteligencia. Y te sentaban a vos adelante, el tipo escribía, te tomaban declaración de todo lo que habías hecho, de qué habías visto, qué opinabas, después te terminaban de tomar declaración, firmabas la hoja, y decían “de esto, no se habla con nadie, esto se tiene que olvidar, recuerden que tienen familia”. Una amenaza viste, como que te podía pasar algo si hablabas de eso, “no se habla con la prensa ni con la familia, ni con nadie.”<sup>528</sup>

Como explica Ramón, inmediatamente finalizada la guerra, la Junta Militar intentó refugiar la derrota bajo un manto de silencio, por eso los escondieron, los “hicieron entrar de noche y por la puerta de atrás” o directamente los amenazaron para que no hablen de sus experiencias, como denuncian continuamente los protagonistas.

El deber de silencio que el gobierno militar impuso –o intentó imponer– a quienes habían participado del conflicto, escondía la intencionalidad de evitar un descrédito aún mayor de las fuerzas en un contexto de fuerte crisis de la dictadura. A la pérdida de legitimidad por la crisis económica, social y política en que estaba ahogado el régimen militar, se sumaba ahora una doble desacreditación: por el sólo hecho de haber sufrido una derrota y, además, por la pésima planificación y organización estratégica y logística de la guerra. Las palabras que le dijeron a Ricardo Rodríguez son suficientemente elocuentes al respecto: “sabemos que no comían bien, sabemos.... pero de eso no se habla’.”<sup>529</sup>.

El mandato de silencio no distinguió jerarquías; pero sí según los rangos militares fueron diferentes las formas de imponerlo. El cabo Ramón Romero directamente fue amenazado para instarlo a callar; en cambio el oficial Hugo Peratta, que también estuvo dos o tres horas declarando, no recibió ningún tipo de advertencia explícita:

H: Yo, por disciplina en ese momento le contaba al que le tenía que contar, no a cualquiera que me pregunta “che, qué paso?” “no, pará, lo que yo se es muy importante”

E: Pero no te lo dijeron, ¿el almirante que te tomó la declaración a vos te dijo “de esto no hablés”?

---

<sup>528</sup> Idem

<sup>529</sup> Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27 de noviembre de 2007

H: No, el tipo sabe [que no debe hablar], o un suboficial tampoco.<sup>530</sup>

No era necesaria una advertencia explícita, ya eran condiciones sabidas por quienes hacía años formaban parte de la fuerza.

Tanto Abel Mejías como Daniel Blanco –cabos en el conflicto, y actualmente suboficiales en actividad– tampoco recuerdan –o dicen no recordar– el pedido explícito de silencio, y se manifiestan reticentes a hablar de estos temas. Abel, como Hugo, dice: “No me acuerdo... sí hubo como, diríamos algo, como que quedaba algo interno, la ropa sucia se lava en casa”<sup>531</sup>. En cambio ante la pregunta sobre el pedido de silencio, Daniel manifiesta directamente no recordarlo: “Lo que pasa es que te autobloqueás”<sup>532</sup>. El temor de quienes actualmente continúan integrando la fuerza, inhibe recuerdos, o tal vez, inhibe la palabra, el relato: el deber de silencio sigue funcionando y ejerciendo todo su poder en el presente.

Días previos habían llegado a la Base quienes se habían escapado en el buque hospital Almirante Irizar. José recuerda su llegada a la Base: “De ahí nos subieron a un boeing, a un avión, de esos 777, sin asientos, todos en el piso [...] y de ahí, nos trajeron acá, a Puerto Belgrano. Y de Puerto Belgrano nos tuvieron 3 días más, todos desesperados por salir.”<sup>533</sup>

Ante la pregunta sobre qué hicieron esos días, José responde: “No sé, encerrados, encerrados. [...] Lo único que nos decían, que nos recomendaban que de lo que habíamos pasado que no se hablara, la única recomendación que había.”<sup>534</sup>

Pero la forma en que intentaron imponer silencio fue diferente: como en otros momentos de la dictadura, los capellanes volvieron a cobrar un papel protagónico:

Estábamos también todos encerrados así en un cuadrado ahí, había unos curas que nos hablaban, curas militares, porque los curas tienen militares, con graduación militares, y nos hablaban de lo que habíamos vivido que teníamos que tratar de superarlo y que no teníamos que decir nada, por la tranquilidad de la sociedad y de la familia, para que nadie... esas cosas así. O sea no me acuerdo bien palabra por palabra pero elegantemente era una manera de decir que no teníamos que contar nada de lo que habíamos vivido, elegantemente era así, y nosotros “sí, sí, sí”. Nosotros nos firmamos nada, porque dicen que algunos firmaron algo, nosotros no firmamos nada, sino que nos dijeron eso.<sup>535</sup>

---

<sup>530</sup> Entrevista a Hugo Peratta, 19 de octubre de 2007.

<sup>531</sup> Entrevista a Abel Mejías, 17 de noviembre de 2007.

<sup>532</sup> Entrevista a Daniel Blanco, 26 de diciembre de 2007.

<sup>533</sup> Entrevista a José Bustamante, 6 de septiembre de 2007.

<sup>534</sup> Idem

<sup>535</sup> Entrevista a José Bustamante, 3 de octubre de 2007.

Apelar a las creencias religiosas para imponer silencio fue otro de los medios que utilizó la Armada para hacerlos callar. Pero además aquí encontramos una estrategia discursiva que intentaba exculpar a la Armada: los capellanes manifestaban que pedían silencio por la tranquilidad de la sociedad y sus familias, no para beneficiar a la institución. La responsabilidad del silencio pasaba así a manos de la sociedad; con esta estrategia, la Armada salía impune.

El segundo destino en el viaje de regreso el 20 de junio fue la base aérea en Ezeiza. Formados en el aeropuerto, los restantes miembros del Apostadero tuvieron una pequeña recepción:

Nos pusieron en la formación, todos separados, nos recibió un contralmirante, contralmirante [...] nos recibe, a todo esto eran las 12 de la noche del domingo 20 de junio. [...] Nos recibe el contralmirante nos saluda, a cada uno nos da la mano, nos felicita porque habíamos roto las armas antes de entregarlas, este... dice unas palabras qué se yo, y nos saca de... en micros verdes navales, al Edificio Libertad, de Ezeiza al Edificio Libertad.<sup>536</sup>

En el Edificio Libertad, muchos se reencontraron con sus antiguos compañeros:

Llegamos al Edificio Libertad y yo la gente de servicio la conocía, entre los que había estaba de guardia uno de la central telefónica, me dice “¿qué hacés acá? ¿cómo te va?”. Muy emotivo. Obviamente a todos los hacían hablar por teléfono “che, ¿querés llamar a tu casa?” “ya, dame”. Llamo a casa, me atienden mis viejos, mamá, papá, no me acuerdo, y... bueno que estaba en el Edificio Libertad, que me fueran a buscar porque estaba ahí, me fueron a buscar, [...] nos pusimos en un taxi, y cada uno fue a su casa<sup>537</sup>

Tener la posibilidad de hablar por teléfono a sus casas no era algo, como piensa Ricardo, que “obviamente” les ofrecían a todos los recién llegados. El hecho de tener conocidos en el Edificio, y tal vez, de ser el hijo de un integrante de la fuerza, lo ayudó a conseguir esa posibilidad. El conscripto Claudio Guida también logró acceder a un teléfono gracias al contacto de un compañero, pero después de un arduo esfuerzo de convencimiento:

A todo esto me encuentro con un camada mío que era lavandero, “¿que hacés, cómo te va? Volviste! Loco qué se yo”. “Sí –le digo- Negro, dejáme hablar por teléfono” “no, no se puede boludo, acá esta todo intervenido”, el lavandero del Edificio Libertad, Camacho, “no” “¿qué no?”

---

<sup>536</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>537</sup> Entrevista a Ricardo Pérez, 26 de noviembre de 2007.



Negro conseguí un teléfono [...], vengo de Malvinas, quiero hablar con mi vieja, no sé cómo está, le mandé una carta que me despedía, boludo, olvidáte” “no, no, no” “Negro, no seas boludo, conseguí algo por favor” “bueno, vení”. Viejo soldado, ya después de un año tiene llave de todas las cosas, este... me hace entrar a la oficina, creo que era de un contralmirante, no sé qué, “hablás, cerrás y desaparecé”.<sup>538</sup>

Luego de un tiempo, los recién llegados ingresaron a un salón, y a partir de aquí la situación fue prácticamente idéntica a la vivida en la Base Naval Puerto Belgrano, como una sucesión de escenas de una obra bien ensayada. También aquí los obligaron a firmar una declaración jurada, comprometiéndolos a no hablar. También aquí tuvieron una charla con integrantes de inteligencia para imponer silencio:

Un oficial de inteligencia nos dio una charla y nos recomendó que habláramos todo el tema con la familia, y el círculo más íntimo de gente, porque había mucha animosidad. Dicen “me consta que habían tirado a un conscripto de un tren de la bronca por haber perdido, habían tirado un conscripto de un tren, no sé si es cierto pero dicen que...”. El tipo manifestó eso, de inteligencia, que bueno, que cualquier cosa que quisiéramos aportar que todo servía, todo era experiencia, que ellos estaban ahí a disposición, para que fueran con oficiales a charlar del tema. Dicen “no se crea que porque es una pavada, no deja de ser importante, nos interesa toda la experiencia, porque todo esto [...]”. No, el tipo habló muy bien, muy sobrio, nada de... al contrario, muy coloquial, eso fue una constante, todo coloquial.<sup>539</sup>

Como podemos ver, Julio Casas Parera no percibe críticamente el pedido de silencio ni las palabras de los oficiales, por el contrario, cuando insisto sobre el tema, destaca que los oficiales hablaron “muy bien, con lenguaje muy coloquial”.

Varios elementos podemos destacar de su experiencia: en primer lugar, el uso de un lenguaje coloquial o informal por militares de altas jerarquías, que lógicamente le llamó la atención a Julio, que como conscripto, sabía muy bien que el vocabulario utilizado en el ámbito militar era extremadamente diferente. Se trató claramente de una estrategia para generarles confianza, un mecanismo más para imponer silencio.

En segundo lugar, Julio recuerda que el oficial les pidió silencio sobre sus experiencias apelando al rechazo de la sociedad que supuestamente había reaccionado agresivamente ante la derrota, arrojando a un conscripto del tren. Esta también fue otra estrategia utilizada para imponer silencio, pero en este caso eludiendo responsabilidades: no era que la Armada quería

---

<sup>538</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>539</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 1º de diciembre de 2007.

por alguna razón en particular que no hablaran del conflicto, sino que era por el bien de ellos que les pedían silencio, ya que la sociedad argentina, típicamente triunfalista, ante la derrota, podía agredirlos. Nuevamente la responsabilidad por el silencio se trasladaba a la sociedad. Otra vez, la Armada salía intacta con esta maniobra.

Otro de los que estaban en la charla de los oficiales de inteligencia, Claudio Guida, describe la misma prácticamente en los mismos términos que Julio, aunque sin hacer referencia a la situación del conscripto que arrojaron del tren, pero la interpreta –y la interpretó en su momento– de forma claramente diferente:

Nos hicieron firmar. La charla terminó mal, porque el Loco Luna, este pibe, yo y otros dos más, pero “¿vos qué hablás?”, eran dos oficiales de inteligencia naval, vestidos muy, este, limpios ellos con camisa celeste: “No, no hablemos...”, “¿y vos qué hablas, si vos no estuviste?” “¿y vos a quién..?” “¿y vos quién sos para hablar, si vos no estuviste conmigo?”. Se armó medio un... un con frente mal que los tipos se terminan yendo.<sup>540</sup>

Los conflictos que se produjeron tuvieron como base la interpelación de la autoridad de los locutores para hablar. La pregunta era clara: ¿qué autoridad, qué legitimidad tenían aquellos que no estuvieron en la guerra para pedirles silencio? Para los protagonistas, ninguna. El conflicto se dio por terminado cuando el personal de inteligencia optó por retirarse.

Finalmente, luego de la charla de los oficiales de inteligencia, del pago de un viático y de darles algo para comer, a medianoche fueron liberados. Por fin pudieron regresar a sus hogares y reencontrarse con sus familias.

A partir del regreso los recién llegados tuvieron que comenzar a combatir nuevas y diferentes guerras. Desde el mismo momento en que volvieron a pisar el continente, comenzaron a luchar contra el silencio en que se intentó refugiar el conflicto y, con él, sus experiencias:

Yo siempre digo que ahí [durante la recepción en la Base Naval] empezó la desmalvinización, ahí nos empezaron a hacer sentir, nos hicieron sentir vergüenza de ser veteranos de guerra, y es uno de los motivos que nos llevó 20 años de poder empezar a hablar de esto. [...] Y ahí ya nos hicieron sentir vergüenza de haber... [...] Te sentís culpable de la derrota.<sup>541</sup>

---

<sup>540</sup> Entrevista a Claudio Guida, 29 de noviembre de 2007.

<sup>541</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

Muchos de los combatientes de estas nuevas guerras no soportaron la presión, no pudieron mantenerse en pie y terminaron sucumbiendo a la derrota<sup>542</sup>. El silencio impuesto por la Junta Militar apenas finalizado el conflicto -la imposibilidad de la palabra- fue y es un silencio que mata.

---

<sup>542</sup> No existen cifras oficiales, pero se calcula que hasta el presente se suicidaron en la posguerra 400 veteranos (cifra que supera a los caídos en las islas), y entre ellos, por lo menos, un integrante del Apostadero y también tripulante del Monsunen, el conscripto Ignacio Bazán, que se suicidó en el 2006. Ver: "El suicidio de un soldado distinguido con la medalla de honor en Malvinas" (*Clarín*, 26 de enero de 2006).

## Conclusiones

*Cada regimiento tiene su lugar, su hábitat, su origen. Nosotros éramos un rejunte. El Apostadero era algo que era de todos y de nadie, no venía del continente, o sea no tenía identidad propia [...] Es... como yo te decía recién allá, es la única que yo conozca bien de Malvinas, es decir si vas a decir qué dotación, de qué unidad, qué unidad fue armada allá y originada allá, es esa la única, la única. Me cuesta creer, o sea pienso, pienso y no encuentro otra. Pienso lo valioso de lo nuestro y lo curioso de que no haya escrito nada, que seamos desconocidos.*

Julio Casas Parera<sup>543</sup>

*El Apostadero Naval Malvinas no figura en ningún lado, nosotros no figuramos en el desembarco, no figuramos... hay planos, hay mapas donde figura de todas las agrupaciones que formaron parte de la recuperación de las islas, y el Apostadero Naval Malvinas no figura [...] Así que a 25 años ni siquiera... todavía estamos peleando para que nos reconozcan, no de la forma personal, que reconozcan el lugar donde uno... Porque yo pertenezco ahí, y el Apostadero me pertenece.*

Ramón Romero<sup>544</sup>

El Apostadero Naval Malvinas existió los 74 días que duró la guerra del Atlántico Sur. A lo largo de los mismos, los civiles y militares, oficiales, suboficiales y conscriptos, profesionales y militares de carrera de diversas especialidades y destinos —ese “rejunte sin identidad” del que habla Julio—, que fueron convocados para formar parte de la unidad, tuvieron diversas y heterogéneas experiencias, que intentamos analizar a lo largo de la tesina. Ahora bien, más allá de las singularidades y características propias de las vivencias individuales, el hecho de compartir los mismos espacios y tiempos permite identificar determinados hechos, prácticas, variables que marcaron las guerras del heterogéneo grupo en su conjunto, y contribuyeron a individualizar “la guerra” del Apostadero.

Las prácticas y acontecimientos que marcaron sus experiencias en algunos casos fueron propias y particulares de este grupo específico; pero, en otros casos, fueron comunes a las guerras de todos los protagonistas del conflicto. El hecho de haber vivido juntos y compartido esos momentos extremos y comunes a todos, así como también aquellos particulares del Apostadero, contribuyó a constituir fuertes vínculos entre sus integrantes, que comenzaron a

---

<sup>543</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007.

<sup>544</sup> Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio de 2007.

identificarse como pertenecientes a un grupo con características propias e individuales, a configurar una nueva identidad social, estableciendo límites –más o menos difusos– entre “nosotros integrantes del Apostadero” –que les permite hablar de “mi gente”, “mi lugar”– y los “otros”. Ahora bien, ¿cuáles fueron esos hitos, variables y prácticas que marcaron las experiencias de los integrantes del Apostadero y que, a su vez, contribuyeron a constituir el “nosotros”?

En primer lugar, el momento que se enteraron que iban a ir a Malvinas fue el primer acontecimiento que marcó las experiencias de los integrantes del Apostadero –y de los protagonistas en general– y que provocó distintas reacciones y puso de manifiesto diversas percepciones del conflicto. Esos momentos fueron bien diferentes según estemos hablando de la primera o segunda tanda de convocatorias. Cuando llamaron al grupo originario, a aquellos 20 que participaron del 2 de abril, el secreto que rodeó a la operación impidió que les informaran del motivo de la misma hasta bien avanzada la navegación –con la excepción de quien fue el jefe de la unidad. Para ellos, la navegación a Malvinas fue un momento clave por la incertidumbre que rodeó el viaje y los miles de rumores que intentaban explicar el destino, por el tremendo temporal que los azotó y porque en él comenzaron a conocerse quienes luego compartirían los 74 días límites y extraordinarios de la guerra. En cambio, para el resto de los convocados que se enteraron más o menos rápidamente que iban a Malvinas, los momentos que más los marcaron fueron los previos al viaje, en que miles de pensamientos los invadieron –tanto el ofrecerse voluntario para participar de la ansiada recuperación, como también la posibilidad de desertar ante un destino no elegido–, y tuvieron que despedirse de sus seres queridos.

Las reacciones de los convocados cuando les informaron que estaban yendo –o tenían que ir– a las islas, estuvieron estrechamente ligadas al significado que Malvinas tenía para cada uno de ellos y a sus primeras percepciones del conflicto. A algunos, los embargó la emoción, el entusiasmo y el orgullo por participar de un acontecimiento que consideraban histórico, sensación que en algunos casos estuvo acompañada de la percepción de que “se iba a las Malvinas pero no a la guerra”, es decir de la poca conciencia que este acontecimiento podía ser el puntapié inicial de una escalada bélica. Otros, en cambio, aún sin imaginarse una guerra, recibieron la noticia con preocupación porque disponían de cierto conocimiento de relaciones internacionales, y particularmente del potencial bélico inglés. Otros, recibieron la convocatoria con tristeza por haber sido convocados a un lugar que no habían elegido, lejos de sus familias y pertenencias –sin por ello cuestionar “la causa”. Y, otros menos, reaccionaron con angustia y bronca por el deber de participar en una guerra que consideraban política, “una trampa” del régimen militar para recuperar la legitimidad perdida.

Estas percepciones fueron modificándose durante el desarrollo el conflicto. Fue principalmente a partir del 1º de mayo, con el comienzo de los ataques sobre Malvinas, que las percepciones de la guerra y las actitudes con que se afrontaba el conflicto cambiaron. Así, muchos vivieron el verdadero comienzo de la guerra con tristeza y desánimo por lo que el mismo implicaba –la verdadera posibilidad de matar y/o morir– y en algunos casos se produjo un cuestionamiento del sentido del conflicto y de la racionalidad del mismo. En el polo contrario, en otros casos, el 1º de mayo provocó una apropiación de la causa bélica como una lucha personal. Si antes, algunos actores buscaban la forma de “acomodarse” en la guerra, ahora la comenzaron a percibir con mayor fervor patriótico y la tomaron con más compromiso, hasta arriesgando la propia vida en innumerables ocasiones.

En segundo y tercer lugar, el espacio donde se instalaron y las actividades que realizaron una vez que llegaron a Malvinas, fueron otras variables que marcaron las experiencias de los integrantes del Apostadero, y que de hecho se perfilan como particularidades del grupo.

La gran mayoría de los actores transcurrieron la mayor parte de la guerra en Puerto Argentino y/o en las inmediaciones de la localidad, que era donde funcionaba el puerto (ese era el destino para el que fueron convocados en un principio). De hecho, la función específica de la unidad era la organización de las instalaciones portuarias, y, principalmente, la estiba de la mercadería que traían los buques. En un comienzo, fue un arduo, frenético y sacrificado trabajo de descarga, en donde aparecieron las primeras dificultades: a lo rudimentarias que eran las instalaciones portuarias se sumaba la carencia del instrumental necesario para descargar los buques, con lo que la estiba debía realizarse a mano.

Ahora bien, desde el mismo 2 de abril, los integrantes del Apostadero participaron de diversas funciones que no estuvieron relacionadas con su función específica. De hecho, la diversidad y movilidad de las actividades que realizaron fue una constante a lo largo de su guerra y principalmente a partir del establecimiento del bloqueo aeronaval inglés el 1º de mayo. Durante el mes de abril, si bien la gran mayoría de efectivos se dedicaron a la estiba de mercadería, encontramos igualmente algunos que realizaron otras tareas propias del funcionamiento de un cuartel o diversas misiones temporales, tareas estas que eran envidiadas por muchos porque les permitía lograr un mejoramiento de sus condiciones de vida, al mismo tiempo que eludían el frenético trabajo de descarga.

A partir del 1º de mayo, la reducción de las actividades portuarias provocó una diversificación aún mayor de sus funciones, convirtiéndose los integrantes del Apostadero en verdaderos comodines del conflicto. Las guerras de estos actores comenzaron a ser mucho más móviles, ya que al no tener mercadería que descargar eran trasladados allí donde hicieran

falta. Así, comenzaron a recorrer diferentes itinerarios, ya fuera para transportar todo tipo de mercadería o personal, o para limpiar diversos lugares, trasladar municiones, controlar a la tripulación, colaborar con el lanzamiento de los misiles Exocet, e incluso un grupo fue trasladado al frente de batalla en la Península Camber.

Asimismo, a lo largo del conflicto, se observan situaciones diversas en las que la formación de los efectivos y las actividades asignadas no guardaban ninguna relación o coherencia. Así, personal técnico tuvo que hacerse cargo de tomar un destino en las islas; un cabo de 17 años fue designado para vigilar a un grupo de 5 prisioneros ingleses; tres cabos jóvenes que no sabían hablar inglés con fusiles atados con un cable tuvieron que trasladar a 60 *marines* al puerto; personal del Apostadero lo trasladaron varios kilómetros para limpiar la pista del aeropuerto bajo bombardeo; electricistas, peluqueros, cocineros, furrieles –entre otros– fueron enviados al frente de batalla.

En cuarto lugar, otro hito fundamental en las experiencias de los miembros de la unidad fue la organización de las guardias nocturnas. Si hasta ese momento la posibilidad de un enfrentamiento armado realmente no entraba en la imaginación de muchos de ellos, a partir de mediados de abril, la organización de las guardias fue, para la mayoría de los miembros del Apostadero, el primer signo de que la guerra era una posibilidad cierta en su futuro inmediato. Las guardias nocturnas fueron los momentos en que la figura del enemigo comenzó a divisarse, y por lo tanto, la posibilidad de matar o morir empezó a estar patentemente presente. El temor, la tensión, la incertidumbre y la ansiedad comenzaron a aparecer fuertemente a partir de la organización de las guardias y no desaparecerían de sus experiencias hasta el regreso al continente después de la rendición. Si lo que identifica –y hace extrema– a toda experiencia de guerra es la proximidad con la muerte, es a partir de mediados de abril que muchos de los integrantes comenzaron a concebir sus vivencias como bélicas.

El miedo, tensión e incertidumbre que habían comenzado a aparecer en las guardias, llegaron a su clímax el 1º de mayo, cuando las primeras bombas cayeron sobre Malvinas. A partir de ese momento no cabían dudas de la reacción británica: las fuerzas inglesas ya estaban preparadas a todo. Fue a partir del 1º de mayo, y a medida que los acontecimientos fueron desarrollándose (el hundimiento del Crucero General Belgrano, el desembarco inglés, la batalla en Darwin, etc), cuando la proximidad de la muerte se transformó en convivencia y el peligro por la posibilidad de perder la vida se empezó a incorporar a la rutina de tal modo que la indiferencia comenzó a cubrir todo, hasta la muerte. Dicha indiferencia se explica, por un lado, porque hubo muy pocos bombardeos sobre la localidad, y por otro, porque los protagonistas le tomaron el ritmo a la guerra, aprendieron a vivir en condiciones extremas.

Durante los últimos días de la guerra, el avance inglés, y con él, la posibilidad del combate en la localidad, volvió el ambiente tan tenso como irrespirable. Esas sensaciones no desaparecieron con la firma de la rendición. Como veremos a continuación, la tensión, el temor y la incertidumbre volvieron a presentarse en el campo de prisioneros.

En quinto lugar, las características de la convivencia y las relaciones interpersonales que se configuraron entre los protagonistas y que se fueron modificando a medida que se desarrolló el conflicto, fueron otros elementos que marcaron las experiencias de los miembros de la unidad, y se presentan como una particularidad de la misma. Así, si hay una característica que en general destacan los protagonistas, es la horizontalidad de las relaciones que se configuraron entre los miembros de la unidad, en donde las diferencias jerárquicas menguaron y prácticamente se diluyeron. Desde la perspectiva de los actores, esa igualación implicaba que todos los integrantes estuvieran en las mismas condiciones, disfrutaran de iguales beneficios, sufrieran las mismas dificultades, y realizaran las mismas actividades. Si bien este rasgo es destacado por muchos entrevistados, la mayor o menor presencia de esa condición dependió de diversos factores tales como la cantidad de integrantes que había en la unidad, los espacios de alojamiento y también el contexto de la guerra en que se encontraban.

Así, los pocos días que convivieron los 20 integrantes del grupo pionero de la unidad, fueron aquellos en los que esa horizontalidad estuvo más presente: momentos en que compartieron el mismo camarote en el buque de ida, y, en las islas, vivieron bajo el mismo techo del precario galpón del puerto, comieron la ración de combate por igual y trabajaron codo a codo en las mismas tareas. Además, la práctica seguridad de que no iba a haber una respuesta británica y que regresarían al continente sin luchar, contribuía a la conformación de lazos y a una cotidianeidad relajada. Pero igualmente esa situación que puede parecer utópica es necesario relativizarla desde el mismo 2 de abril, día en que para la primera guardia nocturna fue designado el cabo más joven de la unidad: el privilegio que da la antigüedad en una institución jerárquica como son las Fuerzas Armadas estuvo siempre presente, aunque más o menos veladamente.

A partir de mediados de abril, con la llegada de numerosos contingentes de tropas hasta llegar a una cantidad de 250, las brechas jerárquicas comenzaron a profundizarse. Si en el grupo originario, conformado por tan pocas personas, no era necesario imponer rígidamente la disciplina porque cada uno sabía perfectamente cuál era su rol y su lugar, ahora el arribo de numerosas tropas que no conocían hacía necesario establecer una distancia entre las jerarquías y endurecer la disciplina.

La convivencia en un grupo numeroso y heterogéneo, evidentemente no fue sencilla, y se produjeron algunas fricciones que atravesaron toda la guerra. Esas situaciones conflictivas



fueron causadas por diferentes variables –el temor y desconocimiento mutuo entre el personal, las diferentes personalidades y percepciones del conflicto, las diversas prioridades en la utilización de los materiales, la tensión a la que estaban sometidos, el abuso de jerarquías– y tuvieron fines diversos que fueron desde la intención de hacer respetar la autoridad y disciplina (fundamental en una guerra), de proteger la vida propia y de los otros y de lograr un mejor funcionamiento de la unidad, hasta diferenciar jerarquías por el sólo hecho del prestigio y de hacer cumplir nimiedades sin sentido en una guerra. Los conflictos más frecuentes fueron aquellos que se produjeron entre personal de distintas jerarquías y entre profesionales y militares de carrera, que se manifestaron sin tapujos después del 14 de junio, con el cuestionamiento a los escalafones y autoridad militar que se produjo luego de la rendición.

Además, los espacios donde se alojaron también colaboraron con el distanciamiento entre el personal de diferentes rangos militares. El buque Bahía Buen Suceso con su división en bodegas y camarotes, o la carpintería con las mamparas de división que delimitaban los “cuartos”, no contribuyeron a mantener una relación estrecha o una comunicación fluida entre ellos.

En sexto lugar, el acceso a determinados beneficios, comodidades y facilidades poco comunes en la guerra, fue otro de los aspectos que marcaron las experiencias de los integrantes del Apostadero, y que se advierte como una particularidad que distinguió a la guerra en la localidad en comparación a la del frente de batalla. Diversos beneficios, tanto simbólicos –como el acceso a distintos canales de información, oficiales y extraoficiales, y la posibilidad de contactarse con los seres queridos más frecuentemente– y prácticos –como tener la posibilidad de dormir bajo techo toda la guerra, de bañarse más de una vez, de disponer de suficiente comida durante todo el conflicto–, convierte a este grupo en uno relativamente privilegiado en la guerra.

Ahora bien, dentro de esta situación general de privilegio hay que tener en cuenta dos cuestiones. Por un lado, que esas facilidades también dependían de otras variables dentro del grupo, como las jerarquías militares, la antigüedad entre los conscriptos, y la condición de profesionales. Por otro lado, que esa situación privilegiada fue modificándose durante el desarrollo del conflicto, a medida que fue haciendo más eficaz e impenetrable el bloqueo inglés. Dicha circunstancia incidió profundamente en el apoyo logístico a las islas, lo que condujo a los integrantes del Apostadero a recurrir a todo tipo de estrategias –formales e informales– para continuar con los mismos privilegios o para acercar sus condiciones de vida lo más posible a las de paz. La utilización de estos mecanismos fue una constante desde el comienzo de la guerra

hasta el viaje de regreso en el Bahía Paraíso (de hecho la misma posibilidad de volverse en el buque fue conseguida gracias a que eran miembros de la Marina).

En séptimo y octavo lugar, la rendición y –como consecuencia de la misma– el tiempo que pasaron como prisioneros de guerra, fueron otros acontecimientos que marcaron las experiencias de los integrantes del Apostadero, pero que no son privativos de los mismos sino que fueron comunes a gran parte de los protagonistas del conflicto. La rendición fue percibida por los actores de diferentes formas. Algunos la consideraron como una decisión que estaba fuera de sus manos, una situación que los excedía. Otros muchos sí la calificaron, le otorgaron un sentido y la percibieron principalmente de dos formas: 1º: como el único camino lógico a seguir después de tanto sufrimiento, dolor y muerte, percepción que fue acompañada por sensaciones de dolor, tristeza, frustración y alivio; 2º: como una decisión errónea cuando todavía quedaban hombres para combatir y armas por usar, creencia que fue acompañada por sentimientos de angustia, bronca e impotencia.

A partir de la firma de la rendición, la sensación de tensión e incertidumbre por su futuro inmediato, y también de temor por el tratamiento que les brindarían sus contendientes, invadió a muchos de los actores. Indudablemente, el pasar juntos por la condición de prisioneros de guerra fue otra fuerte marca en las experiencias de los protagonistas. Los cuatro días que vivieron como prisioneros estuvieron repletos de interrogantes y cuestionamientos, que estuvieron relacionados con su integridad y principalmente con el regreso a casa. Finalmente retornaron al continente en el buque hospital Bahía Paraíso, haciéndose pasar por heridos. El regreso en buques propios (algo que fue común a las unidades de la Armada), una aspiración para todas las tropas prisioneras en el aeropuerto tanto por su seguridad como por su orgullo, fue un pequeño triunfo grupal que los integrantes del Apostadero reivindican dentro de la derrota.

En noveno y último lugar, el intento de la Junta Militar de ocultar la guerra –y con ella las vivencias de los protagonistas– bajo varios mantos de silencio, fue otro de los hechos que marcaron las experiencias de regreso de todos los actores del conflicto, y que los integrantes del Apostadero compartieron y enfrentaron. Con el objetivo de evitar una desacreditación aún mayor del régimen en crisis, las Fuerzas Armadas intentaron ocultar el regreso de los protagonistas a la sociedad. En las experiencias de los miembros de la unidad, figuran entre los primeros indicios de este ocultamiento la advertencia que le realizaron a Julio Casas Parera que significó la imposibilidad de comunicarse con su familia en el viaje de regreso en el Bahía Paraíso, porque previamente otro actor “había dado demasiada información”. A partir de allí, y desde el momento que volvieron a pisar continente el 20 de junio, el régimen militar intentó mejorar el aspecto de los recién llegados (dándoles comida, ropa nueva y elementos para

higienizarse), al mismo tiempo que los ocultó a la sociedad, haciéndolos “regresar de noche y por la puerta de atrás”.

Una vez que arribaron a sus destinos, la Junta Militar intentó imponer silencio sobre sus experiencias mediante distintas estrategias que dependieron de los rangos militares. Mientras que los efectivos de mayor jerarquía no recibieron ninguna advertencia explícita – porque el silencio y la confidencia ya eran condiciones sabidas para aquellos que hacía años formaban parte de la fuerza–, el personal de menor rango directamente fue amenazado a callar. En cambio, en el caso de los conscriptos, la Armada apeló a los valores que ellos portaban en su beneficio: apelar a su religión, a la tranquilidad de la sociedad y de su familia, y a su propio bienestar, y utilizar lenguaje coloquial, fueron algunos de los mecanismos utilizados por la institución, que a la misma vez que imponía silencio, negaba impunemente su responsabilidad.

Las reacciones de los protagonistas ante “la propuesta” fueron diversas. En general, quienes pertenecían a las Fuerzas Armadas acataron el mandato. Pero, algunos, si bien en sus actos y declaraciones guardaron las formas, no acallaron en su interior la disconformidad y la angustia por no poder hablar de esas experiencias que aún hoy asumen con honor. En cambio, algunos conscriptos mostraron resistencia abiertamente, cuestionando la autoridad de quienes les pedían silencio sobre las experiencias que los habían marcado irremediabilmente de por vida.

En síntesis, esas marcas en sus experiencias, relacionadas con las percepciones y emociones de la guerra, las actividades a las que se dedicaron, los espacios que compartieron, las relaciones interpersonales que configuraron, la cotidianeidad compartida, los acontecimientos que los marcaron, las dificultades que enfrentaron y las facilidades/comodidades a las que accedieron, produjeron la constitución de nuevos vínculos entre los actores, que a partir de la guerra comenzaron a definirse como “nosotros integrantes del Apostadero”, una identidad que a la misma vez que los agrupaba, los diferenciaba de “otros” protagonistas de la guerra, tanto unidades como fuerzas.

Si previamente al conflicto, ya existían ciertos códigos que individualizaban claramente a los integrantes de la Armada y los distanciaban de los de Fuerza Aérea y Ejército<sup>545</sup>, fue a partir del paso por una experiencia límite como la guerra, que surgieron nuevas identidades que definieron otros “otros” y/o corroboraron los ya establecidos.

---

<sup>545</sup> Al analizar las experiencias de aquellos que habían sido convocados a mediados de abril en el Capítulo 2, hicimos referencia -particularmente en los testimonios de Roberto Herrscher y Julio Casas Parera- a esas identificaciones previas al conflicto entre los integrantes de la Armada, que se refugiaban en sus códigos para distanciarse de los conscriptos de Ejército que viajarían con ellos en el mismo avión a Malvinas.

En los procesos de construcción identitaria del grupo Apostadero, los “otros” que se definieron más claramente a lo largo del conflicto fueron aquellas unidades y fuerzas que estuvieron en el frente de batalla (tanto los infantes de marina, así como principalmente las unidades de Ejército). Diversas variables como el vivir en trincheras; el carácter de guerra fija –en la que una espera interminable del enemigo era todo lo que podían hacer–; las carencias sufridas (simbólicas y materiales); y, finalmente, la participación en el combate, diferenciaron las experiencias de esas unidades de la guerra vivida en el puerto. Incluso aquel grupo del Apostadero que estuvo en el frente de batalla en Camber y vivió en posiciones, también se asume como diferente del resto de los efectivos que estuvieron toda su guerra atrincherados y enfrentaron situaciones intensas de combate.

Los protagonistas –principalmente los oficiales, pero también los conscriptos– establecen un fuerte distanciamiento entre sus vivencias y las experiencias de las tropas de Ejército –además de por las condiciones indicadas previamente que fueron comunes a las vivencias de todos los efectivos que estuvieron en el frente– por la fuerte jerarquización y subordinación que caracterizaron las relaciones entre sus integrantes, que en casos extremos terminó en un abuso de autoridades inexplicable. De hecho, los integrantes del Apostadero apelan una y otra vez a la imagen conocida y generalizada –y también cuestionada– de conscriptos de Ejército versus suboficiales/oficiales, usando esa condición como ejemplificadora de lo distante de sus experiencias. Quizás el testimonio más revelador al respecto sea el del ex militante comunista Claudio Guida cuando hace referencia a la ayuda que le brindaron dos de las máximas autoridades del Apostadero en el campo de prisioneros.

Por otra parte, si bien los integrantes del Apostadero se asumen como un grupo privilegiado, como una unidad que tuvo acceso a determinadas facilidades y comodidades que no fueron comunes en la guerra –lo que los distancia claramente de aquellos actores que estuvieron en el frente de batalla– también consideran que ellos no fueron los más privilegiados, y se diferencian de otras unidades que tuvieron acceso a otros beneficios. Aunque sin enumerarlas, hacen referencia a algunos privilegios que disfrutaron algunos efectivos de Fuerza Aérea, como ropa de recambio y carne, de la que ellos carecían.

Ahora bien, esta identidad social que surge a partir de la guerra no es monolítica ni homogénea, sino que, por el contrario, la misma fue configurándose a lo largo de la guerra en un proceso que no estuvo exento complejidades y tensiones, donde el “nosotros” y los “otros” se redefinieron constantemente. Esas tensiones y complejidades en las construcciones identitarias las podemos identificar principalmente en tres dimensiones.

En primer lugar, las tensiones surgidas a partir de los conflictos internos que se produjeron entre los integrantes del grupo, vinculados con otras variables que definían a los

actores, como la condición de civil o militar, los rangos militares, la condición de profesional o de militar de carrera, y también la participación –o no– en el desembarco. Los conflictos más frecuentes tuvieron como consecuencia identificaciones –transitorias o permanentes– entre los actores de la misma condición, que se configuraron por oposición o distanciamiento a individuos que no compartían esa característica. Así, por ejemplo, en distanciamiento/oposición a los militares de carrera, los profesionales comenzaron a agruparse y a constituir ciertos vínculos más estrechos, sobre todo entre aquellos que se conocían previamente, compartían la misma profesión, y, por tanto, los mismos códigos, prioridades, formas de trabajo y organización, etc.

Asimismo, aquellos efectivos que tenían la misma jerarquía militar y antigüedad, se agruparon y compartieron distintas expresiones de solidaridad. Dicha camaradería es quizás más evidente entre los conscriptos, que compartían códigos etarios y elementos simbólicos y materiales, por ser civiles bajo bandera, que los distanciaban de los militares, y entre quienes los lazos de solidaridad/apoyo y ayuda fueron realmente muy fuertes. Igualmente aquí parece no existir una distinción radical entre conscriptos y suboficiales/oficiales, sino que los conflictos que se produjeron entre el personal de esa condición fueron aislados e individualizables, como indica el conscripto Julio Casas Parera: “Como es lógico había encontronazos pero...[...] Pero no a nivel digamos como general. Eran problemas particulares entre dos personas, no entre un suboficial y un colimba”<sup>546</sup>.

Otros de los actores que tuvieron una cierta identificación y afinidad fueron los miembros del grupo pionero del Apostadero, aquellos que participaron del desembarco y compartieron la primera semana de abril llena de incertidumbre y confusión en las islas. Sin bien estos actores reivindican su participación en la Operación Rosario, el hecho de haber organizado primariamente el puerto y de ser uno de los pocos grupos que estuvieron los 74 días de la guerra en Malvinas, distanciándose –y en algunos casos llegando a oponerse<sup>547</sup>– de/a aquellos que llegaron a mediados de abril como refuerzo, no por ello funcionaron de manera explícita como un subgrupo dentro del colectivo social general.

Eso no implica que no hayan existido subgrupos. Por el contrario, dentro el grupo Apostadero, surgieron diversos “nosotros” internos, y esta es la segunda dimensión que revela que esa identidad social no era –ni es– monolítica ni uniforme. El compartir determinadas experiencias contribuyó a que se tejieran vínculos más estrechos entre algunos integrantes de

---

<sup>546</sup> Entrevista a Julio Casas Parera, 30 de noviembre de 2007.

<sup>547</sup> En este sentido, en el Capítulo 2 identificamos tres variables de choque que podrían explicar las continuas fricciones entre Roberto Coccia y un superior: profesional-militar de carrera, diferentes jerarquías, y también podría influir el hecho que “él se creía el dueño de todo”, cuando había llegado después que Roberto, es decir cuando no había sido parte del grupo original.

la unidad, lo que dio pie al surgimiento de algunos pequeños subgrupos con características propias.

Las marcas particulares que atravesaron las experiencias de los integrantes de esos pequeños subgrupos –y que contribuyeron a su constitución– fueron: los espacios donde se alojaron, que funcionaron como espacios de sociabilidad distintos al del grupo mayor de la unidad, y las actividades específicas a las que se dedicaron, lo que les dio cierta autonomía en la organización de su rutina de trabajo y tiempos. Además, determinadas características de los integrantes del grupo, como su número reducido, que fueran militares de baja graduación, del mismo destino o la escasa diferencia etaria entre los miembros, y el compartir esos espacios, actividades y tiempos propios, las mismas dificultades o facilidades, condujo a la construcción de lazos afectivos entre esos integrantes y a una cierta solidaridad y camaradería, lo que provocó una horizontalización de las relaciones en el grupo, es decir una cierta igualación en el trato de los miembros sin distinción de jerarquías; cuestión que debía ser respetada por quien quisiera ingresar al grupo o, de lo contrario, sería excluido.

En el Apostadero podemos identificar tres subgrupos que se formaron en distintos momentos de la guerra: el grupo encargado de las EDPV que se formó a partir del 2 de abril, el del personal de sanidad conformado desde mediados de abril, y el constituido por aquellos actores que estuvieron en el frente de batalla en Camber desde el 30 de mayo.

Con respecto al grupo del personal de sanidad, el mismo estuvo conformado por 7 integrantes que vivieron durante la mayor parte de la guerra bajo el mismo techo del Puesto de Sanidad. El hecho de vivir en un espacio diferenciado y de dedicarse a una actividad específica con una organización interna, a la vez que les dio cierta autonomía, los distanció del resto del Apostadero. El convivir y compartir día y noche juntos, sumado a la cercanía etaria de los oficiales de sanidad con el resto de los conscriptos, que prácticamente eran de la misma generación, condujo a cierta igualación en el trato del pequeño grupo, a una fuerte camaradería, que los identificó como un subgrupo dentro del “nosotros” mayor de la unidad.

Asimismo, el grupo reducido encargado de las EDPV también vivió durante parte de la guerra en un espacio distinto del que se alojaba el grupo principal –un galpón del puerto– y compartió una rutina de trabajo propia de la actividad específica a la que se dedicaban. Además el hecho de que sus integrantes provinieran del mismo destino –y por lo tanto se conocieran previamente– y que fueran conscriptos y militares de baja graduación, contribuyó a la construcción de fuertes lazos afectivos entre sus miembros, que nunca se integraron completamente al resto de la unidad.

Por último, en cuanto a las 30 personas que fueron trasladadas a Camber, si bien compartieron un tiempo mucho menor que el resto de los subgrupos –sólo 15 días– lo

extraordinario de la experiencia vivida en las trincheras, favoreció la constitución de ciertos vínculos entre ellos y la conformación de códigos distintos y propios. Las características que identificaron e individualizaron a este grupo estuvieron vinculadas a la guerra en el frente de batalla. Por tanto, fue el espacio una de las variables fundamentales que marcó sus experiencias, así como las dificultades que enfrentaron –un frío insoportable, el continuo bombardeo, la tensión de la espera interminable–, la inacción en el frente, la intensa proximidad de la muerte, y la participación en el combate. La experiencia de vivir en las trincheras en el frente de batalla tuvo como consecuencia la construcción de nuevos lazos entre los compañeros que habían compartido la posición y/o la experiencia de vivir en las posiciones, entre quienes se configuró una “comunicación diferente” de aquella que tenían con los compañeros del Apostadero que habían permanecido en la localidad.

En tercer lugar, las complejidades que se presentaron en el proceso de construcción identitaria del Apostadero, estuvieron vinculadas a las identificaciones de algunos integrantes de la unidad con “otras” fuerzas/unidades, identificaciones que en algunas ocasiones fueron prioritarias o subsumieron a la pertenencia al Apostadero. En algunos casos, las mismas se produjeron porque la movilidad y diversidad de las actividades que realizaban hacía que muchos actores compartieran más espacios y tiempos con integrantes de otras fuerzas, que con la propia. Ese es el caso, por ejemplo, de José Bustamante y Ricardo Pérez, cada uno de los cuales tuvo más contactos y una relación más estrecha con efectivos de Ejército y Fuerza Aérea respectivamente, que con sus propios compañeros del Apostadero.

En otros casos, el traspaso de los integrantes del Apostadero a otras unidades navales, como los pequeños buques logísticos nacionales o ingleses, significó la configuración de una nueva identidad –como miembros del buque– que en muchos casos dejó en un segundo lugar a su pertenencia al Apostadero, al que algunos consideran una ocupación transitoria hacia su destino final: las unidades navales. Algunas variables como la cotidianeidad y camaradería que se logra en un espacio reducido como es un buque, el hecho de haber pasado experiencias límites navegando, y la cantidad de tiempo que estuvieron allí, pueden explicar dicha situación.

En esas tres dimensiones identificamos las complejidades y tensiones que provocaron la constitución de otras identificaciones –internas o externas– que atravesaron los procesos de construcción identitaria del “grupo Apostadero”, que se presenta así como un colectivo social que no es ni homogéneo ni monolítico, y que continúa configurándose y redefiniéndose aún 26 años después de finalizado el conflicto. Configuraciones y redefiniciones que están relacionadas –entre otras variables– con las luchas por la memoria que han protagonizado estos actores, con el objetivo de lograr un reconocimiento de sus experiencias hasta el momento ocultas bajo varios mantos de silencio.

Comenzamos esta tesina indicando que la misma surgía de los silencios a los que se había sometido la guerra, y por tanto, las experiencias de sus protagonistas. Silencios que comenzaron desde el mismo día que regresaron al continente; silencios impuestos por el mismo régimen que los había enviado a combatir en Malvinas, que no quería enfrentar un descrédito aún mayor en un contexto de fuerte crisis. Pero, como hacíamos referencia en la Introducción, esos no fueron los únicos silencios que enfrentaron los actores. Desde el final del conflicto, los gobiernos de posguerra –no sólo el militar, sino también los democráticos-, y diversos sectores de la sociedad tampoco quisieron o pudieron enfrentar ese pasado vergonzante, en tanto la derrota en Malvinas interpelaba su propia responsabilidad por el consenso –activo o pasivo– brindado a una guerra que había sido llevada a cabo por un gobierno de facto, que ahora se develaba como el más sangriento de la historia argentina. Se pasaba, así, a interpretar a Malvinas como una aventura, una guerra absurda para recuperar la legitimidad perdida, negando responsabilidad en la propia participación.<sup>548</sup>

Si las luchas contra esos silencios fueron comunes a todos los protagonistas del conflicto, los integrantes del Apostadero Naval –y en general los actores de la guerra logística– se vieron obligados a enfrentar la imposición de otro silencio: el institucional. Como indica Ramón Romero, la Armada lleva en la actualidad 26 años de silencio con respecto al accionar de esta unidad, cuya historia no se encuentra en las efemérides navales, ni su relato tiene relevancia en los actos institucionales.<sup>549</sup>

Por ende, si en general puede afirmarse que las Fuerzas Armadas utilizaron a Malvinas en la posguerra como un “caballito de batalla” para reivindicarse como garante de la soberanía nacional, recordando a la sociedad el consenso y apoyo brindado<sup>550</sup>, también es cierto que cada

---

<sup>548</sup> Cf. Guber, *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a guerra absurda*.

<sup>549</sup> Muchos integrantes del Apostadero que estuvieron presentes en un acto de entrega de medallas en conmemoración de los 25 años de la guerra en la Base Naval Puerto Belgrano, recuerdan indignados y dolidos la ausencia de su unidad: “Una de las cosas que yo estoy herido, de hace poquito, entregaron las medallas en Puerto Belgrano a los 25 años que estuvimos en Malvinas. Y tenía cada buque, que ni siquiera participaron, porque hubo buques que fuimos, eran 60 ingleses los que había que me tocó llevarlos prisioneros, y desde ese día somos como 6000 veteranos de guerra, porque todos los buques que salieron a navegar y navegaron cerca de las islas y se volvieron son todos veteranos de guerra. [...] Cuando entregaron la medalla, tenía cada buque su mesa, con su gente. Cuando yo digo bueno “voy a encontrar la mesa que va a decir Apostadero Naval Malvinas...” bueno, allá en el fondo, había una mesa que decía “Otros destinos”, y ahí estaban las medallas nuestras. Así que a 25 años ni siquiera... todavía estamos peleando para que nos reconozcan.”. Entrevista a Ramón Romero, 22 de junio del 2007. También Roberto Coccia, Guillermo Klein y José Bustamante hacen referencia a este incidente.

<sup>550</sup> Al respecto Federico Lorenz indica: “Esa sería precisamente la estrategia de los sectores castrenses desde 1982: contraponer a las denuncias por violaciones a los derechos humanos la guerra de Malvinas como una forma de ofrecer un costado presentable a las críticas pero, también, para recordar a los críticos que en esa acción –y en la otra, no está de más decirlo- no habían estado solos”. Y agrega: “... la guerra de Malvinas se revelaba como un símbolo de primera magnitud para ser opuesto a las denuncias de la represión ilegal. Enraizado en elementos nacionalistas de fuerte presencia en la cultura argentina, tocaba una fibra sensible a miles de argentinos, enrostrándoles a los actuales críticos su pasado compromiso con la guerra (y por extensión con las Fuerzas Armadas). Esta ambigüedad, que había permitido



fuerza seleccionó de las experiencias de sus protagonistas, aquellas que consideraba “más apropiadas” divulgar o mostrar públicamente.

¿Por qué las experiencias de los integrantes del Apostadero en particular, y en general, las de los protagonistas de la guerra logística, no fueron elegidas por la Armada ni por el resto de las fuerzas? Pretendemos finalizar esta tesina proponiendo algunas hipótesis que pueden explicar ese silencio institucional de la posguerra, lo que motivó en la actualidad una movilización, una lucha de los protagonistas para que la Armada reconozca sus vivencias.

Por un lado, creemos que al elegir las experiencias a hacer públicas, la Armada seleccionó y selecciona aquellas que mayor impacto puedan tener en la sociedad argentina. Así, aquellas guerras vividas en los frentes de batalla o aquellas que sufrieron una gran cantidad de muertes, se revelan como las más apropiadas por lo movilizadoras e impactantes. En cambio, una guerra vivida lejos de los combates –característica que identifica una experiencia bélica en el imaginario colectivo– no parece cumplir con esos requisitos según las lentes de las Fuerzas Armadas.

Las variables que pueden explicar esa “menor atracción” son las características propias de la guerra logística, aquellas que la individualizan. El hecho de tratarse de experiencias bélicas en la localidad, lejos de los combates, y de algunas facilidades y comodidades que pudieron acceder justamente por esa ubicación espacial y por su particular actividad, hacen de estos actores unos privilegiados en relación a quienes estuvieron en el frente de batalla.

Evidentemente –y esta es la segunda hipótesis que proponemos–, detrás de esta percepción, advertimos una fuerte jerarquización de las vivencias bélicas configuradas en base al dolor, al sufrimiento y a la cercanía con la muerte, construida por los mismos protagonistas de la guerra. Esa jerarquización parece legitimar aquellas vivencias que más dificultades enfrentaron, más cercanas al combate estuvieron y más muertes sufrieron, y, en cambio, minusvaloran aquellas experiencias en las que –siempre en términos relativos– más lejos estuvieron del frente de batalla y de la muerte, y más comodidades y facilidades accedieron, cuestionando su misma legitimidad como protagonistas bélicos.

Esta construcción de escalafones –las “categorías de las vivencias” de las que habla Julio Casas Parera– la advertimos en los testimonios de muchos de los que estuvieron en el frente de batalla. Un ejemplo, entre tantos otros, que citamos en el Capítulo 3 es el testimonio del comandante y subcomandante del BIM N°5, que afirmaban: “... a estas alturas empiezan a correr múltiples rumores, generados casi en su totalidad en la localidad... Estos rumores irán tejiendo historias de todo tipo que en parte llegarán a afectar la moral, especialmente en el

---

abrir las críticas al régimen en 1982, ofrecía ahora a los militares, también, una eficaz barrera a los cuestionamientos en el contexto de la transición”. Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, p. 165; 182.

mismo centro que se engendra. Irán poco a poco, apartando los dos campos que venimos tratando de describir, el del combate y el del seguro de la vida... la aparentemente cómoda vida de la localidad. En el pueblo nunca faltó nada ni pan, ni bebidas, ni ocio, ni baños calientes, allí jamás arribaría la guerra, excepto por error...”<sup>551</sup>

Estas construcciones jerárquicas también son compartidas y asumidas por muchos de los integrantes del Apostadero, aquellos que quedan “más bajos en el ranking”, que se debaten continuamente entre la reivindicación de sus experiencias, la necesidad de hablar de las mismas, y la continua afirmación que sus guerras fueron diferentes, “incomparables”, parecen decir menos legítimas o dignas por lo privilegiadas. Esa contradicción generada por la clasificación es evidente en el testimonio de uno de lo más activos representantes en la lucha por el reconocimiento del Apostadero en la posguerra, Roberto Coccia:

Yo no soy igual que el soldado conscripto que combatió en el frente de combate, que estuvo en la trinchera todo el tiempo. Yo soy veterano de guerra, él es ex combatiente. La situación por la que pasó él no es la misma que la que pasé yo, más allá... ni la que pasé yo ni los conscriptos que estuvieron en el Apostadero, algunos combatieron y otros, no, es decir, hay una diferencia, no es cierto. [...] Vos me preguntás, yo no soy igual, yo no pasé... Si vos me preguntás cómo la pasé, todos la pasamos mal. Dentro de los que lo pasamos mal, algunos las pasamos mejor, otros regular, y otros peor, ninguno la pasó bien, porque cuando bombardeaban, adónde bombardeaban, la bomba no preguntaba si iba a caer acá, o más allá. Pero no es lo mismo estar adelante combatiendo, que estar en el puerto, tiraban a la vereda del frente y si le erraban nos podían pegar a nosotros, y la diferencia en un bombardeo de 200, de 500 metros, no existe. Pero no es lo mismo estar en la trinchera combatiendo, o estar arriba de un avión, que haberla pasado como lo pasamos nosotros, no es lo mismo, eso no me cabe ninguna duda, para mí.<sup>552</sup>

Esas contradicciones o luchas internas se advierten implícitamente desde el mismo momento que se solicita una entrevista –por la sorpresa que genera la elección del tema–, y también, explícitamente, desde el relato y desde los términos que usan para definirse: se alterna entre protagonistas y espectadores de la guerra. El testimonio de Guillermo Klein, el oficial que en el Capítulo 4 se definía como espectador por no haber participado en los combates, es paradigmático al respecto:

Yo siempre lo aclaro para no sentirme, siempre lo aclaro para no... a ver cómo sería la palabra, para no comparar las distintas vivencias. Porque, acá por ejemplo en Bahía, el ambiente de

---

<sup>551</sup> Robacio y Hernández, op. cit., pp. 107- 108.

<sup>552</sup> Entrevista a Roberto Coccia, 4 de agosto de 2007.

Veteranos de Guerra, no hay combatientes, porque este no hubo regimientos de combate acá en Bahía. Sí, te queda el almirante Robacio, que era como jefe del BIM 5 y demás, pero así al nivel de soldados hay muy poquitos [...] Y acá los soldados de Bahía son los de la PM [Policía Militar], que se siguen juntando, muy buena gente todos, muy amigos todos, pero era policía militar, lo que hacían era patrulla de pueblo. Y después la gente del Comando de Quinto Cuerpo también, era gente de comando que estaban en el pueblo, pero gente que haya estado en la trinchera pasando las miserias y las penurias que pasaron, hay muy poquitos [...]. Entonces yo siempre cuento que a veces yo no me siento digno de compartir la mesa con ellos, porque vivieron una guerra distinta a la mía. Pero mi realidad también es otra, yo era médico y, entonces yo obviamente, yo no tenía que estar con el cuchillo, con el puñal en la mano, queriendo degollar enemigos. Yo estaba en una misión, otro tipo de misión.<sup>553</sup>

Estas jerarquías construidas desde la incomprensión, el egoísmo, y también la vergüenza y la culpa, provocan aún más silencios y profundizan las ausencias: protagonistas que no hablan por no sentirse dignos, por tener vergüenza, por asumirse veteranos de “segunda”; imposibilidad de la palabra impuesta y, también, autoimpuesta. Desde esta perspectiva, los legítimos portadores de la palabra de la guerra son aquellos que ocupan los más altos escalafones de esta clasificación: los soldados del frente de batalla. En consecuencia, relativizando su propio sufrimiento y la legitimidad de sus experiencias ante los “verdaderos” protagonistas –es decir, los combatientes– los guerreros sin trincheras no pueden hablar, o hablan prácticamente pidiendo disculpas, con la continua advertencia que sus vivencias “no se pueden comparar” con las otras guerras.<sup>554</sup>

Adhiriendo a estas jerarquizaciones, y contribuyendo a reforzarlas, las experiencias bélicas que difundió y difunde la Armada para reivindicar y legitimar su cuestionada participación en la guerra, han sido las vivencias de combate del BIM N°5 –una de las unidades que mejor desempeño tuvo en el conflicto– y las de los sobrevivientes del hundimiento del

---

<sup>553</sup> Entrevista a Guillermo Klein, 5 de septiembre de 2007.

<sup>554</sup> La construcción de jerarquías en base al dolor y el sufrimiento no son únicas ni exclusivas de Malvinas. Entre los protagonistas de acontecimientos traumáticos suelen establecerse este tipo de clasificaciones que legitiman o reivindican unas experiencias a costa de otras. Por ejemplo, haciendo un paralelismo, podemos mencionar las jerarquías construidas entre las víctimas del Terrorismo de Estado, que, entre otros criterios, se fundaron entre “los que se quedaron” y “quienes se fueron”, que estigmatiza y deslegitima a los exiliados como “víctimas menores”. Construcciones de escalafones entre las víctimas que también –al igual que en Malvinas– ha provocado y profundizado silencios y ausencias en las memorias de la represión. Al respecto Silvina Jensen indica: “... la mostración del exilio podía renovar viejas disputas que los militantes protagonizaron dentro y fuera de las organizaciones políticas o político-militares a la hora de salir del país, sobre la pertinencia de la decisión, su significado político, su implicancia ética, etc., o generar otras coyunturas como las del retorno, donde se ponía también en debate la recuperación de lugares de trabajo y de posiciones perdidas en el campo cultural. El temor a la jerarquización del sufrimiento y del compromiso antidictatorial dejó a los exiliados ante la opción de silenciar la vida en el destierro, convirtiéndola en un paréntesis, o de contarla en forma discreta y coadyuvando a desfigurar y ocultar que lo que funda todo exilio es la violencia política”. Jensen, *La provincia flotante. El exilio argentino en Cataluña* (1976-2006), p. 326

Crucero General Belgrano, relevante por la cantidad de vidas sacrificadas<sup>555</sup>. El resto fue silenciado.

A 26 años del conflicto, estas jerarquizaciones construidas en base al dolor y al sufrimiento, que delimitan qué se dice y qué se silencia, quiénes son los legítimos portadores de la palabra sobre la guerra, que provocan aún más ausencias, que estigmatizan a los que supuestamente “mejor” la pasaron, deben por lo menos analizarse y deconstruirse. Jerarquizaciones que hacen más denso un silencio que se tradujo y traduce en muertes, en suicidios.

Identificar las causas del silencio contribuye a comprenderlo y mitigarlo, que es uno de los objetivos que se propone esta tesina, no sólo para dar cuenta y cuestionar las jerarquías construidas en base al dolor, sino también para complejizar el conocimiento histórico de la guerra de Malvinas y poner en cuestión visiones monocordes y simplistas de uno de los acontecimientos clave de la historia reciente argentina.

Los integrantes del Apostadero –y los veteranos de guerra en general– se nos perfilan así como “presencias ausentes”: presencias porque están vivos y con una historia que contar, que nos interpela, nos incomoda, nos moviliza; y ausentes, porque para evitar esa interpelación a nuestra participación, los silenciamos intentando olvidarlos, los exiliamos de la memoria. Intentado mitigar esos silencios y luchando contra la minusvaloración de sus vivencias que implican esas jerarquías, hoy en día algunos integrantes del Apostadero piden, demandan su reconocimiento desde la palabra, desde otro que los escuche, así sus voces y sus experiencias de sacrificio “por la Patria” que asumen con honor no caigan en el vacío; piden un verdadero reconocimiento y legitimación de sus vivencias; demandan ser “presencias presentes” en nuestra historia y en nuestra memoria.

---

<sup>555</sup> Cf. Lorenz, op. cit., Capítulo 7.

## Fuentes

### Fuentes orales

#### *A miembros del Apostadero Naval Malvinas*

- Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22 de junio de 2007.
- Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 4 de agosto de 2007.
- Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 6 de septiembre y 3 de octubre de 2007.
- Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 17 de agosto, 29 de agosto, 3 de septiembre, 28 de septiembre, 31 de octubre de 2007.
- Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 11 de septiembre y 19 de octubre de 2007.
- Entrevista a Abel Mejías, Punta Alta, 17 de Noviembre del 2007
- Entrevista a Oscar Daniel Peralta y Carlos Francisco Contreras, Punta Alta, 11 de noviembre de 2007.
- Entrevista a Claudio Guida, Olivos (Buenos Aires), 29 de Noviembre de 2007.
- Entrevista a Adolfo Gaffoglio, Ciudad de Buenos Aires, 30 de Noviembre del 2007
- Entrevista a Ricardo “Bicho” Pérez, Ciudad de Buenos Aires, 26 de noviembre del 2007
- Entrevista a Alejandro Diego, Ciudad de Buenos Aires, 26 de Noviembre de 2007.
- Entrevista a Julio Casas Parera, Ciudad de Buenos Aires, 30 de Noviembre y 1º de Diciembre del 2007
- Entrevista a Ricardo Rodríguez, Ciudad de Buenos Aires (Edificio Libertad), 27 de Noviembre de 2007. Transcripta por Verónica Villanueva.
- Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 26 de Diciembre del 2007.
- Entrevista a Sergio Fernández, Punta Alta, 21 de Diciembre de 2007.
- Entrevista a Rafael Molini, Punta Alta, 17 de Diciembre de 2007. Entrevista realizada junto a Florencia Fernández Albanesi.

#### *A veteranos de otras unidades militares*

- Entrevista a Juan Carlos Ledesma (integrante del equipo de minado y luego tripulante del buque logístico Bahía Buen Suceso) realizada en Punta Alta, el 24 de Octubre de 2007.

### Fuentes testimoniales escritas

#### *De veteranos pertenecientes al Apostadero*

- Cartas y telegramas de Guillermo Klein y José Bustamante.
- Informe del Teniente de Fragata Médico Dr. Guillermo Klein para un Seminario de Sanidad en COMBATE. (Archivo personal)
- HERRSCHER, R., *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Tusquets editores, 2007
- NI COLO, G., *64 Días Muerto. Relatos de un veterano de guerra*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2004.

### *De veteranos de otras unidades*

- AAVV, *Operación Rosario*, Buenos Aires, Atlántida, 1984.
- BALZA, M., *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida, 2003.
- ESTRADA, G. y PINO, E., *Contar Malvinas. Un relato de dos ex combatientes para los jóvenes de hoy*, Buenos Aires, edición de los autores, 2007
- FORTI, D., *Hasta el último día. Logística: la “otra guerra” de Malvinas*, Buenos Aires, Atlántida, 2007.
- JOFRE, O. y AGUIAR, F. R., *Malvinas. La defensa de Puerto Argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987
- KASANZEW, N., *Malvinas a sangre y fuego*, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983
- ROBACIO, C. y HERNÁNDEZ, J., *Desde el frente. Batallón de infantería de marina N°5*, Buenos Aires, Solaris, 1996.
- TUROLO, C., *Malvinas. Testimonio de su gobernador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.

### **Fuentes gráficas**

- Fotos de Guillermo Klein, Abel Mejías y José Bustamante.

### **Documentación oficial de la Armada**

- Acta de Creación del Apostadero Naval Malvinas, 1/82 “B”, 2 de abril de 1982. (Archivo personal)
- Acta de Creación del Destacamento de Seguridad del Apostadero Naval Malvinas, 3 de abril, en: *Desembarco*, Separata 10, p.15
- Listado del Apostadero Naval Malvinas perteneciente a la Armada Argentina al 2008 (Archivo personal).
- *Informe Rattenbach. Investigación confidencial sobre la conducción política y estratégico-militar de las Fuerzas Armadas Argentinas en la Guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Ediciones fin de siglo, 2000.
- MAYORGA, H. y ERRECCABORDE, J., *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Planeta, 1998 (Informe complementario al anterior)
- Relación del personal naval que el 2 de abril de 1982 constituyó el APOSVINAS, Anexo III. (Archivo personal)

### **Publicaciones periódicas**

- *Clarín*, “El suicidio de un soldado distinguido con la medalla de honor en Malvinas”, Buenos Aires, 26 de enero del 2006.
- *Desembarco*, “La agrupación de Infantería de Marina Malvinas –AGRUIMVINAS. Gesta Malvinas 1982”, Separata N° 14, Año XXXIX, N° 155, Agosto 1995
- *Desembarco*, “Actuación de las secciones tiradores: 3/D/BIM2 Ec., 2-3/H/BIM3 y Sec. Marinería En Puerto Argentino- Cámbor. Gesta Malvinas 82”, Separata 10.
- *La Gaceta Argentina*, Puerto Argentino- Islas Malvinas, 12 números del 8 de mayo al 11 de junio de 1982

## **Bibliografía**

- ANAYA, J.I., *La crisis argentino-británica de 1982*, Buenos Aires, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, 1988.
- ARGUINDEGUY, P., IBÁÑEZ, C., *El Escalafón Naval de Intendencia en la Logística de la Guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Círculo Goyena, 1996.
- BOSOER, F., *Malvinas, Capítulo Final (I-II). Guerra y Diplomacia en Argentina (1942-1982)*, Buenos Aires, *Capital Intelectual- Colección Claves para todos*, 2007.
- BOURKE, J., *An Intimate history of killing. Face to face killing in twentieth century warfare*, London, Granta Books, 2000.
- BONZO, H., *1093 Tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.
- CARDOSO, R., KIRSCHBAUM A., y VAN DER KOOY, R., *Malvinas. La trama secreta*, Buenos Aires, Clarín, 2007.
- CARNOVALE, V., “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”. En: FRANCO, M. y LEVIN, F. (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, PAIDOS, 2007.
- CARNOVALE, V., LORENZ, F. y PITTALUGA, R. (comps.), *Historia, memoria y fuentes orales*, Buenos Aires, Memoria Abierta- CeDInCI, 2006.
- CEBALLOS, E. y BURONI, J., *La medicina en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992.
- CISNEROS, A., y ESCUDE, C., *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina. Tomo XI: La diplomacia de Malvinas (1945-1982)*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Política Exterior- CARI-Grupo Editor Latinoamericano, 1999.
- COSTA MÉNDEZ, N., *Malvinas. Esta es la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- DEL CARRIL, B., *La cuestión de las Malvinas*, Buenos Ares, Hyspamérica, 1986.
- DEL CARRIL, B., *El futuro de las Malvinas*, Buenos Aires, EMECE, 1982.

- ESCUADERO CHAUVEL, L., *Malvinas: El gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- FREEDMAN, L. y GAMBA-STONEHOUSE, V., *Señales de Guerra. El conflicto de las islas Malvinas de 1982*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1992.
- GROUSSAC, P., *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1982.
- GUBER, R., *¿Por qué Malvinas?. De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, F.C.E., 2001.
- GUBER, R., *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Ed. Antropofagia, 2004.
- HERRSCHER, R., “La guerra, una espina clavada. Construcción social del recuerdo de Malvinas”. En: Revista *Puentes*, Año 2, N° 7, La Plata, 2002
- HYNES, S., “Personal narratives and commemoration”. En: WINTER, J. y SIVAN, E., *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, University or Cambridge, 1999
- JELIN, E., *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI, 2002.
- JENSEN, S. I., *La provincia flotante. El exilio argentino en Cataluña (1976-2006)*, Buenos KM 13.774- Casa América Catalunya, 2007
- JOUTARD, P., “El tratamiento del documento oral”. En: Revista *Debats*, n°10, diciembre de 1984
- LORENZ, F., *Las Guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- LORENZ, F., “La necesidad de Malvinas”. En: *Puentes*, “A 25 años de la Guerra de Malvinas. Verdad, Justicia y soberanía”, año 7, número 20, marzo 2007.
- LORENZ, F., “Es hora que sepan. La correspondencia de la Guerra de Malvinas: otra mirada sobre la experiencia bélica de 1982”. En: *Páginas*, revista digital de la Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, N°1, mayo-agosto 2008.
- MARI, C., SAAB, J. y SUAREZ, C. (coord.), “Tras su manto de neblina,...” Las islas Malvinas como creación escolar. En: Revista de *Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*, N° 5, 2000.



MORO, R., *La guerra inaudita. Historia del conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1985.

MUÑOZ, J., *Los tigres del mar*, Buenos Aires, Ediciones Cruz del Sur, 1985.

MUÑOZ, J., *Civiles por Malvinas*, Buenos Aires, Edición del autor, 1995.

MUÑOZ, J. *Misión cumplida. Epopeya de los barcos mercantes Argentinos en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Editorial Epopeya, 2000

MUÑOZ, J., *Poker de Ases en Malvinas. Epopeya de los barcos auxiliares*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales, 2004

NOVARO, V., y PALERMO, M., “La guerra de las Malvinas”. En: NOVARO V., y PALERMO, M., *La Dictadura Militar (1976-1983). Del golpe a la restauración democrática*. Buenos Aires, PAIDOS, 2003.

PORTELLI, A., *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*, Buenos Aires, FCE, 1999.

RICOEUR, P., *La memoria, la historia, el olvido*, México, FCE, 2004.

RODRÍGUEZ MOTTINO, H., *La artillería argentina en Malvinas*, Buenos Aires, Clío, 1984.

SCHMUCLER, H., “Formas del olvido”. En *Confines*, Año 1, N°1, Buenos Aires, 1995.

SCHWARZSTEIN, D. (comp.), *La historia oral*, Buenos Aires, CEAL, 1991.

SPERANZA, G. y CITTADINI, F., *Partes de guerra. Malvinas 1982*, Buenos Aires, Edhasa, 2005

#### Sitios de Internet

Apostadero Naval Malvinas en Internet: [www.geocities.com/pentagon/barracks/4333](http://www.geocities.com/pentagon/barracks/4333). Diseñador: Daniel Gionco

Armada de la República Argentina: [www.ara.mil.ar](http://www.ara.mil.ar)

Malvinas Digital: [www.malvinasdigital.com.ar](http://www.malvinasdigital.com.ar). Diseñador: Mariano Coccia.

# **ANEXO**

## ANEXO I

### Muestra de entrevistados

#### **Variables de los trayectos personales previos a la guerra**

	Año y Lugar de nacimiento	Formación académica, profesional y política <sup>556</sup>	Civil o militar	Rango militar en 1982	Especialidad o actividad principal y lugar donde la desempeñaba- 1982
Abel Mejías	1963 (aprox)- Las Toscas (Santa Fe)	Estudios secundarios	Militar	Cabo Segundo	Control Averías (Base Naval Pto. Belgrano- BNPB)
Alejandro Diego	1962-Capital Federal	Estudios superiores	Civil	Conscripto	Administrativo en Meteorología (Edificio Libertad en Bs. As)
Adolfo Gaffoglio	1933, Zárate (Buenos Aires)	Estudios superiores	Militar	Oficial (Cap. de Fragata)	Submarinista. (Inteligencia-Edificio Libertad)
Carlos Contreras	1959- Azul (Bs. Aires)	Estudios primarios	Militar	Cabo Primero	Construcciones Navales (BNPB)
Claudio Guida	1962- Vicente López (Bs. Aires)	Est. secundarios. Ex militante de la FEDE	Civil	Conscripto	Furriel Liceo Río Santiago (La Plata)
Daniel Blanco	1960- Bahía Blanca	Est. secundarios	Militar	Cabo Segundo-Voluntario	Maquinista (BNPB)
Daniel Peralta	1959- Rosario de la Frontera (Salta)	Estudios secundarios	Militar	Cabo Primero	Construcciones Navales (BNPB)
Guillermo Klein	1954-Bahía Blanca	Est. Superiores-Médico	Militar	Oficial /profesional	Doctor (BNPB)
Hugo Peratta	1939-Capital Federal	Est. secundarios	Militar	Oficial (Tte. de Fragata)	Electricista (Crucero Gral. Belgrano)
José Bustamante	1962- Bahía Blanca	Est. secundarios	Civil	Conscripto	Destacamento Naval de Playa en BNPB
Julio Casas Parera	1955- Capital Federal	Est. superiores	Civil	Conscripto	Asistente (Apostadero Naval Bs. As.)
Rafael Molini	1949- Bahía Blanca./Punta Alta	Est. secundarios	Militar	Oficial (Tte. de Navío)	Escuela Naval (La Plata)
Ramón Romero	1962- Santa Fe (Capital)	Est. secundarios	Militar	Cabo Segundo	Construcciones Navales (BNPB)
Ricardo Pérez	1962-Rosario de la Frontera (Salta)	Est. secundarios	Civil	Conscripto-Voluntario	Administrativo (Edificio Libertad)
Ricardo Rodríguez	1951- Vicente López (Bs. Aires)	Est. secundarios	Militar	Cabo Principal	Furriel (BNPB)

<sup>556</sup> Al momento de comenzar la carrera militar o el servicio militar obligatorio.

Roberto Coccia	1949- Roca (Río Negro)	Est. superiores. Bioquímico	Militar	Oficial (Tte. de Navío)/ profesional	Bioquímico (BNPB)
Sergio Fernández	1964- Punta Alta	Est. secundarios	Militar	Cabo Segundo	Construcciones Navales (BNPB)

### VARIABLES DEL PERÍODO DE LA GUERRA

	Período de permanencia	Destinos	Actividades principales	Participación en el combate
Abel Mejías	2/4-4/4 29/4-20/6	ANM	Lanchas de desembarco -EDPV	No
Alejandro Diego	13/4-19/6	ANM- Bahía Buen Suceso	Estiba- Lavandero	No
Adolfo Gaffoglio	2/4-Julio	ANM	Jefe	No
Carlos Contreras	12/4-18/6	ANM- Penélope	Estiba	No
Claudio Guida	13/4-18/6	ANM	Estiba- Camber	Sí
Daniel Blanco	29/4-18/6	ANM	EDPV	No
Daniel Peralta	2/4-18/6	ANM- Penélope	Estiba	No
Guillermo Klein	primeros días de abril- 19/6	ANM	PUSO	No
Hugo Peratta	2/4-18/6	ANM	Estiba- Camber	Sí
José Bustamante	2/4-18/6	ANM	EDPV	No
Julio Casas Parera	12/4-18/6	ANM	Estiba- Camber	Sí
Rafael Molini	12/4-18/6	ANM- Forrest	Estiba	No
Ramón Romero	2/4-18/6	ANM	Estiba	No
Ricardo Pérez	28/4-18/6	ANM	Estiba- Asistente	No
Ricardo Rodríguez	12/4 (aprox)-18/6	ANM	Traductor	No
Roberto Coccia	2/4-18/6	ANM	PUSO	No
Sergio Fernández	2/4- 18/6	ANM	Estiba- Seguridad	No

### VARIABLES DE POSGUERRA

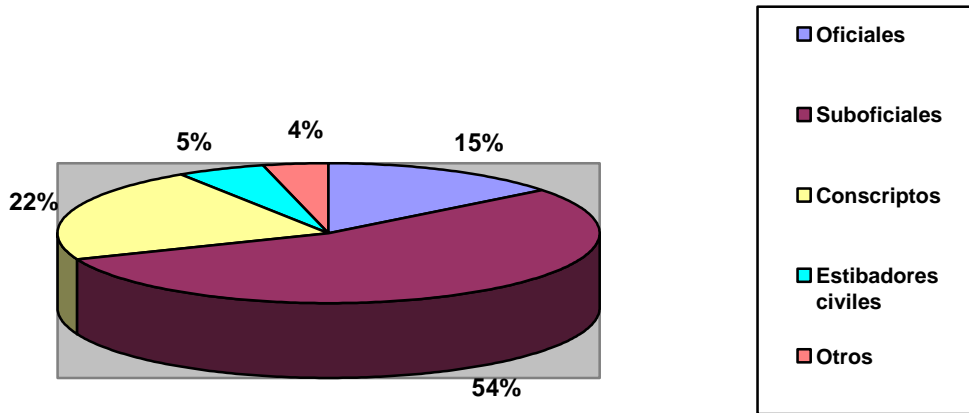
	Continuación de la carrera militar/servicio militar obligatorio	Relación o no con otros integrantes del Apostadero (reuniones 20/ 6) <sup>557</sup>	Participación en proyectos, o iniciativas tendientes a conservar la memoria del Apostadero	Condición laboral Actual
Abel Mejías	Continuó la carrera militar	No participa de las reuniones (por desconocimiento)	No	Militar en servicio
Alejandro Diego	Volvió enfermo así que nunca se llegó a reintegrar.	Participa de las reuniones	No	Ocupación laboral civil
Adolfo Gaffoglio	Continuó la carrera militar	Participa de las reuniones	Sí	Militar retirado
Carlos Contreras	Continuó la carrera militar	No participa de las reuniones (por desconocimiento)	No	Militar en servicio

<sup>557</sup> Nos referimos a la participación en las reuniones del Apostadero como en los proyectos o iniciativas tendientes a recuperar y reivindicar la memoria de sus experiencias, desde 1982 al momento de la entrevista. Esta aclaración es válida porque a partir de las mismas muchos protagonistas se han enterado de las reuniones y planean ir, e incluso han comenzado a realizarse encuentros entre los integrantes de Bahía Blanca y Punta Alta a instancias de Daniel Peralta.

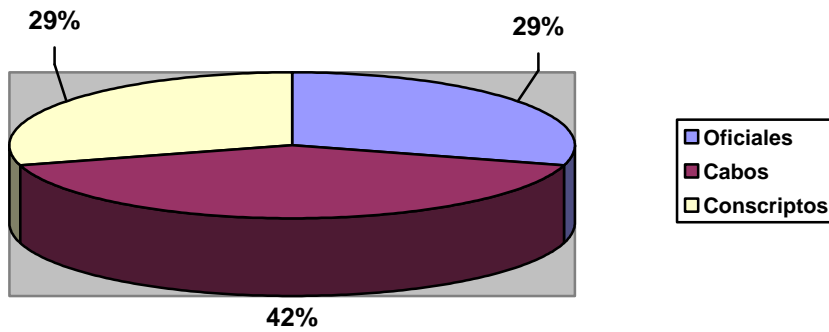
Claudio Guida	Se reincorpora y le dan de baja al poco tiempo porque le correspondía.	Participa de las reuniones	Sí	Ocupación laboral civil
Daniel Blanco	Continuó la carrera militar	No participa de las reuniones (por desconocimiento)	No	Militar en servicio
Daniel Peralta	Continuó la carrera militar	No participa de las reuniones (por desconocimiento)	No	Militar en servicio
Guillermo Klein	Continuó la carrera hasta que se fue de baja.	Participa de las reuniones	No	De baja- Ocupación laboral civil
Hugo Peratta	Continuó la carrera militar	Participa de las reuniones	No	Retirado- Ocupación laboral civil
José Bustamante	Se reincorpora y le dan de baja al poco tiempo porque le correspondía.	No participa de las reuniones (por desconocimiento)	No	Ocupación laboral civil
Julio Casas Parera	Se reintegró, pero le dieron licencia al poco tiempo.	Participa de las reuniones	No	Ocupación laboral civil
Rafael Molini	Continuó la carrera militar	No participa de las reuniones (por desconocimiento)	No	Militar retirado- Trabaja en las FFAA
Ramón Romero	Cuando terminó el contrato en 1985, se fue de baja.	Participa de las reuniones	Sí	De baja (1985)- Ocupación laboral civil
Ricardo Pérez	Se reintegró hasta que terminó el período correspondiente	Participa y organiza las reuniones	Sí	Ocupación laboral civil
Ricardo Rodríguez	Continuó la carrera militar	Participa de las reuniones	No	Militar retirado- Trabaja en las FFAA
Roberto Coccia	Continuó la carrera militar	Participa de las reuniones	Sí	Militar retirado- Ocupación laboral civil
Sergio Fernández	Continuó la carrera militar hasta que le dieron de baja.	No participa de las reuniones (por desconocimiento)	No	Militar retirado

## ANEXO II

### Integrantes del Apostadero clasificados según el rango jerárquico



### Entrevistados clasificados según el rango jerárquico



# ANEXO III

## Mapa de las Islas Malvinas



Fuente: Mayorga, H. y Errecaborde, J., *No vencidos*, Buenos Aires, Planeta, 1998

## ANEXO IV

### Dispositivo de defensa

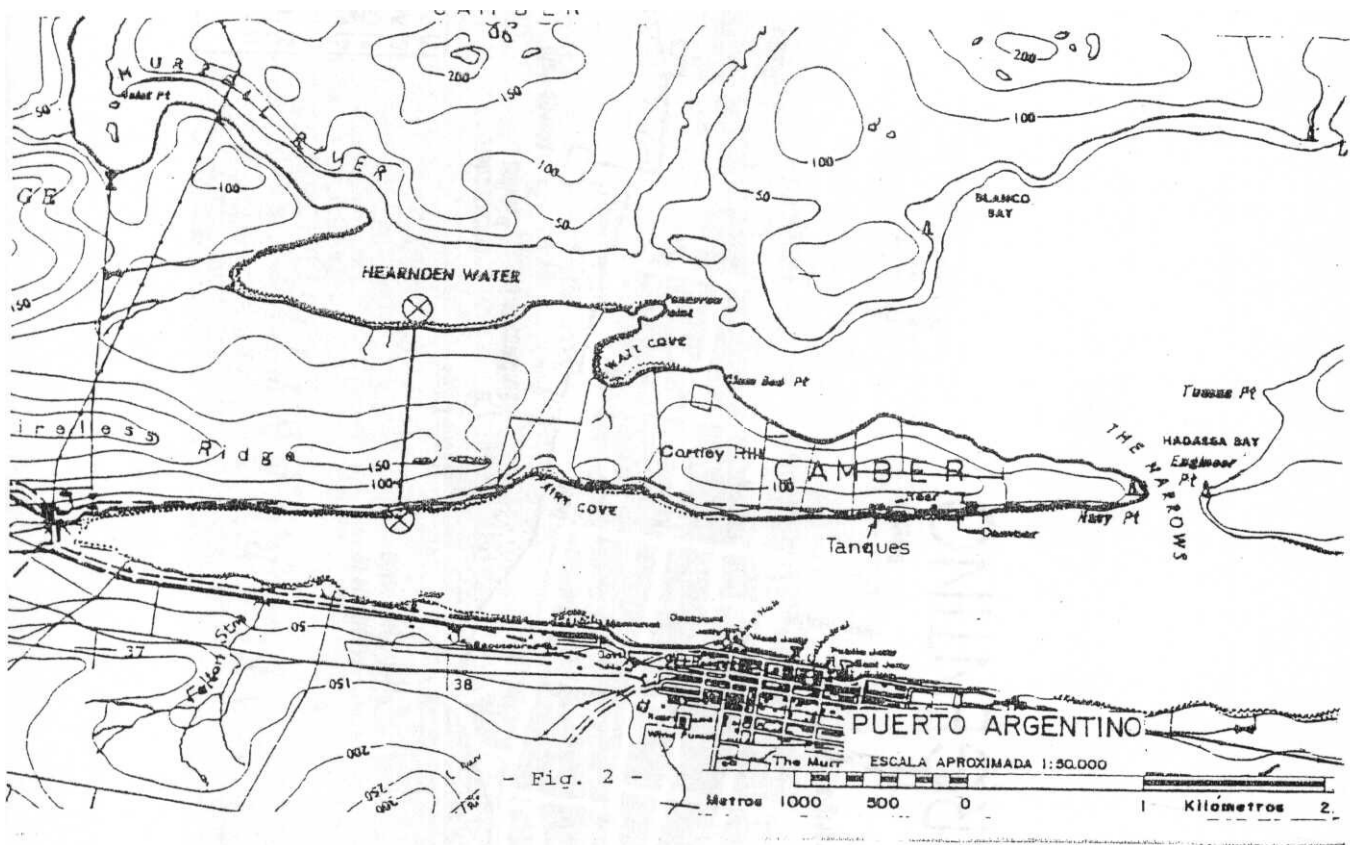


Fuente: Balza, M., *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida, 2003.



## ANEXO V

### Mapa de la Península Camber



Fuente: *Desembarco*, Separata 10, Buenos Aires

## ANEXO VI

### Plano de Puerto Argentino (1982)

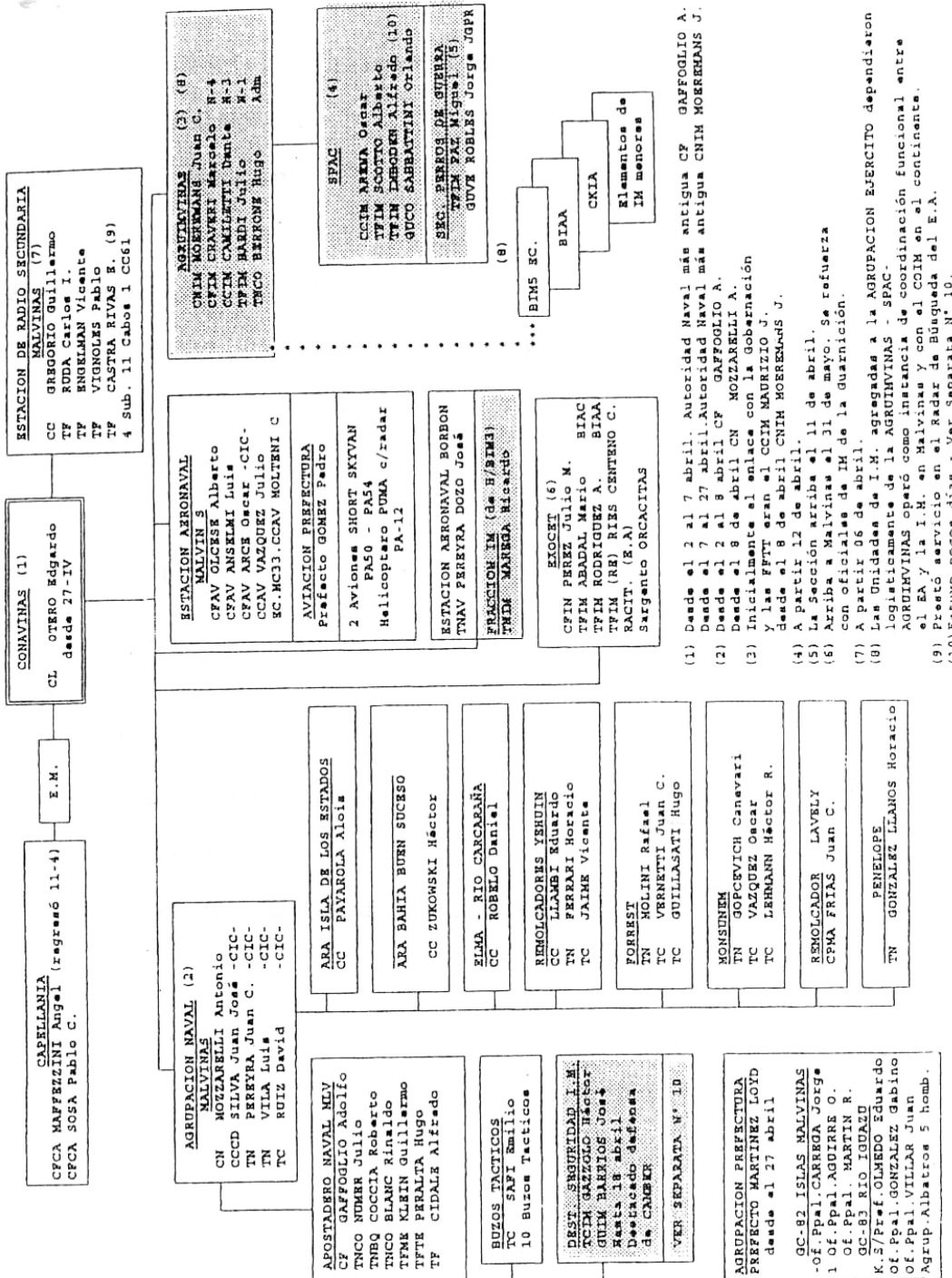


Fuente: El Apostadero Naval Malvinas en Internet: [www.geocities.com/pentagon/barracks/4333](http://www.geocities.com/pentagon/barracks/4333).

# ANEXO VII

## Organigrama del Comando Naval en Malvinas

### COMANDO NAVAL MALVINAS - AL 27 DE ABRIL



Fuente: Desembarco, Separata 14, Buenos Aires, Año XXXIX, N° 155, 1995

## **ANEXO VIII**

### **Listado de abreviaturas**

AGRUIMVINAS: Agrupación de Infantería de Marina Malvinas

APOSVINAS: Apostadero Naval Malvinas

ARA: Armada de la República Argentina

BIM: Batallón de Infantería de Marina

CIC: Centro de Informaciones de Combate

EDPV: Embarcación menor para Desembarco de Personal y Vehículos

ELMA: Empresa Líneas Marítimas Argentina S.A.

FAL: Fusil Automático Liviano

FFAA: Fuerzas Armadas

FIC: Falkland Island Company

FIGAS: Falkland Island Government Air Survey

PUSO: Puesto de Socorro

RI: Regimiento de Infantería

TOAS: Teatro de Operaciones del Atlántico Sur

TOM: Teatro de Operaciones Malvinas

UNSPAC/SPAC: Unidad de Servicio para Apoyo en Combate